

M. J. ARLIDGE

**NI LO
VES
NI LO
VERÁS**

**El cartero tiene
un paquete para ti**

Lectulandia

El cadáver de un hombre es encontrado en una casa vacía. Le han arrancado el corazón y se lo han enviado dentro de un paquete a su mujer y a sus hijos.

Es solo la primera víctima y la inspectora Helen Grace sabe que no será la última. Pero ¿por qué un hombre felizmente casado estaba tan lejos de su casa en mitad de la noche?

Los medios de comunicación hablan del culpable como de un Jack el Destripador al revés: un asesino en serie a la caza de hombres que llevan dobles vidas ocultas.

Helen huele la ira que esconde cada asesinato. Pero lo que no puede predecir es lo inestable que es el asesino... o lo que le espera al final del caso.

Lectulandia

M. J. Arlidge

Ni lo ves ni lo verás

Inspectora Helen Grace - 2

ePub r1.0

sleepwithghosts 12.05.16

Título original: *Pop Goes the Weasel*

M. J. Arlidge, 2015

Traducción: Amaya Basáñez

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La niebla se deslizaba lentamente desde el mar, sofocando la ciudad. Descendía como un ejército invasor, apoderándose de los sitios más reconocibles, estrangulando el resplandor de la luna, haciendo que Southampton se convirtiera en un lugar extraño y aterrador.

El polígono industrial de Empress Road estaba tan silencioso como un cementerio. Los talleres y fábricas habían dado por concluida su jornada, los mecánicos y los trabajadores del supermercado habían abandonado la zona y las prostitutas callejeras ya se estaban dejando ver. Vestidas con minifaldas y microtops, aspiraban con fruición sus cigarrillos, atesorando el poco calor que desprendían para poder protegerse de un frío que te congelaba el alma. Paseando arriba y abajo, trabajaban muy duro para poder vender su sexo, pero en esa penumbra se parecían más a fantasmas esqueléticos que a objetos de deseo.

El hombre condujo lentamente, sus ojos evaluando la fila de yonquis semidesnudas. Las examinó —de vez en cuando reconocía a alguna— y las descartó. No eran lo que estaba buscando. Esa noche andaba a la caza de algo especial.

La esperanza se mezcló con el miedo y la frustración. Durante muchos días no había sido capaz de pensar en otra cosa. Estaba tan cerca, pero ¿y si todo era una mentira? ¿Un mito urbano? Golpeó con fuerza el volante. Tenía que estar allí.

Nada. Nada. Nad...

Allí estaba. Sola, de pie, apoyada contra una pared recubierta de grafitis. El hombre se sintió cachondo de repente. Había algo diferente en esta. No se estaba mirando las uñas, ni fumando, ni cotilleando con las otras. Solo estaba esperando. Esperando a que algo sucediera.

Salió de la carretera y aparcó el coche en un lugar apartado y protegido de la vista por una alambrada. Tenía que ser cuidadoso, no debía dejar nada al azar. Miró a ambos lados de la calle por si venía alguien, pero la niebla lo ocultaba todo. Parecía que fueran las dos únicas personas que quedaban en el mundo.

Cruzó la calle para acercarse a ella y después se contuvo, haciendo más lentos sus pasos. No debía apresurarse. Esto era algo para saborear, para ser disfrutado. A veces la espera era más placentera que el acto, lo sabía por experiencia. Con esta tendría que tomarse su tiempo. En los días posteriores, querría recordarlo todo con tanto detalle como le fuera posible.

Ella estaba rodeada de casas abandonadas. Nadie quería seguir viviendo por allí y los edificios estaban vacíos y sucios. Eran refugios para yonquis e indigentes, con los suelos llenos de jeringuillas usadas y colchones mugrientos. Mientras cruzaba la

calle, la chica le miró, atisbándole por debajo de su espeso flequillo. Apartándose de la pared, no dijo nada; solo señaló con la cabeza hacia el armazón del edificio más cercano antes de adentrarse en él. No hubo negociación ni preámbulos. Fue como si se hubiera resignado a su destino. Como si lo *supiera*.

Apresurándose para alcanzarla, el hombre se recreó observando su trasero, sus piernas, sus tacones, mientras su erección no dejaba de aumentar. Cuando ella desapareció en la oscuridad, empezó a andar más rápido. Ya no podía esperar más.

La tarima del suelo crujió con estruendo cuando él se coló en la casa. Ese edificio en ruinas era exactamente lo que había imaginado en sus fantasías. Un penetrante olor a humedad le abrumó la nariz; todo lo que le rodeaba estaba podrido. Pasó a lo que antes era el salón, ahora convertido en un vertedero de tangas abandonados y condones usados. Ella no se encontraba allí. Así que ahora se iban a poner a jugar al escondite, ¿no?

A la cocina. Ni rastro de ella. Salió de allí y subió las escaleras que llevaban hasta el piso superior. A cada paso, sus ojos inspeccionaban a un lado y a otro, buscando a su presa.

Fue hacia el dormitorio principal. Una cama con manchas de moho, una ventana rota, una paloma muerta. Pero la chica no estaba ahí.

La ira empezó a mezclarse con la lujuria. ¿Quién era ella para reírse de él de esa forma? No era más que una puta. La mierda que se le quedaba en el zapato. Iba a hacer que sufriera por tratarle de esa manera.

Abrió la puerta del baño —nada—, y después se dirigió hacia la otra habitación. Le iba a destrozar su estúpida ca...

De repente la cabeza se le inclinó bruscamente hacia atrás. Un dolor intenso le recorrió todo el cuerpo. Le estaban tirando del pelo con fuerza, obligándole a doblarse cada vez más hacia atrás. No podía respirar; le estaban apretando un trapo contra el rostro. Un olor intenso le subió por la nariz, y el instinto de supervivencia surgió demasiado tarde. Intentó defenderse, pero ya estaba perdiendo la consciencia. Después todo se volvió negro.

Estaban observando cada movimiento que hacía. Bebiéndose cada palabra que ella pronunciaba.

—El cuerpo es de una mujer de raza blanca, de entre veinte y veinticinco años. Ayer por la mañana se la encontró un colaborador del equipo de seguridad ciudadana en Greenwood, en el maletero de un coche abandonado.

La voz de la inspectora Helen Grace era clara y firme, a pesar de la tensión que le agarrotaba el estómago. Estaba resumiendo el caso a toda la oficina de Incidencias en la comisaría central de Southampton.

—Como se puede ver en las fotografías, le destrozaron los dientes, probablemente con un martillo, y le cortaron las manos. Tiene muchos tatuajes, lo cual nos puede ayudar con la identificación, y deberíais centraros primero en ambientes de prostitución y drogas. Esto parece un asesinato relacionado con las mafias, más que otra cosa. El sargento Bridges va a dirigir esta investigación y os pondrá al corriente de los sospechosos que andamos barajando. ¿Tony?

—Gracias, inspectora. Lo primero, quiero mirar si hay algún precedente...

Mientras el sargento Bridges seguía hablando, Helen se escabulló de la sala. Incluso después de todo ese tiempo, no podía soportar ser el centro de atención, el foco de todos esos cotilleos e intrigas. Ya había pasado casi un año desde que había puesto fin a la terrible oleada de asesinatos de Marianne, pero el interés que había suscitado Helen no había menguado. Atrapar a una asesina en serie ya era bastante impactante, pero tener que matar a tu propia hermana para conseguirlo lo convertía en algo inaudito. Los primeros días, tanto amigos como compañeros de trabajo, periodistas y completos desconocidos se habían apresurado a ofrecerle todo su apoyo y comprensión. Pero era un gesto fundamentalmente hipócrita, lo que querían eran *detalles*. Querían que Helen se abriera y poder revolver en sus entrañas: ¿qué se sentía al disparar a tu propia hermana? ¿Tu padre abusó de ti? ¿Te sientes culpable por todas esas muertes? ¿Te sientes *responsable*?

Helen había pasado toda su vida de adulta construyendo un muro a su alrededor —incluso el nombre de Helen Grace era falso—, pero gracias a Marianne esa protección había quedado destruida para siempre. Al principio Helen había pensado en huir —le habían ofrecido una excedencia, un traslado, incluso una jubilación anticipada—, pero de alguna manera se había sobrepuesto, y había decidido volver a trabajar en la comisaría de Southampton tan pronto como se lo permitieran. Sabía que mil ojos la seguirían independientemente de a dónde se dirigiera. Mucho mejor soportar los constantes análisis en el sitio que ella consideraba su hogar, donde

durante muchos años la vida se había portado bastante bien con ella.

O por lo menos esa había sido la teoría, porque no había sido tan fácil. Tenía tantos recuerdos asociados con este lugar —de Mark, de Charlie—, y había tantas personas deseosas de investigar, especular o incluso bromear acerca de su demoledora experiencia. Incluso ahora, meses después de que hubiera vuelto a trabajar, había veces que simplemente tenía que alejarse de todo.

—Buenas noches, inspectora.

Helen volvió a la realidad, dándose cuenta de que se acababa de cruzar con un oficial.

—Buenas noches, Harry. Espero que los Saints recuerden cómo ganar esta noche, por ti.

Su voz sonaba alegre, pero las palabras salían extrañas, como si el esfuerzo de fingir entusiasmo fuera demasiado para ella. Se apresuró a salir de la comisaría, cogió su Kawasaki y, abriendo gas, bajó por la West Quay Road. La niebla procedente del mar que había empezado por la mañana ya cubría toda la ciudad y Helen desapareció en ella.

Mantuvo la velocidad y superó todo el atasco que iba en dirección al estadio de St. Mary. Cuando llegó a las afueras de la ciudad cogió la salida de la autopista. La fuerza de la costumbre hizo que mirara los retrovisores, pero nadie la seguía. A medida que descendía el tráfico, ella aceleraba más y más. Cuando llegó a 130, dudó un segundo antes de ponerse a 140. Nunca se sentía tan a gusto como cuando iba a toda pastilla.

Fue dejando atrás las ciudades dormitorio. Winchester, Farnborough, hasta que finalmente Aldershot se divisó en el horizonte. Otro vistazo a los retrovisores, y se dirigió al centro de la población. Dejó la moto en un parking, sorteó a un grupo de borrachos y se dio prisa, escondiéndose en la oscuridad cuando podía. Nadie de por allí la conocía, pero aun así no se podía permitir el más mínimo descuido.

Pasó por delante de la estación de tren y al poco se encontró en la avenida Cole, el corazón del extrarradio de Aldershot. No estaba segura de estar haciendo lo correcto, pero había algo que la impulsaba a regresar. Se acomodó en los matorrales que crecían a un lado de la calle y ocupó su sitio acostumbrado.

El tiempo pasaba lentamente. El estómago de Helen rugió y se dio cuenta de que no había comido nada desde el desayuno. Qué imbécil, se estaba quedando cada vez más delgada. ¿Qué estaba intentando demostrar? Había mejores modos de hacer penitencia que morir de hambre.

De repente las cosas se pusieron en marcha. Un «adiós» dicho a voces y la puerta del número 14 se cerró. Helen se agachó todavía más. Sus ojos siguieron al chico que bajaba por la calle, tecleando en su teléfono móvil. Pasó a tres metros de Helen, sin darse cuenta de su presencia, y dobló la esquina. Ella contó hasta quince, dejó su escondite y se puso a seguirle.

El chico —de unos veinticinco años— era bastante atractivo, con un pelo oscuro

y espeso y la cara redonda. Vestido de manera informal, con los pantalones por las caderas, se parecía a muchos otros jóvenes, desesperados por parecer distantes y sin interés en nada. Eso hizo que Helen sonriera ligeramente, pues ese descuido impostado estaba planificado al milímetro.

Un grupo de chavales armando gresca apareció en la calle, de pie en la salida de la Railway Tavern. A dos libras la pinta, cincuenta peniques el chupito y mesas de billar gratis, era una meca para los jóvenes, los que no tenían un duro y la gente con negocios turbios. Al anciano dueño no le suponía ningún problema servir a cualquiera que hubiera alcanzado la adolescencia, así que el sitio siempre estaba a reventar, con multitudes desparramándose por la calle. Helen se alegró de la cobertura que eso le proporcionaba, moviéndose entre la gente para poder seguir observando sin que nadie se diera cuenta. El grupo de antes saludó al chico con un grito mientras él enarbolaba un billete de veinte libras a modo de reclamo. Fueron hacia el bar y Helen les siguió. Esperando con paciencia en la cola para entrar, se había vuelto invisible para ellos: en su mundo no existía nadie que pasara de los treinta años.

Después de un par de copas, el grupo volvió a irse del bar y de los ojos que les estaban observando, en dirección a un parque infantil de las afueras del pueblo. El lugar estaba bastante descuidado y no había nadie más, así que Helen tuvo que seguirles con cautela. Una mujer paseando sola por la noche suele llamar la atención, por lo que ella se quedó atrás deliberadamente. Encontró un roble anciano, herido con profundas marcas grabadas por enamorados, y se escondió tras él. Desde ahí podía vigilarles sin que la molestaran mientras los chicos fumaban porros, felices y despreocupados, a pesar del frío.

Helen se había pasado toda su vida siendo observada, pero allí era invisible. Después de la muerte de Marianne, su vida se había visto destrozada, dispuesta en un plato para el consumo público. Por tanto, la gente creía conocerla a fondo.

Pero había algo que no sabían. Un secreto que había conseguido guardarse.

Y estaba a menos de quince metros de ella, completamente ajeno a su presencia.

Abrió los ojos, pero no podía ver nada.

Por sus mejillas no dejaba de resbalar líquido, mientras sus ojos giraban en las cuencas inútilmente. Los sonidos le llegaban amortiguados, como si le hubieran metido bolas de algodón en las orejas. Luchando por recuperar la consciencia, el hombre sintió un terrible dolor atravesándole la garganta. Una quemazón espantosa, como si le hubieran acercado una llama a la laringe. Quería estornudar, vomitar, escupir lo que fuera que le estaba atormentando. Pero se encontraba amordazado, la boca tapada con cinta de embalar, así que tuvo que tragarse la agonía que estaba sufriendo.

Al final la cascada de lágrimas cesó, y su irritada vista comenzó a perfilar lo que le rodeaba. Seguía en el mismo edificio en ruinas, solo que ahora estaba en el dormitorio principal, tumbado en ese asqueroso jergón. Su adrenalina estaba disparada y se debatió con todas sus fuerzas —debía salir de ahí—, pero tenía los brazos y piernas firmemente sujetos al armazón de hierro de la cama. Se retorció, giró y tiró de las cuerdas de nailon, pero estas resistieron todos sus esfuerzos.

Solo entonces se dio cuenta de que estaba desnudo. Se le ocurrió una idea aterradora: ¿le iban a dejar así? ¿Para que se congelara hasta morir? Su cuerpo ya había reaccionado —tenía la piel de gallina debido al frío y al miedo— advirtiéndole de la temperatura glacial que hacía en la casa.

Intentó bramar con todas su fuerzas, pero lo único que consiguió fue emitir un quejido sordo. Si pudiera hablar con ellos, razonar... Podía conseguirles dinero, si le dejaban marchar. No podían dejarle ahí *de esa manera*. La humillación se unió al miedo que sentía, mientras miraba su cuerpo ya viejo, hinchado y extendido sobre esa colcha sucia.

Intentó aguzar el oído, esperando contra todo pronóstico que no le hubieran dejado solo. Pero no se oía nada. Le habían abandonado. ¿Cuánto tiempo le iban a dejar ahí? ¿Hasta que hubieran vaciado sus cuentas? ¿Hasta que hubieran conseguido escapar? El hombre sintió un escalofrío, muerto de miedo ante la perspectiva de tener que negociar su libertad con algún drogadicto o alguna puta. ¿Qué haría cuando por fin estuviera libre? ¿Qué le diría a su familia? ¿A la policía? Maldijo con amargura por haber sido tan puñeteramente estúpido...

El crujido de una tarima. Así que no estaba solo. La esperanza resurgió; a lo mejor ahora podría saber qué era lo que querían. Giró la cabeza todo lo que fue capaz para hablar con su asaltante, pero este se estaba acercando por detrás y no pudo verle. De repente se dio cuenta de que la cama a la que le habían atado había sido colocada

en el centro de la habitación, como si fuera el escenario de un espectáculo. Nadie querría dormir con la cama en esa posición, así que ¿por qué...?

Una sombra descendió por su rostro. Antes de que pudiera reaccionar algo le estaba pasando por los ojos, la nariz, la boca. Algún tipo de capucha. Podía sentir la suave tela en la cara, la cuerda que la cerraba ajustándose. Inmediatamente el hombre tuvo dificultades para respirar, con el grueso terciopelo tapándole los agujeros de la nariz. Meneó la cabeza con furia, intentando crear algún resquicio de aire para poder respirar. Esperaba que en cualquier momento la cuerda diera el tirón definitivo, pero no sucedió nada, para su sorpresa.

¿Y ahora qué? Todo volvía a estar en silencio, aparte del ruido de su propia y laboriosa respiración. Empezaba a hacer calor dentro del saco que le habían puesto en la cabeza. ¿Podía el oxígeno atravesar la tela? Se obligó a respirar más despacio. Si se dejaba llevar por el pánico, hiperventilaría, y entonces...

Súbitamente dio un respingo, los nervios disparados. Algo frío se había apoyado en su pierna. Algo duro. ¿Algo metálico? ¿Un cuchillo? Ahora estaba subiendo por su muslo, hacia... El hombre corcoveó con todas sus fuerzas, desgarrándose los músculos al tirar de las cuerdas que le sujetaban. Ahora sabía que esto era una lucha a muerte.

Aulló todo lo que pudo. Pero la cinta de embalar no se movió. Las correas no cedieron. Y allí no había nadie para escuchar sus gritos.

Trabajo o placer?

Helen se dio la vuelta, el corazón a mil por hora. Subiendo a oscuras la escalera hacia su piso, había dado por hecho que estaba sola. La irritación que le produjo haberse sobresaltado se mezcló con un leve toque de ansiedad..., pero solo era James, apoyado en el quicio de su puerta. Se había mudado al piso de abajo hacía tres meses y, como era el jefe de enfermeros en el hospital de South Hants, solía estar despierto a horas intempestivas.

—Trabajo —mintió Helen—. ¿Y tú?

—Trabajo que pensé que se podía convertir en algo más. Pero... acaba de irse en taxi.

—Qué pena.

James se encogió de hombros y sonrió con malicia. Tenía treinta y pico años, era atractivo de una manera descuidada y su vago encanto normalmente funcionaba con las enfermeras jovencitas.

—Para gustos, los colores —continuó—. Pensé que yo le atraía, pero siempre se me ha dado fatal interpretar las señales.

—Ah, ¿sí? —respondió Helen, sin creerse una sola palabra.

—De todos modos, ¿te apetece un poco de compañía? Tengo una botella de vino que... Té, tengo té... —dijo, corrigiéndose sobre la marcha.

Hasta entonces Helen se había visto tentada. Pero su elección de palabras le molestó. James era como todos los demás: sabía que no bebía alcohol, sabía que prefería el té al café, sabía que era una asesina. Otro *voyeur* mirando el desastre en el que se había convertido su vida.

—Me encantaría —volvió a mentir—, pero tengo un montón de expedientes que leer antes de mi próximo turno.

James sonrió para señalar sumisión, pero sabía lo que estaba pasando. Y también sabía que no había que forzarlo. Observó a Helen subir las escaleras hasta su casa sin molestarse en ocultar su curiosidad. La puerta de Helen se cerró tras ella con rotundidad.

El reloj marcaba las cinco de la mañana. Acurrucándose en el sofá, Helen se bebió un buen trago de té y encendió el portátil. Las primeras señales de cansancio ya se estaban haciendo notar, pero tenía trabajo que hacer antes de poder irse a dormir. La seguridad que había instalado en su ordenador portátil era bastante compleja —un

fortín acorazado protegiendo lo que le quedaba de vida privada— y Helen se tomó su tiempo, disfrutando del elaborado proceso de escribir contraseñas y abrir los bloqueos de seguridad digitales.

Abrió el archivo de Robert Stonehill. El chico al que había estado siguiendo antes no tenía ni idea de que ella existía, pero ella se sabía toda su vida. Helen empezó a teclear, dando cuerpo a la descripción cada vez más ampliada de él, añadiendo los pequeños detalles de su personalidad y su carácter que había conseguido averiguar en el último seguimiento. El chico era listo —eso ya se podía ver—. Tenía sentido del humor y, aunque de dos palabras que pronunciaba una era un taco, era ingenioso y su sonrisa cautivaba. Se le daba muy bien que la gente hiciera lo que él quería. Nunca había esperado una cola en la barra del bar, siempre conseguía que algún otro lo hiciera por él, mientras seguía haciendo el bobo con Davey, el gordito que estaba claro que era el líder del grupo.

Robert parecía tener siempre dinero, lo que era raro dado que trabajaba como reponedor en un supermercado. ¿De dónde lo sacaba? ¿Lo robaba? ¿O algo peor? O a lo mejor eran sus padres, que le mimaban. Era el único hijo de Monica y Adam —el centro de su universo— y Helen sabía que les tenía comiendo de su mano. ¿Era de ellos de donde sacaba el dinero, aparentemente sin límites?

Siempre había chicas a su alrededor —era guapo y estaba en forma—, pero no tenía una novia como tal. Ese era el tema en el que Helen estaba más interesada. ¿Era hetero o gay? ¿Abierto o desconfiado? ¿A quién le permitía entrar en su vida? Era una pregunta para la que Helen no tenía todavía la respuesta, pero confiaba en llegar a adivinarla. Lenta y metódicamente, estaba analizando cada cuadrante de la vida de Robert.

Helen bostezó. Tenía que volver en breve a la comisaría, pero todavía podría aprovechar unas cuantas horas de sueño si lo dejaba en ese instante. Con una facilidad surgida de la repetición, puso en marcha los programas de encriptación de su ordenador, cerró los archivos y cambió la contraseña. Ahora ponía una nueva cada vez que usaba el portátil. Sabía que era una exageración, que estaba siendo una paranoica, pero no quería dejar nada al azar. Robert era suyo y solo suyo. Y así era como quería que permaneciera.

Estaba amaneciendo, así que tenía que darse prisa. En una o dos horas, el sol se abriría paso entre la niebla, dejando a la vista a quienes se escondían en ella. Le temblaban las manos, le dolían las articulaciones, pero se empeñó en seguir adelante.

Había robado la palanqueta en una ferretería de Elm Street. El hindú que la regentaba estaba demasiado ocupado mirando un partido de críquet en su tableta como para darse cuenta de que se la había escondido en el abrigo. Sus manos se encontraban a gusto agarrando el frío y duro metal y empezaron a trabajar, arriba y abajo, atacando los barrotes oxidados que protegían las ventanas. El primer travesaño fue fácil, el segundo requirió un poco más de esfuerzo, pero pronto hubo espacio suficiente como para que pudiera pasar una persona. Habría sido más fácil ir a la fachada principal y forzar la puerta, pero no se atrevía a dejarse ver por esas calles. Le debía dinero a demasiada gente —gente que le daría una paliza por el sencillo placer de hacerlo—. Así que se movía entre las sombras, como todas las criaturas de la noche.

Volvió a comprobar que no había testigos por los alrededores y golpeó la ventana con la palanqueta. Se rompió con un ruido muy satisfactorio. Envolvió el puño en una toalla vieja y apartó el resto de los cristales, antes de subirse al alféizar e introducirse en la casa.

Aterrizó con cautela y tuvo un segundo de duda. Nunca podías estar seguro de lo que te ibas a encontrar en ese tipo de sitios. No había señales de vida, pero ser cuidadoso tenía su recompensa, y agarró con más fuerza la palanca mientras se adentraba en el edificio. No había nada útil en la cocina así que se dirigió al salón.

Esto parecía más prometedor. Colchones abandonados, condones usados y, muy cerca de ellos, sus habituales compañeras de cama, las jeringuillas utilizadas. Sintió esperanza y ansiedad a partes iguales. Por favor, Dios, permite que haya restos suficientes como para procurarme un chute decente. De pronto estaba de rodillas, arrancando los émbolos, metiendo el meñique, escarbando para encontrar un poco de droga que le calmara el sufrimiento. Nada en la primera, nada en la segunda —mierda— y un poquitín en la tercera. Todo ese trabajo por una birra. Se lo pasó por las encías con ansia: tendría que servir, por ahora.

Se dejó caer en un colchón sucio y esperó a que el entumecimiento se apoderara de él. Sus nervios habían estado disparados en las últimas horas, la cabeza le retumbaba, así que quería —necesitaba— algo de paz. Cerró los ojos y respiró lentamente, deseando que su cuerpo se tranquilizara.

Pero algo no estaba bien. Algo que no le estaba dejando relajarse. Algo que...

Plip. Eso era. Un ruido. Un sonido lento pero constante, perturbando el silencio, tamborileando una advertencia insistente.

Plip. ¿De dónde venía? Miró a todas partes, nervioso.

Algo estaba goteando en la esquina de la habitación. ¿Una gotera? Tragándose la irritación que le producía, se levantó sin muchas ganas. Comprobarlo merecía la pena, a lo mejor había algo de cobre por ahí.

Estaba llegando cuando algo le hizo detenerse. No era una gotera. No era agua. Era sangre. Plip, plip, atravesando el techo. Se dio la vuelta y empezó a correr —no es mi puñetero problema—, pero cuando llegó a la cocina se paró. A lo mejor se había precipitado. Después de todo, llevaba algo con lo que defenderse y no se oía ningún movimiento en el piso de arriba. Podría haber pasado cualquier cosa. Alguien podría haberse suicidado, haber sido atracado, asesinado, lo que fuera. Pero a lo mejor había restos que se podían aprovechar, y eso no era algo que se pudiera desdeñar fácilmente.

Un instante de duda, y el ladrón se giró y atravesó la habitación, esquivando el espeso charco de sangre que se iba coagulando para dirigirse al pasillo. Asomó la cabeza, con la palanqueta alzada y dispuesto a utilizarla a la menor señal de peligro.

Pero no había nadie. Con cuidado, empezó a subir las escaleras.

Cric. Cric. Cric.

Cada escalón que pisaba anunciaba su presencia y maldijo en silencio. Si realmente *había* alguien arriba, sabrían que se estaba acercando. Agarró la barra de metal un poco más al llegar al final de las escaleras. Mejor prevenir que curar, así que miró primero en el baño y en el dormitorio de invitados: solo los novatos dejan que les sorprendan por detrás.

Satisfecho porque nadie le había tendido una emboscada, se dirigió al dormitorio principal. Lo que fuera que hubiera sucedido, lo que *fuera*, estaba allí. El ladrón respiró hondo y se adentró en la habitación a oscuras.

Se hundía más y más, el agua salada llenándole la nariz y las orejas. Estaba muy por debajo de la superficie y se le estaba acabando el aliento, pero no titubeó. Unas luces extrañas iluminaban el lecho del lago, convirtiéndolo en algo diáfano y bello, tentándola todavía más.

Ahora estaba abriéndose paso entre la maleza que crecía en el fondo, agarrándose a ella. No se veía nada, cada vez se le hacía más duro, los pulmones le iban a estallar. Habían dicho que estaba allí, pero ¿dónde? Había un cochecito de bebé antiguo, un carro de la compra oxidado, incluso una garrafa de aceite, pero no había señales de...

De repente se dio cuenta de que la habían engañado. Él no estaba aquí. Se giró para poder salir a la superficie. Pero no se podía mover. Volteó la cabeza para descubrir que tenía la pierna izquierda enganchada entre la maraña de yerbajos. Dio una patada con todas sus fuerzas, pero la maleza no cedía. Estaba empezando a perder el conocimiento, no iba a poder aguantar mucho más, pero se obligó a sí misma a relajarse, dejando que su cuerpo descendiera hasta el fondo. Mejor intentar desenredarse con calma que meterse en un embrollo todavía mayor. Agachando la cabeza, hurgó entre los matorrales que la sujetaban, tirando con decisión. Entonces se detuvo. Y aulló, su último aliento escapándosele de la boca. No era la maleza lo que la retenía. Era una mano.

Jadeando, Charlie se incorporó en la cama. Examinó lo que la rodeaba como una salvaje, intentando procesar las diferencias entre los matorrales en el fondo del lago que se la habían tragado y el modesto dormitorio donde ahora se encontraba. Se pasó las manos por el cuerpo, convencida de que tendría el pijama empapado, pero estaba totalmente seca, a excepción de un velo de sudor en la frente. A medida que su respiración se hacía más lenta, se dio cuenta de que había tenido una pesadilla, solo una estúpida pesadilla.

Obligándose a permanecer tranquila, se dio la vuelta para mirar a Steve. Él siempre había tenido el sueño profundo y ella se alegró al ver que estaba a su lado, roncando ligeramente. Se levantó de la cama con cuidado, cogió su bata y salió del dormitorio.

Atravesó el rellano y se dirigió a las escaleras. Caminó más deprisa cuando pasó por delante de la puerta de la otra habitación, y después se reprochó el hacerlo. Cuando se habían enterado de que estaban esperando un hijo, Steve y Charlie habían comentado los cambios que harían en esa habitación —sustituir la cama por una cuna

y un sillón para dar el pecho, cubrir las paredes blancas con un alegre papel amarillo, colocar alfombras gruesas en el suelo—, pero por supuesto toda esa alegría había quedado en nada.

Su bebé había muerto en el tiempo en el que Charlie permaneció secuestrada junto con Mark. Para cuando llegaron al hospital, ella ya lo sabía, pero tenía la esperanza de que los médicos pudieran refutar su más profundo temor. No lo habían podido hacer. Steve había llorado cuando se lo había dicho. Era la primera vez que Charlie le veía llorar, aunque no fue la última. Hubo épocas en los meses posteriores en que Charlie pensó que podría controlarlo, que de alguna manera podría asimilar todas las cosas horribles que le habían sucedido, pero de repente se encontraba sin fuerzas para entrar en la otra habitación, con miedo a observar el fantasma del cuarto infantil que habían diseñado juntos, y entonces se daba cuenta de que la herida seguía aún abierta.

Bajó a la cocina y puso agua a hervir. Últimamente había estado soñando mucho. A medida que se acercaba el día de su vuelta al trabajo, su ansiedad se manifestaba en ese tipo de pesadillas. Se las había guardado para sí, no quería darle a Steve más argumentos.

—¿No podías dormir?

Steve había entrado en la cocina y la estaba mirando. Charlie negó con la cabeza.

—¿Nerviosa?

—¿Tú qué crees? —contestó Charlie, intentando mantener una voz alegre.

—Ven aquí.

Abrió los brazos y ella se refugió en ellos con gratitud.

—Vamos a hacerlo poco a poco —continuó él—. Sé que vas a estar genial, que vas a ir allí..., pero si alguna vez sientes que es demasiado, o que no es lo que quieres hacer, nos lo volvemos a pensar. Nadie va a opinar mal de ti por eso. ¿Vale?

Charlie asintió. Le estaba muy agradecida por su apoyo, por su capacidad de *perdonarla*, pero que tuviera tan decidido que ella abandonara su trabajo la sacaba de quicio. Entendía el hecho de que su marido odiara el cuerpo de policía en ese momento, que detestara a la gente horrible que existía en el mundo, y muchas veces había pensado en seguir su consejo y dejarlo todo. Pero entonces ¿qué? Toda una vida malgastada sabiendo que la habían derrotado. Que la habían expulsado. Que la habían roto. El hecho de que Helen Grace hubiera vuelto a trabajar un mes después de la muerte de Marianne solo había añadido leña al fuego.

Así que Charlie se había plantado, insistiendo en que volvería al trabajo cuando se le acabara la baja. La policía de Hampshire había sido muy generosa al respecto, le había ofrecido todo el apoyo que pudiera necesitar, y ahora le tocaba a ella saldar la deuda.

Se separó de él e hizo dos cafés; ya no tenía mucho sentido volverse a la cama. El agua caliente cayó sobre las tazas de manera errática, saliéndose por los bordes. Charlie miró el hervidor eléctrico con impaciencia, pero la culpa era de su mano

derecha. Se sorprendió al darse cuenta de lo mucho que estaba temblando. Volvió a colocar el hervidor en su soporte, rezando para que Steve no lo hubiese visto.

—Me voy a saltar el café. Creo que hoy con una ducha y una carrera me basta.

Empezó a irse, pero Steve la detuvo, envolviéndola otra vez en sus fuertes brazos.

—¿Estás *segura* de esto, Charlie? —le preguntó, la mirada fija en ella.

Una breve pausa y Charlie respondió:

—Absolutamente sí.

Y con eso se fue. Sin embargo, mientras se tropezaba en la escalera para dirigirse a la ducha, era perfectamente consciente de que su valiente optimismo no estaba engañando a nadie, y menos a ella.

No la quiero.

—Ya hemos tenido esta discusión antes, Helen. Se ha tomado una decisión.

—Pues toma otra. No puedo decirlo más claro. No la quiero de vuelta.

Su voz era pétrea y firme. Normalmente no se mostraba tan agresiva con sus superiores, pero esto era algo que le afectaba tanto que no iba a ceder.

—Hay un montón de buenos oficiales por ahí, escoge alguno de ellos. Así tendré mi equipo y Charlie se puede ir a Portsmouth, Bournemouth, donde quiera. Un cambio de aires le vendrá bien.

—Sé que es duro para ti y lo entiendo, pero Charlie tiene tanto derecho a estar aquí como tú. Trabaja con ella, es una buena policía.

Helen se tragó la grosería que tenía preparada —dejarse secuestrar por Marianne no había sido el punto álgido en la carrera de Charlie— y sopesó su próximo movimiento. La superintendente Ceri Harwood había reemplazado a Whittaker, caído en desgracia, y su presencia ya se estaba dejando notar. Era un tipo de jefe diferente de lo que había sido Whittaker: donde él se había mostrado irascible y agresivo, pero jovial, ella se revelaba tranquila, una comunicadora nata y a menudo sin sentido del humor. Alta, elegante y atractiva, era conocida por ser buena trabajadora y había conseguido brillantes resultados en todos los sitios a los que la habían destinado. Parecía ser bastante popular, pero a Helen le resultaba difícil aceptarla, no solo porque no tenían nada en común —Harwood estaba casada y con hijos—, sino porque carecían de un pasado que compartir. Whittaker había estado en Southampton muchos años y siempre había considerado a Helen como su protegida, ayudándola a subir de nivel. Harwood no tendría tanta indulgencia con ella. No se solía quedar mucho tiempo en ningún sitio y no era el tipo de persona que tenía favoritismos. Su punto fuerte era mantener las cosas en marcha y con buena apariencia. Helen sabía que era por eso por lo que la habían destinado allí. El anterior superintendente suspendido de empleo y sueldo, una inspectora que había disparado y matado a la principal sospechosa de un caso, un sargento que se había suicidado para salvar a su compañera de morir de hambre..., todo era un desastre y los medios de comunicación se habían vuelto locos con todo ese asunto. Emilia Garanita, del *Southampton Evening News*, se había alimentado de esa historia durante semanas, al igual que toda la prensa nacional. En esas circunstancias, no había una sola posibilidad de que Helen cubriera el puesto de Whittaker. Le habían permitido mantener su trabajo, lo que el comisario inspector de la policía había pensado que era un gesto más que generoso. Helen sabía todo esto y lo entendía, pero igualmente le llenaba de rabia. Esa gente

sabía lo que se había visto obligada a hacer. Sabía que había matado a su propia hermana para detener la oleada de asesinatos, y aun así la seguía tratando como a una colegiala traviesa.

—Déjame que hable con ella, por lo menos —insistió Helen—. Si veo que podemos trabajar juntas, a lo mejor logramos encon...

—Helen, de verdad que quiero que seamos amigas —interrumpió Harwood con habilidad—, y es un poco pronto en nuestra relación para que te esté dando órdenes, así que te voy a pedir amablemente que lo dejes. Sé que hay temas que Charlie y tú tendréis que resolver, sé que te llevabas muy bien con el sargento Fuller, pero tienes que ver el conjunto. La gente de la calle piensa que Charlie y tú sois heroínas por haber detenido a Marianne. Y en mi opinión tiene razón, y no quiero hacer nada que empañe esa imagen. Podríamos haberos dado de baja, trasladado o despedido a cualquiera de las dos después del tiroteo, pero eso no habría estado bien. Y tampoco estaría bien ahora dividir este equipo justo cuando Charlie está preparada para volver a trabajar; estaríamos mandando un mensaje completamente equivocado. No, lo mejor que se puede hacer es acoger a Charlie de vuelta, aplaudiros por lo que hicisteis y dejar que sigáis con vuestro trabajo.

Helen sabía que no tenía sentido seguir oponiéndose. De un modo sutil, Harwood le había recordado lo cerca que había estado de que la despidieran. Durante la investigación abierta al público que siguió al interrogatorio de la Comisión Independiente de Reclamaciones contra la Policía, habían sido muchos los que habían solicitado que se le retirara la placa. Por ir ella sola a la caza de Marianne, por engañar deliberadamente a su equipo al cargo, por disparar a la sospechosa sin una advertencia formal...; la lista seguía y seguía. Podrían haber destruido su carrera si hubieran querido —y estaba sorprendida y agradecida de que no lo hubieran hecho—, pero también sabía que estaba en periodo de prueba. Sus «cargos» todavía figuraban en el expediente. Desde ese momento, tendría que escoger sus batallas con cautela.

Helen se resignó con tanta gracia como le fue posible y abandonó el despacho de Harwood. Sabía que no estaba siendo justa con Charlie, que debería haberla apoyado más, pero lo cierto era que no quería volver a verla. Sería como estar enfrente de Mark. O de Marianne. Y a pesar de la fortaleza que había mostrado en los últimos meses, Helen no podía soportar eso.

Al volver al área de Homicidios, Helen se dio cuenta de los murmullos de excitación. Era temprano, pero estaba más llena de gente de lo normal. Su equipo la había estado esperando, y el agente Fortune se apresuró a ponerla al día.

—Se la necesita en Empress Road, inspectora.

Helen ya se estaba poniendo el abrigo.

—¿Qué ha pasado?

—Un asesinato. Nos ha llamado un drogadicto del barrio hace una hora. Ya ha ido

gente, pero creo que sería mejor que se acercase a echar un vistazo.

Los nervios de Helen ya estaban a flor de piel. Había algo en la voz del agente que no había vuelto a oír desde lo de Marianne.

Miedo.

Descartando la moto, Helen condujo hacia la escena del crimen con el sargento Tony Bridges. Le caía bien, era un policía diligente y comprometido, y había llegado a confiar en él. Quienquiera que hubiese reemplazado a Mark como nuevo subinspector habría tenido que trabajar muy duro para ganarse al equipo, pero Tony lo había conseguido. Había ido de frente, sin esquivar las extrañas circunstancias en las que podría parecer que se había beneficiado de la muerte de Mark. Su humildad y sensibilidad con ese tema le habían hecho ganar puntos a ojos de la gente, y ya ocupaba el puesto con una cierta comodidad.

Su relación con Helen era un poco más compleja. No solo por los sentimientos que ella había tenido por Mark, sino porque Bridges había estado allí cuando Helen había disparado contra su propia hermana. Lo había visto todo: Marianne derrumbándose en el suelo, los inútiles intentos de Helen por revivirla. Tony había visto a su jefa en su momento más débil y vulnerable, y eso siempre crearía un cierto malestar entre ellos. Por otro lado, Tony había declarado ante la Comisión, y había insistido en que Helen no había tenido más opciones que disparar a Marianne; había influido decisivamente en que no la despidieran o la bajaran de rango. Helen le había dado las gracias en su momento, pero no habían vuelto a mencionar la deuda entre ellos. Tenías que olvidarte y seguir con tu vida, de otro modo la jerarquía se pondría en peligro. A todos los efectos, ahora trabajaban como cualquier otro inspector y subinspector, pero lo cierto era que siempre compartirían un vínculo forjado en la batalla.

Pasaron por delante del hospital, las luces azules de emergencia parpadeando, antes de atajar por una callejuela lateral y llegar al polígono industrial de Empress Road. No era difícil adivinar a dónde se dirigían. La entrada a la casa abandonada estaba acordonada y ya había una multitud de curiosos rodeándola. Helen atravesó el gentío, sosteniendo la orden judicial en la mano alzada, y Tony tras ella. Un rápido intercambio de palabras con los policías que ya estaban allí mientras se ponían el traje protector, y ya estaban dentro.

Helen subió las escaleras de dos en dos. Independientemente de las cosas que te hayan sucedido, nunca te vuelves inmune a la violencia. A ella no le gustó la expresión de las caras de los oficiales que andaban por allí —como si les hubieran abierto los ojos de una manera brutal— y quería acabar con aquello tan rápidamente como le fuera posible.

La habitación principal estaba llena de investigadores forenses y Helen les pidió que se tomaran un descanso para que Tony y ella pudieran examinar a la víctima. En

esos momentos te haces la fuerte, tragándote el asco por anticipado; de otra manera jamás serías capaz de asimilarlo, ni de formarte una primera y valiosa impresión. La víctima era un hombre blanco, de entre cuarenta y cincuenta años. Estaba desnudo y no había rastro de la ropa ni de ninguna otra cosa. Tenía los brazos y las piernas atados al armazón de hierro de la cama con lo que parecía cuerda para escalar, hecha de nailon, y una especie de capucha le cubría la cabeza. No había sido diseñada para tal propósito —parecía el tipo de bolsa de fieltro que te regalan con unos zapatos o un bolso caro—, pero estaba ahí por una razón. ¿Para ahogarle? ¿O para esconder su identidad? En cualquier caso, estaba claro que no era eso lo que le había matado.

Su torso había sido rajado desde el ombligo hasta la garganta, y después abierto por la fuerza hasta exponer sus órganos internos. O lo que quedaba de ellos. Helen tragó saliva con determinación, dándose cuenta de que como mínimo le habían extirpado algo. Se volvió hacia Tony, que tenía el rostro ceniciento y estaba mirando el agujero sangriento que una vez había sido el pecho de aquel hombre. No solo había sido asesinado, sino destruido. Helen se esforzó por contener una oleada de pánico. Sacó un bolígrafo del bolsillo, se agachó frente a la víctima y levantó con cuidado el borde de la capucha para poder ver la cara del hombre.

Afortunadamente estaba intacta y parecía extrañamente en paz, a pesar de los ojos en blanco que miraban inútilmente al interior de la bolsa de fieltro. Helen no le reconoció, así que apartó el bolígrafo y dejó caer otra vez la tela. Volvió a prestar atención al cuerpo, fijándose en las manchas de la colcha, el charco de sangre coagulada en el suelo, la distancia hacia la puerta. Las heridas del hombre parecían recientes —menos de un día—, así que, si había algún rastro del asesino, estaría allí. Pero no había nada, o, por lo menos, nada que saltara a la vista.

Rodeando la cama, tuvo que esquivar una paloma muerta y se dirigió al otro lado del dormitorio. Solo había una ventana, y estaba cubierta con tablones. Llevaban bastante tiempo allí, a juzgar por el óxido de los clavos. Una casa abandonada en un barrio olvidado de Southampton, con la ventana tapada: el sitio perfecto para matar a alguien. ¿Le torturaron primero? Eso era lo que más le preocupaba a Helen. Las heridas de la víctima eran tan poco usuales, tan elaboradas, que alguien se había tomado muchas molestias. O, peor todavía, había disfrutado con ello. ¿Qué le había llevado a hacerlo? ¿Qué le había *poseído*?

Eso tendría que esperar. Lo más importante ahora era averiguar quién era el cadáver, recuperar un poco de su dignidad perdida. Helen volvió a llamar a los forenses. Había llegado la hora de fotografiarlo todo y poner en marcha la investigación.

Era la hora de saber quién había sido ese pobre hombre.

Era un día como cualquier otro en la casa de los Matthews. Los cuencos de cereales ya vacíos y limpios, las mochilas alineadas en el recibidor y los gemelos poniéndose el uniforme del colegio. Su madre, Eileen, rezongaba como siempre: era increíble lo mucho que tardaban en vestirse. Cuando eran pequeños les había encantado el estatus que les confería el bonito uniforme colegial, y se apresuraban a ponérselo, desesperados por parecer tan adultos e importantes como sus hermanas mayores. Pero ahora que las chicas se habían ido de casa y los gemelos habían entrado en la adolescencia, veían el vestirse de uniforme como algo insoportable, y retrasaban el momento todo lo posible. Si su padre hubiese estado por allí, ya se lo habrían puesto, pero los días que solo estaba Eileen se burlaban de ella. La única manera que tenía de obligarles a hacer algo esos días era amenazar con quitarles la paga semanal.

—Cinco minutos, chicos. Cinco minutos y nos tenemos que ir.

El tiempo seguía pasando. En breve pasarían lista en el instituto Kingswood, la escuela privada a la que asistían los chicos, y a la que no estaba permitido llegar tarde. El instituto era muy rígido con las cuestiones de disciplina, y mandaba cartas a los padres que consideraban impuntuales o laxos. Eileen vivía con miedo a recibir uno de esos sobres, a pesar del hecho de que nunca le había llegado uno al buzón. Por tanto, la rutina matinal estaba muy controlada y normalmente ya habrían salido de casa, pero hoy Eileen estaba un poco desorientada. Las reprimendas que les estaba echando a los chicos eran más por puro hábito que por convicción.

Alan no había vuelto a casa la noche anterior. Eileen siempre se preocupaba cuando él salía a la calle una vez oscurecido. Sabía que era por una buena causa y que él se imponía el deber de ayudar a los más desfavorecidos, pero nunca sabía qué —o a quién— te ibas a encontrar por ahí. Había gente muy mala ahí fuera, solo tenías que leer los periódicos para saberlo.

Normalmente regresaba hacia las cuatro de la mañana. Eileen fingía estar durmiendo, porque sabía que a Alan no le gustaba la idea de que ella se quedara despierta a esperarle, pero lo cierto era que no lograba conciliar el sueño hasta asegurarse de que estaba sano y salvo en casa. A las seis de la mañana no había podido aguantar más, así que había llamado al teléfono de Alan, pero había saltado el buzón de voz. Había pensado en dejar un mensaje, pero al final no lo hizo. Seguro que volvía en breve, y después le diría que era una exagerada. Se preparó el desayuno, pero no podía comer nada, así que este se quedó en la mesa de la cocina, sin tocar. ¿Dónde estaba Alan?

Los chicos ya estaban preparados y mirándola. Habían adivinado su ansiedad,

pero no sabían si burlarse o preocuparse por ella. A los catorce años, eran la típica mezcla entre hombre y niño, deseando ser independientes, adultos, incluso cínicos, pero aferrándose a las rutinas familiares y a las disciplinas que les imponían sus padres. Estaban esperándola para salir, pero Eileen siguió indecisa. Su instinto le gritaba que se estuviera quieta, que esperara a que volviera su marido.

Sonó el timbre y Eileen se apresuró a ir al vestíbulo. El muy tonto se había olvidado la llave. A lo mejor le habían robado. Sería muy típico de él ayudar a algún desgraciado y dejar que le robaran la cartera al mismo tiempo. Tranquilizándose, Eileen abrió la puerta, con la sonrisa más alegre que pudo pintada en la cara.

Pero allí no había nadie. Miró alrededor por si veía a Alan —o a alguien—, pero la calle estaba vacía. ¿Habría sido algún niño jugando?

—Me sorprende que no tengáis mejores cosas que hacer —gritó, maldiciendo en voz baja a los maleducados chiquillos que vivían en la zona más barata de su calle. Estaba a punto de cerrar la puerta, cuando advirtió la caja. Una caja de cartón, como de envío privado, que habían dejado en su puerta. Tenía una etiqueta blanca en la parte superior que rezaba «Para la familia Matthews» y su dirección, mal escrita, con una caligrafía torcida y embrollada. Parecía un regalo, pero no era el cumpleaños de nadie. Eileen volvió a asomar la cabeza, esperando ver a Simon, el cartero, o la furgoneta de alguna empresa de envíos aparcada en la zona de carga y descarga, pero no había nadie.

Los chicos la asaltaron de inmediato, preguntando si podían abrirla, pero Eileen se mantuvo firme. Ella abriría la caja, y, si el contenido pasaba su filtro, se lo enseñaría. La verdad era que no tenían tiempo —ya eran las ocho y cuarenta, por el amor de Dios—, pero mejor abrirla ahora, saciar la curiosidad de los gemelos, y después seguir con la mañana. De repente Eileen se enfadó consigo misma por haber desperdiciado el tiempo y se propuso ponerse en marcha de una vez. Si se apresuraban, todavía llegarían al instituto a tiempo.

Sacó las tijeras de un cajón de la cocina y las deslizó por la línea que marcaba la cinta de embalar que cerraba la caja. Al hacerlo, frunció la nariz; salía un olor muy fuerte del interior. No sabía lo que era, pero no le gustaba. ¿Algo de origen industrial? ¿Animal? Su instinto le decía que volviera a cerrar el paquete y que esperara el regreso de Alan, pero los chicos la estaban acuciando para que terminara..., así que apretó los dientes y abrió la caja.

Y gritó. De repente no podía dejar de chillar, a pesar de que era evidente que estaba aterrorizando a sus hijos con ese bramido. Con lágrimas en los ojos, se apresuraron a acercarse a ella, pero les empujó para que no lo hicieran, enfadada. Cuando se resistieron y le suplicaron que les contara qué estaba pasando, los agarró por el cuello de las camisas y los sacó de la habitación, gritando todo el tiempo para que alguien —quien fuera— viniera a ayudarla.

El paquete culpable de todo se quedó solo. La parte de arriba cayó con desgana, dejando ver la palabra «MALBADO» escrita en color carmesí en la solapa interior. Era

el preámbulo perfecto a lo que guardaba esa caja espantosa. En el interior, forrado con periódicos viejos, había un corazón humano.

Dónde están los demás?

Agarrando la carpeta del expediente, Charlie examinó la oficina. Ya era muy raro estar de vuelta, pero todavía más el hecho de que la comisaría pareciera completamente desierta.

—Un asesinato en Empress Road. La inspectora Grace ha mandado a la mayoría del equipo allí —contestó el agente Fortune, intentando disimular su descontento ante el hecho de que le hubieran dejado en la oficina. Era un policía listo y trabajador, y uno de los pocos de raza negra que trabajaban en la central de Southampton. Estaba destinado a mejores cosas y Charlie sabía que le habría cabreado bastante el hecho de que le hubieran obligado a quedarse allí, para que la acompañara en su vuelta al trabajo. Charlie ya se había sentido mal cuando había entrado al edificio, media hora antes, y la ausencia de un recibimiento oficial hacía que todo fuera peor. ¿Había sido un gesto deliberado? ¿Un modo de hacerle entender que ya no era bienvenida?

—¿Y qué sabemos de esto? —respondió Charlie, fingiendo ser tan profesional como pudo.

—Una prostituta encontrada en el maletero de un coche. Los asesinos se emocionaron un poco con ella, lo que hizo que identificarla fuera bastante trabajoso, pero el ADN lo confirmó. Estaba en la base de datos; su registro de detenciones está en la página tres.

Charlie hojeó el expediente. La chica muerta —una mujer polaca llamada Alexia Louszko— había sido guapísima en vida, con el pelo castaño, múltiples piercings y tatuajes y unos labios carnosos, mullidos. Si te gustaban las góticas, era tu chica. Incluso en la foto de la ficha policial tenía un aura de sexualidad agresiva. Sus tatuajes eran todos de criaturas mitológicas, dándole un aire primario y vagamente animal.

—La última dirección conocida es un piso cerca de Bedford Place —añadió Fortune, intentando ayudar.

—Pues vayamos —contestó Charlie, ignorando las ganas que tenía su compañero de acabar con todo el tema.

—¿Conduces tú o lo hago yo?

La mayoría de las trabajadoras del sexo en Southampton vivían en St. Mary o en Portswood, mezclándose entre los estudiantes, los drogadictos y los inmigrantes ilegales. Así que el hecho de que Alexia viviera en Bedford Place, cerca de las

discotecas y los bares más caros, ya era bastante interesante. Había sido arrestada por prostituirse en la calle hacía un año, pero debía de estar ganando bastante dinero si había conseguido vivir en un barrio tan bueno.

El interior de su piso solo confirmó lo que ya habían imaginado. Al enfrentarse a una orden judicial, el conserje del edificio les dejó entrar de mala gana y, mientras Fortune le interrogaba, Charlie inspeccionó la habitación. Había sido decorada hacía poco, un apartamento diáfano con muebles a la moda pero asequibles. Aparte del sofá en forma de L y una televisión de plasma bastante grande, tenía una mesa de cristal, una cafetera profesional y una gramola con aire retro. Joder, si era más bonita que la casa de Charlie. ¿Ganaba esa chica lo suficiente como para poder adquirir todas esas trampas de la clase media o la mantenía otra persona? ¿Un amante? ¿Su chulo? ¿Alguien a quien estuviera chantajeando?

Ignorando la cocina, Charlie se encaminó directamente a la habitación. Estaba muy limpia y ordenada. Se puso los guantes de látex y empezó a registrarla. Los armarios estaban llenos de ropa, las cajoneras de ropa interior e instrumentos de *bondage*, y la cama se encontraba perfectamente hecha. Un libro de bolsillo —de un autor polaco del que Charlie no había oído hablar— descansaba en la mesilla de noche. Y eso era todo. ¿Eso era todo lo que se podía averiguar de la chica?

El baño tampoco contenía nada interesante, así que Charlie fue a la habitación pequeña, que servía como espacio compartido para tender la ropa y de pequeño despacho. Un teléfono y un ordenador portátil de los baratos en la mesa. Charlie presionó el botón de encendido del portátil. Zumbó como si fuera a encenderse, pero la pantalla permaneció a oscuras. Charlie presionó unas cuantas teclas. Nada.

—¿Tienes una navaja? —preguntó a Fortune. Sabía que tendría una (aunque se suponía que no podía llevarla) porque era ese tipo de hombre. Nada le gustaba más que arreglar una máquina rota delante de sus compañeras del sexo femenino. Una especie de troglodita moderno.

Charlie la cogió y quitó los tornillos que sujetaban la tapa posterior del portátil. Como ya temía, la batería seguía estando en su sitio, pero le habían quitado el disco duro.

Así que el piso sí había sido revisado antes. Desde el momento en el que entró, Charlie tenía la sospecha de que lo habían ordenado. Nadie vivía en un sitio tan impoluto. Alguien que sabía que la policía iba a venir había inspeccionado el piso y lo había despojado de cualquier rastro de Alexia, fuera físico o digital. ¿Qué había estado haciendo para ganar todo ese dinero? ¿Y por qué alguien estaba tan ansioso por esconderlo?

Ya no tenía sentido seguir mirando en los sitios más habituales. Ahora era una cuestión de levantar los muebles, de sacar los colchones y de mirar en los bolsillos. Examinar abajo, arriba, por detrás. Parecía una búsqueda sin sentido y Charlie tuvo que aguantar un montón de bostezos poco sutiles de su compañero —que probablemente se veía a sí mismo dando porrazos en Empress Road—, pero, después

de más de dos horas y media de exploración concienzuda, tuvieron un golpe de suerte.

La cocina tenía una isla con una papelera integrada. Alguien había sacado la bolsa, pero quien lo hubiera hecho no se había dado cuenta de que un papel se había caído en el fondo de la cajonera. Debía de haberse deslizado entre el borde de la papelera y el cajón cuando lo tiraron, y allí se había quedado desde entonces. Charlie lo sacó.

Para su sorpresa era una nómina. A nombre de una mujer llamada Agneska Suriav, que trabajaba en un gimnasio con spa en Banister Park. Parecía auténtica — con su IRPF, su número de la Seguridad Social— y era por un salario bastante generoso. Pero no tenía mucho sentido. ¿Quién era Agneska? ¿Una amiga de Alexia? ¿Un seudónimo? Tenían más preguntas que respuestas, pero era un comienzo. Por primera vez en mucho tiempo, Charlie se sintió satisfecha. A lo mejor, después de todo, existía una vida tras Marianne.

Quiero un silencio absoluto acerca de esto hasta que sepamos algo más. Que no salga nada de entre estas cuatro paredes hasta que yo lo diga, ¿de acuerdo?

El equipo asintió, obediente, mientras Helen hablaba. Bridges, Sanderson, McAndrew y Grounds, los oficiales júnior, los encargados de procesar los datos y los responsables de hablar con los medios de comunicación estaban todos amontonados en el despacho que se había reservado para tal fin. La investigación estaba tomando cuerpo y había un zumbido de nerviosismo en la habitación.

—Está claro que estamos buscando a un individuo o individuos muy peligrosos y es fundamental que los atrapemos cuanto antes. Nuestra prioridad es identificar a nuestra víctima. Sanderson, quiero que hables con los forenses, pero también con las patrullas del barrio; están intentando encontrar testigos en el área y buscando un vehículo que pudiera haber pertenecido a la víctima. Dudo que haya cámaras en ese polígono, pero hablad con los supermercados y los negocios que haya cerca. Puede que tengan algo que nos ayude.

—Me pongo a ello —contestó Sanderson. Era un trabajo aburrido, pero a veces eran las cosas más obvias las que resolvían un caso. Siempre existía la posibilidad de alcanzar la gloria si rebuscabas un poco.

—McAndrew, quiero que hables con las chicas de esa calle. Debía de haber una docena o más en la zona ayer por la noche. Puede que hayan oído o visto algo. No van a querer hablar con nosotros, pero estas cosas son malas para su negocio, así que intenta hacerles entender que nos tienen que ayudar por su propio interés. Puede que se abran más con alguien que no vaya de uniforme, así que deja que te ayuden las patrullas de a pie, pero intenta hacer las entrevistas tú sola.

McAndrew asintió, consciente de que los planes que tenía para esa tarde se habían ido al garete. No era de extrañar que siguiera soltera.

Helen hizo una pausa, y lenta y deliberadamente se puso a colocar las fotos de la escena del crimen —una a una— en el tablón que tenía detrás. Mientras lo hacía, oyó varias respiraciones agitadas. Pocos de los oficiales presentes habían visto antes a un hombre eviscerado.

—La primera pregunta: ¿por qué? —dijo Helen, mientras se daba la vuelta para mirar a su equipo—. ¿Qué hizo nuestra víctima para provocar un ataque como este?

Dejó que la pregunta flotara en el aire, absorbiendo la reacción ante las fotos, antes de continuar:

—Las casas abandonadas de esa calle son utilizadas a diario por putas y yonquis, así que ¿por qué estaba ese hombre ahí? ¿Era un cliente que se negó a pagar? ¿Era un

chulo que intentó estafar a alguien? ¿O un camello que no pagó a tiempo a sus suministradores? Lo salvaje de este ataque indica una furia muy real, o el deseo de dejar las cosas muy claras cuando se haga público. Esto no es un crimen pasional. Nuestro asesino venía muy bien preparado —cuerdas de nailon, cinta de embalar, un arma— y se tomó su tiempo. El departamento forense tendrá que confirmarlo, pero parece que la víctima se desangró hasta la muerte, dada la saturación de la sangre encontrada en el cuerpo y en el suelo. No es que al asesino le entrara miedo y huyera. No tenía miedo de que le pillaran, estaba completando su trabajo tranquilamente, abriendo a la víctima en dos antes de...

Helen se detuvo un momento antes de terminar la frase.

—... antes de arrancarle el corazón.

Uno de los procesadores de datos parecía tener la cara un poco verde, así que Helen siguió con la explicación.

—Lo que me parece a mí es que fue una trampa. Como castigo. Pero ¿por qué? ¿Es parte de una disputa territorial entre camellos? ¿Un aviso a una banda rival? ¿Le debía dinero la víctima a alguien? ¿Fue un robo? Las putas y los chaperos a veces torturan a sus clientes para que les den el código de sus tarjetas, ya ha pasado antes. ¿O es otra cosa diferente?

Era la posibilidad de que fuera otra cosa lo que aterrizzaba a Helen. ¿Era el corazón alguna especie de trofeo? Helen apartó el pensamiento de su cabeza y retomó la exposición. No tenía sentido adelantarse y empezar a imaginar cosas macabras que, con suerte, tendrían una explicación más mundana.

—Necesitamos extender nuestra red tanto como nos sea posible. Prostitución, bandas callejeras, drogas, rencillas entre criminales. Es bastante probable que el asesino o asesinos se den a conocer en las próximas veinticuatro horas. Puede que se estén cagando de miedo o puede que estén eufóricos. Es difícil quedarte tranquilo después de hacer algo como esto. Así que ojos abiertos y oídos atentos a cada fuente, cada pista. Desde este momento este caso es nuestra máxima prioridad. De todo lo demás se pueden ocupar otros.

Todo el mundo sabía que se refería a Charlie. Helen todavía no la había visto, pero no tardaría mucho en encontrarse con ella. Había decidido mostrarse educada y formal, como hacía siempre que estaba nerviosa, pero no sabía si sería capaz de conseguirlo. En el pasado su máscara había sido impenetrable, pero ya no lo era. Habían sucedido demasiadas cosas, se había revelado demasiado de su pasado como para que la gente se creyera al personaje que interpretaba antes.

El despacho se había quedado vacío, mientras los oficiales se apresuraban a cancelar planes, aplacar a los seres queridos y coger algo de comer ante la expectativa de pasarse la noche trabajando. Así que Helen estaba sola, perdida en su propia mente, cuando Tony Bridges volvió.

—Parece que hemos encontrado a nuestro hombre.

Helen se despertó de su ensimismamiento.

—Recepción ha cogido una llamada de una mujer histérica a la que le acaban de dejar un corazón humano en la puerta de su casa. Su marido no volvió a casa anoche.

—¿Nombre?

—Alan Matthews. Casado, cuatro hijos, vive en Banister Park. Es un hombre de negocios, lidera varios fondos de recaudación para obras de caridad, y es un miembro prominente de la Iglesia baptista local.

Tony había intentado decir esto último sin hacer una mueca, pero no lo había conseguido. Helen cerró los ojos, consciente de que las próximas horas iban a ser muy desagradables para todos los afectados. Un padre de familia había muerto de una manera horrible en un sitio frecuentado por prostitutas; no había una manera bonita de contarlo. Pero la experiencia le había enseñado que disimular la verdad no ayudaba en nada, así que cogió el bolso y le hizo un gesto a Tony para que la siguiera.

—Acabemos con esto.

Eileen Matthews estaba aguantando a duras penas. Sentada muy recta en el sofá, tenía la mirada fija en la inspectora de la policía a la que le estaba relatando las cosas horribles que le habían sucedido en las últimas horas. La inspectora estaba acompañada por otro agente, Tony, y un funcionario asesor de familias, cuyo nombre ya había olvidado, pero Eileen solo tenía ojos para la inspectora.

Los gemelos ya estaban acomodados y a salvo con unos amigos. Eso era lo correcto, pero Eileen ya empezaba a arrepentirse. ¿Qué estarían pensando? Tenía que estar allí y responder a las preguntas que le hacían, pero todo lo que le apetecía era escapar del salón, buscar a sus niños, abrazarles bien fuerte y no dejarles ir jamás. No obstante, se quedó donde se encontraba, atrapada por las preguntas de la inspectora, paralizada por lo que le había pasado.

—¿Es este su marido?

Helen le pasó a Eileen una foto del rostro de la víctima. Le echó un vistazo rápido y después miró al suelo.

—Sí.

Respondió en voz baja, sin emoción alguna. Todavía se encontraba en estado de shock, manteniendo las lágrimas a raya. Su cerebro estaba intentando digerir todos esos extraños sucesos.

—¿Está...? —consiguió decir.

—Sí, me temo que es así. Y siento mucho su pérdida.

Eileen asintió, como si Helen hubiera confirmado lo que era obvio, algo cotidiano, pero solo estaba escuchando a medias. Quería apartar de su vista todo eso, fingir que no había pasado nada. Su mirada estaba fija en las múltiples fotos familiares que adornaban la pared del salón: escenas de una familia feliz.

—¿Hay alguien a quien podamos llamar para que se quede con usted?

—¿Cómo murió? —contestó Eileen, ignorando la pregunta de Helen.

—Todavía no estamos seguros. Pero debería saber que no fue un accidente. Ni un suicidio. Estamos investigando un asesinato, Eileen.

Otro puñetazo.

—¿Quién haría algo así? —Por primera vez, Eileen miró a Helen a los ojos. Su cara era la viva imagen del desconcierto—. ¿Quién haría algo así? —repitió—. ¿Quién...?

Las palabras se fueron muriendo en su boca mientras señalaba hacia la cocina, donde un par de oficiales forenses estaban fotografiando el corazón antes de llevárselo.

—No lo sabemos —respondió Helen—. Pero vamos a averiguarlo. ¿Me puede decir dónde estuvo su marido ayer por la noche?

—Donde siempre está los martes por la noche. Ayudando en el comedor social de Southbrook Road.

Tony lo escribió en su libreta.

—¿Así que es algo que hace de manera habitual?

—Sí, Alan colabora mucho con la Iglesia a la que vamos, los dos lo hacemos, y nuestra religión pone mucho énfasis en ayudar a los más desfavorecidos.

Eileen se dio cuenta de que se estaba refiriendo a su marido en presente. Una vez más le abrumó lo espantoso que era todo. No podía estar muerto, ¿verdad? Un ruido en el piso de arriba hizo que se sobresaltara. Pero no era Alan paseando por su despacho; eran los otros policías hurgando entre sus cosas, llevándose el ordenador, robándole su presencia a la casa.

—¿Hay alguna razón para que estuviera por el barrio de Bevois Valley anoche? En particular, en Empress Road.

—No. Debió de estar en Southbrook Road desde las ocho de la tarde hasta..., bueno, hasta que se les acabara la sopa. Siempre hay demasiada gente para los recursos tan limitados de los que disponen, pero hacen lo que pueden. ¿Por qué?

Eileen no quería saber la respuesta pero se vio obligada a preguntar.

—Alan fue encontrado en una casa abandonada en el polígono industrial de Empress Road.

—Eso no tiene ningún sentido.

Helen no dijo nada.

—Si le hubiera atacado una de esas personas en el comedor social, estoy segura de que no le habría arrastrado por medio Southampton...

—Hemos encontrado su coche muy cerca de la casa. Estaba perfectamente aparcado y cerrado con llave. ¿Hay alguna razón por la que hubiera podido ir por su propia voluntad?

Eileen la miró. ¿Qué le estaba intentando decir?

—Hacer este tipo de preguntas, aunque sean difíciles, es parte de mi trabajo, Eileen. Necesito plantearlas si queremos llegar a saber qué es lo que ha pasado. Empress Road es frecuentado por prostitutas que buscan clientela, y de vez en cuando algún camello que suministra drogas. ¿Ha sido alguna vez Alan consumidor de prostitución o de drogas, que usted sepa?

Eileen se quedó demasiado atónita como para responder, aunque un segundo después explotó:

—¿Acaso no ha oído una sola palabra de lo que le he dicho? Somos una familia religiosa. Alan es un diácono de nuestra Iglesia.

Pronunció las palabras muy lentamente, como si estuviera hablando con un tonto.

—Era un buen hombre que se preocupaba por los demás. Tenía una misión en esta vida. Si se puso en contacto con prostitutas o camellos fue solo para ayudarles.

Jamás conocería a una prostituta de *esa* manera.

Helen fue a decir algo, pero Eileen no había terminado.

—Algo espantoso sucedió ayer por la noche. Un hombre bueno y honrado se ofreció a ayudar a alguien y, a cambio de eso, le atracaron y le mataron. Así que en vez de insinuar ese tipo de... cosas, ¿por qué no sale de mi casa y encuentra al *hombre* que le haya hecho esto?

Y las lágrimas brotaron. Eileen se levantó del sofá y salió de la habitación; no iba a llorar frente a esa gente, no le iba a dar esa satisfacción. Se dirigió a su dormitorio y se dejó caer en la cama que había compartido con su marido durante treinta años y lloró hasta quedarse vacía.

El hombre subió con cuidado las escaleras, tomando la precaución de esquivar la madera que crujía en el quinto peldaño.

Cruzó el rellano, pasó por delante de la habitación de Sally y se dirigió a la habitación de su mujer. Resultaba curioso cómo pensaba siempre en el dormitorio como la habitación de su mujer. Un momento de duda, y empujó la puerta para que se abriera. Hizo bastante ruido; las bisagras chirriaron mientras giraban.

El hombre contuvo la respiración.

Pero no se oía nada, no la había despertado. Así que entró con cautela.

Estaba muy dormida. Por un instante una oleada de amor le recorrió el cuerpo, seguida de un pequeño espasmo de vergüenza. Parecía tan inocente y tranquila ahí tumbada. Tan feliz. ¿Cómo habían llegado a esto?

Salió rápidamente y bajó las escaleras. Pensárselo solo haría que dudara todavía más. Había llegado la hora, así que no tenía sentido vacilar. Abrió la puerta de la casa en silencio, echó un último vistazo a su hogar y desapareció en la noche.

El cartel era discreto; si no sabías que estaba ahí, te pasaba inadvertido.

Salud y Bienestar Brookmire. Qué extraño que una empresa fuera tan tímida en anunciar su presencia. Charlie presionó el telefonillo; le respondieron rápidamente.

—Policía —gritó Charlie, intentando hacerse oír por encima del estruendo de la calle. Hubo una pausa, quizás más larga de lo necesario, y le abrieron el portal. Charlie ya notaba que no iba a ser muy bien recibida.

Subió por las escaleras al piso de arriba. La sonrisa que la saludó era amplia pero falsa. Una mujer joven, pulcra y atractiva, con un reluciente uniforme blanco y con el pelo bien recogido en una coleta le preguntó en qué podía ayudarla, claramente sin intención de serle de ayuda en absoluto. Charlie no dijo nada, inspeccionando el sitio; parecía un spa de lujo e incluso olía como tal. Finalmente la mirada de Charlie se posó en la recepcionista, cuya etiqueta de identificación revelaba que se llamaba Edina. Tenía acento polaco.

—Me gustaría hablar con el encargado —dijo Charlie, tendiéndole su placa policial para reforzar la orden.

—No está aquí. ¿Puedo ayudarla yo?

La misma sonrisa forzada. Irritada, Charlie rodeó la mesa y se dirigió al pasillo que al fondo daba a más habitaciones.

—No puede ir...

Pero Charlie siguió caminando. Era bastante agradable: una serie de cabinas para tratamiento y, aparte, una cocina comunal. Un niño mulato estaba sentado a la mesa jugando con un tren. Miró hacia arriba, vio a Charlie y le sonrió. Ella no pudo evitar devolverle el gesto.

—El encargado regresará mañana. ¿Le importaría volver entonces? —Edina había alcanzado a Charlie.

—A lo mejor. Mientras tanto, querría preguntarte algunas cosas acerca de una empleada. Una mujer llamada Agneska Suriav.

Edina parecía no reconocer el nombre, así que Charlie le dio una fotocopia de la nómina de Agneska.

—Sí, sí. Agneska es una de nuestras terapeutas. Ahora mismo está de vacaciones.

—En realidad está muerta. Fue asesinada hace dos días.

Por primera vez, Charlie vio una reacción genuina: shock. Se produjo un silencio mientras Edina asimilaba eso, y después masculló:

—¿Cómo murió?

—Fue estrangulada y luego mutilada.

Charlie esperó a que lo procesara, antes de continuar:

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Hace tres o cuatro días.

—¿Era amiga tuya?

Edina se encogió de hombros, sin querer decantarse por un lado o por el otro.

—¿De qué trabajaba aquí?

—Era nutricionista.

—¿Le iba bien?

—Sí —contestó Edina, aunque la pregunta pareció hacerle gracia.

—¿Cuánto cobraba?

—Tenemos una lista de precios aquí. Le puedo enseñar...

—¿Daba un servicio completo o tenía alguna especialidad?

—No comprendo lo que quiere decir.

—Ya he investigado a Agneska y no he visto ningún título de Nutrición. Su nombre real era Alexia Louszko y era una prostituta..., al parecer bastante buena. También era polaca. Como tú.

Edina no dijo nada. Estaba claro que no le gustaba a dónde se dirigía la conversación.

—Empecemos otra vez, ¿de acuerdo? —concluyó Charlie—. ¿Por qué no me cuentas a qué se dedicaba aquí Alexia?

Se produjo un silencio muy largo. Finalmente Edina respondió:

—Como ya he dicho, el encargado estará de vuelta mañana.

Charlie se rio.

—Eres buena, Edina. Eso te lo concedo.

Sus ojos se posaron en el pasillo que daba acceso a las cabinas de tratamiento.

—¿Qué pasaría si entro en una de esas habitaciones ahora mismo? La habitación 3 está ocupada. Si abriera la puerta de una patada, ¿qué me encontraría? ¿Lo vemos?

—Como quiera. Mientras tenga una orden judicial.

Edina ya no estaba fingiendo ser simpática. Charlie se replanteó su estrategia de ataque; la chica no era una novata.

—¿De quién es ese niño? —preguntó Charlie, señalando a la cocina.

—De un cliente.

—¿Cómo se llama?

Una breve pausa, y después:

—Billy.

—Su nombre de verdad, Edina. Y si me mientes otra vez, te arresto.

—Richie.

—Lámale.

—No tiene por qué...

—Lámale.

Dudó, pero finalmente:

—RICHIE.

—Dime, mamá —se oyó desde la cocina.

La mirada de Edina estaba fija en el suelo.

—¿Quién es el padre? —Charlie continuó el ataque.

De repente los ojos de Edina se llenaron de lágrimas.

—Por favor, no le meta, ni a él ni al niño. Esto no tiene nada que ver con...

—¿Tienen papeles?

El silencio por respuesta.

—¿Están en este país de manera ilegal?

Una larga pausa. Al final Edina asintió.

—Por favor... —fue todo lo que pudo decir para aplacar a Charlie.

—No estoy aquí para causarte ningún problema, ni a tu hijo, pero necesito saber qué hacía Alexia aquí. Así que o empiezas a hablar o hago una llamada de teléfono. Tú eliges, Edina.

No había elección, por supuesto. Y a Charlie no le sorprendió la respuesta de Edina.

—Aquí no. En la cafetería de la esquina, en cinco minutos.

Se apresuró a volver con su hijo. Charlie suspiró con alivio. Era extraño meterse en batallas otra vez y de repente se sentía muy cansada. No había esperado que su primer día tras la baja fuera tan agotador. Pero sabía que le quedaba lo peor. Esa noche todo el departamento había quedado para tomar unas copas y darle la bienvenida. La hora de enfrentarse a Helen Grace.

Por primera vez en años, a Helen le apetecía una copa. Había visto lo que el alcohol había hecho a sus padres y eso había sido suficiente como para no acercarse a él, pero de vez en cuando lo necesitaba. Esa noche se encontraba muy tensa. La entrevista con Eileen Matthews había ido fatal, y el asesor de familias no había tardado en hacérselo notar. Era muy poco lo que Helen podría haber hecho de otra manera —tenía que hacer esas preguntas—, pero todavía lamentaba haber disgustado a una persona que no tenía la culpa y ya estaba lo bastante afligida. Al final, no tuvieron más remedio que marcharse, sin haber averiguado nada que les pudiera servir.

Helen había ido en moto directamente desde la casa de Eileen hasta el bar Parrot and Two Chairmen y Tony la había seguido con el coche. Situado a un par de manzanas de la comisaria de Southampton, era el lugar tradicional para las fiestas de jubilación y cosas similares. Esa noche iban a celebrar la vuelta al trabajo de Charlie; otra tradición estúpida. Helen se armó de valor y entró; Tony iba a su lado, intentando tal vez con demasiado ahínco estar un poco más alegre y relajado de lo habitual... Todo para encontrarse con que Charlie todavía no había llegado. Todavía estaba trabajando, pero se esperaba que llegara en breve.

La gente se puso a charlar de cosas sin importancia, pero nadie tenía muy claro qué hacer. Echaban ojeadas rápidas a la puerta del bar, hasta que de repente apareció ella. Charlie se acercó al grupo —¿también querría acabar rápido con todo eso?— y como por arte de magia la multitud se apartó, dejando que se encontrara con su jefa.

—Hola, Charlie —dijo Helen. No era de lo más inspirado, pero tendría que valer.

—Jefa.

—¿Qué tal tu primer día?

—Bien. Ha estado bien.

—Bien.

Silencio. Gracias a Dios, Tony acudió en ayuda de Helen:

—¿Has empapelado ya a alguien?

Charlie se rio y negó con la cabeza.

—Estás perdiendo la magia, chica —continuó Tony—. Sanderson, me debes un billete de cinco.

La gente se rio y todos volvieron a apiñarse, dando palmaditas en la espalda de Charlie, pagándole las copas, acribillándola a preguntas. Helen hizo lo que pudo por participar —le preguntó por Steve, por sus padres—, pero sin verdaderas ganas. Cuando vio una oportunidad, se escapó al baño. Necesitaba estar sola.

Entró en uno de los cubículos y se sentó. Estaba un poco mareada y apoyó la

cabeza entre las manos. Las sienes le palpitaban, tenía la garganta seca. Sorprendentemente, Charlie daba la impresión de estar bien —no se parecía en nada al despojo humano que había conseguido escapar del cautiverio—, pero verla había sido más duro de lo previsto. Sin ella alrededor como recordatorio, Helen se había vuelto a acomodar a la vida en la comisaría. Cuando ascendieron a Tony a subinspector y admitieron a nuevos oficiales de policía, había sido casi como trabajar con un nuevo equipo. El regreso de Charlie le hacía viajar al pasado y recordar todo aquello que había perdido.

Helen salió del cubículo y se lavó las manos con meticulosidad. Sonó el ruido de una cisterna y a sus espaldas se abrió una puerta. Helen miró al espejo y puso mala cara.

Acercándose a ella estaba Emilia Garanita, jefa de la sección de Sucesos en el *Southampton Evening News*.

—Qué curioso encontrarnos por aquí —dijo Emilia, con la más amplia de las sonrisas.

—Yo habría dicho que este es tu ambiente natural, Emilia.

Era un ataque bastante gratuito, pero Helen no pudo resistirse. No le gustaba esa mujer, ni en el plano profesional ni en el personal. El hecho de que lo hubiera pasado mal en la vida —la cara de Emilia había quedado desfigurada por un ataque con ácido hacía años— le importaba un bledo a Helen. Todo el mundo sufría, eso no tenía por qué convertirte en una gilipollas sin compasión.

La sonrisa de Emilia no varió; le gustaba la pelea, como Helen sabía por propia experiencia.

—Pues estaba esperando que nos encontráramos, inspectora —continuó. Helen se preguntó si el énfasis en la última palabra era para remarcar el hecho de que la carrera de Helen se había estancado—. He oído por ahí que tenéis un asesinato bastante macabro en Empress Road.

Helen había dejado de preguntarse cómo accedía Emilia a la información. Siempre había algún policía novato al que se le escapaba algo cuando Emilia le sometía con su rayo láser. Tanto si se sentían intimidados por ella como si simplemente querían escapar de sus garras, al final le terminaban dando lo que les pedía.

Helen le echó una mirada y salió del baño, encaminándose otra vez hacia la sala del bar. Emilia se colocó a su lado.

—¿Alguna teoría por ahora? Me han contado que ha sido una carnicería.

No dijo nada del corazón. ¿Era porque no lo sabía o porque estaba intentando engatusar a Helen al omitirlo?

—¿Se sabe ya quién es la víctima?

—No está confirmado, pero serás la primera en enterarte.

Emilia sonrió, pero no tuvo oportunidad de contestar.

—Emilia, qué alegría verte. ¿Me invitas a una copa? —Ceri Harwood se les

estaba acercando. ¿De dónde había salido?

—¿Con mi sueldo de periodista? —se negó Emilia, de buen humor.

—Entonces te invito yo —respondió Harwood, y se la llevó a la barra.

Helen las observó mientras se iban, sin saber si Harwood la había rescatado de Emilia o se había entrometido para que Helen no cabreara al cuarto poder. De cualquier manera se alegraba. Echó un vistazo a su equipo. Felices, relajados y con unas cuantas copas encima, todos hablaban animadamente, contentos por la vuelta de Charlie.

Helen se sintió como una bruja en un bautizo. La única persona incapaz de darle a Charlie la bienvenida de corazón. La gente no se había dado cuenta de que no estaba allí, dándole la oportunidad perfecta.

Necesitaba estar en otro lugar.

Se subió a la moto y se puso el casco, lo que le proporcionaba un anonimato temporal. Metió la llave, comprobó el acelerador, quitó el freno y se alejó rugiendo por la calle a oscuras. Se alegraba de perder de vista a Emilia y a Charlie. Ya había tenido suficiente por un día, más que suficiente.

La hora punta había pasado hacía tiempo y Helen se deslizó sin dificultad por las calles vacías. En momentos como ese se sentía realmente a gusto en Southampton. Era como si hubieran limpiado las calles para ella, como si fuera de su propiedad, un sitio donde podría existir sin que la molestaran. Poco a poco, su ánimo fue subiendo. No solo por dónde estaba, sino por a dónde se dirigía.

Dejó la moto, llamó tres veces al telefonillo y esperó. Un zumbido —una grata acogida— y pudo entrar.

Jake la estaba esperando con la puerta abierta. Helen sabía que no hacía esto con otros clientes; los peligros asociados a su negocio significaban que siempre verificaba la identidad del cliente a través de la mirilla antes de abrir la puerta blindada. Pero él ya sabía que era Helen —las tres llamadas eran un código— y, además, ahora conocía a lo que ella se dedicaba.

No siempre había sido así, por supuesto. Durante el primer año de su relación comercial, ella no le había contado nada, a pesar de los numerosos intentos de Jake por entablar una conversación. Pero los recientes acontecimientos habían cambiado todo eso; los dominadores también leían los periódicos. Gracias a Dios, era demasiado profesional como para mencionarlo. Tenía ganas, suponía ella, pero Jake sabía lo mucho que Helen había sufrido, lo mucho que odiaba que hubieran sacado su vida a la luz. Así que mantenía la boca cerrada y los consejos guardados.

Este era el espacio de Helen. Un sitio donde podía ser el libro cerrado que había sido antes. Un viaje al pasado, cuando su vida estaba bajo control. Aunque no hubiera sido feliz del todo, por lo menos sí que se había encontrado tranquila. Y un rato de paz era lo que más le apetecía ahora mismo. Ciertamente corría un riesgo al ir allí —a

muchos otros policías les habían echado del trabajo por sus estilos de vida «poco convencionales»—, pero era un riesgo que Helen estaba dispuesta a correr.

Se despojó de la cazadora, el traje y la blusa, colgando todo en las perchas de diseño que Jake tenía en el armario. Se quitó los zapatos y se quedó en ropa interior. Podía sentir cómo su cuerpo se iba relajando. Jake estaba de espaldas —tan discreto como de costumbre—, pero Helen sabía que estaba deseando mirarla. Eso le gustaba —le hacía sentir bien—, quería que la observara. Pero no puedes tener ambas cosas. La privacidad y la intimidad entre dos personas se excluyen mutuamente.

Helen cerró los ojos y esperó el primer golpe. A punto por fin de aliviarse, de repente se le empezaron a ocurrir todo tipo de pensamientos tóxicos, perturbando su mente. Recuerdos de Marianne y Charlie, de la gente a la que había abandonado, del daño que había hecho, del daño que *todavía* estaba causando.

Jake dejó caer la fusta con firmeza sobre su espalda. Otra vez, con más fuerza. Se paró un momento mientras el cuerpo de Helen reaccionaba a los golpes, y, justo cuando empezaba a relajarse, la azotó otra vez. Helen sintió el espasmo de dolor disolverse en un hormigueo por todo su ser. El corazón le latía con rapidez, el dolor de cabeza empezaba a desaparecer, las endorfinas le recorrían el cerebro. Sus pensamientos más oscuros huían a pleno galope; su salvación era el castigo, como siempre. Mientras Jake utilizaba la fusta una vez más, Helen se dio cuenta de que por primera vez en bastante tiempo se sentía totalmente relajada. Y, lo que era más, se sentía feliz.

Se había dejado puesto el anillo de casado. Mientras manejaba el volante, atravesando el viaducto Redbridge, se fijó en la banda dorada que rodeaba su anular. Maldijo en silencio, todavía era un novato en todo esto. La miró y se dio cuenta de que ella había notado su incomodidad.

—No te preocupes, cariño. La mayoría de mis clientes están casados. No juzgo a nadie.

Le sonrió para reforzar la idea y después miró por la ventanilla. Él se atrevió a mirarla otra vez, deleitándose. Era tal y como había esperado que fuera. Joven, en forma, sus largas piernas enfundadas en unas botas hasta los muslos. Minifalda, una camiseta que dejaba entrever sus grandes pechos y unos guantes hasta los codos. ¿Eran para provocar o para resguardarse del frío? La piel clara y los pómulos prominentes, y esa melena tan maravillosa, oscura, larga y lisa.

La había recogido en la carretera del cementerio, al sur de Common. No había nadie por ahí a esas horas de la noche, lo que les venía bien a los dos. Se dirigieron al oeste, cruzaron el río y fueron por una callejuela lateral, siguiendo sus instrucciones. Se estaban acercando a la ciénaga de Eling, un terreno solitario cerca de los muelles. Durante el día, los amantes de la naturaleza iban allí a observar la fauna silvestre, pero, por las noches, había otro tipo muy diferente de visitantes.

Detuvo el coche y por un instante se quedaron en silencio. Ella buscó en su bolso un preservativo, colocándolo en el salpicadero.

—Vas a tener que echar el asiento para atrás, o no voy a ser capaz de hacer nada —le dijo con delicadeza.

Él sonrió y echó el asiento para atrás bruscamente, bajándolo lo suficiente como para proporcionarles más espacio. Su mano enguantada ya le estaba acariciando levemente la entrepierna, provocándole una erección.

—¿Te importa si me los dejo? —le preguntó—. Así es más divertido.

Él asintió; la lujuria no le dejaba hablar. Ella empezó a bajarle la cremallera.

—Cierra los ojos, cariño, y deja que cuide de ti.

Hizo lo que se le ordenaba. Ella tenía el mando y a él le encantaba la idea. Era agradable que de vez en cuando cuidaran de uno, ser libre de las responsabilidades, darse algún placer. ¿Cuándo había tenido la oportunidad de hacerlo?

Sin querer, en su mente surgió una imagen de Jessica. Su esposa desde hacía dos años, la madre de su niña, sin sospechar nada, traicionada de esa manera... Apartó a un lado el pensamiento y la repentina intromisión de la vida real. Ahí no había espacio para ella. Esta era su fantasía hecha realidad. Este era su momento. Y a pesar

del sentimiento de culpa que le rondaba, iba a disfrutarlo.

Ya era casi medianoche cuando regresó. La casa se encontraba en silencio y a oscuras, como siempre parecía estar ya. Nicola estaría durmiendo apaciblemente en la planta de arriba, la chica que la cuidaba sentada a su lado, leyendo un libro con la ayuda de una linterna. Normalmente era una imagen que le animaba —un refugio cómodo para su mujer—, pero esa noche se entristeció solo con pensarlo. La sensación de pérdida le abrumó inesperadamente.

Dejando las llaves en la mesa, Tony Bridges se apresuró a subir para darle el relevo a Anna, que le había estado ayudando a cuidar de Nicola los últimos dieciocho meses. Tony fue súbitamente consciente de que había bebido demasiado. Había dejado el coche enfrente del bar y había vuelto en un taxi, permitiéndose el lujo de tomar alcohol. Embriagado por la alegría de que Charlie hubiese vuelto, había terminado bebiéndose cuatro o cinco pintas de cerveza, y se tambaleó levemente al ascender por la escalera. Por supuesto que le estaba permitido tener una vida, pero siempre se sentía avergonzado cuando Anna —o lo que era peor, la madre de Nicola — le pillaba borracho. ¿Le delataría la voz? ¿El olor de su aliento? Intentó parecer sobrio y entró en la habitación de Nicola.

—¿Qué tal ha estado?

—Muy bien —contestó Anna, sonriendo. Siempre sonreía, gracias a Dios—. Ha cenado y le he leído unos cuantos capítulos.

Sostenía entre sus manos *Casa desolada*. A Nicola siempre le había gustado Dickens —su favorito era *David Copperfield*—, así que estaban repasando toda su obra. Era un proyecto para que Nicola tuviese algo con lo que entretenerse, y parecía disfrutar con las historias de héroes y villanos.

—Estábamos llegando a la parte interesante —continuó Anna— y quería que siguiera leyendo, así que tuvo un par de capítulos de propina. Pero se empezó a quedar dormida para cuando estaba terminando; puede que tengas que volver a leérselos mañana. Asegúrate de que no se pierde nada.

Tony se sintió muy sensible de repente, emocionado por el cariño que Anna le mostraba a su esposa. Con miedo a que le fallara la voz, le dio una palmada en el brazo, le dio las gracias apresuradamente y la dejó que se fuera a su casa.

Nicola había sido su amor de la infancia y se habían casado muy jóvenes. La vida les iba muy bien, pero, dos días antes de cumplir veintinueve años, Nicola había sufrido un derrame. Había logrado sobrevivir, pero su cerebro había quedado muy dañado y ahora sufría síndrome de enclaustramiento. Podía ver y era consciente de lo que estaba pasando a su alrededor, pero solo era capaz de mover los ojos, debido a la

parálisis que atenazaba su cuerpo. Tony cuidaba de ella con amor, enseñándole pacientemente a comunicarse con la mirada, contratando a cuidadores o pidiendo a la familia que se quedara con ella cuando él tenía que irse a trabajar, pero seguía sintiendo que era un mal marido. Impaciente, egoísta, frustrado. La verdad era que hacía todo lo que podía por ella, pero eso no le impedía castigarse a sí mismo. Sobre todo cuando se lo había estado pasando bien. Entonces se sentía despreciable e indigno de ella.

Le acarició el pelo, la besó en la frente y después se fue a su habitación. Incluso en ese momento, dos años después del derrame, el hecho de que durmieran en habitaciones separadas aún le dolía. Dormir por separado era para las parejas que ya no se amaban, para los matrimonios que eran solo fachada, no para Nicola y él. Ellos se merecían algo mejor.

No tenía ganas de desvestirse, así que se sentó en la cama y hojeó *Casa desolada*. Al principio de todo, cuando aún estaban saliendo, Nicola le había leído extractos de Dickens en voz alta. Inicialmente se había sentido incómodo —nunca había sido un gran lector, y aquello le parecía un poco pretencioso—, pero había llegado a gustarle. Cerraba los ojos y se dejaba acunar por su dulce voz, jugando con las palabras. Nunca había sido más feliz que entonces, y habría matado por tener una grabación —solo una— en la que ella le leyera.

Pero nunca la tendría, y las fantasías no te llevan a ninguna parte, así que se acomodó para leer el libro. No era mucho, pero tendría que bastar por el momento.

Las luces de Southampton brillaban en la distancia. El puerto se utilizaba las veinticuatro horas del día e incluso a esas horas debía de ser una colmena de actividad, grúas gigantescas descargando los contenedores que llegaban de Europa continental, del Caribe y de más allá. Los montacargas estarían recorriendo el embarcadero de un lado a otro mientras los hombres se insultaban entre ellos, disfrutando del compañerismo del turno de noche.

En la ciénaga de Eling todo estaba en silencio. Hacía una noche muy fría y un viento glacial ascendía desde el río, zarandeando el coche que permanecía solo en la oscuridad. La puerta del lado del conductor estaba abierta y la lámpara del interior encendida, derramando una débil luz sobre la sombría escena.

Le sujetó por los tobillos y empezó a tirar. Pesaba más de lo que parecía y tuvo que usar toda su fuerza para poder maniobrar en ese terreno tan desigual. El camino era fácil, aunque avanzaba lentamente, y dejaron un surco tras ellos. La cabeza de él se golpeó contra una roca mientras ella intentaba hacerle pasar a través de una pequeña zanja. Se revolvió un poco, pero no demasiado. Ya estaba demasiado ido para ello.

Ella miró a su alrededor rápidamente, cerciorándose de que estaban solos. Satisfecha, colocó el bolso en el suelo y lo abrió, revelando lo que contenía. Sacó un rollo de cinta de embalar y cortó un pedazo. Con firmeza, se lo colocó a él en la boca, pasando una y otra vez su mano enguantada para asegurarse de que no le quedaba un resquicio por el que respirar. Su corazón ya estaba empezando a latir más rápido, se le estaba disparando la adrenalina, así que no lo retrasó más. Le agarró del pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Sacó un cuchillo del bolso y le cortó la garganta. Inmediatamente el cuerpo de él se convulsionó, mientras su cerebro intentaba recuperar la consciencia, pero ya era demasiado tarde. La sangre salió a chorros, salpicando la cara y la garganta de ella, vinculando a los dos para siempre. Dejó que la sangre tibia se le coagulara encima, ya tendría tiempo más tarde de limpiarse.

Le hundió el cuchillo en el estómago y se dispuso a continuar con su tarea. En diez minutos ya había obtenido lo que quería y lo metió, cubierto de sangre, en una bolsa hermética. Se puso en pie y contempló su obra. Aunque su primer intento había sido un poco chapucero y trabajoso, esa noche había sido rápida y eficiente al hacerlo.

Cada vez se le daba mejor.

Bueno, ¿qué tal ha ido?

Steve había estado esperando a que Charlie volviera y se acercó a recibirla. La televisión parloteaba en un segundo plano. Las cuatro latas vacías de cerveza en la mesita revelaban que, al igual que Charlie, él también había sentido la necesidad de echar unos tragos.

—¿El día o las cervezas de bienvenida?

—Ambos.

—Bastante bien. He hecho algunos progresos con un caso y parecía que a la gente le apetecía verme de vuelta. Helen se comportó como me esperaba, pero no hay nada que yo pueda hacer, así que...

Charlie se tranquilizó al ver que Steve parecía alegrarse por ella. Había estado tan en contra de que regresase a su puesto que se sentía agradecida de que estuviera intentando apoyarla.

—Bien hecho. Ya te dije que lo harías genial —le contestó, pasándole la mano por la cintura y dándole un beso para felicitarla.

—Solo ha sido el primer día —respondió Charlie, encogiéndose de hombros—. Todavía queda camino por recorrer.

—Paso a paso, ¿de acuerdo?

Charlie asintió y se volvieron a besar, esta vez con más ganas.

—¿Cuánto has bebido? —continuó Steve, con un brillo travieso en los ojos.

—Lo suficiente —dijo Charlie, sonriendo—. ¿Y tú?

—Definitivamente bastante —contestó Steve, cogiéndola en brazos—. Cuidado con la cabeza. Esa barandilla es traicionera.

Contenta, Charlie dejó que Steve la subiera hasta el dormitorio. Siempre habían sido una pareja afectuosa, pero últimamente la intimidad había desaparecido de su relación. Charlie estaba al mismo tiempo aliviada y emocionada al ver que parecían recuperar su antigua pasión y espontaneidad.

A lo mejor, pese a todo, las cosas iban a salir bien.

Estás contemplando una toracotomía casera.

Jim Grieves saboreó la palabra, consciente de que Helen no le iba a entender. Eran las siete de la mañana y estaban solos en el depósito de cadáveres de la policía. Alan Matthews yacía desnudo en la mesa de autopsias. Ya habían determinado que se había desangrado hasta la muerte y ahora estaban reconstruyendo la extracción del corazón.

—Esta operación en particular no es de manual, pero, claro, quien lo hiciera no estaría operando en las mejores condiciones. Su adrenalina estaría por las nubes, tendría miedo de que le pudieran llegar a descubrir, y no nos olvidemos de que la víctima estaba viva cuando empezaron. No es la práctica habitual, así que, contando con eso, es un buen trabajo.

Se notaba un poco de admiración en su voz. La mayoría le habría regañado por eso, pero Helen lo pasó por alto. Pasar demasiado tiempo en una morgue te transforma y Jim estaba más cuerdo que muchos otros. Además, era muy listo, así que Helen prestó atención a lo que le estaba contando.

—El primer corte se hizo bajo el esternón. Un cuchillo de hoja grande, puede que de unos veinte centímetros de longitud. Después le atravesó las costillas. Normalmente se utilizan unos separadores retráctiles para mantener abierto el costillar y poder acceder al interior del tórax. Pero nuestro asesino utilizó algo más interesante. ¿Ves esos dos agujeros de ahí?

Helen se inclinó sobre el cuerpo para poder observar el hueco del pecho de la víctima. Había dos orificios, separados por unos cincuenta centímetros, en la parte derecha de lo que alguna vez había sido su torso.

—Fueron hechos con una especie de garfio. ¿A lo mejor uno de carnicero? Dos ganchos incrustados en el mismo lado de la incisión principal, y después usas la fuerza bruta. Primero le abrió por la derecha, y después hizo lo mismo con la parte izquierda. Una vez que el pecho está abierto y puedes ver el corazón, solo tienes que cortar los tejidos que lo rodean y sacarlo. Un poco chapuzas, pero eficaz.

Helen asimiló los macabros detalles.

—¿De qué estamos hablando? ¿De un cuchillo de carnicero y unos ganchos para la carne?

—Puede —contestó Grieves, encogiéndose de hombros.

—¿Cuánto tiempo se necesita para eso?

—Unos diez o quince minutos, depende de la experiencia que tengas y el cuidado con el que lo hagas.

—¿Algo más?

—La víctima fue inmovilizada con cloroformo; se ha encontrado en la nariz y en la boca. Los forenses están trabajando en ello, pero apuesto a que es casero. Cualquiera puede hacerlo con lejía, acetona y acceso a internet.

—¿Algún rastro del asesino?

Jim negó con la cabeza.

—Parece que casi no hubo contacto entre ellos. Ahora bien, tu hombre sí que tuvo muchos contactos a lo largo de los años.

Jim se detuvo, como hacía siempre que escondía un as en la manga. Helen se puso ligeramente tensa, ansiosa por que se lo contara de una vez.

—Hay rastros muy claros de enfermedades venéreas. El señor Matthews sufría de gonorrea; muy reciente, debo decir. También hay evidencia de micoplasma genital, que suena espantoso pero es muy común, y posiblemente ladillas en el vello genital. Me habría gustado pertenecer a su Iglesia, parece que se lo pasaban muy bien.

Salió de la habitación para limpiarse. Helen digirió las últimas noticias, el primer desvío en un asesinato que ya de por sí era desconcertante.

De vuelta en la comisaría, Helen continuó investigando a Alan Matthews. El equipo se había reunido en la oficina y todos estaban compartiendo lo que habían averiguado.

—El equipo forense no ha podido encontrar casi nada —anunció Tony Bridges, decepcionado—. Se ha examinado el coche, pero no lo habían movido ni tocado. El único ADN que había allí era de la familia Matthews. En cuanto a la casa, hay tantas muestras de ADN en la escena del crimen, que nos es más fácil decir quién *no* estuvo allí. Semen, saliva, sangre, células epiteliales, tenemos de todo. El edificio normalmente se utilizaba para los encuentros entre las prostitutas y sus clientes, o para que los drogadictos consumieran sus dosis. Les revisaremos a todos a ver si hay alguna coincidencia interesante, pero no hay nada que nos vaya a servir en un juicio.

—¿Por qué utilizaron una casa que estaba tan transitada? ¿No tenían miedo de que les descubrieran? —le cortó Sanderson.

—Es posible que no supieran lo mucho que se frecuentaba —respondió Tony—, aunque, dado el nivel de planificación con el que cometieron el asesinato, eso no parece muy probable. En muchos sentidos era el escenario ideal: la puerta trasera está blindada y se cierra desde el interior, y las ventanas estaban cerradas a cal y canto, lo que significa que solo se podía entrar fácilmente por la puerta principal. La cerradura estaba rota desde hace ya algún tiempo, pero todavía conserva un cerrojo resistente por dentro. Una vez que la víctima estuvo inconsciente, debió de ser bastante fácil para el asesino asegurarse de que nadie pudiera entrar.

—Me sigue pareciendo muy arriesgado... —dijo Sanderson, sin querer abandonar su posición.

—Y lo fue —concluyó Helen, tomando el mando—. ¿Qué es lo que nos sugiere? ¿Que esperaba que encontráramos el cuerpo rápidamente, quizás? O a lo mejor escogieron ese sitio solo para que la víctima se encontrara a gusto. No hay señales de que a Alan Matthews le arrastraran a esa casa contra su voluntad. Lo que significa que fue una emboscada. Tuvieron que *tentarle* para que fuera. Sufría de enfermedades venéreas que indican una gran actividad sexual, así que a lo mejor vio a una prostituta que le gustó o a algún chapero que conocía, les siguió y ¡hala! A lo mejor escogieron la casa porque sabían que a él le parecería normal...

—Hemos examinado su ordenador —interrumpió McAndrew—, y hemos encontrado pruebas de que Matthews tenía un interés rozando lo insano en cuanto a pornografía y prostitución. Ni siquiera escondía particularmente su historial, así que hemos podido comprobar que visitaba regularmente páginas web de pornografía: muchas de las que son gratis, pero también estaba abonado a algunas otras más extremas. Participaba también en chats y foros. Seguimos trabajando en ellos, pero básicamente es un montón de lamentables gilipollas intercambiando anécdotas acerca de sus experiencias con diversas prostitutas, puntuándolas del uno al diez dependiendo del tamaño de sus tetas, de lo que se dejan hacer y ese tipo de cosas...

—¿Se hacen reseñas de las prostitutas? —preguntó Helen, incrédula.

—Sí. Es un poco como TripAdvisor, pero para putas. También visitaba muchos sitios de *escorts* —continuó McAndrew—. Pero no hay señales de que utilizara sus servicios. Lo que podría sugerir que sus gustos eran un poco más... asequibles.

—Concentrémonos —cortó Helen—. No estamos aquí para juzgar a Alan Matthews, solo queremos encontrar a su asesino. Podemos pensar lo que queramos, pero era el marido y el padre de alguien, y necesitamos encontrar al responsable de esto.

Antes de que vuelva a matar. Estuvo a punto de decirlo, pero se logró callar en el último segundo.

—Miremos de dónde sacaba el dinero para pagar por sus aficiones. Cuanto más raros fueran sus gustos, más dinero necesitaría. La familia Matthews vive de alquiler, tiene cuatro hijos y Alan era el único que trabajaba. Está claro que contrataba prostitutas y porno de pago asiduamente, así que ¿cómo lo conseguía? ¿Le debía dinero a algún chulo? ¿Es de esto de lo que se trata?

Por una vez, no hubo respuesta de su equipo: todos estaban mirando en dirección a la puerta del despacho. Helen se giró para ver a un policía muy nervioso esperando a que terminara de hablar. Por la expresión de su rostro, adivinó lo que le iba a decir. Aun así, le recorrió un escalofrío cuando él anunció:

—Han encontrado otro cadáver, inspectora.

Ya estaba de vuelta en casa, sana y salva. Tras quitarse los guantes de látex, empezó a investigar su botín. Doscientas libras en metálico, que fueron directas a su monedero, y pasó a las tarjetas de crédito. Tris, tras, las tijeras las atravesaron fácilmente, pero para estar segura del todo las metió diez minutos al horno. Era difícil dejar de contemplarlas mientras se convertían en una pulpa de plástico fundido: literalmente, veías la vida de alguien derretirse.

El carné de conducir. No sabía si mirar el nombre, y se concentró en la foto. ¿Tenía miedo de ver a quién le había destrozado la vida o era un intento deliberado por retrasar el descubrimiento, de aprovechar hasta la última gota de suspense?

Echó un vistazo. Christopher Reid. Bajo su nombre, la dirección de su casa. Su mirada se quedó fija en el nombre de la calle, calculando. Después miró el resto del contenido de la cartera: sus tarjetas de visita, sus tarjetas de cliente y facturas de la tintorería. Una vida de lo más común.

Satisfecha, se levantó. El tiempo era oro, tenía que moverse con rapidez. Abrió la portezuela de la vieja chimenea que estaba funcionando a todo ritmo, avivada por un reciente leño. Echó la cartera y la observó mientras ardía. Se desnudó rápidamente y lanzó encima las ropas manchadas de sangre. La hoguera rugió con una llamarada y tuvo que dar un paso atrás para no quemarse.

De repente se sintió un poco tonta, ahí desnuda y de pie, con rastros de sangre todavía en el pelo y en la cara. Se apresuró a la ducha, se limpió y se vistió otra vez. Ya habría tiempo de fregar los suelos y el baño más tarde, tenía que irse.

Abrió la nevera, cogió la botella medio llena de bebida energética Lucozade del estante y se la bebió de un trago. Lo que quedaba de un bizcocho, un par de trozos de pollo rebozado, una cerveza light; lo engulló todo allí mismo, pues de repente se sentía famélica y medio mareada. Saciada, se apoyó contra la puerta de la nevera. En el estante de arriba se encontraba su premio. Un corazón humano descansando plácidamente en una fiambra de plástico.

La cogió y la puso sobre la mesa de la cocina. Con unas tijeras y una cinta de embalar, comenzó el trabajo.

Tenía un paquete que entregar.

El sonido del timbre hizo que se sobresaltara. Jessica Reid se levantó rápidamente, dejando de alimentar a su hija de dieciocho meses, y corrió hacia la puerta. Cuando se despertó y vio que Chris no estaba en la cama a su lado, se quedó desconcertada. Cuando hubo comprobado que su coche tampoco se encontraba aparcado, y que no le había dejado una nota, se empezó a preocupar. ¿Dónde estaba?

Había descartado llamar tan pronto a la policía, esperando que hubiese una sencilla explicación para su ausencia. Y se abalanzó a la puerta, confiando encontrar a su marido al otro lado, con una disculpa en los labios. Pero solo era el cartero con una carta certificada.

La dejó en la mesa y volvió hacia donde estaba su hija Sally, que quería más compota de manzana. Se la sirvió a cucharadas, obediente, pero tenía el cerebro en otra parte. Las cosas habían estado un poco tensas entre ellos últimamente —desde que ella descubrió su secreto—, pero no era un hombre cruel. No se iría sin decirles nada. ¿La había dejado? ¿Las había abandonado? Borró la idea de su mente. Era imposible; todas sus cosas estaban allí, y, además, adoraba a Sally y jamás se desentendería de ella.

La noche anterior, cuando ella se había ido a dormir, él estaba en casa. Siempre se quedaba despierto hasta más tarde, viendo las películas de acción que sabía que a ella no le gustaban, y se había hecho un experto en meterse en la cama sin despertarla. ¿Se habría acostado anoche? Su pijama estaba doblado bajo la almohada, donde lo había dejado ayer por la tarde, así que suponía que no.

Se habría ido. ¿A trabajar? No, odiaba su trabajo y había estado remoloneando durante meses; un repentino ataque de entusiasmo no era lo más probable. ¿Se habría ido a la casa de su madre, o a la de algún amigo, por una emergencia? No, tampoco le pegaba. La habría despertado si hubiera habido algún problema.

Bueno, ¿y dónde estaba? Seguro que estaba exagerando, seguro que el estrés que había sufrido su matrimonio recientemente era lo que le conducía a imaginar escenarios sombríos y ridículos. Estaba bien. Por supuesto que sí.

A pesar del miedo y la inseguridad que la atenazaba, a pesar de todos los problemas por los que habían atravesado los últimos meses, Jessica tenía la certeza de algo. Quería que su matrimonio funcionara, quería que Christopher volviera. En ese momento supo que amaba a su marido con todas sus fuerzas.

El sol se negaba a salir. Una nube espesa cubría la ciénaga de Eling, enmarcando las figuras que se agachaban en ella. Una decena de policías forenses, todos cubiertos con los trajes de protección, estaban de rodillas examinando la superficie de ese sitio olvidado, mirando cada brizna de hierba en busca de pistas.

Mientras Helen observaba la escena, volvió a pensar en Marianne. Lugares diferentes, circunstancias diferentes, pero la misma sensación de espanto. Un asesinato brutal y sin sentido. Un hombre muerto en una zanja, su corazón arrancado del pecho. Una esposa preocupada en algún apartamento, esperando y deseando que volviera... Helen cerró los ojos e intentó imaginarse un mundo donde esto no tuviera cabida. El olor salado y pantanoso la llevó durante unos instantes a una época más feliz, vacaciones familiares en la isla de Sheppey. Breves intervalos de alegría en la oscuridad. Helen abrió los ojos y se enfadó consigo misma por dejarse llevar cuando tenía un trabajo que hacer.

Tan pronto como se enteró de la noticia, Helen había llamado a todo el mundo a sus órdenes. El equipo de investigación criminal, los forenses, todos los policías que pudieran ser destinados allí, habían sido enviados a esa franja de hierbas olvidada de la mano de Dios. Aquello pondría en alerta a los medios de comunicación, pero eso no se podía evitar. Helen sabía que lidiaban con algo —con alguien— extraordinario y estaba decidida a poner todos los medios a su alcance para detenerlo.

Todavía seguían examinando el coche, pero era en el suelo donde habían encontrado sus primeras pistas. El cuerpo de la víctima había dejado un surco en la tierra, como si le hubieran arrastrado del coche hasta la zanja, y también tenían una huella de las pisadas de la persona que había cargado con él. Las marcas eran muy profundas y, a no ser que un hombre se pusiera tacones deliberadamente para alejar las sospechas, la respuesta más obvia estaba clara.

Era una prostituta la que estaba matando a sus clientes. Alan Matthews, consumidor habitual, había sido asesinado y mutilado. Veinticuatro horas más tarde, otro hombre era ejecutado en una colina conocida por ser escenario de prácticas sexuales con desconocidos al aire libre. Todo apuntaba a lo mismo, y, aun así, las cosas no encajaban. Las putas eran las víctimas, no las asesinas; antes de Jack el Destripador y después. Aileen Wournos se había apartado de la norma, pero eso había sido en Estados Unidos. ¿Podría algo así suceder aquí?

—Inspectora, tenemos el nombre.

Sanderson se acercaba, intentando no pisar nada importante por el camino.

—El coche es propiedad de Christopher Reid. Vive en Woolston con su mujer

Jessica y su hija Sally.

—¿Cuántos años tiene la niña?

—Es un bebé todavía —dijo Sanderson, desconcertada ante la pregunta—. Creo que un año y medio.

El ánimo de Helen se hundió todavía más. Este era su trabajo en ese momento: informar a los vivos acerca de los muertos. Si se confirmaba que la víctima era Christopher Reid, esperaba que le hubieran llevado allí sin su consentimiento. Sabía que no era muy probable, pero la idea de que un hombre joven abandonara a su esposa y a su bebé para un revolcón sudoroso en el coche con una prostituta le parecía un poco ridícula. ¿Podría haber otra razón para que estuviese allí?

—Mira a ver si puedes conseguir una foto de Christopher Reid para compararla con la víctima. Si es él, tenemos que contárselo a su familia antes de que lo haga la prensa.

Sanderson se fue a cumplir la orden. La mirada de Helen se fijó en la cinta policial que lo bordeaba todo, aleteando por la brisa del pantano. Hasta ese momento, habían conseguido pasar desapercibidos, la escena del crimen todavía no estaba llena de periodistas. Helen se sorprendió, sobre todo por la ausencia de Emilia Garanita. Esta parecía tener a la mitad de los oficiales de policía en el bolsillo, y siempre se emocionaba ante un asesinato suculento. Pero en este caso no estaba siendo así. Helen se permitió sonreír un poco; Emilia debía de estar perdiendo su toque.

Casi me arrancan la cabeza la última vez que estuve aquí.

Emilia Garanita se arrellanó en la silla, disfrutando del infrecuente lujo de estar en las entrañas de la comisaría central de Southampton. Que te convocaran personalmente a la oficina del superintendente de la policía no era muy frecuente.

—Creo que no era la persona favorita del detective Whittaker. ¿Qué tal se encuentra? —preguntó, sin poder ocultar la malicia que encerraba la frase.

—Creo que se dará cuenta de que soy una persona muy diferente a él —respondió Ceri Harwood—. De hecho, es por lo que le he pedido que viniera.

—¿Una conversación de chicas?

—Quería encauzar las cosas de otro modo. Sé que, en el pasado, la relación entre la prensa y algunos de mis agentes de policía ha sido bastante explosiva. Y que usted, a menudo, se ha sentido excluida. Eso no es de ayuda para nadie, así que le quería decir a la cara que las cosas van a empezar a ser diferentes. Nos podemos apoyar entre nosotras por el bien común.

Emilia se quedó callada, intentando adivinar si se lo estaba diciendo en serio. Los jefes nuevos siempre tenían el mismo discurso cuando llegaban al puesto, y después se dedicaban a estorbar a la prensa local en cuanto podían.

—¿Diferentes en qué? —quiso saber.

—Quiero mantenerla informada de los progresos que consigamos y aprovechar el público que usted tiene, por si necesitamos refuerzos con la investigación. Empezando con el asesinato de Empress Road.

Emilia alzó una ceja. O sea, que no se iba a quedar todo en palabrería.

—En breve tendré un nombre para usted. Y se le darán todos los detalles pertinentes al caso. Además, vamos a poner una línea especial de teléfono, de la que me gustaría que escribiese en su próximo artículo. Es esencial que consigamos que los potenciales testigos se pongan en contacto con nosotros cuanto antes.

—¿Qué tiene de especial este asesinato?

Harwood hizo una pausa antes de responder.

—Fue una muerte particularmente brutal. La persona que lo hizo es muy peligrosa, posiblemente con algún trastorno mental. Todavía no tenemos una descripción física, y por eso necesitamos todos los ojos y oídos que podamos conseguir. Eso podría marcar la diferencia, Emilia.

Harwood sonrió mientras pronunciaba su nombre, como si fuera su mejor amiga.

—¿Ha hablado con la inspectora Grace acerca de esto? —inquirió Emilia.

—La inspectora Grace está de acuerdo con esto. Sabe que nuestro barco toma un

rumbo diferente a partir de este momento.

—¿No va a haber más pistas falsas? ¿Ni mentiras?

—Por supuesto que no —contestó Harwood, sonriendo ampliamente una vez más—. Tengo la sensación de que trabajaremos muy bien juntas, Emilia. Espero no equivocarme.

El encuentro llegó a su fin. Emilia se levantó sin que le dijeran nada, impresionada por lo que acababa de ver. Harwood era lista y tenía domada a Grace. Parecía un cambio radical, y quizás lo era.

Emilia tenía la sensación de que se iba a divertir con esta nueva aliada.

Qué estamos buscando?

Fortune bostezó mientras hablaba, y el ruido levantó eco en el despacho de investigaciones. Charlie y él formaban una isla en la habitación vacía, dos figuras solitarias rodeadas de un montón de papeles.

—Bueno, el Centro de Salud y Bienestar Brookmire es un burdel, por supuesto, pero uno de los de lujo —contestó Charlie—. No había visto nunca uno tan discreto y dirigido de una manera tan eficaz. Tiene una plantilla de chicas atractivas y con experiencia, y todas ellas pasan controles médicos con regularidad. Puedes reservar *online*, y tiene algún tipo de acuerdo con las compañías de cruceros. Mandan buses lanzadera al puerto para recoger a los clientes en el momento en el que el barco atracará. Los servicios que ofrece están descritos como masajes holísticos, pero ahí está lo mejor. Si pagas con tarjeta de crédito, aparece en tu resumen bancario como material de oficina. Así que no solo las esposas no se enteran nunca, sino que incluso lo puedes deducir como gastos. Ni siquiera tienes que pagar a las chicas de tu propio bolsillo.

—¿Y has averiguado todo esto con una sola charla? —inquirió Fortune, impresionado a su pesar.

—Si sabes qué preguntas hacer, la gente puede llegar a ser sorprendentemente útil.

Charlie no pudo evitar que una cierta petulancia —la satisfacción de tener más experiencia— asomara en su voz.

—¿Has podido hacer algo con la lista que te di?

Edina, la reacia confidente de Charlie en Brookmire, le había dado los nombres de todas las chicas que estaban trabajando allí en ese momento.

—Estoy en ello. A muchas de ellas las han traído de Polonia directamente en barco, algunas son estudiantes en la universidad, pero parece que a otras, incluyendo nuestra víctima, las recogieron de la calle.

—¿Las pusieron presentables y las relanzaron en Brookmire?

—¿Por qué no? Es más seguro, y, a juzgar por el piso de Alexia, diría que también están bien pagadas.

—Edina sugirió que Alexia estaba haciendo la calle para la familia Campbell antes de ponerse a trabajar en Brookmire. ¿Y las demás chicas?

—Sí, los Campbell han perdido unas cuantas. Los Anderson también.

Charlie tuvo un mal presentimiento. Las peleas entre las mafias de la prostitución nunca eran agradables, y siempre eran las chicas quienes lo pagaban, no la gente que

las manejaba.

—¿Así que los Campbell mataron a Alexia como aviso para otras?

—Tiene sentido. Pero no tenemos pruebas.

—¿Alguna otra cosa?

Fortune había estado esperando este momento, guardándose un as en la manga para cuando fuera apropiado.

—Bueno, busqué el nombre de Brookmire en el registro mercantil y en el de Hacienda. Me costó un poco, muchas sociedades fantasma y con base en el extranjero, pero al final conseguí vincularlo con Top Line Management, una «empresa organizadora de eventos» propiedad de una tal Sandra McEwan.

Tendría que haberlo sabido. Sandra McEwan —o lady Macbeth, como se la llamaba cariñosamente— había estado involucrada en el mundo de la prostitución y el crimen organizado de Southampton durante treinta años —desde que, supuestamente, asesinó a su propio marido para hacerse con su imperio—. Era ambiciosa y no le tenía miedo a nada —ya había sobrevivido a tres apuñalamientos —, pero también era lista e imaginativa. ¿Habría subido el nivel de la prostitución local con Brookmire, provocando así la mortal respuesta de sus rivales?

—Bien hecho, Lloyd. Buen trabajo.

Era la primera vez que usaba su nombre de pila y obtuvo el efecto que buscaba. Fortune susurró un «gracias», y Charlie sonrió. A lo mejor, después de todo, podrían formar un buen equipo.

—Bueno, pues sigamos. A ver si puedes encontrar por dónde se oculta Sandra estos días, ¿eh?

Fortune salió del despacho. Charlie estaba satisfecha. Le sentaba bien estar de vuelta en el trabajo y sinceramente esperaba conseguir justicia para Alexia y meter a otro delincuente violento en la cárcel. Sería apuntarse un tanto. Y molestaría a Helen Grace.

La gente nunca se fija en los mensajeros. Con su uniforme de cuero y su casco son vistos como robots, programados para llegar, entregar lo que traen e irse, sin dejar huella o característica alguna. Un eslabón más en la cadena de todos los días.

La gente piensa que tiene derecho a mostrarse maleducada con ellos, como si de algún modo fueran menos humanos que los demás. Eso era lo que estaba pasando ahora mismo. Se quedó en la mesa de recepción, siendo ignorada, esperando con paciencia a que las dos recepcionistas acabaran su conversación. Qué típico, intentando subrayar su propia importancia, y revelando en el proceso lo poco que valían. Daba igual, recibirían su castigo.

Tosió y fue recompensada con una mirada de fastidio por parte de la más gorda. A regañadientes, la recepcionista se acercó a ella.

—¿Quién?

Ni siquiera la frase completa.

—Stephen McPhail.

Mantuvo la voz neutra.

—¿Empresa?

—Zenith Solutions.

—Tercera planta.

Dudó un momento, nerviosa ante la idea de entrar al edificio con su valiosa mercancía, pero recuperó la compostura y se dirigió a los ascensores.

La recepcionista de Zenith no se mostró más amable que las otras.

—¿Necesitas que firme algo?

La mensajera negó con la cabeza y le tendió el paquete. Era una caja de cartón, sellada con cinta de embalar. La recepcionista se dio la vuelta sin darle ni las gracias y lo dejó en la mesa antes de continuar con la conversación que se había visto interrumpida.

La mensajera se fue, de forma tan anónima como había llegado. Se preguntó cuánto tiempo se pasaría la recepcionista cotilleando antes de ponerse a hacer su trabajo y avisar al jefe de que le había llegado un paquete. Esperaba que no mucho. Ese tipo de cosas empezaban a oler después de un rato.

Lo que te estoy pidiendo puede convertirse en algo muy peligroso, y si me dices que no, respetaré tu decisión.

Tony había sospechado que Helen estaba tramando algo desde el momento en que le pidió reunirse con ella en el Old White Bear. Era un bar roñoso en la esquina de la comisaría, el lugar al que ibas si querías hablar de algo confidencial.

—Sé que has hecho trabajo de infiltrado antes y te sabes las rutinas —continuó Helen—, pero tus circunstancias personales han cambiado. Dicho esto, eres el mejor agente masculino que tengo, así que...

—¿Qué es lo que quieres exactamente? —contestó Tony, sonrojándose ligeramente ante el cumplido.

—Parece que nuestro asesino tiene en su punto de mira a hombres que van buscando sexo —prosiguió Helen—. Podríamos poner un anuncio en el *Evening News* pidiendo a los clientes habituales que nos ayudaran, pero creo que eso no serviría. Las chicas de la calle no le están contando nada a McAndrew...

—Así que tienes que poner a alguien en la línea de fuego.

—Exacto.

Tony se quedó callado. Su cara permanecía neutra, pero la perspectiva le emocionaba. Su vida había estado reglamentada por las mismas rutinas durante tanto tiempo que la oportunidad de estar otra vez en el campo de batalla era muy atrayente.

—No podemos averiguar mucho más si solo conocemos la motivación y el modus operandi. El asesino es extremadamente escrupuloso, los forenses no han encontrado nada y siempre escoge escenarios completamente aislados. Así que nos urge tener a alguien en el terreno, que se haga pasar por un cliente, que husmee todo lo que pueda. Sé que querrás un tiempo para poder pensártelo. Y habrá muchas preguntas que quieras que te responda, pero necesito que me des una respuesta lo antes posible. Esto podría ser... —Helen se detuvo, escogiendo las palabras con cuidado—. Esto podría ser algo considerable. Y quiero cortarlo de raíz.

Tony prometió pensárselo esa misma noche, pero ya sabía que iba a decir que sí. Era peligroso, claro, pero si no lo hacía él, lo haría otro. Alguien con menos experiencia. Ahora era subinspector y lo suyo era que él se encargara. Mark Fuller no se habría negado, y eso que él tenía una hija, por el amor de Dios.

Helen volvió a su despacho, dejando a Tony a solas con sus pensamientos. Se permitió el lujo de beberse una pinta de cerveza, mientras se preparaba mentalmente para todos los problemas que le surgirían. ¿Cómo contárselo a Nicola? ¿Cómo podría calmar su ansiedad y asegurarle que los riesgos eran mínimos?

Se quedó solo, bebiendo su cerveza, perdido en su mundo. Una última bebida para un hombre condenado.

Se le había acercado sigilosamente por detrás sin hacer ningún ruido. Charlie había estado tan centrada en su trabajo, tan emocionada por sus descubrimientos, que no se había dado cuenta de que Harwood estaba al lado.

—¿Qué tal lo llevas, Charlie?

Se sobresaltó por esa repentina interrupción. Se giró para mascullar una respuesta; era inquietante descubrir a tu jefa detrás de ti.

—¿Te estás adaptando bien? —continuó Harwood.

—Sí, señora. El trabajo va bien y todo el mundo ha sido muy amable. Los que están aquí, al menos.

—Sí, nos has encontrado en un momento bastante ajetreado. Pero me alegro de que estés de vuelta, Charlie; habría sido una pena perder a una policía con tanto talento.

Charlie no dijo nada. ¿Cuál era el modo correcto de responder a un cumplido sin precedente alguno? Había estado de baja durante un año después de que casi la mataran; no era la mejor de las recomendaciones a los ojos de un jefe nuevo. Después de su secuestro, Charlie había estado esperando la llamada en la que le sugirieran que podría ser más feliz en otro trabajo, pero esta no había llegado nunca. En vez de eso, la habían animado para que volviera a trabajar y ahora estaba recibiendo halagos de una mujer a la que casi no conocía.

—Ve a tu ritmo —le aconsejó Harwood—. Haz lo que se te dé bien. Y si tienes algún problema, me lo dices, ¿de acuerdo? Mi puerta siempre está abierta.

—Claro. Y gracias. Por todo.

Harwood le respondió con una amplia sonrisa. Charlie era consciente de que había contestado de un modo demasiado escueto, así que siguió hablando:

—Sé que no me conoce de nada y que nadie le habría reprochado que se lavara las manos con mi caso, pero quiero que sepa que me siento muy, muy agradecida por la oportunidad que me ha dado —Charlie ya estaba desbarrando, pero no podía parar— y quiero decirle que no la decepcionaré. No se arrepentirá de concederme una segunda oportunidad.

Harwood la examinó, claramente desacostumbrada a ese tipo de discursos emocionales, y le dio una palmada en el brazo.

—No lo dudo ni por un segundo.

Se disponía a irse, pero Charlie la detuvo:

—Hay una cosa. Hemos descubierto algo en el caso de Alexia Louszko.

Harwood se mostró intrigada.

—El agente Fortune ha descubierto que el burdel para el que trabajaba Alexia es propiedad de Sandra McEwan.

Charlie hizo una pausa, sin saber si el nombre significaba algo para Harwood.

—La conozco. Sigue.

—Bueno, me sorprendió que fuera la propietaria de todo el edificio Brookmire. No sabía que tenía tanto dinero. Así que investigué un poco más para ver si tenía otros inmuebles en Southampton.

—¿Y?

Charlie se quedó callada. ¿Debía contárselo a Harwood sin decírselo primero a Helen? Ya era demasiado tarde para ser discreta, Harwood esperaba una respuesta.

—Posee inmuebles en el polígono industrial de Empress Road.

Ahora tenía toda su atención. Charlie cogió una copia del mapa que se había bajado del registro catastral y se lo tendió.

—Más concretamente, es propietaria de la mayoría de las casas en ruinas de esta calle. El cuerpo de Alan Matthews se encontró en la cuarta de la fila.

Harwood lo asimiló mientras Charlie seguía:

—Alexia fue asesinada y mutilada, probablemente por los Campbell. Trabajaba las calles para ellos antes de establecerse en Brookmire. Un día después, un putero de los más habituales es asesinado y mutilado en una casa propiedad de Sandra McEwan.

—Crees que Sandra les está enviando un mensaje. ¿Ojo por ojo?

—Podría ser. La experiencia nos dice que si le declaras la guerra a Sandra McEwan, más te vale afrontar las consecuencias.

Harwood frunció el ceño. Nadie necesitaba una lucha entre dos clanes dedicados a la prostitución. Solían ser largas, sangrientas y siempre salían en los periódicos.

—Tráigala.

Harwood ya se estaba dirigiendo a la puerta.

—Debería decírselo a la inspectora Grace antes de que...

—Tráigala, agente Brooks.

Estaban todos juntos, como si fueran ganado en el matadero. Era asombroso lo rápido que desaparecía el aplomo profesional. Los empleados de Zenith Solutions se habían refugiado en el patio interior del edificio, demasiado nerviosos como para volver a trabajar, demasiado curiosos como para irse a su casa. Helen pasó por delante de ellos y se apresuró a subir a la tercera planta.

Stephen McPhail, el director ejecutivo de Zenith, intentaba con todas sus fuerzas parecer compuesto, pero era evidente que le habían perturbado los sucesos de esa mañana. Estaba resguardado en su oficina y le acompañaba su secretaria de toda la vida, Angie. La caja seguía en la mesa de ella, donde la había dejado caer. Se había volcado por el impacto, y el corazón sanguinolento había rodado por su escritorio. Todavía se encontraba allí, vigilado por un par de policías que se negaban a mirarlo. La solapa de la caja se balanceaba con el aire. La palabra «ESCORIA», escrita con sangre, gritaba al mundo un mensaje muy sencillo.

—Sé que debe de estar muy angustiada por lo que le ha ocurrido, pero es necesario que le haga algunas preguntas mientras todavía mantenga frescos en la memoria los hechos. ¿De acuerdo?

Helen se estaba dirigiendo a Angie, que consiguió asentir entre sollozos.

—¿A qué empresa pertenecía la mensajera?

—No lo dijo. Su ropa no tenía ningún logotipo.

—¿Está segura de que era una mujer?

—Sí. No dijo mucho..., pero sí.

—¿Vio su cara?

—No. Tenía el casco puesto. La verdad es que tampoco me fijé mucho en ella.

Helen maldijo para sus adentros.

—¿Altura?

—No estoy segura. Metro setenta y tres o así.

—¿Color de pelo?

—No lo recuerdo.

Helen sonrió, intentando disimular la exasperación que le producía la falta de atención de Angie. ¿Habría sido consciente la mensajera de que podía entrar y salir sin que nadie se fijara en ella o solo había tenido suerte?

—Voy a pedir que venga un retratista de la policía. Si le puede dar una descripción de la ropa que llevaba puesta, el casco, lo que recuerde, tendremos un

retrato aproximado de a quién estamos buscando. ¿Le parece bien?

Angie asintió con valentía, y Helen dirigió su atención a Stephen McPhail.

—Voy a necesitar una lista de los nombres y las direcciones de todos sus empleados, incluyendo a los que han faltado hoy.

—Por supuesto —contestó McPhail. Tecleó algo y la impresora se puso en marcha—. Contamos con una plantilla de veinte personas fijas, y solo hay dos personas que no han venido. Helen Baxter está de vacaciones y Chris Reid..., bueno, no sé dónde está.

Helen mantuvo una expresión serena.

—¿Tienen cámaras en la oficina? —siguió preguntando.

—Me temo que no, pero en la recepción del edificio sí que hay. Estoy seguro de que la empresa propietaria no pondrán ningún problema para que disponga de lo que necesite.

Estaba tan desesperado por ayudar, tan ansioso por verse libre de ese embrollo. Helen quería terminar con su agonía, pero no podía.

—No tenemos razones para creer que esto fuera dirigido específicamente en contra de usted, pero a lo mejor se le ocurre quién puede haber sido. ¿Alguien a quien haya despedido hace poco? ¿Un cliente que no quedó satisfecho? ¿Un miembro de la familia?

—Trabajamos en el sector de soporte informático —dijo McPhail, como si eso lo explicara todo—. No es el tipo de negocios en el que te labras enemigos. Toda nuestra gente ha estado con nosotros durante años. Así que no..., no se me ocurre quién puede haber hecho algo así...

Se terminó callando.

—Bueno, intente no preocuparse mucho. Estoy segura de que ha sido una broma de mal gusto. Dejaremos a un par de policías en la oficina los próximos días para que hablen con sus empleados, pero deberían seguir con su trabajo. No hay razón para que una broma cruel le termine costando dinero.

McPhail asintió, mucho más aliviado, así que Helen bajó a la recepción. Charles Holland, el representante de la compañía dueña del edificio, había llegado ya y estaba esperándola. Se apresuró a buscar las grabaciones de videovigilancia de esa mañana, queriendo pasar la responsabilidad de ese acto atroz a otra persona. El equipo forense ya había llegado y estaba subiendo para recoger el corazón, llamando la atención de los empleados de Zenith. Era un giro interesante, enviar el corazón de la víctima a su lugar de trabajo, en vez de a su casa. Era más peligroso, por supuesto, pero también causaba un escándalo mayor. ¿Por qué razón? ¿Qué tipo de juego era ese?

¿Y dónde acabaría todo?

No perdió el tiempo. Helen cogió todos los atajos que pudo y cruzó rápidamente la ciudad. Estaba siendo muy precavida, pero era muy posible que alguno de los trabajadores de Zenith hubiera llamado a la prensa, y Helen no quería que la siguieran. Se dirigía a la casa de los Reid —para causar daño y destruir su felicidad— y quería asegurarse de que estaba sola.

La cara de Jessica Reid palideció tan pronto como vio la placa policial, y Helen pensó que se iba a desmayar. Alison Vaughn, una funcionaria asesora de familias a la que Helen le había pedido que la acompañara, se apresuró a ayudarla. Le puso una mano en el hombro y condujo a una aterrorizada Jessica al interior de su casa. Helen las siguió, cerrando la puerta tras ella.

La hija de Jessica se encontraba en medio del salón, balbuceando amablemente ante esta inesperada visita. Sally acababa de comer y quería jugar, y sin que nadie dijera nada, Alison la cogió y se la llevó a su mantita de actividades.

—¿Está muerto?

La pregunta de Jessica fue de una honestidad brutal. Su cuerpo temblaba, sus ojos estaban a punto de romper en llanto. La mirada de Helen se posó en las fotos de la familia que había colocadas en una repisa. No había duda de que el marido de Jessica era la última víctima.

—Esta mañana hemos encontrado el cuerpo de un hombre. Creemos que se trata de Chris, sí.

Jessica dejó caer la cabeza. Empezó a llorar. Estaba intentando contenerse para no alarmar a la niña con su angustia, pero el shock era demasiado grande.

—Jessica, los próximos días van a ser desconcertantes, agobiantes y devastadores, pero quiero que sepa que la estaremos apoyando a cada paso del proceso. Alison se quedará aquí para ayudar con Sally, para asistirle con lo que sea y para contestar a sus preguntas. Si tiene usted familiares que puedan echarle una mano, debería llamarlos. Puede que deba pensar en la idea de irse unos días a otra parte. No puedo descartar la posibilidad de que los medios de comunicación intenten contactar con usted.

Jessica alzó la vista, confusa.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Sospechamos que Chris fue asesinado. Sé que es duro de asimilar..., que todo esto parece una pesadilla, pero no puedo esconderle lo que ha pasado. Es importante que le diga lo que sabemos, para que pueda ayudarnos a encontrar a quien lo hizo.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Fue encontrado en la ciénaga de Eling. Se dirigió hacia allí en coche a primera

hora de la mañana.

—¿Por qué? ¿Por qué estaba allí? Nunca vamos..., nunca hemos ido allí.

—Creemos que fue allí acompañado. Por una mujer.

—¿Quién? —La ira asomó en la voz de Jessica.

—No conocemos su identidad. Pero sospechamos que podría tratarse de una prostituta.

Jessica cerró los ojos, horrorizada. Helen la observó con compasión mientras veía cómo otro pilar de su vida se derrumbaba. Ella había visto la suya destrozada varias veces y sabía el dolor por el que estaba atravesando Jessica. A pesar de eso, tenía que decirle la verdad —toda la verdad— sin poder guardarse nada.

—La ciénaga de Eling es usada a veces por las prostitutas para terminar allí su transacción porque es un sitio discreto. Creemos que esa fue la razón de que Chris estuviera allí. Lo siento mucho, Jessica.

—Estúpido hijo de puta.

Jessica escupió las palabras con tanta violencia que dejó la habitación en silencio. Sally la miró desde su rincón, notando por primera vez que algo iba mal.

—Imbécil, cobarde, egoísta... Qué hijo de puta.

Lloró entonces sin contenerse, largo y tendido. Helen dejó que se desahogara. Finalmente los sollozos empezaron a remitir.

—¿Sabe si Chris había solicitado antes los servicios de alguna prostituta?

—¡No! ¿Se piensa que se lo iba a permitir? ¿Cree que dejaría que me humillara así?

Los ojos de Jessica brillaban de indignación.

—Por supuesto que no. Sé que no permitiría que pasara algo así, pero a veces las mujeres tienen sospechas, miedos, ideas que no confiesan a nadie. ¿Ha tenido alguna preocupación con respecto a Chris? ¿Algo que la haya molestado?

Jessica dejó caer la mirada, incapaz de enfrentarse a ella. Había tocado un punto sensible, Helen estaba segura de ello, y no tenía más remedio que continuar indagando.

—Jessica, si tiene algo que contarnos...

—No pensé que...

Jessica se esforzaba por recuperar el aliento suficiente para seguir hablando, el shock ya se había apoderado de ella. Helen le hizo una señal a Alison para que le trajera un vaso de agua.

—Me lo ha..., me lo ha..., me lo había prometido.

—¿Qué era lo que le había prometido, Jessica?

—Desde que Sally nació, no hemos..., ya sabe..., mucho.

Helen no dijo nada. Sabía que algo importante se avecinaba y era mejor dejar que Jessica encontrara sus propias palabras.

—Siempre estábamos tan cansados —continuó—, siempre había tantas cosas que hacer.

Cogió una bocanada de aire antes de seguir:

—Hace unos cuantos meses, utilicé el portátil de Chris porque el mío estaba roto. Respiró otra vez.

—Abrí internet para hacer la compra *online*... y encontré todas esas páginas marcadas como favoritas. El muy gilipollas ni siquiera había tratado de esconderlas.

—¿Pornografía? —preguntó Helen. Jessica asintió.

—Cliqué en una. Quería saberlo todo. Fue... asqueroso. Una chica joven, como mucho de diecisiete, y un montón de tipos... estaban formando una fila para...

—¿Habló con él acerca de su descubrimiento?

—Sí. Le llamé al trabajo. Vino directamente a casa. —Su voz se hizo más dulce al continuar hablando—: Estaba avergonzado. Arrepentido. Se odiaba a sí mismo por hacerme daño. Yo le odiaba por mirar esas... cosas, pero me prometió que jamás lo volvería a hacer. Y lo decía de verdad. De verdad.

Alzó la vista, suplicante, rogando a Helen que no juzgara a su marido.

—Estoy segura de que sí. Estoy segura de que era un buen padre, un buen marido...

—Lo es. Lo era. Quería a Sally, me quería *a mí*...

Llegados a ese punto Jessica se derrumbó, el peso de los acontecimientos aplastándola finalmente. No solo le habían robado a su marido, sino que sus recuerdos de él estarían manchados para siempre. Su irresponsabilidad le había costado cara a Chris, pero los que se habían quedado atrás tendrían una herencia de lo más amarga. Habían entrado en un túnel largo y oscuro.

De repente Helen se sintió llena de ira. Quienquiera que fuera el responsable sabía lo que estaba haciendo. Quería infligir tanto daño como pudiera a esas inocentes familias. Quería llevarlas más allá de los límites de la resistencia humana, destrozarlas. Pero Helen no se lo iba a permitir. Aniquilaría a quien fuera antes de que eso sucediera.

Helen se fue y dejó que Alison empezara a buscar apoyo familiar. El mensajero nunca es bien recibido en la casa en la que ha habido una muerte, y además, tenía trabajo que hacer.

Helen se alejó de la casa, confiando en que Alison conseguiría llevar a Jessica, lenta pero inexorablemente, hacia un remedo de estabilidad. A Alison se le daba muy bien su trabajo; era paciente, amable e inteligente. Cuando fuera el momento adecuado, sentaría a Jessica y le contaría los detalles del asesinato de su marido. Ella necesitaría saberlo, necesitaría entender que él se había convertido en propiedad del público, sujeto a cotilleos y especulaciones. Pero era demasiado pronto y el shock había sido demasiado grande, y Helen dejaba en manos de Alison que decidiera el momento.

—¿Estás buscando otro asesino en serie, Helen?

Helen se dio la vuelta, pero ya conocía esa voz.

—No tienes mucha suerte, ¿verdad?

Emilia Garanita cerró la puerta de su Fiat y se acercó. ¿Cómo demonios había conseguido llegar tan pronto?

—Antes de que me mandes a la mierda, creo que deberías saber que he tenido una entrevista con tu jefa hoy mismo. Ceri Harwood es una bocanada de aire fresco después de Whittaker, ¿no crees? Ha prometido ser honesta con nosotros: tú me rascas la espalda, yo te rasco la tuya y todo eso, y dijo que tú estabas de acuerdo. Así que empecemos de nuevo, ¿te parece? ¿Qué me puedes decir acerca de este asesino y de qué manera os puede ayudar el *Evening News*?

Tenía la carpeta y el bolígrafo ya en ristre, y su rostro era un retrato de la inocencia y el entusiasmo más puro. Helen quería darle un puñetazo; nunca había conocido a nadie que disfrutara tanto de las desgracias ajenas. Era un buitres, sin los aspectos positivos de esos animales.

—Si la superintendente Harwood se ha ofrecido a darte información, estoy segura de que lo hará. Es una mujer de palabra.

—No me seas esquiva, Helen. Quiero detalles. Quiero una exclusiva.

Helen la miró. Se dio cuenta de que Emilia no estaba exagerando. De alguna manera, había conseguido poner a Harwood de su lado. ¿De quién habría sido la idea?, se preguntó Helen. Además había llegado a casa de los Reid casi tan rápido como ella. Ya no era un enemigo al que aplastar. Helen tendría que ser más lista que ella.

—Esta noche tendré un nombre y una fotografía para ti. A tiempo para que la publiques. El asesinato de Empress Road fue brutal y hay señales de tortura. Estamos investigando posibles vínculos con mafias organizadas, sobre todo las que se dedican a las drogas y la prostitución. Vamos a solicitar a los posibles testigos que llamen a un número de teléfono si saben algo, de manera anónima y confidencial. Con eso te

tendrá que valer.

—Con eso me vale. Tampoco te ha dolido tanto, ¿no?

Helen sonrió como respuesta. Le sorprendía que no le hubiera preguntado por Christopher Reid. Estaba sorprendida y aliviada. Pero tampoco se iba a quedar por allí para que le siguiera preguntando. Subió a la Kawasaki y se marchó, viendo cómo Emilia se hacía cada vez más pequeña en los retrovisores.

Solo empezó a relajarse cuando llegó a la autopista. Southampton, que durante tanto tiempo había sido el feliz hogar de Helen, se estaba convirtiendo en un lugar hostil. Tuvo el presentimiento de que la tormenta estaba a punto de estallar y de repente se sintió insegura. ¿Qué estaba haciendo Harwood a sus espaldas, hablando con Emilia? ¿A qué acuerdo habrían llegado? ¿En quién podría confiar ahora que la oscuridad se avecinaba? Antes, tenía a Mark y a Charlie a su lado en la batalla; ¿a quién tenía ahora?

Sin querer, se encontró a sí misma conduciendo hasta Aldershot. Era extraño el impulso que la empujaba, a pesar de que Robert Stonehill no tenía ni idea de su existencia. Una voz interior le pidió que se lo pensara otra vez, que diera marcha atrás, pero la acalló y abrió gas.

Entró en la ciudad ayudada por la oscuridad de la noche. Sabía que Robert no estaría en casa, así que fue directamente al supermercado donde trabajaba. Aparcó la moto y se metió en un locutorio con cafetería en la acera de enfrente. Desde ahí podía observarle perfectamente mientras él reponía los estantes con alcohol, esperando a la clientela vespertina. No era el más diligente de los trabajadores, hacía lo mínimo y siempre encontraba tiempo para ponerse a charlar con sus compañeros. Había una chica —¿Alice? ¿Anna?—, una morena de diecinueve años, que parecía pasar a su lado a menudo. Helen tomó nota mentalmente de que debía estar atenta con ese asunto.

Pasaron las horas. Las ocho, las nueve, las diez. El nivel de atención de Helen empezó a descender, al mismo tiempo que crecían su hambre y su cansancio. ¿Por qué estaba malgastando su tiempo? ¿Qué esperaba conseguir? ¿Iba a convertirse en una mirona el resto de su vida, aprovechándose furtivamente de un vínculo que en realidad no existía?

Robert salió de la tienda y bajó por la calle. Como de costumbre, Helen contó hasta quince y después abandonó su escondite, de manera casual y adaptando sus pasos a los de él. Robert miró a ambos lados un par de veces, como si estuviera esperando o temiendo encontrarse a alguien, pero no vigiló a sus espaldas, así que Helen continuó sin ser vista.

Habían llegado al centro de la población. Sin preaviso, Robert se metió en el Red Lion, una tasca que ya había visitado otras veces. Helen esperó un momento y después entró, con el teléfono móvil pegado a la oreja como si estuviera manteniendo

una conversación. No había señales de él, así que Helen abandonó la pantomima. Oteó la planta baja y el entresuelo. Nada. ¿Se habría dado cuenta? ¿Habría utilizado el bar para que le perdiera la pista? Helen bajó al sótano y, por supuesto, él se encontraba en el último sitio en el que había mirado, un reservado escondido en las entrañas del bar. Estaba rodeado de amigos, pero de un humor sombrío. Helen estaba intrigada, pero no se podía acercar lo suficiente para oír de qué hablaban, así que se pidió algo de beber y se sentó a esperar. Ya eran más de las once de la noche, pero los chicos no mostraban ganas de irse. El bar podía servir alcohol hasta las dos, aunque esa noche el grupo se estaba reprimiendo. Parecían tensos. Helen se preguntó la razón de que dieran la impresión de estar tan asustados.

—¿Te han plantado?

La imaginación de Helen se vio interrumpida por un hombre de negocios obeso que claramente había estado calmando su sed desde que había salido del trabajo.

—Estoy esperando a mi marido —mintió Helen.

—¿Siempre llega tarde? Yo no me atrevería si tú fueras mi mujer.

—Es que estaba en una competición. El tráfico de Londres siempre es terrible.

—¿Competición?

—Lucha libre. Había un espectáculo esta noche en los Docklands. Quédate por aquí y así hablas con él. Le gusta hablar con los aficionados y tiene que estar a punto de llegar.

—Muy amable...

Pero ya se estaba yendo. Helen contuvo su sonrisa y volvió a observar a Robert. Solo que se encontró con que la estaba mirando fijamente. Inmediatamente apartó la vista y se puso a jugar con el móvil. ¿La había pillado? Lo mejor era no llamar la atención, así que después de una cantidad decente de tiempo, Helen fingió coger una llamada y se fue, escogiendo un lugar en la planta baja desde el que vigilar.

Veinte minutos más tarde, Robert y sus amigos salieron del bar, sin fijarse en ella. Ya era casi medianoche y las calles estaban vacías. Mientras les seguía, Helen se dio cuenta de su estupidez y de la vulnerabilidad de su posición, sola por esas calles de noche. Se las podía apañar en la mayoría de los casos, pero no podía hacer mucho contra un grupo. ¿Y si descubrían que les seguía y se molestaban?

Se quedó atrás y pensó en si merecía la pena marcharse, pero de repente el grupo se detuvo. Miraron a su alrededor y sacaron un contenedor de basura de un callejón cercano. Davey, el líder, se subió a él. Le dejaba a la misma altura que un ventanuco. Sacó una palanqueta de su mochila y empezó a forzarlo, mientras los otros mantenían la guardia.

Helen se pegó a la pared. Estaba furiosa. ¿Por qué se había metido en todo esto? La ventana ya estaba abierta y Davey se estaba colando por ella. El siguiente era Robert. Se subió al cubo de basura y se metió por el agujero con la misma gracia con que lo habría hecho un gimnasta profesional. Los otros se quedaron fuera, mirando por si venía alguien.

Un ruido les sobresaltó, pero era una mujer alejándose. No les había visto. Helen anduvo más rápido. Ahora que todo se había estropeado, solo quería alejarse de allí. A cada paso, se lo reprochaba a sí misma. Estaban robando a una persona en ese mismo momento y su deber profesional era llamar y hacer que pararan inmediatamente.

Pero por supuesto no lo iba a hacer, y se odiaba por ello. Se dio prisa y dejó que la oscuridad se la tragara.

Había sido un error ir allí.

La casa era una cáscara vacía. Un espacio desocupado y funcional, que, como la mayoría de las casas en alquiler, nunca había recibido mucho amor. Jason Robins, sentado frente a su mesa de Ikea, se sentía exactamente igual. Su exmujer, Samantha, se había llevado a su hija, Emily, a Disneylandia durante dos semanas con su nuevo novio, Sean. Y aunque había intentado no pensar en ello —concentrándose en el trabajo, viendo el fútbol, llamando a viejos amigos—, lo cierto era que pensaba en ello todo el tiempo. En los tres divirtiéndose —comiendo algodón de azúcar, subiéndose en la montaña rusa, acurrucándose en la cama después de un día duro—, una alegría de la que él se había visto excluido. Nunca había llevado las riendas de su matrimonio y, ahora que se había acabado, seguía siendo un perdedor. Había gastado todas sus energías en criar a Emily y darle a Samantha todo lo que necesitara, tanto que había descuidado a sus amigos y a su familia. Cuando Samantha admitió que estaba con otro hombre y dio por finalizado su matrimonio, él no tuvo a nadie en quien apoyarse, no de verdad. La gente le había compadecido y le había hecho unas cuantas preguntas, pero sin verdadero interés. Podía adivinar que nadie culpaba a Samantha por la elección que había hecho. Jason no era muy atractivo y tampoco tenía una conversación muy interesante, pero aun así se había esforzado mucho por hacer que Samantha fuera feliz. ¿Y cuál era su recompensa? Un piso vacío y una batalla por la custodia de Emily.

Jason echó los restos de comida en la basura y se fue a lo que el agente inmobiliario llamaba «el estudio» y él llamaba el armario. Apenas había espacio, pero era su habitación favorita, la única que no parecía deshabitada. Le gustaba su ambiente cálido y se sentó en el sillón, encendiendo el ordenador.

Miró las noticias, los deportes, Facebook. Una ojeada rápida y lo cerró. No le apetecía ver las vidas felices de los otros. Comprobó su correo electrónico: spam, spam y otra factura del abogado. Suspiró, aburrido. Lo cierto era que se debería ir a la cama. Le dio vueltas a la idea, aunque sabía que no se iba a dormir pronto, así que fue en vano. No tenía intención de acostarse. Abrió el explorador otra vez y seleccionó sus páginas favoritas. Se le presentaron docenas de sitios de pornografía. Antes había sido excitante, ahora ya conocía todas.

Estaba en su mesa, aburrido y desconsolado. El tiempo pasaba lentamente, burlándose de él. Por Dios, si solo eran las once de la noche. Otras nueve horas antes de que pudiera ir al trabajo. La noche se alargaba frente a él, un paisaje infinito en blanco.

Se lo pensó, y tecleó «Escorts» en el buscador. Inmediatamente un montón de

anuncios cobraron vida en los márgenes de la pantalla, preguntándole si quería conocer chicas en Southampton. Dudó un instante, le desconcertaba que supieran dónde vivía, y empezó a echarles un vistazo. Todas ellas eran invitaciones poco sutiles: chicas fingiendo buscar compañía, pero que estaban haciendo negocio. ¿Debería aceptar? Nunca había hecho nada parecido y la verdad era que le daba un poco de miedo. ¿Y si alguien se enteraba?

Siguió mirando mientras su excitación crecía. Tenía dinero. ¿Por qué no? Si cogía alguna enfermedad podía ir al médico, no era como si se lo fuera a pasar a alguien más. ¿Por qué no podía hacer algo emocionante, para variar?

El corazón le latía con más fuerza, su mente inventando posibles escenas. Miró las webs de los prostíbulos, leyó en los foros, observó videoclips; allí fuera existía un mundo totalmente nuevo, esperando ser explorado. ¿Por qué no tener el control, para variar? Utilizar su dinero para que la gente hiciera lo que él quería. ¿Qué daño podía hacer?

Cogió su cartera y salió de la habitación, apagando la luz al hacerlo. La noche le estaba llamando y esta vez no se iba a resistir.

Cogió el látigo con mano firme y dejó que volara. Mordió la espalda de ella con un ruido muy satisfactorio. Sus hombros se arquearon y bajaron, pero no dijo nada. Prefería tragarse el dolor que estaba sintiendo. Subió los hombros otra vez y se preparó para más, retando al que manejaba el látigo. Jake le hizo un favor, y lo bajó de nuevo. Ella siguió sin proferir sonido alguno.

Ya habían pasado un par de meses desde que habían reanudado su relación. No había duda de que esta vez era diferente: él sabía más acerca de ella, y, aunque nunca se mostraba demasiado curioso, la animaba a que confiara en él de manera implícita, contándole detalles de su propia vida. Había compartido con ella tanto como le era cómodo —nadie más sabía que sus padres todavía estaban vivos, aunque se negaban a hablar con él—, pero no recibía nada a cambio. Entendía que este era su lugar seguro y nunca pondría eso en peligro, pero quería que su relación avanzara. Sentía algo más por ella; era de tontos negarlo. Solo eso ya debería haber provocado que terminara con sus encuentros —cualquier profesional lo habría hecho—, pero ya lo había intentado antes y no había servido de nada.

No era amor. Por lo menos él no pensaba que lo fuera. Pero sí era más de lo que había sentido por nadie en mucho tiempo. Cuando te han querido tan poco, te han marginado tanto, mantienes tus sentimientos ocultos y a raya. Jake había tenido muchas relaciones desde su adolescencia, con hombres y con mujeres, jóvenes y mayores, pero solo una cosa había permanecido constante. Su deseo de ser libre. Sin embargo, cada vez tenía menos interés en los juegucitos. La monogamia nunca había sido lo suyo, pero ahora veía por qué le resultaba atractiva a la gente. Era una locura, dado que Helen y él nunca habían estado ni remotamente cerca de acostarse juntos, pero es que no se trataba de eso. Había algo en ella que él quería proteger, salvar. Si tan solo le dejara.

Esa noche había estado casi monosilábica. Parecía un deprimente paso atrás, directo a los primeros días de su relación. Algo había ocurrido para que le afectara tanto. Jake se estaba preguntando si decir algo o no cuando, de repente, ella quiso saber:

—¿Alguna vez te sientes como si llevaras una maldición contigo?

Era algo tan inesperado que Jake se quedó sin palabras. Después, a la inversa, empezó a balbucear sin sentido, intentando animarla y al mismo tiempo intentando averiguar de qué estaba hablando sin parecer un cotilla. Ella se quedó callada.

Jake cruzó la habitación y la cogió de la mano. Seguía hablando, pero Helen estaba mirando fijamente al frente, sin apenas hacer caso a su presencia. Al final, bajó

la vista y se dio cuenta de que tenía la mano entre las suyas. La retiró, no sin amabilidad.

Helen se apartó, se vistió y se dispuso a irse. Se detuvo y susurró:

—Gracias.

Y con eso desapareció. Jake estaba ofendido, perplejo y preocupado. ¿Qué coño estaba pasando con ella? ¿Y por qué se creía que estaba maldita?

Había tantas cosas por decir, tantas cosas reprimidas en ella, y Jake estaba dispuesto a ayudar si podía. Estaba seguro de que ella no tenía a nadie más con quien hablar. Pero, a pesar de su desesperación, sabía que no podía obligarla. No tenía el mando en esta relación. Tendría que esperar a que Helen volviese a él.

Lady Macbeth vivía en un chalé a las afueras de Upper Shirley, para descontento de sus vecinos. Todos ellos eran economistas y abogados, Sandra McEwan no. Ella ganaba miles de libras al año vendiendo drogas y sexo. Southampton era el centro de sus operaciones, que dirigía desde su residencia de lujo. Sandra venía de Fife, pero se había escapado de una casa de acogida con solo catorce. Antes de que acabara el año ya estaba haciendo la calle, bajando por todo el país hasta acabar en el sur, donde Malcolm Childs, un escocés como ella, se hizo su chulo. Sandra se convirtió en su amante y más tarde en su esposa y después, de acuerdo con la leyenda, le asfixió durante una sesión de sadomasoquismo. Nunca se encontró su cadáver y ella cogió las riendas de su imperio sin problemas, matando o mutilando a quien quisiera arrebatarárselas. Había salido inocente de una docena de juicios, había sobrevivido a tres intentos de asesinato y ahora se daba la gran vida en la costa sur. Estaba muy lejos ya de Fife.

La criada protestó de forma enérgica —solo eran las siete de la mañana—, pero Charlie tenía una orden para arrestar a Sandra y no quería entretenerse, por si la dama en cuestión intentaba escaparse. Había cámaras de seguridad en cada rincón de la casa y lo más probable era que Sandra ya supiera que habían venido. Afortunadamente todavía estaba dormida, como descubrió Charlie cuando abrió las puertas del opulento dormitorio.

Su amante —un hombre atlético y musculoso— saltó de la cama en cuanto hubo movimiento. Estaba dispuesto a enfrentarse a Charlie, pero se detuvo en cuanto vio la placa.

—Tranquilo, chico. Está bien.

El acompañante de Sandra era un exboxeador y siempre le mantenía cerca de ella. Casi nunca hablaba, ya lo hacía Sandra por él.

—Vuelve a meterte en la cama, yo me encargo.

—Sandra McEwan, tengo aquí una orden...

—Más despacio, agente Brooks. Es Brooks, ¿verdad?

—Sí —contestó Charlie, tensa.

—He reconocido su cara por las fotos de los periódicos. ¿Qué tal le va? Espero que mejor.

—Todo va de maravilla en mi mundo, Sandra, así que deja de hablar y levántate, ¿de acuerdo?

Le pasó una bata para que se cubriera. Sandra la examinó de arriba abajo.

—¿Cuánto tiempo hace que ha vuelto al trabajo, agente Brooks?

—Estoy a punto de perder la paciencia.

—Dígame cuánto tiempo y me levantaré.

Charlie hizo una pausa, y después contestó:

—Dos días.

—Dos días —repitió Sandra, dejando que las palabras flotaran en el aire.

Sacó sus abundantes curvas de la cama y rechazó la bata que Charlie le había ofrecido. No hizo intento alguno por cubrir su desnudez.

—Dos días y ya quiere labrarse una reputación. Demostrar a todos esos misóginos que están equivocados, ¿eh?

Charlie la miró a los ojos, negándose a reconocer la verdad que escondía el comentario de Sandra.

—Bueno, lo admiro, Charlie, de verdad que sí. Pero a mí no me jodas, ¿eh?

La amabilidad había desaparecido. La furia de Sandra era inconfundible.

—A no ser que quieras que mis abogados te pateen el culo día y noche las próximas semanas, yo que tú me daría la vuelta y me volvería con Ceri Harwood.

Sandra estaba muy cerca, su cuerpo desnudo a centímetros del uniforme de Charlie. Pero Charlie no pestañeó. Se negaba a que la intimidaran.

—Vas a venir a la comisaría, Sandra. Hay un pequeño problema con un doble asesinato y necesitamos tu ayuda. Así que ¿cómo lo hacemos? ¿Vas a salir por tu cuenta, como una señora, o esposada?

—No aprendéis, ¿no? Vosotros no aprendéis nunca.

Maldiciendo como una verdulera, Sandra fue a coger algo de ropa de su vestidor. En su caso, el crimen sí tenía recompensa, como se encargó de mostrar a Charlie a través de una absurda pantomima que consistía en escoger y descartar conjuntos de Prada, Stella McCartney y Diane von Furstenberg..., antes de decidirse por unos vaqueros y un jersey de Armani.

—¿Preparada? —dijo Charlie, intentando esconder su frustración.

—Estoy lista —respondió Sandra, su amplia sonrisa revelando dos dientes de oro—. Que empiece el juego.

Por qué no se me informó acerca de esto?

—Cuidado con ese tono, Helen.

—¿Por qué no se me informó de esto, superintendente?

El sarcasmo de Helen estaba mal disimulado, su enfado saltándose todas las restricciones. Harwood se levantó y cerró la puerta de su despacho, dejando a su secretaria sin poder oír nada.

—No se te dijo —continuó Harwood— porque no estabas aquí. McEwan es muy dada a desaparecer, así que teníamos que actuar rápidamente. Yo le pedí a Brooks que la arrestara y le dije que me encargaría de explicarte personalmente la situación. Que es lo que estoy haciendo ahora mismo.

La razonable explicación de Harwood no consiguió mejorar el humor de Helen. ¿Estaba justificada su ira por no haberse enterado previamente o solo estaba cabreada porque se trataba de Charlie? Si era sincera consigo misma, no podía decidirse.

—Lo entiendo, pero si hay información relativa al asesinato de Alan Matthews, debería ser yo la primera en saberlo.

—Tienes razón, Helen, y es culpa mía. Si quieres echarle la culpa a alguien, yo soy la indicada.

Helen no podía hacer eso, por supuesto, lo que dejaba su queja sin nada en lo que sustentarse. Pero lo intentó una vez más, a pesar de todo:

—Puede que McEwan esté involucrada en el asesinato Louszko, pero no veo la conexión con el caso Matthews.

—Tenemos que mantener una mente abierta, Helen. Tú misma dijiste que el asesinato podía ser debido a una guerra entre mafias. Quizás Matthews se convirtió en el daño colateral. La investigación de Charlie sacó a la luz algo realmente interesante y me gustaría que siguiéramos tirando del hilo.

—No tiene sentido. Aquello fue algo elaborado, muy personal. Todo nos indica un tipo que...

—Un tipo de persona que tiene inteligencia, ambición e imaginación. Alguien a quien no le importa matar, sin reparos ni conciencia, y a quien le encanta burlarse de la policía. Diría que encaja bastante bien con el perfil de Sandra McEwan, ¿no?

No tenía sentido seguir resistiéndose, así que Helen le dio la razón y fue a la sala de interrogatorios. Charlie estaba esperando y frente a ella, acompañada por su abogado, estaba lady Macbeth.

—Me alegro de verla, inspectora. —Sandra sonrió de oreja a oreja—. ¿Qué tal van las cosas?

—Te podría hacer la misma pregunta, Sandra.

—Mejor que nunca. Tiene buena pinta. ¿No me diga que se ha echado un novio?

Helen ignoró la pulla.

—La agente Brooks está investigando el asesinato de Alexia Louszko. Trabajaba a tu servicio en Brookmire, o eso creemos, bajo el seudónimo de Agneska Suriav.

Sandra no lo negó, así que Helen continuó.

—Fue asesinada, mutilada y dejada en el maletero de un coche abandonado. Su asesinato quería mandar un mensaje. ¿Quizás podrías traducírnoslo?

—Me encantaría ayudarlas, pero apenas conocía a la chica. Solo la vi unas cuantas veces.

—Trabajaba para ti, debes de haberla aprobado personalmente, haber hablado con ella...

—Lo que poseo es el edificio que alberga la sede de Brookmire. No tengo ni idea de quién lleva el negocio.

El abogado no decía nada. En realidad, solo estaba de adorno. Sandra sabía exactamente cómo jugar a ese juego.

—La sacaste de la calle —dijo Charlie, añadiendo tensión—. La entrenaste, la puliste. Pero los Campbell no se lo perdonaron, ¿verdad? La secuestraron. La asesinaron. Después la tiraron en medio de la calle, donde pertenecía.

—Si usted lo dice...

—Una de tus chicas. Te la cogieron sin que te dieras cuenta y la mataron. ¿Cómo se sintieron el resto de tus chicas cuando se enteraron? Seguro que se cagaron de miedo.

Sandra no dijo nada.

—Sabías que tenías que hacer algo —continuó Charlie—. ¿Y por qué no matar dos pájaros con la misma piedra? Cuéntame acerca de tus propiedades en Empress Road.

Por fin, una reacción. Pequeña, pero allí estaba. Sandra no se había esperado eso.

—No tengo...

—Déjame que te muestre algo, Sandra —siguió Charlie—. Es una lista de *holdings* empresariales, y todos están relacionados. Dejemos a un lado la cháchara y reconoce que todos son tuyos. Este —Charlie señaló uno de los nombres— compró seis casas en ruinas en Empress Road hace dos años. ¿Por qué las compraste, Sandra?

Se produjo un silencio y el abogado hizo un leve gesto de asentimiento.

—Para reformarlas.

—¿Por qué ibas a querer hacer eso? Están podridas, decrepitas, y no parece que sea un barrio que vaya a mejorar en los próximos años.

—No quieres reformarlas —interrumpió Helen, entendiendo todo—. Quieres derribarlas.

Un leve pestañeo por parte de Sandra. Lo más cerca que estarían de conseguir que admitiera que iban por el camino correcto.

—Nadie quiere comprarse una casa en un barrio de burdeles, las prostitutas están ahí de noche y de día. Pero si las compras, las derribas y no vuelves a construirlas, ¿qué harán las chicas? ¿Arriesgar sus vidas subiéndose al coche de los clientes o ir a otra parte en busca de trabajo? Un sitio más seguro. Como Brookmire. Seguro que si buscamos un poco más, nos encontramos con que se han vendido muchas propiedades en Empress Road últimamente. ¿A que sí?

Sandra las empezaba a mirar con frialdad. Charlie aprovechó la ventaja que llevaban.

—¿Y si hubieras querido dar un paso más? Los Campbell te habían atacado, habían intentado desestabilizar a tus empleadas. ¿Qué podía pasar si decidías subir las apuestas? Podrías haber matado a una de sus chicas en venganza, pero es más imaginativo asesinar a un cliente o dos. La clientela de los Campbell huiría en tropel, solo con la cobertura de los medios de comunicación. Lo reconozco, Sandra, has sido muy lista.

Sandra sonrió y no dijo nada.

—¿Escogiste específicamente a Alan Matthews? ¿O fue al azar?

—Mi cliente no tiene ni idea de lo que le está hablando y niega categóricamente haberse visto involucrada en ningún acto de violencia.

—A lo mejor entonces podría decirme dónde estaba entre las nueve de la noche y las tres de la madrugada del 28 de noviembre —contraatacó Charlie, dispuesta a seguir presionando.

Sandra miró fijamente a Charlie y después dijo:

—Estaba en una exposición.

—¿Dónde? —ladró Charlie.

—En un almacén reconvertido en Sidney Street. Es un artista local, una instalación viviente donde los clientes de las prostitutas se convierten en parte de la obra y todo ese rollo. Es una tontería, por supuesto, pero la gente dice que el artista va a valer algo con el tiempo, así que me acerqué para echarle un vistazo. Y esto es lo más divertido. A mí no se me da muy bien la tecnología, pero a este chico le encanta, y me cuenta que todo eso se estaba retransmitiendo en directo por internet. No puedes falsear algo así; les invito a que lo vean. Y si todavía tienen dudas, pueden confirmar mi coartada con alguno de los otros invitados que también estuvieron presentes. El alcalde de Southampton estaba allí, el encargado de la sección de Arte de la BBC... Ah, y casi me olvido..., el presidente de la asociación de la policía también estaba allí. ¿Cómo se llama? ¿Anderson? Un tipo con los dientes salidos, que insiste en llevar ese ridículo tupé. Se le reconoce a simple vista.

Sandra se arrellanó en la silla y miró a Charlie, después a Helen.

—Bueno, si hemos acabado aquí, casi mejor me voy. Esta tarde tengo una cita y no me gustaría cancelarla.

—¿A qué coño estás jugando, agente Brooks? —La época en la que se dirigía a ella como Charlie parecía haber pasado hace mucho tiempo—. ¿En qué estabas pensando para arrestarla sin comprobar si era sospechosa?

—Pero lo es. Tiene motivo, oportunidad...

—Y una coartada a prueba de bombas. Nos ha hecho parecer un par de idiotas. Así que deja de hacerle recados a Harwood y empieza con tu maldito trabajo. Encuentra al asesino de Alexia Louszko.

Helen se fue. Tendrían que comprobar la versión de Sandra, por supuesto, pero Helen no tenía ninguna duda de que estaba diciendo la verdad. La coartada era demasiado buena como para habérsela inventado. Podría haber contratado a otra persona para matar a Matthews y a Reid, por supuesto, pero no tenía sentido que empleara a una sola mujer cuando tenía a su disposición un batallón de hombres que harían lo que se les ordenara. No encajaba.

El día había empezado mal e iba a peor. Por primera vez en su vida profesional Helen tuvo la impresión de que sus compañeros estaban trabajando contra ella, en vez de ayudarla. El caso ya era lo bastante raro y difícil sin que Charlie y Harwood le dieran pistas falsas y la desestabilizaran.

Lo cierto era que no habían llegado a ningún sitio. Dos vidas habían sido segadas, y les seguirían más. Y no había nada que Helen pudiera hacer para detenerlo.

Angie se había acostumbrado a ser el centro de atención. Le habían dado una semana de baja en Zenith Solutions y la estaba aprovechando al máximo, recibiendo a sus amigos y familiares en casa, contando el espantoso suceso una y otra vez, adornándolo cuando le apetecía. Pero incluso Angie se estaba aburriendo de relatar lo mismo una y otra vez, así que no hizo caso del persistente zumbido del timbre. Tenía las cortinas echadas, la televisión estaba encendida y se estaba preparando una taza de café.

El timbre volvió a sonar. Angie subió el volumen. Qué más daba que eso confirmara que estaba en casa, no tenía por qué abrirle la puerta a nadie que no quisiera. El zumbido se detuvo y Angie sonrió.

Se concentró en el programa; estaban a punto de anunciar los resultados del ADN. Lo había puesto demasiado tarde como para enterarse de qué iba el conflicto, pero siempre había una sorpresa cuando se revelaba el ADN. Le encantaba esa parte.

—¿Hola?

Angie se sobresaltó. Había alguien en su casa.

—¿Estás ahí, Angie?

Se levantó del sofá y empezó a buscar algo con lo que defenderse. Un pesado jarrón fue lo mejor que pudo encontrar. Lo alzó en brazos cuando vio que la puerta del salón se estaba abriendo.

—¿Angie?

Se quedó quieta, el miedo transformándose en sorpresa. Reconoció el rostro de la mujer inmediatamente. Emilia Garanita era una celebridad en Southampton.

—Siento muchísimo haberte asustado, pero la puerta de atrás estaba abierta y estoy desesperada por hablar contigo, Angie. ¿Te puedo tutear?

Angie estaba demasiado sorprendida como para echarla de su casa y Emilia se lo tomó como un permiso tácito para acercarse a ella, poniéndole una mano en el brazo.

—¿Qué tal lo llevas, Angie? He oído que te ha sucedido algo horrible.

Se lo habría contado una de las chicas del trabajo. Angie estaba enfadada y contenta a partes iguales. Que la prensa local quisiera hablar con ella era una experiencia extraña y satisfactoria. Emilia volvió a llevar a Angie al sofá sin esfuerzo alguno, sentándose a su lado.

—Lo llevo como puedo —contestó Angie haciéndose la valiente.

—Por supuesto. Eres una mujer muy fuerte. Eso es lo que todo el mundo dice.

Angie lo dudaba, pero estaba agradecida por el cumplido.

—Y nuestro artículo lo dejará muy claro.

Angie asintió, su emoción mezclada con una cierta incomodidad.

—El *Evening News* quiere hacer un artículo de dos páginas acerca de ti. Tu vida, tu trabajo en Zenith Solutions y tu valentía al lidiar con ese suceso tan espantoso. Queríamos rendirte un homenaje, ¿estás de acuerdo con eso?

Angie asintió.

—Bueno, déjame que confirme unos detalles. Repasaremos tu vida profesional en un momento, por ahora concentrémonos en aquel día. Recibiste un paquete para tu jefe...

—El señor McPhail.

—El señor McPhail. ¿Eres la encargada de abrir todo su correo?

—Por supuesto. Soy su ayudante personal. Un mensajero había traído la caja y siempre me preocupó de abrir los paquetes inmediatamente.

Emilia estaba anotando todo con rapidez.

—Y dentro...

—Dentro... había un corazón. El olor era horrible.

—¿Un corazón? —preguntó Emilia, intentando disimular la emoción de su voz. No había esperado realmente que fuera verdad, pero lo era.

—Sí. Un corazón, un corazón humano.

—¿Y se te ocurre alguna razón por la que alguien pudiera mandarle eso al señor McPhail?

—No —contestó Angie con firmeza—. Es un jefe maravilloso.

—Claro. ¿Y la policía se puso en contacto con vosotros?

—Hablé con la inspectora Grace.

—La conozco bien. Es una policía excelente. ¿Hubo algo en particular que quisiera saber?

Angie dudó.

—Entiendo que no te sientas cómoda contándome los detalles de vuestra conversación —continuó Emilia—. Pero comprende que, si tengo que convencer a mi editor de que le dé a esta historia las páginas que merece, entonces necesito *todos* los elementos.

Un silencio, y después Angie habló.

—Parecía muy interesada en obtener una lista de todos los empleados de Zenith. Sobre todo los que no habían venido ese día.

La mano que escribía se paró un momento, y después siguió apuntando. No quería dejar ver su entusiasmo al conocer este giro de la historia. Todo estaba encajando a la perfección y la jugada sería maestra.

Una vez más, una historia apasionante le había caído en el regazo.

Violet Robinson miró a su yerno llena de sospechas. Nunca había dudado de su amor por Nicola, pero sí de su dedicación. Era un hombre, y a los hombres no se les daba bien cuidar de los detalles y solían tomar atajos. Nicola estaba cómoda en casa y sus necesidades más básicas siempre estaban cubiertas por parte de Tony o por parte de Anna si él estaba trabajando, pero Nicola era algo más que lo *básico*. Era una mujer inteligente, preciosa y vivaz. Al igual que su madre, ella siempre le había prestado mucha atención a su apariencia, nunca había salido de casa sin maquillaje y se aseguraba de no tener nunca un pelo fuera de su sitio. Demasiadas veces Violet había tenido que ocuparse ella misma de las cosas, disgustada por la palidez de su hija, su pelo descuidado, su falta de maquillaje. Tony no sabía muy bien qué era lo que tenía que hacer, y Anna, bueno, Anna era una chica no muy agraciada que claramente pensaba que lo que importaba residía en el interior de las personas.

—¿Y cuánto tiempo estarás fuera? —le preguntó a Tony.

Estaban de pie en el salón, de manera que Nicola, desde el dormitorio, no les oyera.

—No voy a estar fuera —contestó Tony, escogiendo sus palabras y su tono de voz con cuidado—. Estaré aquí durante el día, probablemente más de lo normal, solo es por las noches. Anna dijo que no le importaba hacer la mayor parte del horario nocturno, pero si de algún modo pudieras...

—Ya he dicho que te ayudaré, Tony. Me alegra poder ayudar. Mejor tener a la familia cerca.

Tony asintió y sonrió, aunque Violet podía ver que no estaba de acuerdo. Anna le caía mejor que su suegra, y si Anna hubiera querido hacer siete noches seguidas, no habría tenido problema en pagárselas, todo antes que pedirle ayuda a ella.

—¿Cuánto tiempo va a... durar este horario nocturno?

—Espero que no mucho.

Otra respuesta evasiva.

—Bueno, no me importa ayudar tanto tiempo como sea necesario, pero ya sabes mi opinión. Odio la idea de que Nicola se despierte y encuentre a un extraño a su lado.

La voz de Violet se quebró, su propia pérdida asaltándola por sorpresa. Tony asintió compasivamente, pero nunca discutía este punto con ella. ¿Había dado a Nicola por perdida? Violet tenía la certeza de que así era. ¿Tenía otras mujeres por ahí? Violet no estaba segura y le dolía la idea.

—¿Es peligroso? ¿Lo que vas a hacer?

Un silencio prolongado, y a continuación una explicación larga e innecesaria para que estuviera tranquila. Así que sí era peligroso. ¿Estaba siendo injusta, odiándole por protegerla? Era policía y tenía trabajo que hacer, eso lo entendía. Pero ¿por qué no podía trasladarse a un puesto más tranquilo? ¿Y si le ocurría algo? El marido de Violet —ese inútil hijo de puta— las había abandonado hacía años. Ahora vivía con su segunda mujer y sus otros tres hijos en Maidstone, y nunca las venía a ver. Si algo le sucedía a Tony, se quedarían solas Nicola y Violet, esperando.

De repente Violet cruzó la habitación. Puso una mano en el hombro de Tony y le dijo con voz dulce:

—Bueno, ten cuidado, Tony. Ten cuidado.

Y, por una vez, él pareció entenderlo. Fue un momento difícil para ambos —un giro de la situación en la que estaban; una vida que incluía más cosas para Tony, lejos del área de cuidados intensivos que era su casa— y por un instante, estuvieron de acuerdo.

—Haz tu trabajo, Tony. Nicola y yo estaremos bien aquí.

—Gracias, Violet.

Tony salió para continuar con sus preparativos y dejó a Violet a solas con su hija. Violet sacó un pintalabios del bolso y lo aplicó en la boca de Nicola. Eso la animó brevemente, pero por dentro tenía los nervios destrozados. Tenía el presentimiento de que había fuerzas que escapaban a su control y de que su mundo estaba a punto de derrumbarse.

Mientras el equipo se juntaba en la sala de reuniones, Helen puso en orden sus ideas. Nunca antes se había sentido tan aislada en una investigación. Charlie quería demostrar su valía al arrestar a McEwan por los asesinatos, y Harwood la estaba apoyando. Su propia jefa no quería dar crédito a la teoría de Helen de que estaban lidiando con una asesina en serie. Harwood le daba importancia a la política interna, seguía el protocolo de actuación, y nunca se había encontrado con algo así. Helen, en cambio, sí lo había hecho, debido a su historia personal y a sus experiencias. Y por eso tenía que tomar las riendas, para que su equipo se concentrara en lo que realmente importaba.

—Vamos a suponer por ahora —dijo Helen— que nuestra asesina es una prostituta y que mata a hombres que pagan por tener sexo. Esto no es algo que haya ocurrido por accidente, no hay pruebas de que intentaran violarla o de que se pelearan, así que deliberadamente atrajo a esos hombres a sitios recónditos y después los mató. Esto es algo que ha estado pensando mucho, lo ha planeado. No hay nada que sugiera que trabaja en equipo, así que estamos buscando a una mujer muy perturbada y muy peligrosa que probablemente haya sido víctima de violación o de malos tratos, que puede tener un historial de problemas psiquiátricos y que alberga un odio desmedido hacia los hombres. Deberíamos buscar en los hospitales, las clínicas, los refugios de mujeres maltratadas, las pensiones y mirar si alguien en los últimos doce meses encaja con el perfil. También repasaremos la base de datos para ver si hay alguna violación por resolver o alguna agresión sexual reciente. Algo tiene que haber desencadenado esto. Por muy propensa a la violencia que sea, algo tiene que haber desatado esta terrible venganza. A ver si descubris otros delitos que pueda haber cometido, robos o apuñalamientos, algo que pueda haber practicado antes de decidirse a matar. Sanderson, ¿te puedes encargar de esto, por favor?

—Me pongo a ello, jefa.

—Así que ¿a quién estamos buscando? —continuó Helen—. Obviamente, conoce los lugares donde se ejerce: Empress Road, la ciénaga de Eling..., o sea que ha tenido que estar en activo hasta hace poco. El haber escrito mal la palabra «MALBADO» y la dirección de los Matthews sugiere que no tiene mucha educación, o que a lo mejor es disléxica, pero eso no implica que sea tonta. No deja ningún rastro por donde aparece (los forenses encontraron un pelo negro en el coche de Reid, pero es sintético, probablemente de una peluca), y es extremadamente valiente. Entró y salió de Zenith Solutions sin que nadie se fijara en ella. El arriesgarse de esa manera nos sugiere que es una mujer con un objetivo muy claro. Alguien que quiere demostrar algo.

Silencio por parte del equipo mientras todos absorbían las palabras de Helen.

—Lo primero en lo que nos vamos a centrar es en las prostitutas en activo o recientes. Deberíamos mirar todos los niveles: las *escorts* de lujo, las estudiantes universitarias, las inmigrantes ilegales y las yonquis que se ponen en los muelles, pero con especial atención al segmento más bajo. Los gustos de Matthews y de Reid parecen haber coincidido en las chicas más baratas. Vamos a cubrir toda la ciudad, pero la mayoría de los agentes estará en el norte. Bevois Valley, Portswood, Highfield, el parque Hampton. Nuestra asesina escoge a sus clientes en barrios sin cámaras de seguridad, pero hemos conseguido reconstruir el camino que tomaron Matthews y Reid gracias a las cámaras de tráfico. Parece que se encontró con Matthews en Empress Road y con Reid cerca del Common. Probablemente decide los sitios porque están cerca de su casa, porque los conoce, porque son «seguros». No vamos a descartar nada, pero mi apuesta es que vive o trabaja en el norte de la ciudad. McAndrew será quien lidere el trabajo en esta área.

—Ya tengo a mi equipo, jefa —respondió McAndrew—, y lo hemos dividido por sectores. Empezaremos esta misma tarde.

—Lo siguiente que nos preguntamos es por qué escogió a Matthews y a Reid. ¿Fueron seleccionados al azar o deliberadamente? Puede que la asesina ya hubiera visto a Matthews y conociera sus costumbres y sus aficiones. Pero Reid era mucho más joven y parece que relativamente nuevo. Si fue escogido, estaría basado en unas coincidencias más sutiles. Los dos tenían una familia, lo cual puede ser un vínculo importante, pero se movían en círculos muy diferentes y estaban en una etapa de su vida muy distinta: Matthews tenía cuatro hijos, de adolescentes para arriba, y Reid una niña muy pequeña.

—La habrán encontrado en internet. Hoy por hoy, si quieres una mamada, lo metes en Google, ¿no? —comentó Sanderson entre las risas de los demás.

—Probablemente, así que miremos también la huella digital de Reid y de Matthews. Grounds, ¿podrías coordinarlo tú? Averigüemos si estos individuos eran el objetivo planeado o solo estuvieron en el lugar y el momento equivocados. ¿Todo el mundo lo tiene claro?

Helen ya estaba de pie, volviendo a su despacho. Estaba llena de energía y determinación, tenía un propósito. Pero mientras cruzaba la oficina, se detuvo de repente, y su recién nacido optimismo se disipó en un instante. Alguien había dejado la televisión sin sonido, así que Helen cogió el mando y subió el volumen. Era el boletín informativo de la BBC. Graham Wilson, el presentador habitual, estaba haciendo una entrevista a fondo. Y la invitada de hoy era Eileen Matthews.

Helen hervía de rabia y frustración mientras se dirigía a la casa de los Matthews. Eileen estaba loca de pena —y Helen lo entendía—, pero su intervención en el programa podía dar al traste con toda la investigación. A Eileen se le había metido en

la cabeza que Alan no había podido estar con una puta, y, convencida de que la policía estaba siguiendo el rastro equivocado, había decidido iniciar su propia búsqueda del asesino de su marido. «Por favor, ayúdeme a encontrar al hombre que le hizo esto a mi Alan», fue la frase que más veces repitió en la entrevista. Hombre, hombre, hombre. Cinco minutos de televisión habían puesto en marcha la paranoia por un asesino que no existía.

Eileen acababa de regresar a casa para cuando llegó Helen. Estaba consumida por la experiencia de hablar en público acerca de la muerte de su marido, y se le notaba a simple vista. Quiso cerrarle el paso, pero Helen estaba demasiado cabreada como para permitirse. La hostilidad no tardó mucho en aflorar.

—Debería habernos consultado a nosotros primero, Eileen. Algo así nos puede retrasar en la investigación.

—No les consulté porque ya sabía lo que me iban a decir.

Eileen no se arrepentía de nada. Helen tuvo que contenerse con mucho esfuerzo.

—Sé que ha tenido que lidiar con muchas cosas estos últimos días y que se siente abrumada por la pena, que está desesperada por conseguir respuestas, pero esto no es lo más adecuado. Si quiere justicia para usted, para sus hijos, tiene que dejarnos llevar las riendas.

—¿Y que ensucien el nombre de Alan? ¿Que arrastren el apellido de mi familia por el barro?

—No puedo ocultarle la verdad, Eileen, por muy dolorosa que sea. Su marido utilizaba prostitutas y estoy convencida de que esa fue la razón por la que murió. Su asesina fue una mujer, demostrado al noventa y nueve por ciento, y todo lo que dirija la atención del público hacia otra parte va a permitir que vuelva a atacar de nuevo. La gente tiene que estar atenta y nosotros debemos darle la información adecuada para que lo hagan. ¿Lo entiende?

—¿Puede repetir eso otra vez?

La voz de Eileen se había vuelto menos estridente. Helen se calló, sin estar segura de lo que debía compartir con ella.

—Un hombre joven fue asesinado ayer por la noche. Creemos que la responsable de las dos muertes es la misma persona.

Eileen la miró fijamente.

—Se le encontró en un lugar frecuentado por prostitutas...

—No.

—Lo siento...

—No dejaré que continúe con..., con esta campaña de difamación. Alan era un buen hombre. Un hombre devoto. Sé que no tenía muy buena salud..., tenía muchas infecciones, pero muchas de ellas se pueden coger en las piscinas públicas. A Alan le gustaba mucho nadar...

—Por el amor de Dios, Eileen, tenía gonorrea. No te contagias por nadar en una piscina.

—¡NO! Su puñetero funeral es mañana y viene aquí a contarme mentiras... ¡NO!
¡NO! ¡NO!

Eileen gritó con todas sus fuerzas, haciendo que Helen se callara. Después llegaron las lágrimas. Helen sintió un torbellino de emociones —compasión, furia, incredulidad—. En el silencio que siguió, la mirada de Helen paseó por la habitación, fijándose en las fotos de familia que parecían confirmar la impresión que tenía Eileen de su difunto marido. Era la viva imagen del cabeza de familia, jugando al fútbol con sus hijos, con aire de orgullo en la graduación de su hija Carrie, dirigiendo el coro de la Iglesia, brindando por la novia en su boda hacía tantos años. Pero no era más que propaganda.

—Eileen, tiene que trabajar con nosotros en esto. Debe tener una visión más amplia. Si no, morirá gente inocente. ¿Lo entiende?

Eileen no alzó la vista pero sus sollozos amainaron un poco.

—No quería hacerle daño, pero tiene que afrontar la realidad. El historial informático de Alan deja muy claro que tenía un interés bastante activo en pornografía y prostitución. A no ser que otra persona, usted o los chicos, utilizara ese ordenador, entonces solo puede haber sido Alan quien accediera a esas páginas.

Eileen ya les había contado antes que Alan no dejaba que nadie entrara en su despacho, y mucho menos que usara su ordenador, así que Helen sabía que tenía razón.

—A esas páginas no se llegó por accidente. Estaban entre sus favoritas... También hemos mirado sus cuentas del banco.

Eileen estaba callada.

—Era el administrador de una cuenta con dinero para pagar las reparaciones de la iglesia. Hace dos años contenía miles de libras. La mayoría del saldo ha desaparecido; ha sido sacado de doscientas en doscientas libras en los últimos dieciocho meses. Pero no ha habido ninguna obra en la iglesia. Uno de mis agentes fue allí y habló con el pastor. Sabemos que Alan no ganaba mucho, y parece que estaba usando el dinero de la Iglesia para costearse sus aficiones.

Helen continuó, endulzando el tono.

—Sé que ahora mismo se siente muy perdida, pero la única manera de que usted y su familia sobrevivan a esta... pesadilla es que miren a la realidad a la cara. No se lo creerá, pero sé por lo que está pasando. Me han sucedido cosas espantosas y he sufrido mucho dolor, pero esconder la cabeza en la arena es lo peor que puede hacer. Por sus hijas, por sus hijos, por sí misma, necesita asimilar lo que le estoy diciendo. Tiene que ver a Alan como era, con lo bueno y lo malo, y lidiar con ello. Puede que la Iglesia empiece una investigación monetaria por su cuenta, y estoy segura de que tendremos más preguntas para usted. Ponerse en nuestra contra no es lo mejor que puede hacer para superar su duelo. Necesita ayudarnos, y nosotros la ayudaremos a cambio.

Eileen alzó la vista al fin.

—Quiero atrapar a la asesina de Alan —continuó Helen—. Más que ninguna otra cosa, quiero atraparla, y darle las respuestas que usted necesita. Pero no lo puedo hacer si usted está en mi contra, Eileen. Así que, por favor, colabore conmigo.

El discurso de Helen era sincero y emotivo. Hubo una larga pausa, y Eileen la miró.

—Qué pena me da, inspectora.

—¿Perdone?

—Me da mucha pena porque carece de fe.

Salió de la habitación sin volver la vista atrás. Helen la observó mientras se iba. Ya no sentía ira, solo compasión. Eileen había creído completamente en Alan y jamás asimilaría el hecho de que su protector, el pilar de su vida, no era más que un impostor.

La agente Rebecca McAndrew solo había estado investigando unas cuantas horas, pero ya se sentía sin ánimo y desesperanzada. Su equipo se había dirigido primero a los burdeles de lujo. Estaban bastante más llenos de lo que recordaba. La crisis económica había llevado a cada vez más mujeres a emplearse en la industria del sexo y la súbita llegada de prostitutas de Polonia y Bulgaria había desbordado el mercado. Había mucha competencia, por lo que los precios estaban a la baja. Era un negocio cada vez más despiadado.

Después habían ido a los campus universitarios, y lo más deprimente era la similitud. Todas las chicas con las que hablaban conocían como mínimo a una compañera que había recurrido a la prostitución para pagarse los estudios. Se estaba convirtiendo en un rasgo de la vida cotidiana, a medida que recortaban las becas y los estudiantes se esforzaban para poder pagar durante años. Pero las anécdotas asociadas de dependencia del alcohol y autolesiones sugerían que este fenómeno no estaba libre de coste.

Ahora McAndrew y su equipo se encontraban en el centro Claymore, una clínica gratuita que existía gracias a una combinación de trabajadores de la sanidad pública y voluntarios que generosamente donaban su tiempo. Cualquiera podía ir y recibir tratamiento gratis, pero estaba en un mal barrio, las colas eran kilométricas y siempre tenías que estar pendiente por si te birlaban algo, así que normalmente los que iban allí estaban o borrachos o desesperados. Muchas de las pacientes de la clínica eran prostitutas jóvenes: chicas con infecciones venéreas, chicas que habían recibido una paliza y necesitaban puntos, chicas que habían tenido un bebé y ya no podían más. Era difícil no verse afectado por las situaciones que atravesaba cada una de ellas.

Rebecca McAndrew a menudo maldecía la cantidad de horas que pasaba trabajando —llevaba casi dos años sin pareja, y en parte se debía a sus horarios nocturnos—, pero se dio cuenta de que los sacrificios que ella hacía no eran nada comparados con los de las mujeres que trabajaban en Claymore. A pesar de estar agotadas, a pesar de casi no tener recursos, trabajaban incesablemente para ayudar a estas chicas a conservar su salud física y mental, sin juzgarlas ni perder la calma. Eran santas de la vida moderna, aunque nunca las reconocerían como tales.

Mientras el equipo seguía preguntando, una paradoja se abrió paso en la mente de Rebecca. En un mundo donde cada vez parecía más difícil encontrar una conexión real con otra persona —amor, matrimonio, familia—, nunca había sido más asequible pagar por una acompañante. El mundo estaba de capa caída, el país en medio de una recesión, pero una cosa estaba clara.

Southampton estaba sobrado de sexo.

Las calles estaban oscuras, al igual que el humor de Charlie. Después de que Helen la regañara, había estado a punto de entregar su placa de policía y marcharse a casa. Pero algo se lo había impedido y ahora se sentía aliviada, y ligeramente avergonzada por tener tan poco aguante. ¿Qué esperaba? Helen no la quería de vuelta y Charlie se lo había puesto en bandeja, dejando que su entusiasmo pusiera en peligro la investigación acerca de Sandra McEwan.

Estaba abochornada —¿qué había sucedido con la perspicaz policía que era antes?— y esa humillación era la que ahora mismo la guiaba. Habiendo fallado en su primer intento de desenmascarar al asesino de Alexia, Charlie había vuelto a lo básico, patrullando en busca de información. A lo mejor si hablaba con las chicas de la calle, que parecían estar en el medio de la guerra entre McEwan y los Campbell, podría averiguar algo. Los niños estaban saliendo de la escuela; eran poco más de las cuatro de la tarde, pero ya estaba empezando a anochecer. Ese tiempo plomizo y sofocante que al invierno se le da tan bien producir. El ánimo de Charlie descendió un poco más.

Las prostitutas que merodeaban por el puerto no tuvieron problemas en mirar la foto que les tendía Charlie una vez que se dieron cuenta de que no las iba a detener. No la recordaban muy bien, pero una chica que llevaba allí mucho tiempo terminó dirigiendo a Charlie en dirección al hotel Liberty, un lugar sucio y desvencijado que alquilaba las habitaciones por horas en vez de por días. Charlie ya lo había visitado antes y se le cayó el alma al suelo por tener que volver allí. Era un sitio lleno de soledad y desesperación.

Presionó el timbre. Una, dos, tres veces antes de que la puerta se abriera una rendija. Puso la placa policial en la cara del matón polaco que había venido a «saludarla». Este le gruñó y dejó que entrara, dándole la espalda al subir las escaleras. Charlie sabía que no le sería de ayuda —su trabajo consistía en verlo todo, pero no decir nada—, así que centró su atención en las chicas que salían de las múltiples habitaciones cerradas con una regularidad asombrosa. El edificio era una casa adosada de cuatro plantas. Era impresionante calcular cuántos coitos tenían lugar cada noche en ese sitio. Los condones usados alfombraban el suelo.

Charlie estaba hablando con una chica llamada Denise, que tendría como máximo diecisiete años. Su novio y ella eran drogadictos, y claramente era trabajo de Denise ganar el dinero suficiente para que los dos se pudieran dar un capricho. ¿Por qué se valoraban tan poco esas chicas? Esto era lo más bajo del mercado; las acompañantes más caras operaban en el norte de la ciudad. En los muelles del puerto se esperaba

que hicieras cualquier cosa por unas cuantas libras, sin importar lo desagradable o doloroso que fuera.

Muchos policías trataban a las prostitutas como si fueran basura, pero Charlie siempre se encontraba a sí misma queriendo ayudarlas. Ya estaba encauzando a Denise para que se alejara de ese novio parásito que tenía, dándole la dirección de un refugio que conocía, cuando se desencadenó el infierno.

Un grito. Alto, desesperado y sostenido. El repiqueteo de unos pies bajando por las escaleras, portazos, el caos. Charlie ya estaba subiendo, dándose toda la prisa que podía. Al girar la esquina, se dio de bruces contra una prostituta aterrorizada. Se quedó sin aliento, pero el grito seguía y seguía, así que Charlie se forzó a continuar subiendo, pasando por delante de todas esas caras de preocupación, obligando a sus pulmones a seguir absorbiendo aire. Cuando llegó a la planta de arriba, se sorprendió al ver que tenía sangre en la camisa.

El grito provenía de la última puerta de la derecha. Sacó la porra de la funda y la enarboló, dispuesta a pelearse. Pero tan pronto como entró en la habitación, supo que no la iba a necesitar. Ya había perdido la batalla. En la esquina del cuarto, una prostituta adolescente estaba gritando sin cesar, en estado de shock. A su lado, en una cama empapada de sangre, había un hombre. Le habían abierto el pecho en canal y su corazón estaba latiendo al aire libre.

De repente todo encajó. La razón por la que Charlie tenía sangre en la camisa era porque se había chocado con la asesina mientras esta huía del escenario de su último crimen. Perpleja, Charlie dio la vuelta para perseguirla y después se detuvo. El hombre aún estaba vivo.

Charlie solo tuvo un instante para decidirse. Se apresuró a acercarse al hombre, a quitarse la chaqueta y a apretársela contra el pecho, en un esfuerzo por detener la pérdida de sangre. Le alzó la cabeza y le pidió que por favor mantuviera los ojos abiertos, que hablara con ella. Charlie sabía que la asesina le había sacado tanta ventaja que probablemente ya se habría escapado, y la única opción que tenía de identificarla era sacar información a la víctima antes de que se muriera.

—Llama a una ambulancia —gruñó a la chica que gritaba, antes de volver a concentrarse en el hombre, que tosió un coágulo de sangre. También salpicó la cara de Charlie.

—¿Me puedes decir tu nombre, cariño?

El hombre balbuceó, pero no consiguió formar una palabra.

—La ambulancia ya está de camino, vas a ponerte bien.

Se le empezaban a cerrar los ojos.

—¿Me puedes decir quién te ha hecho esto?

El hombre abrió la boca. Charlie acercó la oreja para escuchar lo que iba a decir.

—¿Quién te ha atacado? ¿Me puedes decir su nombre?

El hombre estaba luchando por respirar, resuelto a decir algo.

—¿Su nombre? Por favor, dime su nombre.

Pero no dijo nada. Todo lo que Charlie pudo oír fue el último suspiro que escapaba de su cuerpo. La asesina había conseguido huir y Charlie estaba sujetando a la última víctima.

Helen examinó la calle en la que se encontraba el hotel Liberty, inspeccionando las paredes en ruinas por si veía alguna cámara de seguridad. Habían tenido suerte — Charlie se había chocado literalmente con la asesina— y gracias a su testimonio y a los pocos datos que habían conseguido de la prostituta polaca que había interrumpido el ataque, ya tenían por lo menos una descripción de la sospechosa. Era de raza blanca, de unos veinte años y alta, más alta que la mayoría, con piernas largas y musculosas. Vestía de negro, probablemente cuero, tenía la cara pálida y una melena negra y lisa con flequillo. Pero nadie había visto su rostro lo suficiente como para dar más que un retrato genérico. Estaba claro que el tipo que cobraba a las chicas le prestaba más atención a la televisión que a la gente que entraba y salía del edificio. Las otras prostitutas dijeron que no solía ir por allí; un par de ellas se la habían cruzado mientras llevaba a su cliente al piso de arriba, pero había mantenido la cabeza baja y no las había mirado a los ojos, y, además, tenían sus propios clientes a los que atender. Era muy frustrante haber estado tan cerca y poder averiguar tan poco. De todos modos, si conseguían la grabación de una cámara, la situación sería muy diferente, así que Helen seguía inspeccionando la calle. En un barrio donde los delitos eran el pan de cada día, la gente empleaba medidas extra, pero solo pudo encontrar una cámara de seguridad, encima de la entrada de una licorería venida a menos. Colgaba del cable, enfocando a la pared, víctima del vandalismo. ¿Habían sido unos gamberros o era la asesina quien la había destrozado? Les sería de poca utilidad, en cualquier caso.

Volviendo a la entrada del hotel, Helen vio a Charlie, que llevaba puesto un traje de papel y una manta. Se habían llevado su ropa para someterla a un análisis forense, y otra agente estaba con ella.

—¿Quieres que llame a Steve?

Charlie alzó la vista y vio a Helen a su lado.

—Lloyd..., Fortune ya se ha encargado.

—Bien. Vuelve a casa, Charlie. Has tenido un shock muy grande y has hecho todo lo que has podido. Ya hablaremos más tarde.

Charlie asintió, todavía taciturna. Helen le puso una mano en el hombro para consolarla, y después se fue, impaciente por ver lo que la escena del crimen les podía contar. Subiendo las escaleras hasta el piso superior, se detuvo para interrogar a un grupo de técnicos forenses que rodeaban una huella parcial. El perfil de un tacón y medio pie estaba impreso en sangre en un tablón de madera.

—¿Es suyo? —preguntó Helen.

—Bueno, no es de Charlie, así que...

—¿Me podréis decir la talla de pie que usa?

El técnico asintió, así que Helen continuó su camino. Esos pequeños detalles podían ser sorprendentemente útiles. Se alegró un poco, pero se le pasó en cuanto entró en la escena del crimen. Estaba recubierta de sangre. La víctima yacía en la cama, con las manos y los pies todavía atados al armazón del lecho, el torso abierto como si fuera una lata. Su corazón, que hacía treinta minutos estaba latiendo con fuerza, ahora permanecía quieto. Helen se inclinó sobre el cuerpo, con cuidado de no tocarlo. Se fijó en la herida y pudo ver que el tejido que rodeaba el corazón se encontraba intacto. Estaba claro que habían interrumpido a la asesina antes de que pudiera obtener su premio. Helen observó la cara de la víctima —no la reconoció— y después tuvo que apartar los ojos. Tenía el rostro desfigurado por la agonía.

Se apartó para que los forenses pudieran continuar con su trabajo. Aparte de las pruebas que recogieran del cuerpo de la víctima, iban a analizar una fiambarrera de plástico que habían encontrado en el suelo. ¿Era ahí donde la asesina guardaba los corazones? En una fiambarrera. Era algo tan normal, tan hogareño, que resultaba hasta divertido. Era algo que se podía comprar en casi todas las tiendas de Southampton, así que tenían que confiar en que su asesina hubiese dejado algún rastro de su identidad en el recipiente. Aunque Helen sabía que no podía contar con ello: su asesina no se había equivocado, por ahora.

Observando la escena del crimen, la mente de Helen se llenó de preguntas. ¿Por qué ese cambio a la hora de actuar? Hasta entonces, la asesina había sido muy cautelosa. ¿Por qué traer a su última víctima a un lugar donde corría el peligro de ser interrumpida, o peor, identificada? ¿Se estaba volviendo descuidada? ¿O es que cada vez era más difícil aislar a los clientes? ¿Se habría corrido la voz? ¿Estarían los clientes buscando sitios más seguros, con más gente? Le había traído aquí durante el día, cuando sabía que habría otras haciendo lo mismo que ella. ¿Había sido especial este hombre? ¿Acaso solo podía quedar a esta hora? Era un giro de los hechos inesperado.

Lo único de lo que Helen estaba segura era de que la asesina estaría inquieta. La habían interrumpido y había tenido que huir con las manos vacías. Peor todavía, se había chocado con una agente de policía y solo había conseguido escapar gracias a la buena suerte. Ahora mismo tendría miedo de que la policía tuviera una buena descripción de ella y probablemente algún rastro de ADN. La experiencia le había enseñado a Helen que ese susto podría hacer que la asesina reaccionase de dos maneras. O desaparecía por completo o se daba a la matanza indiscriminada. ¿Qué opción escogería?

Solo el tiempo lo diría.

Había llegado la hora de decir adiós. Tony lo había estado posponiendo cuanto podía, pero ya se estaba haciendo tarde. Vaciló un instante y después entró en la habitación de Nicola.

—¿Nos puedes dejar un momento a solas, Anna?

Anna dejó de leer en voz alta y apartó los ojos del libro, fijándose en la vestimenta de Tony antes de recuperar la compostura.

—Por supuesto.

Desapareció discretamente. Tony se quedó mirando a su mujer, que guiñó el párpado derecho, la manera que tenía Nicola de saludar a su marido.

—Me tengo que ir, cariño. Anna se va a quedar contigo el resto del día y por la noche. Volveré por la mañana, ¿vale? Podemos leer un poco a Dickens, si te apetece. Anna dice que casi lo habéis acabado.

Sin respuesta por parte de Nicola. ¿Había entendido lo que le estaba diciendo? ¿O estaba enfadada y se negaba a comunicarse con él? Una vez más, Tony se vio abrumado por la sensación de culpa.

—Le diré a Anna que te lea hasta tarde hoy, si quieres. Mañana te puedes quedar durmiendo lo que te apetezca, pondré la cama plegable a tu lado y así nos podremos acurrucar un rato. Como en los viejos tiempos.

La voz de Tony se quebró. ¿Por qué seguía con esto cuando sabía que lo mejor era irse?

Se agachó y besó la ceja de su esposa. Se lo pensó mejor y la volvió a besar, esta vez en los labios. Parecían secos, incluso un poco agrietados, así que cogió el bálsamo de la mesilla de noche y se lo aplicó en la boca.

—Te quiero.

Tony se fue, y treinta segundos más tarde cerraba la puerta de su casa tras él.

Rodeó la esquina para llegar adonde había aparcado el coche que le habían proporcionado. Era un sedán Vauxhall un poco mellado, el tipo de coche que los comerciales paseaban por todo el país. Lo abrió con el mando a distancia. Agachándose para abrir la puerta, se vio a sí mismo en el reflejo del retrovisor y se detuvo. Llevaba puesto un traje de chaqueta arrugado, le habían teñido canas en el pelo y se ocultaba tras unas gafas de ejecutivo. Era él, pero no era él. La imagen de un hombre que se sentía solo, cansado y perdido. Había algo de verdad en ese cuadro, pero Tony no se permitió pensar en ello. Tenía trabajo que hacer.

Se subió al coche, lo puso en marcha y se alejó. Había llegado la hora de bailar con el diablo.

Una fulana que te roba el corazón».

Emilia Garanita observó el titular sin disimular su placer. Sobre todo, le gustaba el juego de palabras, al igual que a su editor, que había sido el responsable de colocarlo en la portada. ¿Se convertiría en la edición más vendida del *Evening News*? Esperaba que sí. Con un poco de suerte, se convertiría incluso en su pasaporte para trabajar en los periódicos de tirada nacional.

El artículo había salido a la venta hacía un par de horas. El boca a boca funcionaba: su teléfono móvil no había dejado de sonar y su cuenta de Twitter se había vuelto loca. Nada vende más que una asesina en serie y Emilia iba a aprovecharse de ello todo lo que pudiera. Los artículos que había escrito el año anterior acerca de la matanza que había cometido Marianne le habían dado una buena reputación a nivel local, pero había sacado la historia demasiado tarde, debido a los obstáculos que le había puesto la inspectora Grace. No volvería a cometer el mismo error.

Emilia reprimió la esperanza, llena de culpabilidad, de que no atraparan a la culpable demasiado pronto. Sabía que no estaba bien pensarlo, pero lo cierto era que disfrutaba viendo cómo Grace correteaba de un lado para otro, cómo la asesina parecía poder matar a voluntad y sin dejar un solo rastro, y además, ¿quién podía sentir pena por las víctimas? Eran los típicos hombres... falsos, rastreros, empujados por sus propios deseos animales. Ya se veía, en los mensajes que estaban dejando en el foro digital del periódico y en su Twitter, que la mayoría del público pensaba que esos hombres habían recibido lo que se merecían. Durante siglos las prostitutas habían sido las víctimas silenciosas de la violencia masculina. ¿Tan malo era que ahora la balanza se inclinara hacia el otro lado? «Vamos, chica», dijo Emilia para sí misma, y reprimió una sonrisa.

Solo había una mancha en el paisaje y era que Emilia no había conseguido entrevistar a Jessica, la viuda de Christopher Reid. La había llamado por teléfono y había ido a visitarla a su casa, pero la asesora de familias que estaba con ella se conocía muy bien las tácticas de Emilia y la había despedido sin contemplaciones. Había vuelto y le había metido una nota por debajo de la puerta, ofreciéndole dinero y explicándole que le esperaban unos meses difíciles por delante, diciéndole que escribiría un artículo poniéndose de su parte, pero todavía no había recibido una respuesta y Emilia dudaba de que eso fuera a pasar. Grace la mantendría alejada del público mientras la asesina continuara libre. Con todo, Emilia se había enfrentado a retos más grandes en el pasado y tendría que recurrir a su inventiva. Había más de

una manera de conseguir lo que querías.

Las oficinas del periódico se estaban quedando vacías. Ya no tenía sentido que Emilia permaneciera ahí, los elogios y las felicitaciones por parte de sus colegas habían ido disminuyendo a medida que todos se iban marchando a casa. Cogió el bolso y el abrigo y se dirigió al ascensor. Habían abierto un nuevo bar en la costa y llevaba un tiempo queriendo ir. Parecía el momento perfecto para ello.

Acababa de salir del edificio cuando sonó su teléfono. Era uno de los agentes de policía a los que se había camelado; llevaba unos meses proporcionándole valiosa información. Mientras escuchaba el resumen que le hacía, una amplia sonrisa se dibujó en la cara de Emilia. Otro asesinato, y esta vez estaba involucrada alguien a quien conocía: la agente Charlie Brooks. Emilia se dio la vuelta y regresó a la oficina.

La historia se ponía cada vez mejor.

Está dormida. No puedes pasar a verla.

Steve mentía fatal, pero Helen no le contradijo. Sus ojos brillaban de furia y Helen tuvo cuidado de no provocarlo.

—Es importante que hable con ella, así que ¿podrías decirle que me llame cuando se despierte?

—No te detienes ante nada, ¿verdad? —respondió Steve, medio riéndose ante su propia amargura.

—Tengo un trabajo que hacer, Steve. No estoy intentando cabrearte ni alterar a Charlie, pero tengo un trabajo que hacer y no dejaré que mis simpatías personales se interpongan en el camino.

—¿Simpatías? Tienes que estar de broma. No creo que seas capaz de tener amigos.

—No he venido aquí a discutir contigo...

—No te preocupas de nadie que no seas tú, ¿verdad? Siempre y cuando consigas lo que quie...

—¡YA ESTÁ BIEN!

Los dos se giraron para ver a Charlie acercarse a ellos. No había estado metida en la cama, sino escuchándoles desde el salón, como Helen había sospechado. La ira se reflejó momentáneamente en el rostro de Steve, avergonzado porque le habían pillado mintiendo, pero se repuso y se acercó a Charlie. Ella no le miró, estaba concentrada en Helen.

—Será mejor que entres.

—Piensa, Charlie. ¿Hay algo más que recuerdes? ¿Su cara? ¿Su olor? ¿Su expresión?

—No, ya te lo dije.

—¿Dijo algo al chocarse contra ti? ¿Oíste algún tipo de acento?

Charlie cerró los ojos, recordando ese instante sin ganas.

—No. Solo gruñó.

—¿Gruñó?

—Bueno, la había dejado sin aliento, así que...

Charlie dejó de hablar, notando el enfado y la decepción de Helen. La prostituta polaca que se había equivocado de habitación y había interrumpido el ataque no hablaba bien el inglés y desconfiaba de la policía. Su descripción de la asesina había sido muy básica, y por eso Helen estaba presionando a Charlie para que se sacara un

as de la manga. Cualquier detalle que recordara podía darles la ventaja que necesitaban desesperadamente.

—Bueno, dejémoslo por ahora. Estás muy cansada —dijo Helen, disponiéndose a irse—. A lo mejor mañana, después de que hayas dormido, tenemos todo un poco más claro.

Estaba a punto de llegar a la puerta cuando Charlie dijo:

—Toma.

Helen se dio la vuelta y vio a Charlie entregándole la placa de policía.

—Tenías razón.

—¿A qué te refieres?

—No puedo hacer esto. Pensé que sí, pero no puedo.

—Charlie, no te apresures...

—Alguien ha muerto en mis brazos hoy —gritó Charlie, la voz quebrándosele a medida que hablaba—. Murió delante de mí, tuve que quitarme su sangre de la cara, del pelo. Tuve que lavarme su sangre...

Rompió a llorar, sollozos que le robaban el aliento. Negándose a mirar a Helen, se tapó la cara con las manos. Su placa yacía en la mesita auxiliar, donde la había dejado.

Así que esto era todo. Todo lo que Helen tenía que hacer era recogerla. A Charlie le darían el finiquito y así se acabaría todo. Helen había conseguido lo que quería.

Pero Helen supo inmediatamente que no la iba a coger. Había querido deshacerse de Charlie, pero ahora, a un paso de la victoria, se avergonzaba de su propio egoísmo y cobardía. ¿Qué derecho tenía ella de echar a Charlie, de relegarla a una vida de amargura y arrepentimiento? Se suponía que su trabajo era ayudar a la gente. Los salvaba, no los crucificaba.

—Lo siento, Charlie.

Los sollozos de Charlie se detuvieron por un instante, y después continuaron a un volumen más bajo. Helen se sentó a su lado.

—He sido una zorra. Y lo siento. Es..., es fallo mío, no tuyo... Todavía tengo a Marianne en mi piel, en mi sangre. No puedo quitármela de encima. Ni a Mark. Ni a ti. Ni aquel día. He estado gritando, escapando, esperando poder borrar los recuerdos si me alejaba de todo y de todos. Quería que te quedaras lejos. Lo que ha sido muy cruel y egoísta por mi parte. Lo siento mucho, Charlie.

Charlie la miró, las pestañas cubiertas de lágrimas.

—Sabía por lo que estabas pasando, pero no te ayudé. Más bien, te hundí cuando me necesitabas y eso es imperdonable. Pero me gustaría que me perdonaras si es que puedes. No tuvo nada que ver contigo.

Helen se detuvo un momento antes de continuar:

—Si quieres irte del cuerpo, formar una familia, hacer cosas nuevas, entonces no me interpondré en tu camino. Me aseguraré de que consigas lo que necesitas para comenzar de nuevo. Pero si cambias de idea, te quiero de vuelta..., necesito que

vuelvas.

Charlie ya había parado de llorar, pero se negaba a levantar la mirada.

—Estamos intentando atrapar a una asesina en serie, Charlie. Todavía no lo he dicho en voz alta, porque no quería que fuera verdad. No creía que pudiera suceder otra vez. Pero está pasando y no..., no puedo detenerla.

La voz de Helen se quebró solo un instante, antes de que recobrarla la compostura. Cuando volvió a hablar lo hizo en bajo pero con firmeza.

—No puedo pararla.

Helen se fue poco después, habiendo dicho demasiado y al mismo tiempo no lo suficiente. ¿Era demasiado tarde para salvar algo del incendio? Ya había perdido a Mark, sería una imbécil si también perdía a Charlie. Pero a lo mejor era demasiado poco y demasiado tarde. A lo mejor su destino era enfrentarse sola a esa asesina. No era una lucha que pensara que podía ganar, pero iba a pelear igualmente.

Por qué no lo había escondido? Su trabajo era esconder toda la mierda que el mundo les arrojaba y mantenerla a salvo de la tormenta. En vez de eso, y como Alison estaba ocupada jugando con Sally, no había oído el repiqueteo del buzón, no había oído el periódico cayendo a la alfombra. Era Jessica quien lo había recogido.

«Una fulana que te roba el corazón». Jessica dejó caer el periódico como si estuviera en llamas y corrió al piso de arriba. Para cuando llegó al pasillo, se sentía mareada, todo lo desagradable de la situación atravesándole la garganta. Empezó a tener arcadas y después se atragantó. Se dirigió al baño trastabillando, podía sentir cómo le subía el vómito. Se chocó contra la puerta y terminó devolviendo en la bañera, su estómago vaciándose una y otra vez. Finalmente terminó, pero ya no le quedaban fuerzas para nada y se acurrucó hecha un ovillo en la alfombrilla del baño.

Quería morir. Todo era espantoso. Ya había dejado de odiar a Christopher por su traición y su estupidez, y ahora ya solo le echaba de menos, le quería de vuelta. Eso era lo fácil; de lo otro no se podía desprender tan sencillamente. La violencia implícita en su muerte, el hecho de que no le pudieran enterrar por ahora, que su corazón..., su pobre corazón..., estuviera en una bolsa como prueba del crimen...

Jessica volvió a tener náuseas, pero ya no le quedaba dentro nada más, y allí se quedó, encallada en el suelo del baño.

¿Por qué era tan cruel el mundo? Había esperado ira e incompreensión por parte de su familia —y, por supuesto, eso era lo que había obtenido—, pero ¿y el resto de la gente? La policía le había aconsejado que no mirara su correo electrónico ni su Twitter, pero ¿cómo se podía vivir así? Ahora deseaba haber seguido sus consejos. Minutos después de que la historia saliera a la luz, los trols de internet habían comenzado a trabajar. Enviándole mails directamente a ella, escribiendo en foros, llenando el mundo de odio. Christopher merecía que le asesinaran. Jessica era una puta frígida que había enviado a su hombre a la muerte. Christopher era un perverso sidoso y ardería en el infierno. Su hija tenía sífilis y se quedaría ciega.

Los policías le habían dicho que estarían ahí apoyándola, que la protegerían, pero ¿a quién querían engañar? Ya no quedaba compasión en este mundo, no quedaba bondad. Solo eran buitres picoteándole las entrañas, alimentándose de su tristeza y su dolor.

Jessica siempre había sido una optimista, pero ahora se daba cuenta de lo inocente que había llegado a ser.

Un ruido procedente de la planta de abajo. Sally golpeando su xilófono. El sonido de una risa infantil, antes de que continuara con su melodía. Era como si su hija

estuviese en un universo paralelo, un sitio donde la felicidad y la inocencia todavía existiesen. Jessica quería cerrar la puerta de un empujón y meterse los dedos en los oídos, pero no lo hizo. Ese universo paralelo era todo lo que tenía por ahora y quizás fuese lo que la iba a salvar. En las horas más solitarias de la noche, Jessica había querido morir, pero ahora sabía con certeza que tenía que vivir. Tenía que tragarse su dolor y criar a Sally para que confiara en la gente y disfrutara del mundo.

Su vida se había acabado, pero la de Sally estaba empezando. Y eso tendría que ser lo que mantuviera a Jessica de pie, por ahora.

Christopher Reid yacía en la mesa de autopsias, sus ojos vidriosos contemplando las manchas del techo. Ninguna de las víctimas de la asesina se había ganado lo que les habían hecho, pero Helen no podía evitar pensar que Christopher se lo merecía menos que Matthews. Este era un hipócrita que disfrutaba dominando a las mujeres. Pero Reid solo era un tipo que echaba de menos el sexo. ¿Por qué no había hablado con su mujer? Podría haber redescubierto su intimidad, en lugar de tener que pagar por follar. ¿Veía a su esposa como una mojigata, o quizás demasiado inocente? Por la experiencia de Helen, las mujeres eran igual de imaginativas sexualmente que los hombres, si se les proporcionaba la oportunidad de expresarse. ¿Era un simple fallo de comunicación lo que había llevado a Christopher a sufrir una muerte horrible?

—Bueno, pues a este tipo le ha pasado lo mismo que al primero, pero hay diferencias —anunció Jim Grieves mientras se aproximaba a la camilla—. Le durmieron con cloroformo, empapado en un trapo. Los del laboratorio te podrán dar algún detalle más. No hay evidencia de que le ataran en este caso, ni de que le pusieran una capucha.

—Así que él se sentía cómodo en su presencia.

—Eso lo dices tú —contestó Grieves, encogiéndose de hombros—. Todo lo que te puedo contar es que la «cirugía» fue mucho más elaborada en este caso, así que quizás tu chica lo está haciendo cada vez mejor y no necesita tanta fuerza, ni para el ataque inicial ni para la mutilación.

Helen asintió.

—¿Causa de la muerte?

—Bueno, le dejó inconsciente en el coche, pero le mató en la zanja. Hay demasiada sangre como para que muriera en otro sitio. La causa fue una sola herida de cuchillo que le rebanó la arteria carótida.

—¿Solo una?

—Sí. No le dedicó más tiempo del que necesitaba. Le quitó el corazón de una manera bastante limpia, a pesar de que probablemente empezó a hacerlo mientras el otro todavía estaba agonizando.

Helen cerró los ojos; esa espantosa imagen se había enraizado en su cerebro y se negaba a irse. Esperaba que Jim siguiera hablando, pero se había quedado callado. Volvió a abrir los ojos y comprendió la razón de su silencio.

La superintendente Ceri Harwood se les había unido.

Grievés puso una excusa y se marchó; no le iban las mujeres de mal humor. Harwood estaba furiosa y Helen se preparó para una regañina.

—¿Has visto el periódico? —dijo Harwood, dejando el titular «Una fulana que te roba el corazón» a la vista en la mesa.

—Sí —se limitó a contestar Helen—. Lo he comprado de camino.

—He tenido que pedir refuerzos a la policía de West Sussex, nuestro departamento de prensa no da abasto para contener el interés que ha suscitado ese maldito titular. No solo los medios británicos: Francia, Holanda, incluso han llamado por teléfono desde Brasil. ¿Quién vigilaba a Angie? ¿Cómo es que Garanita la ha encontrado?

—La funcionaria al cargo habló con ella, pero no es la víctima de un crimen, y no podía justificar que un agente en activo se quedara con ella, no cuando están pasando tantas...

—¿Qué le dijiste a Garanita? Te cita textualmente.

—Nada fuera de lo normal. Le di lo básico y le prometí nuestra cooperación, como pediste.

—¿Le dijiste que estábamos buscando a una asesina en serie? ¿Utilizaste esas palabras?

—No.

—Bueno, pues Garanita sí las ha usado. Eso es todo de lo que la gente quiere hablar ahora. Una prostituta que mata a sus clientes. La venganza contra el Destripador. Y sigue y sigue.

—No es lo ideal. Pero es la verdad, superintendente.

Harwood miró a Helen con odio.

—¿Has descartado a Sandra McEwan como sospechosa?

—Sí.

—¿Y qué les podemos dar?

—¿A quiénes?

—No te hagas la tonta, Helen. A los medios. ¿Qué le podemos dar a la puta prensa?

—Bueno, tenemos una descripción parcial que podemos compartir con ellos. Y creo que podríamos solicitar a los posibles clientes que se abstuvieran de andar por las calles. Me gustaría...

—¿Y arriesgarnos a que se esconda?

—Esto va de salvar vidas, no tenemos otra opción. Ya hay tres hombres muertos.

—Así que no tenemos nada.

La ira de Harwood era bastante obvia.

—Bueno, tenemos muchas líneas de investigación abiertas, pero no creo que contárselo a la prensa nos fuera a ayudar en nada, y con el mayor de los respetos —

continuó Helen, tapando con la voz el intento de interrupción de Harwood—, no creo que nuestra agenda deba estar marcada por lo que digan los medios de comunicación.

—Crece de una vez, Helen —fue la seca respuesta de Harwood—. Y no te atrevas a decirme «con el mayor de los respetos» nunca más. Te puedo quitar del caso en este mismo instante.

—Excepto que no quedaría muy bien en los periódicos, ¿no? —contraatacó Helen—. Soy policía, no asesora de imagen. Sigo el rastro y atrapo a los asesinos. Los cazo. No puedes hacer eso si estás pendiente del protocolo, de los intermediarios o de la maldita política. Lo consigues gracias a una combinación de esfuerzo, inteligencia, riesgo y trabajo duro.

—¿Y esta conversación es una pérdida de tu valioso tiempo? —preguntó Harwood, retando a Helen a contestar de manera afirmativa.

—Me gustaría volver a mis tareas —fue todo lo que Helen le dijo.

Helen se fue poco después, abriendo gas de vuelta a la comisaría. Se maldijo por abrir otra brecha en la batalla, pero no le había quedado más remedio. Era difícil saber lo que sucedería después de eso. Lo único que estaba claro es que Harwood ya no era su aliada, sino su enemiga.

Por fin tenía algo. Tony había estado conduciendo durante horas, acomodándose a su nueva identidad de hombre de negocios solitario que andaba buscando sexo. Se había recorrido Bevois de cabo a rabo, pero las calles estaban extrañamente vacías. Aunque era martes por la noche —el día de pago de la nómina todavía quedaba lejos—, con todo, había esperado ver más ambiente.

Había intentado ir por Empress Road, pero estaba desierto. La presencia policial todavía estaba demasiado reciente como para estimular el comercio nocturno. Así que se había desviado un poco hacia el norte, a Portswood. Parecía prometedor, pero las chicas que asomaban la cabeza por las ventanillas del coche no encajaban con la descripción que tenía. Eran mulatas, o polacas, demasiado gordas, demasiado viejas, demasiado transexuales. El retrato robot de la asesina no era muy detallado, pero sí lo suficiente como para descartar a la mayoría de las chicas. Mientras las iba rechazando y alejándose con el coche, pudo oír una buena ración de insultos dirigidos a él.

Frustrado, volvió a bajar a los muelles. Estaba enfadado y al mismo tiempo aliviado por su falta de progresos. Quería encontrar a la chica, quería cerrar el caso, pero su corazón se desbocaba, sacando a la luz su miedo y su ansiedad. Suponía que sería capaz de enfrentarse a ella, pero ¿cómo podía estar tan seguro? Ella era metódica, cruel y violenta. ¿Y si le llevaba ventaja?

Tony intentó apartar la idea de su mente. Debía concentrarse en el trabajo que tenía entre manos. Se dirigió a los callejones cercanos a la parte oeste, buscando con los ojos algo que le interesara. Las chicas que trabajaban aquí estaban siempre ocupadas, dando servicio a un interminable reguero de hombres que se bajaban de los barcos o que trabajaban en los astilleros. Las prostitutas salían a la calle de vez en cuando, pero incluso desde la distancia pudo ver que ninguna de ellas se parecía a lo que andaba buscando.

Pero, de repente apareció ella. Recorría arriba y abajo la calle desierta y, cuando Tony se colocó a su lado, pudo ver que estaba nerviosa, angustiada. El instinto le dijo que pisara el acelerador, le gritó que se apartara de esa chica, pero el cerebro se adueñó de su voluntad y puso el coche en punto muerto.

—¿Te interesa? —le dijo, manteniendo la voz neutral.

La chica se sobresaltó, asustada, como si no hubiera oído al coche aproximarse. Llevaba unas mallas negras, que resaltaban sus piernas largas y musculosas. Iba abrigada con una parka militar que no era de su talla y que no armonizaba con el resto del conjunto. ¿La habría robado? Su cara era muy atractiva: ojos castaño oscuro, nariz recta y labios carnosos. Recuperó la compostura y le examinó cuidadosamente

—haciendo cálculos mentales—, y después se le empezó a acercar.

—¿Qué buscas? —dijo.

—Compañía.

—¿Qué tipo de compañía?

—Lo normal.

—¿Una hora o toda la noche?

—Una hora, por favor.

Tony se maldijo en silencio. ¿Qué clase de putero dice «por favor»?

La chica entrecerró los ojos, tratando de averiguar si era tan novato como parecía.

—Cincuenta libras.

Tony asintió, y sin más preámbulos la chica abrió la puerta y se metió dentro del coche. Él puso la primera y retomó la marcha.

—Me llamo Samantha —dijo ella, de repente.

—Peter —contestó Tony.

—¿Ese es tu nombre de verdad, Peter? —respondió ella.

—No.

La chica se rio.

—Estás casado, ¿no? —quiso saber.

—Sí.

—Eso pensaba.

La conversación se había acabado. Ella le dijo por dónde ir y el coche se desvaneció en la oscuridad de la noche.

Cuando Helen llegó, la oficina estaba a reventar de gente. Solo eran las seis y media de la mañana, pero había pedido específicamente que empezaran pronto y su equipo no la decepcionó. Mientras se apelotonaban en el despacho, Helen se sorprendió al ver a Charlie entre los presentes. Las dos mujeres se miraron a los ojos: un breve diálogo. Charlie había tomado una decisión. ¿Cuánto le habría costado?, se preguntó Helen.

—Bueno, tenemos una cosa muy clara —empezó Helen—. Se trata de exponerles. La asesina quiere avergonzar a sus víctimas, quiere que el público les ridiculice, que exprese su repugnancia hacia ellos. Quitándoles el corazón y mandándoselo a su casa, en el caso de Alan Matthews, o a su lugar de trabajo, en el caso de Christopher Reid, se asegura de que va a haber escándalo. Con los titulares del último *Evening News* podemos dar por sentado que la asesina ha conseguido lo que quería. Las vidas privadas de sus víctimas van a ser examinadas hasta el mínimo de los detalles. Ya han empezado con Alan Matthews: es un diácono de la Iglesia baptista con una desagradable predilección por el sexo, y están haciendo lo mismo con Christopher Reid: los secretos ocultos de un padre de familia normal, y ese tipo de cosas. Así que esto va de exhibirles. Es un asunto personal.

—Entonces, ¿ya les conocía de antes? —preguntó Fortune.

—Posiblemente, aunque no tenemos pruebas de que hubieran solicitado antes sus servicios. Dicho esto, Grounds y su equipo han encontrado algo interesante. ¿Andrew?

—Hemos descubierto un vínculo concreto entre las dos víctimas —anunció Grounds—. Los dos frecuentaban un foro digital llamado InfoZorras.

Hizo una mueca al pronunciarlo, y después siguió hablando.

—Es básicamente un foro donde los hombres que se han ido de putas en la misma localidad comparten sus experiencias. Hablan de dónde encontrar cierto tipo de chicas, sus nombres, lo que cobran. Puntúan el tamaño de sus pechos, su destreza, lo estrecho de sus... vaginas, y bueno, más cosas.

Grounds parecía aliviado por haber terminado con la descripción. Estaba casado y tenía tres hijos, y no se sentía muy cómodo contando estos detalles en voz alta a sus compañeras, más jóvenes que él.

—Matthews contribuía al foro utilizando el alias «BigMan». Reid no había escrito sus experiencias, pero sí había hablado con otros hombres en el foro, usando el nombre «BadBoy». El foro es bastante antiguo y todavía lo estamos repasando, pero parece que los otros participantes acababan de analizar a una chica nueva que te

dejaba hacer «lo que quisieras».

Grounds miró a su alrededor, todas esas caras de desánimo. Era una buena pista, pero también te dejaba un regusto muy amargo en cuanto a los seres humanos. Notando un bajón en la moral del equipo, Helen cambió de enfoque.

—También hemos descubierto algo gracias a la escena del crimen. La sangre que extrajimos de las ropas de Charlie —todas las miradas se dirigieron a ella— era de la tercera víctima. La información que había en su cartera nos indica que su nombre es Gareth Hill. Lo estamos comprobando antes de ponernos en contacto con su familia y lo confirmaré tan pronto como me sea posible. Así que la sangre no nos ha sido de ayuda, pero se han recogido muestras de lo que creemos que es el ADN de la asesina. Los forenses las analizaron ayer por la noche.

Un zumbido de expectación recorrió el despacho.

—No concuerda con nada que tengamos en la base de datos, pero es la primera prueba concreta que hemos conseguido y podría ser crucial para lograr una detención. Lo que es más importante, nos cuenta algo sobre esta chica. El ADN se encontró en la saliva que había sobre el rostro de la víctima. Fue depositada en finas capas, una encima de otra. Así que no es que le escupiera a propósito o que se le escapara un poco mientras trabajaba en el cuerpo. Las marcas nos sugieren que ella le estaba hablando, o más bien gritando, dada la cantidad de saliva y el dibujo que formó. ¿Le estaba insultando mientras le mataba? ¿Dejándole saber lo que pensaba de él? Posiblemente. No se encontró saliva en las dos primeras víctimas, ¿qué nos indica eso?

—¿Que en los otros asesinatos tenía más prisa? ¿Que tuvo menos tiempo para disfrutarlo? —contribuyó Charlie.

—Sí. O que desinfectó a los otros dos hombres. Hay rastro de un limpiador facial a base de alcohol en sus caras. No estamos seguros de si era algo que usaban los dos como parte de su higiene diaria o lo que ella utilizó para destruir su rastro. Si es lo último, nos dice que nuestra asesina es muy astuta y que alberga un odio muy grande hacia las víctimas.

Un aire de decisión parecía estar apoderándose del equipo, por fin parecían estar llegando a alguna parte. Helen se aprovechó de esa energía.

—Seguiremos todas esas líneas abiertas de investigación, pero también quiero que pensemos en paralelo. Si odia a esos hombres y quiere que se haga público, probablemente quiera disfrutar de su triunfo. He pedido refuerzos para custodiar a las familias de las víctimas en el caso de que ella se presente por allí. Quiero vigilancia en los funerales, en sus casas, en sus lugares de trabajo. Le he pedido a Fortune que se encargue de esto por ahora. Otra cosa, algunos habréis notado la ausencia del sargento Bridges. Se está encargando de un trabajo como infiltrado para este caso, yo lo coordino y por ahora es todo lo que necesitáis saber. Si se convierte en algo relevante para la investigación, se os informará de ello. Pero por ahora es como si no existiera. La agente Brooks le sustituirá temporalmente.

Una vez más todas las miradas se dirigieron hacia Charlie, a quien Helen acababa de ascender, aunque fuese solo por un tiempo. ¿Apoyaría la gente esta decisión o se la echarían en cara? Charlie mantuvo los ojos al frente.

—Por último, vamos a poner un poco nerviosa a la asesina. Ya estará inquieta porque hemos estado a punto de atraparla, así que quiero apretarle un poco las clavijas. Voy a decirles a los medios de comunicación que tenemos su ADN, y que es cuestión de tiempo que la identifiquemos. Quiero que se enfade, quiero que sea más descuidada.

Helen hizo una pausa antes de concluir:

—Es hora de plantar cara al enemigo.

El Caffè Nero estaba a rebosar de gente, lo que era la razón principal de que Helen lo hubiera escogido. Se encontraba en la calle principal de Shirley, un buen barrio de las afueras. A muchos kilómetros de los mugrientos burdeles y las calles mal iluminadas por las que se movían las prostitutas de Southampton.

Helen se alegró al ver que Tony ya había llegado y la estaba esperando, sentado en el reservado del fondo, tal y como habían acordado.

—¿Qué tal estás, Tony?

Parecía cansado, pero extrañamente alegre.

—Estoy bien. La verdad es que estoy... bien.

—Perfecto. Pues este será el sitio que utilicemos para que me informes. Nos pondremos de acuerdo mediante mensajes de texto, y solo nos encontraremos aquí. Lo primero que te voy a decir es que si en algún momento piensas que esto no funciona o crees que seguir esta línea de investigación va a poner tu vida en peligro, me llamas y te sacamos de esto de inmediato. Mi prioridad número uno es que estés a salvo.

—Me sé las costumbres, jefa, y no hay necesidad de tomárselo tan en serio. Estoy bien. Ayer por la noche estaba cagado, pero todo salió bien. De hecho, creo que puedo tener algo.

—Cuéntame.

—Bueno, al principio no tuve mucha suerte. Callejeé por Bevois, Portswood, Merry Oak, pero no había nada, así que me dirigí a los muelles y allí hablé con una chica. Samantha. Veintipocos, pero lleva mucho tiempo en la calle.

Toda la atención de Helen estaba centrada en él.

—Fuimos a un hotel que ella conocía. Le dije que me gustaba mirar, así que dejé que hiciera lo que tenía que hacer y después me puse a hablar con ella, mientras la llevaba de vuelta. Al principio desconfiaba un poco, pero claro que había oído los rumores acerca de una chica que mataba a sus clientes. No sabía nada que nos pudiera ser útil, pero hay otra chica que de vez en cuando baja a los muelles a trabajar y ha estado contando cosas. Diciendo que ella había visto a la chica. Al parecer tiene una orden de captura por un par de cosas, así que no va a venir a nosotros, pero si consigo hablar con ella...

El corazón de Helen latía con fuerza, pero consiguió controlar su emoción.

—De acuerdo, sigue la pista. Pero ten cuidado, Tony. Podría ser una trampa. No sabemos si la gente se va a aprovechar de la situación. Aunque... tiene buena pinta.

Helen no pudo contener la sonrisa, y Tony se la devolvió.

—En cualquier caso, ve a casa y duerme un poco. Te lo has ganado.

—Gracias, jefa.

—¿Qué tal está Nicola, por cierto?

—Muy bien. Poco a poco.

Helen asintió. Tony le caía bien, y le respetaba por cuidar pacientemente de su mujer. Debía de ser duro vivir una vida que no querías, cuando todo lo que habías planeado te había sido arrebatado bruscamente. Era un buen hombre, esperaba que ambos consiguieran estar bien.

Alejándose de la cafetería, Helen se sintió satisfecha. El camino que seguían era muy peligroso, pero Helen intuía que por fin se estaban acercando a la asesina.

Charlie escogió un coche policial sin identificación y salió por el garaje posterior, ansiosa por acabar cuanto antes. Jennifer Lees, la asesora de familias que le habían asignado como acompañante, sería la que tomara las riendas, pero seguía siendo Charlie la que tendría que hacer las preguntas difíciles. Normalmente era Helen la primera que entrevistaba a la familia de la víctima, pero ella había desaparecido en un asunto confidencial y había dejado que Charlie cargara con la responsabilidad.

Aparcaron enfrente de una casa adosada y deslucida en Swaythling. Este era el hogar que Gareth Hill compartía con su madre. «Compartía», en pasado, puesto que su cuerpo mutilado yacía en una camilla en el depósito de cadáveres. No podían identificarle formalmente hasta que alguien de su familia lo reconociera, pero estaban seguros de que habían acertado. Había cumplido un par de condenas por hurto en tiendas, ebriedad en sitios públicos y hasta un patético intento de exhibicionismo, así que ya tenían su fotografía en la base de datos. Una vez que siguieran el protocolo, el archivo se guardaría en «Fallecidos» y lo mandarían a la oficina para examinarlo.

Una mujer gorda, de más de setenta años, abrió la puerta. Tenía los tobillos hinchados, el estómago sobresalía generosamente y los carrillos le colgaban a ambos lados de la cara. Debajo de toda esa carne brillaban un par de ojillos que miraban a Charlie con ira.

—Si estáis vendiendo algo, ya os podéis ir a la...

Charlie alzó la placa policial.

—Se trata de Gareth. ¿Podemos entrar?

Toda la casa apestaba a gatos. Parecían estar por todas partes y, como si olieran el peligro, se arremolinaron en torno a su dueña, intentando conseguir su atención. La anciana acarició al más grande —un gato canela que se llamaba Harvey— mientras Charlie y Jennifer le daban la noticia.

—Pequeño cabroncete.

Jennifer miró a Charlie; la inesperada respuesta la había dejado sin palabras.

—¿Entiende lo que le acabamos de decir, señora Hill? —preguntó Charlie.

—Señorita Hill. Nunca me he casado.

Charlie asintió con empatía.

—Gareth ha sido asesinado y...

—Eso es lo que has dicho. ¿Qué hizo? ¿Escaparse sin pagar?

Su tono de voz era difícil de descifrar. Parecía estar enfadada, pero también había un rastro de congoja. Llevaba puesta una coraza, que se había ido haciendo más dura tras años de penalidades, y era impenetrable.

—Todavía estamos investigando las circunstancias en las que se produjo, pero no creemos que fuera él quien provocara el ataque.

—Claro que sí. Si te revuelcas en el barro...

—¿Dónde dijo Gareth que iba a estar anoche? —la interrumpió Charlie.

—Dijo que iba a ir al cine. Acababa de cobrar la pensión, así que... pensé que habría vuelto después de que me durmiera. Creía que el muy vago todavía estaba en la cama...

Finalmente, su voz se quebró, como si acabara de asimilar la realidad de la muerte de su hijo. Cuando se derrumbaran sus defensas, lo harían a lo grande, así que Charlie siguió con la conversación un poco más, y después pidió permiso para subir a la planta de arriba. Ya había averiguado todo lo que podía y quería estar lejos de la congoja de esa mujer. Charlie sabía que era una debilidad dejar que la pena de otra persona le recordara su propio sentimiento de pérdida, pero no podía evitarlo.

Entró en el dormitorio de Gareth e intentó aclarar su mente. Era todo un espectáculo. Había envoltorios de comida por todo el suelo, haciendo compañía a los pañuelos de papel usados, unas revistas viejas y la ropa sucia. El lugar olía a mugre, como si alguien se hubiera limitado a existir, más que a vivir allí. El aire estaba viciado. Rancio y vacío.

Gareth no era un hombre atractivo y tampoco habría podido traer chicas a ese sitio. El desorden ya era algo bastante desagradable, pero, además no habría tenido cojones de pasear a una chica frente a su madre, suponiendo que hubiera podido convencer a alguna para que fuera a su casa, en primer lugar. Charlie creía que no. Sus informes de libertad condicional sugerían algún tipo de discapacidad y que tenía una autoestima muy baja. La vida que llevaba en su casa parecía confirmarlo. Esa era una casa que atrapaba a la gente dentro, no la protegía.

Entre toda la basura, lo único de valor era el ordenador. Se erguía orgulloso y solo en la mesa barata. Su cubierta de aluminio y su logo conocido parecían nuevos, como si fuera un talismán que mantener limpio y a salvo mientras todo a su alrededor se pudría. No cabía duda de que ese tesoro era el pasaporte de Gareth a una vida fuera de allí, y Charlie estaba segura de que la clave de su muerte residía en su interior.

En el Bull and Last hacían el mejor bocadillo de carne de todo Southampton. Además era un sitio desconocido para la mayoría de los policías, una cafetería frecuentada por madres pijas y hombres de negocios, así que era uno de los lugares favoritos de Helen cuando necesitaba algo de tiempo para ella misma. Después de quedar con Tony, se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba. Apenas había comido en los últimos días, sobreviviendo a base de café y tabaco, y ahora necesitaba algo de gasolina. Al morder el grueso bocadillo, Helen se sintió mejor de inmediato, con todas esas proteínas y carbohidratos dándole lo que necesitaba.

Tenía que borrar el caso de su mente unos pocos minutos. Cuando te metes en una investigación de ese calibre, te obsesionas por completo. Ocupa tu cerebro día y noche. Cuanto más tardas en resolverlo, más fácil es quedarte cegado, perder el sentido de la perspectiva y tan solo centrarte en el túnel. Lo saludable era ir a algún sitio como ese y contemplar a la gente, elucubrando acerca de la vida amorosa de esas mujeres pijas que disfrutaban flirteando con los atractivos camareros.

Alguien se había olvidado un periódico local en una de las mesas. Helen se había resistido al impulso de cogerlo, y aun cuando la curiosidad la venció, intentó pasar rápidamente las primeras hojas. Estaban llenas de artículos sobre los recientes asesinatos, proclamando que la policía ya tenía el ADN de la asesina, pero Helen no se entretuvo. Le gustaba examinar la prensa local para leer los anuncios, los sucesos del barrio, los horóscopos y todas las demás tonterías que metían para rellenar.

Pasó una página, otra, otra, y de repente Helen se detuvo. Miró a su alrededor y sus ojos se volvieron a posar en el periódico, esperando habérselo imaginado. Pero ahí estaba. La foto de una casa. La misma casa que ella había visto atracar a Robert y su amigo Davey hacía dos días.

Y el titular que les condenaba: «Un jubilado lucha por su vida después de sorprender a una banda de ladrones».

Se dirigió a Aldershot a toda prisa, guiada por el instinto y la ansiedad. El resto de la noticia había sido desagradable de leer: un profesor jubilado de setenta y nueve años que se había encontrado con unos intrusos en su casa y a quien habían apaleado salvajemente. Tenía el cráneo roto y estaba en el hospital de Southampton, en un coma inducido. Se encontraba en estado crítico y no sabían si iba a sobrevivir.

Se había arriesgado dirigiéndose directamente a la casa de Robert, con una excusa preparada acerca de un atraco a uno de sus compañeros del supermercado, pero no

había nadie. Así que recorrió la ruta del Red Lion, la Railway Tavern y las otras tascas de Aldershot. Visitó todas las licorerías favoritas de los chicos antes de tener suerte en los recreativos. Estaban jugando a las tragaperras, gastándose las ganancias de su último crimen, no cabía duda.

Después de un rato perdieron el interés y se marcharon, despidiéndose mediante puñetazos de broma. Helen siguió a Robert con cautela, esperando el momento idóneo para acercarse a él. Las calles estaban llenas de gente que iba de compras, pero, cuando Robert atajó por el parque, Helen aprovechó la oportunidad.

—¿Robert Stonehill?

Se dio la vuelta, la desconfianza escrita en su rostro.

—Soy agente de policía —dijo, enseñándole la placa—. ¿Podemos hablar un momento?

Pero ya se había girado para marcharse.

—Es acerca de Peter Thomas. El hombre al que Davey y tú disteis una paliza hasta casi matarlo.

Se detuvo.

—Y no te creas que puedes escapar. He atrapado a tipos que eran mucho más rápidos que tú, créeme.

—No estoy aquí para arrestarte, pero quiero que me digas la verdad.

Estaban sentados en un banco del parque.

—Quiero que me cuentes lo que sucedió.

Un largo silencio mientras Robert pensaba qué decir, y después:

—Fue idea de Davey. Siempre son las putas ideas de Davey.

Parecía amargado y deprimido.

—El viejo fue uno de sus profesores. Se suponía que estaba forrado.

—¿Y Davey pensó que sería un golpe fácil?

Robert se encogió de hombros.

—Davey dijo que no iba a estar. Siempre sale los jueves por la noche. Juega a las cartas en el Green Man. Dijo que en veinte minutos ya estábamos fuera.

—Pero...

—Pero el viejo entró en casa. Y llevaba un atizador gigante en la mano.

—¿Y?

Robert dudó.

—Y escapamos. Nos fuimos corriendo hacia la ventana, pero el viejo nos persiguió. Me dio un buen golpe en la pierna.

Robert se bajó la cintura de los pantalones para enseñarle un hematoma muy grande en la cadera.

—Después de eso, Davey se enfrentó a él. Le dio puñetazos, patadas, de todo.

—¿Y tú te quedaste ahí? —preguntó Helen, incrédula.

—Le di una patada, y eso, pero fue Davey quien... le pisoteó la cabeza, joder. Yo fui quien le apartó de allí. Él le habría matado.

—Puede que lo haya hecho. Está en coma, Robert.

—Lo sé. He leído las noticias, ¿vale?

Lo había dicho de manera desafiante, pero Helen podía ver que estaba muy angustiado y que tenía miedo.

—¿Ha venido la policía a hablar contigo? ¿O con Davey?

—No —dijo, confundido—. ¿Me vas a arrestar?

La pregunta del millón. Por supuesto, tenía que arrestarles, tanto a Davey como a él.

—No lo sé, Robert. Me lo estoy pensando, pero... veamos qué sucede con el señor Thomas. Es posible que se recupere...

Sonaba a excusa y Helen era consciente de ello.

—Y sé que en tu caso hay circunstancias atenuantes, así que... te voy a dar una segunda oportunidad.

Robert se quedó perplejo, lo que hizo que Helen se sintiera patética y que tuviera la certeza de que se estaba equivocando.

—Eres un chaval decente, Robert. Eres listo y, si te aferras a algo que merezca la pena, puedes terminar llevando una buena vida. Pero estás yendo por mal camino y te estás juntando con la gente equivocada, y como sigas así terminarás en la cárcel. Así que te propongo un trato. Dejarás de quedar con Davey y sus colegas. Trabajarás duro y buscarás oportunidades de mejorar tu vida. Intentarás llevar una vida honesta. Si haces todo eso, entonces pasaré por alto lo anterior. Si la jodes, entonces te meto en la cárcel, ¿de acuerdo?

Robert asintió, confuso pero aliviado.

—Voy a tomarme un interés personal en ti. Y quiero que me pruebes que eres digno de mi confianza. Si piensas que vas a caer en la tentación o que te vas a meter en un lío, quiero que me llames.

Escribió su número de teléfono en una de sus tarjetas de la policía.

—Esto es una segunda oportunidad. No la jodas, Robert.

Cogió la tarjeta y la miró. Cuando alzó los ojos, Helen pudo ver la gratitud y el alivio reflejados en su cara.

—¿Por qué? ¿Por qué haces esto por mí?

Helen dudó un momento, antes de contestar:

—Porque todo el mundo necesita a su ángel de la guarda.

Helen se fue del parque a paso rápido. Ahora que ya había pasado, solo quería alejarse. Se había arriesgado mucho yendo allí, y ponerse en contacto con Robert era algo que se había prometido a sí misma no hacer nunca. Había cruzado la línea. Y a pesar de eso, a pesar de todo lo que le podría suceder, no se arrepentía. Mientras

hubiera una oportunidad de salvar a Robert, merecía la pena.

Jessica Reid caminó por la calle, las lágrimas asomándole a los ojos. Tragó saliva con fuerza para detener los sollozos. No les iba a dar a esas mujeres la satisfacción de ponerse a llorar delante de ellas.

Se había pensado mucho si llevar a Sally a la guardería o no. Su primer impulso había sido no volver allí, esconderse de todo el mundo, pero a Sally le gustaba, así que Jessica se había armado de valor y la había llevado. Sally necesitaba estabilidad, lo mejor para ella era seguir con la rutina diaria.

Tan pronto como llegó se dio cuenta de que había cometido un error. Sally se fue corriendo a jugar, pero nadie le estaba prestando atención a ella. Todas las miradas estaban fijas en Jessica. Hubo unas cuantas sonrisas de apoyo, pero nadie se le acercó. Estaba claro que nadie sabía qué decir a la esposa engañada, a la estúpida.

Mientras se alejaba, podía oír cómo comenzaban los chismorreos. Solo podía imaginar qué dirían. El morbo, la especulación. ¿Lo sabía ella? ¿Lo había permitido? ¿Se habría contagiado de alguna enfermedad por culpa de su marido?

Era tan injusto. Ella no había hecho nada malo. Sally tampoco había hecho nada. Pero eran ellas las que habían quedado marcadas, como si hubieran sido cómplices de su comportamiento. ¿Cómo podía haber sido tan imbécil? Le había entregado su corazón a Christopher y había confiado en él, incluso a pesar de la pelea sobre pornografía. Pensó que él había pasado página, pero estaba visto que no. En vez de eso, había mentido, y mentido, y vuelto a mentir. ¿Por qué no había hablado con ella? ¿Por qué había sido tan egoísta?

Estaba de vuelta en su casa, aunque no recordaba cómo había llegado hasta allí. Sin dudar, se dirigió a la planta de arriba. Abrió los cajones de la cómoda, cogió unas cuantas cosas de Christopher y las tiró por la ventana para que cayeran al jardín. Una brazada, y otra, y otra. Limpiando la casa de su presencia.

Cogió el líquido para encendedores y las cerillas de un cajón de la cocina y salió por la puerta. Lo vació por entero en el montón que se había formado y arrojó una cerilla encendida a la pila. Después observó cómo ardían sus ropas, todo lo que ella le había comprado.

Foto, foto, foto. Desde la furgoneta aparcada al otro lado de la calle, los policías vestidos de paisano grabaron cada instante de su desesperación, antes de llamar a la comisaría.

Fortune fue quien cogió el recado, y después les colgó. El espectáculo iba a comenzar

y no quería perderse ni un solo minuto. Les había dado lo aburrido a sus compañeros —nadie creía que la observación de Jessica Reid fuera a dar algún resultado—. El bombón era el funeral de los Matthews, que estaba a punto de empezar.

Lloyd Fortune se estiró, bostezó, y volvió a colocarse en posición. A esperar y a observar. Esa era la rutina en las operaciones de vigilancia. Mirando la carretera, Lloyd vio que la familia Matthews abandonaba la casa. Había mucha gente apoyándola en el trance —la familia lejana, los amigos de la Iglesia—, tanta gente que habían alquilado cuatro coches para ir al funeral. Lloyd buscó entre las cabezas para distinguir a la familia Matthews entre tantos allegados. Divisó a la mayor de las hijas ayudando a su abuela a meterse en el primer coche. Al igual que todos los demás, estaba pálida por el shock que había sufrido, aunque ya habían pasado tres días.

Lloyd volvió a vigilar la calle. ¿Estaría la asesina por ahí? ¿Observándolo? ¿Disfrutando de su éxito? Hizo una foto, otra, otra, registrando cada persona que pasaba, cada coche aparcado en la calle. Estaba emocionado ante la idea de ver a la asesina en carne y hueso y sintió que el pulso se le aceleraba.

El primer coche ya se estaba poniendo en marcha. Y el segundo. Lloyd indicó a Jack que arrancara. El coche emitió un zumbido sordo. Esperaron pacientemente —Eileen y los gemelos se habían montado en el último coche— y llegó su turno. Saliendo de donde habían aparcado, siguieron la caravana del luto hasta su destino, la Iglesia baptista de Saint Stephen.

Dudó un momento antes de teclear. ¿Cómo empezar una cosa así?

- Hola, Melissa. Una amiga en común...

No, eso no iba bien.

- Hola, Melissa. Me llamo Paul y me gustaría conocerte.

Mejor. Tony se recostó en la silla, un poco sorprendido por el esfuerzo que le había costado. Satisfecho de haber puesto las cosas en marcha, se dispuso a apagar el ordenador. Pero, cuando fue a hacerlo, saltó una respuesta.

- Hola, Paul. ¿Cuándo te gustaría que nos viéramos?

Tony se lo pensó y escribió una respuesta.

- ¿Esta noche?
- ¿A qué hora?

No contaba con que todo fuera a ir tan rápido. Sin embargo, tenía que hacerlo.

- ¿A las diez?
- Recógeme en la esquina de Drayton y Fenner. Llevaré un abrigo verde. ¿Qué coche tienes?
- Un Vauxhall.
- ¿Color?
- Plateado.
- ¿Buscas compañía? ¿O algo en especial?
- Compañía.
- ¿Cuánto tiempo?
- ¿Un par de horas?
- 150 libras las dos horas.
- Vale.
- En metálico.
- Claro.
- Nos vemos, Paul.
- Nos vemos, Melissa.
- Besos.

Final de la conversación. Tony se encontró a sí mismo sonriendo. Estaba en su puñetera cocina. Mandándose mensajitos con prostitutas. Tampoco era el tipo de cosas que se pudieran hacer en un cibercafé, así que...

Tony apagó el ordenador. La madre de Nicola llegaría en breve y no necesitaba más motivos para desconfiar de él. Lo mejor era irse a dormir un poco.

A Tony le esperaba una gran noche por delante.

Charlie estaba metida de lleno en el tema cuando Helen entró en la oficina. El equipo había dejado lo que estaba haciendo para escuchar los últimos descubrimientos.

—Hemos estado mirando el ordenador de Gareth Hill. Parece que era su única ventana al mundo, lo utilizaba muchísimo. Y una de sus páginas favoritas era el foro de InfoZorras.

Todo el mundo le prestaba atención.

—Este sitio que evalúa prostitutas también fue visitado por Alan Matthews y Christopher Reid; utilizaban los seudónimos «BigMan» y «BadBoy». El alias de Gareth Hill era «Blade». Entablaban conversaciones extremadamente gráficas con otros hombres acerca de las prostitutas de Southampton. Estaban particularmente interesados en chicas que se dejaran denigrar y que practicasen sexo violento, y recibieron algunos consejos de otros clientes, específicamente de «Dangerman», «HappyGoLucky», «Hammer», «PussyKing», «fillyerboots» y «BlackArrow». Hablaban acerca de muchas chicas, pero la que mencionan una y otra vez es una prostituta que se llama Angel.

Helen sintió un escalofrío. ¿Podría ser la asesina?

—Lo interesante —continuó Charlie— es que Angel no pone anuncios, no tiene una página web, está totalmente desconectada. Consigue a sus clientes por el boca a boca, los que tiene ahora les dicen a los otros hombres dónde encontrarla. Es huidiza y, por supuesto, muy cara, pero está dispuesta a hacer cualquier cosa si considera que el dinero es suficiente.

—¿Así que es difícil de encontrar y todos guardan el secreto? —preguntó Helen.

—Exacto.

—Buen trabajo, Charlie. Nuestra máxima prioridad es encontrar a todos los que participan en el foro. Concentrémonos en los que han utilizado los servicios de Angel y que hayan podido charlar con Matthews, Reid y Hill. Estos hombres nos pueden llevar hasta Angel, así que démonos prisa. Voy a comprobar los puestos de vigilancia, pero quiero que me mantengáis al tanto. La sargento Brooks dirigirá las cosas en mi ausencia.

Cuando Helen se fue, Charlie empezó a organizar al equipo. Le había costado mucho volver al trabajo, pero a lo mejor, después de todo, había sido lo correcto. «La sargento Brooks», le gustaba cómo había sonado, y en ese momento supo que quería estar allí.

Helen se paró en seco en el momento en el que la vio. La ira la quemaba por dentro al observar a Emilia Garanita apoyándose en su Kawasaki, aparcada frente a la comisaría.

—Estás en un área restringida y obstaculizando la labor de la policía, Emilia, así que apártate, si no te importa.

Se lo dijo con frialdad, pero educadamente. Emilia sonrió —la misma sonrisa del gato de Cheshire— y se apartó lentamente de la moto.

—He intentado llamarte, Helen, pero no contestas. He hablado con varios de mis amigos policías, incluso he tenido una breve charla con tu jefa, pero nadie sabe lo que está ocurriendo. ¿Te estás cerrando en banda otra vez?

—No sé a qué te refieres. Te dije lo del ADN, y muchas más cosas.

—Pero esa no es toda la historia, ¿verdad, Helen? Harwood es de mi misma opinión. Está pasando algo y quiero saber lo que es.

—¿Quieres saber lo que es? —replicó Helen despacio y con sarcasmo.

—No me digas que te has olvidado de nuestro pequeño acuerdo. Te dije que quería acceso exclusivo a esta historia, y lo sigo manteniendo.

—Te estás volviendo un poco paranoica, Emilia. Cuando tengamos algo, te lo haré saber, ¿vale?

Fue a montarse en la moto, pero Emilia la agarró del brazo.

—No, no vale.

Helen la miró como si se hubiera vuelto loca. ¿De verdad quería que la acusaran de agresión a una agente de policía?

—No me gusta que me mientan. No me gusta que me desprecien. Y menos que lo haga una degenerada como tú.

Helen se la quitó de encima con facilidad, pero estaba alterada. Había verdadera ponzoña en su voz, y una confianza que antes no existía.

—Quiero saber, Helen. Quiero saberlo todo. Y me lo vas a contar.

—¿O?

—O saco a la luz tu pequeño secreto.

—Creo que la gente ya sabe lo suficiente sobre mí. No vas a vender más periódicos sacando otra vez mi pasado a relucir.

—Pero no saben lo de Jake, ¿verdad?

Helen se quedó rígida.

—Veo que no niegas que le conoces. Bueno, pues he hablado con él y, después de convencerle, me lo ha contado todo. Que te pega a cambio de dinero. No sé qué pasa

con algunas mujeres, que tienen que dejar que el hombre lleve la batuta.

Helen no dijo nada. ¿Cómo coño sabía eso? ¿Era verdad que Jake había hablado con ella?

—Este es el trato, Helen. Tú me lo cuentas todo, me prometes acceso exclusivo. Quiero ir un paso por delante de los medios nacionales, y si no... todo el mundo sabrá que la heroína Helen Grace es una sucia perversa. ¿Crees que a Harwood le gustaría oír eso?

Sus palabras se quedaron flotando en el aire a medida que Emilia se alejaba. Helen supo por instinto que no se estaba echando un farol y que, por primera vez, la tenía atrapada. Emilia sostenía la espada de Damocles por encima de la cabeza de Helen, y nada le complacería más que dejarla caer.

La iglesia baptista de Saint Stephen se alzaba frente a ella, gris y austera en medio de la lluvia. Se suponía que las iglesias eran lugares para refugiarse, cálidos y acogedores, pero a Helen siempre le parecían espacios deprimentes y fríos. Siempre había sentido que en esos sitios la juzgaban y no salía bien parada.

Su cerebro todavía estaba dándole vueltas a la conversación que había mantenido con Emilia, pero la apartó de su mente para poder concentrarse en lo que se traía entre manos. Se había distraído demasiado y, como resultado, había llegado tarde — solo había dispuesto de cinco minutos para hablar con Fortune antes de correr hacia la iglesia— y ya podía oír la música del órgano saliendo del interior. Entró sin hacer ruido en el edificio y se sentó en una de las filas del fondo. Desde ahí podía ver a todos los que asistían. Era muy frecuente que los asesinos fueran a los funerales de sus víctimas; en particular los asesinos en serie parecían disfrutar con el sentimiento de poder que les inspiraba el ver enterrar el cuerpo, al cura entonando un salmo, a la gente de luto abrazándose los unos a los otros. Helen examinó las caras de las mujeres. ¿Estaba la asesina sentada en un rincón de la iglesia?

El servicio religioso seguía su curso, pero Helen no prestaba atención a las palabras. Siempre había disfrutado del estilo recargado de la Biblia, le gustaba que su adornada fraseología le resbalara por encima, pero en lo que se refería al contenido, los términos podrían haberse quedado en el griego original. Los sermones parecían conjurar un mundo que le resultaba de lo más extraño, un universo divino y preordenado en el que todo sucedía por alguna razón y en el que el Bien prevalecería. Entrañaba un nivel de tranquilidad al que Helen nunca podría llegar; la violencia fortuita y la locura de su mundo no parecían encajar en el acogedor cajón de sastre que simbolizaba la religión.

Y, con todo, no podía negar que la Iglesia y sus enseñanzas eran para muchas personas un consuelo. Estaba quedando muy claro en ese mismo momento. En la parte delantera, Eileen Matthews estaba rodeada por sus compañeros de fe, literalmente apoyada por su familia y sus amigos. La imposición de manos se practicaba para crear un sentimiento religioso en quienes la recibían, pero también para mantener de pie a los débiles y a los vulnerables, y así lo estaban haciendo. Mientras los cánticos se volvían más altos y el fervor crecía, Eileen empezó a balbucear. Al principio en voz baja, después con más fuerza, unos chapurreos extraños saliendo de su boca, su acento cambiando hasta parecer extranjero. Sonaba al medio Oriente, quizás con un toque hebreo y claramente medieval; derramó un torrente gutural de frases mientras el espíritu santo entraba en ella. Helen había visto

hablar en lenguas en la televisión, pero nunca antes lo había presenciado en vivo y en directo. Era algo extraño, con más pinta de posesión que de éxtasis.

Al final la histeria se calmó y los miembros de la congregación la guiaron a su asiento, permitiendo a Helen examinar las caras de las mujeres a medida que volvían a su sitio. Se sobresaltó al darse cuenta de que era la única mujer soltera en ese lugar. Todas las demás tenían un marido y cada una de ellas parecía obedecerles sin rechistar. Cuando el servicio religioso llegó a su fin, los feligreses se levantaron y se dividieron por géneros. Los hombres charlaban entre ellos mientras las mujeres escuchaban, calladas. Alan Matthews, aparte de ser diácono de la Iglesia, también era miembro de la Orden Doméstica Cristiana, un grupo que propugnaba el patriarcado de la Biblia, ratificando el liderazgo del marido en todas las cosas y condenando a las esposas al papel de eternas ayudantes. Las mujeres debían ser serviles, y los azotes eran aconsejables si no cumplían con sus deberes. Eileen Matthews probablemente había sufrido un castigo semejante a manos de su marido, a quien le encantaba dominar a las mujeres, y Helen sospechaba que las otras de la congregación también habían sido disciplinadas de esa forma. El hecho de que muchas de ellas lo hubieran hecho de buena gana tampoco ayudaba, en opinión de Helen. Al mirar a su alrededor, vio mujeres pasivas e inertes, que no tenían confianza en sí mismas ni el coraje de hacer algo por su cuenta. A no ser que una de ellas fuera una actriz estupenda, nadie en ese lugar tendría las agallas ni la fuerza de cometer esos terribles asesinatos. ¿Estaba la asesina en otra parte, entonces, observando entre las sombras? Helen se levantó de su asiento y recorrió el perímetro de la nave, sus ojos examinando posibles lugares desde los que vigilar, pero no encontró nada.

A Fortune tampoco le había ido mejor. Había fotografiado a todo el mundo al entrar y al salir de la iglesia, y se había esforzado por retratar a todo el que pasaba por delante. Los policías novatos, disfrazados de jardineros, habían estado vigilando la parte posterior de la iglesia, pero solo habían visto a un hombre que paseaba al perro.

—Mantén los ojos abiertos cuando la gente empiece a salir de la iglesia y asegúrate de que también le haces una foto a los que conducen los coches. Vuelve con el cortejo fúnebre a la casa de la familia, pero dile a uno de tus chicos que se quede por aquí. Quiero que hagan guardia en esa tumba día y noche. Si la asesina viene a verle, lo más probable es que lo haga en horario nocturno.

—Sí, jefa.

—Bien. Archiva las fotos que has sacado y sigue con ello, Lloyd. Nunca se sabe dónde puede estar.

¿De verdad creía Helen eso? Mientras caminaba de vuelta a su moto, notó que la asesina se les estaba escapando una vez más. La vigilancia estaba bien, pero no les había proporcionado nada útil. ¿Se lo habría oído? ¿Sabía lo que estaban pensando?

Helen se sintió de nuevo en desventaja, bailando torpemente al son que quería la asesina, y tenía que añadir a Emilia Garanita a la mezcla. ¿Le habría contado algo Jake? No parecía probable, no, parecía imposible, pero entonces, ¿cómo lo sabía

Emilia?

Tenían una cita esa misma tarde, pero Helen sacó el móvil del bolsillo y le mandó un mensaje cancelando su encuentro. No estaba preparada todavía para hablar con él. Había una parte de ella que se preguntaba si alguna vez volvería a hacerlo.

Hay una fantasía que te mantiene en pie cuando estás de servicio. Es el sueño que alimenta al soldado cuando está atrapado en algún desierto perdido de la mano de Dios, mientras le gritan y le están disparando. Es la ilusión de que hay algo mejor esperándote en casa. En la fantasía, tu chica mantiene la chimenea encendida, anhelando que vuelvas. Te recibirá con los brazos abiertos, te dará de comer platos deliciosos, te llevará a la cama y será una esposa amante y perfecta. Es lo mínimo que te mereces por todos esos meses de miedo, soledad e ira. Pero pocas veces sucede así.

Simon Booker ya era un civil. A su mejor amigo lo habían bombardeado dos días antes de que les relevaran. En el avión que les llevaba de vuelta a casa, Simon le había dicho a su superior que abandonaba. Antes le encantaba el ejército, pero ahora solo quería largarse. No le había traído nada más que angustia y decepciones.

Estaba convencido de que Ellie había estado viendo a otros hombres mientras él se encontraba fuera. No tenía pruebas, solo era una sensación. Con todo, le comía por dentro y se preguntó cuál de los que se autodenominaban sus amigos se estaba riendo a sus espaldas, intercambiando historias acerca de cómo era su mujer en la cama. Les evitaba, igual que evitaba a Ellie. No podía contarle cómo había sido su vida allí, cómo se sintió cuando vio a Andy despedazado, y por supuesto no quería hablar acerca de a qué se había dedicado ella cuando él no estaba. Así que se iba al Doncaster y al White Hart. Y cuando llegaba a casa, con problemas para meter la llave en la cerradura, las manos temblando y su cerebro flotando en cerveza barata, se arrastraba hacia el cuarto donde estaba el ordenador, pasando por delante de la puerta abierta de su habitación.

Siempre echaba el cerrojo. A pesar del enfado que sentía hacia Ellie, no quería que le pillara en esas cosas. ¿Era debido a la vergüenza o porque inconscientemente no le quería hacer daño? No estaba seguro, pero echaba el cerrojo de todos modos.

El porno había estado bien para empezar, pero ya se había cansado. Ahora su página favorita era InfoZorras. Era un mundo totalmente nuevo para él. Era el nuevo límite del sexo y en el foro encontró una camaradería que pensó que había perdido para siempre. Aquí los hombres podían hablar con honestidad acerca de lo que querían. Y se daban consejos los unos a los otros para lograr sus objetivos.

Durante mucho tiempo había podido controlar sus impulsos, pero «HappyGoLucky» le había dado a Angel unas puntuaciones tan altas que no se pudo resistir. Muchos hombres habían dejado de ir de putas por las noticias que salían en los periódicos y en otros foros. Historias de tipos a los que asesinaban mientras les hacían un trabajito. Y él no era estúpido, sabía que tenía que guardarse las espaldas.

El mundo estaba lleno de mentirosos, ladrones y asesinos. Así que sería precavido. Le dijo a Ellie que había quedado con sus antiguos compañeros del ejército, pero el contenido de su bolsa de viaje le desmentía. Dentro había una muda de ropa y un paquete de condones. Y debajo, escondida, una barra de hierro.

Qué sabemos acerca de él?

Helen y Charlie estaban en un coche policial sin identificativos y se dirigían a Woolston.

—Su nombre real es Jason Robins —contestó Charlie, examinando sus notas—. Pero su alias en el foro es «Hammer». No es de los que contribuye con más regularidad, creo que ese premio se lo lleva «PussyKing», pero escribe cada dos días, y cuando va a la ciudad. Presume mucho acerca de lo que Angel le ha hecho, que consiguió que se corriera con él, las típicas mierdas.

—¿Cómo le encontraste?

—La mayoría de los usuarios son bastante discretos. Por supuesto usan seudónimos, y escriben desde el ordenador del trabajo o desde cibercafés. Son difíciles de rastrear aunque tengas la IP. Jason no es de los más listos. Utiliza el alias «Hammer» en otros foros, y uno de los sitios era una página de porno de pago. Utilizó su tarjeta de crédito...

—Y de ahí has sacado su dirección.

—Exacto.

Justo entonces llegaron a un bloque de pisos situados en la calle Critchard. Un poco descuidados, sin cariño, esos pisos se alquilaban a gente que se las estaba apañando hasta que se le cruzara algo mejor. Helen y Charlie salieron del coche y examinaron la calle. Se estaba haciendo de noche y, aparte de algún trabajador que tenía prisa por llegar a casa, todo estaba muy tranquilo. Había una luz encendida en el salón de la casa que tenían enfrente. «Hammer» estaba en casa.

Se sentaron a la mesa de Ikea: un trío poco natural con las tazas de té intactas. Jason Robins se había temido lo peor cuando abrió la puerta a las dos policías, tartamudeando al preguntar si Samantha y Emily habían sufrido algún tipo de accidente. Cuando Helen le había asegurado que no tenía nada que ver con su familia, se había tranquilizado y la suspicacia había reemplazado al miedo.

—Puede que haya leído las noticias acerca de una serie de asesinatos que se han cometido en Southampton hace poco —empezó Helen—. Asesinatos relacionados con el sexo de pago.

Jason asintió pero no dijo nada.

—Un par de víctimas habían utilizado un foro de internet para puntuar prostitutas. Helen dejó que las palabras flotaran en el aire y fingió consultar su cuaderno de

notas antes de continuar:

—Se llama InfoZorras.

Le miró mientras lo pronunciaba, ansiosa por ver cómo reaccionaba. Ni un solo gesto: ni un asentimiento, ni una sonrisa, nada. A ojos de Helen eso era una admisión de culpabilidad tan válida como si lo hubiera dicho en voz alta. Jason se había quedado muy quieto, preocupado por si cualquier movimiento le condenaba. Helen clavó su mirada en él.

—¿Sabe algo de ese foro, Jason?

—No.

—¿Ha entrado alguna vez?

—No es lo que me va.

Helen asintió y fingió escribir algo en la libreta.

—¿Ha utilizado alguna vez el alias «Hammer» en internet? —preguntó Charlie.

—¿«Hammer»?

—Sí, «Hammer». ¿Ha usado alguna vez ese nombre de usuario al visitar otras páginas web o sitios ofreciendo material para adultos?

Jason pareció meditar la respuesta, dispuesto a que vieran que se lo estaba tomando en serio.

—No. No, no lo he usado.

—Lo pregunto porque alguien que utiliza ese seudónimo tiene una tarjeta de crédito registrada con esta dirección, y a nombre de Jason Robins.

—Debe de haber sido alguien que se haya hecho pasar por mí.

—¿Ha notificado alguna actividad fraudulenta a su banco?

—No, no me había dado cuenta, pero ahora que me lo dice, les voy a llamar inmediatamente. Voy a cancelar la tarjeta.

El silencio se apoderó de ellos. Jason estaba tan tenso como la piel de un tambor, el brillo del sudor en sus cejas.

—¿Se está separando de su mujer?

Jason pareció relajarse cuando las preguntas se desviaron a otro tema.

—Sí. Aunque eso no es asunto suyo.

—Pero ¿todavía no está divorciado?

—Aún no. Pero lo estaremos.

—Así que supongo que todavía están negociando la custodia de su hija, Emily.

—Se podría decir así.

—¿Cómo lo diría usted, si no?

Jason se encogió de hombros y bebió un poco de té.

—Entiendo por qué está siendo cauteloso, Jason. Está en un momento crítico y lo último que necesita es que la policía vaya contando que usted es un tipo que visita páginas web de pornografía y que utiliza los servicios de prostitutas. No quedaría muy bien en el juicio, lo acepto. Pero escúcheme con atención. Está muriendo gente y a no ser que hombres como usted tengan el valor de reconocer lo que hacen, más

gente morirá. Le podría acusar de hacer perder el tiempo a la policía, obstaculizar una investigación y mucho más, pero sé que usted es un tipo decente, Jason. Así que le pido que nos ayude.

—Necesitamos saberlo todo acerca de Angel —continuó Charlie—. Dónde la conoció, qué aspecto tiene, quién más puede conocerla. Si nos cuenta todo lo que sabe, le protegeremos. Mantendremos su nombre alejado de los medios de comunicación y no alteraremos su existencia más que lo imprescindible. No tenemos ningún interés en complicarle la vida, solo queremos atrapar a la asesina. Y usted nos puede ayudar a hacerlo.

Un largo silencio siguió a esas palabras, roto solo por el tictac del reloj de la cocina. Jason se terminó el té.

—Como ya he dicho antes, nunca he oído hablar de ese tal «Hammer». Ahora, si me disculpan, me gustaría llamar a mi banco.

Helen y Charlie no dijeron nada mientras se alejaban de la casa, las dos demasiado enfadadas como para hablar. No fue hasta que estuvieron dentro del coche que Helen dijo algo.

—Cabronazo mentiroso.

Charlie asintió.

—Vigílate, Charlie. Llámale, mándale un correo electrónico todos los días con un par de preguntas más, unos cuantos detallitos que aclarar. Puede que solo esté avergonzado, o puede que sepa algo. Sigue presionando hasta que sepas lo que esconde.

—Será un placer.

—Mientras tanto, tendremos que esforzarnos por encontrar a los demás. «HappyGoLucky», «Dangerman», «fillyerboots», «BlackArrow»..., les quiero identificados. Alguien, en alguna parte, sabe dónde podemos encontrar a Angel.

—Claro. ¿Quieres que dirija...?

—Sí. Quiero que les localices y ya me reuniré contigo en la comisaría. Pero primero déjame en el centro de la ciudad.

Charlie la miró, curiosa.

—Tengo una cita a la que quiero acudir.

Recorrieron el solitario pasillo, sus botas de plástico de tacón alto crujiendo a cada paso que daba. Justo detrás de ella, Tony le pasó el brazo por la cintura. «Melissa» era mucho más atractiva de lo que había esperado que fuera. Unas piernas largas y esbeltas recubiertas por unas botas negras y brillantes, un trasero prieto, un rostro sensual y de labios gruesos, enmarcado por una melenita negra con flequillo. Tony sabía que no todas las prostitutas eran yonquis de dentadura amarillenta, pero se sorprendió al ver lo guapa que era.

La había recogido en el parque Hoglands, un punto de encuentro para los que montaban en monopatín, al norte de la ciudad, que estaba vacío por las noches. Había facilitado su localización por radio mientras se aproximaba al sitio, y más tarde había divisado en el retrovisor el coche que les seguía mientras bajaban al puerto, pero seguía sintiendo una punzada de miedo ahora que estaba a solas con ella. Había conducido en silencio hasta el hotel Belview, una pensión mugrienta que no se preocupaba acerca del origen de su clientela. Tony había pagado por adelantado y les habían dado una habitación en la primera planta. De camino a ella, se habían cruzado con un hombre de mediana edad bajando las escaleras, acompañado por una chica polaca a medio vestir. Había mirado fijamente a Tony, que había bajado los ojos por vergüenza, sin quererse ver involucrado en una incómoda camaradería.

Pronto estuvieron en la habitación número 12. Melissa dejó su bolso y el abrigo en la única silla que había en el cuarto, después se sentó en la cama.

—¿Y qué puedo hacer por ti, Paul?

Pronuncio lentamente la última palabra, como si supiera que era una mentira.

—Soy toda tuya.

Sonrió ampliamente, sexy y traviesa. Tony se sorprendió al sentir una punzada de deseo por esa chica que estaba a su disposición y se sentó en la silla para disimular.

—Me gusta mirar —le contestó, tan tranquilo como le fue posible—. ¿Por qué no vas empezando por tu cuenta y vemos dónde nos lleva?

Ella le miró con curiosidad. Después:

—Es tu dinero, cariño —le contestó, encogiéndose de hombros.

Cayendo en la cuenta en ese momento, Tony cogió su cartera y sacó las ciento cincuenta libras. Melissa se las guardó en el bolsillo y se tumbó en la cama.

—¿Quieres que me deje las botas, mientras...?

—Sí.

—Bien. Lo prefiero así.

Melissa dejó que sus manos recorrieran todo su cuerpo. Lo tenía musculoso y

tonificado, sin duda adecuado para su propósito, y cuanto más se metía en el papel, más quería Tony apartar la vista de ella y mirar por la ventana. De verdad que era absurdo. Sabía que tenía que seguir con el rol que se le había asignado y mantener la mirada fija en ella. Sabía, a pesar de su rampante erección, que esto solo era parte de su trabajo, una trampa diseñada para sonsacar información. Y aun así se sentía extremadamente incómodo, excitarse con ella le provocaba angustia.

Mientras Melissa fingía que estaba al borde del clímax, le pidió entre jadeos que se le acercara, que la tratara como se merecía. Tony tuvo que pensar rápidamente en un modo de evitar el contacto físico, y se puso a gritarle una serie de obscenidades para ayudarla a llegar al «orgasmo». Era una buena actriz, cualquiera que la hubiera oído habría dado por sentado que acababa de tener la mejor experiencia sexual de su vida. Después se volvió a vestir y miró el rajado reloj de la pared.

—Todavía te quedan diez minutos, cariño. ¿Quieres que te la chupe?

—Estoy bien. ¿Podemos hablar?

—Claro. ¿De qué quieres hablar?

—Quería preguntarte si podemos hacer esto otra vez.

—Claro. Siempre me apetece un poco de diversión.

—¿Cuánto tiempo llevas dedicándote a esto?

—Lo suficiente.

—¿Te gusta?

—Por supuesto —contestó. Tony sabía que le estaba contando la mentira que creía que él quería oír.

—¿Alguna vez has tenido algún problema?

—De vez en cuando —le respondió, sin mirarle a los ojos.

—¿Y cómo te las apañas?

—Tengo mis modos. Pero normalmente hay otras chicas por ahí.

—¿Estáis pendientes las unas de las otras?

—Exacto. ¿Te importa si uso el baño, cariño? Me voy a tener que ir en breve.

Se dirigió al baño. Un momento después sonó la cisterna y salió, yendo directamente a por el abrigo y el bolso.

—¿Puedo pagarte para que te quedes un poco más?

Se detuvo.

—¿Quieres que lo haga otra vez?

—No, no, solo quiero hablar. Yo... estoy solo en la ciudad. No voy a ver a mi familia hasta el fin de semana y..., bueno, me gusta hablar.

—Vale —contestó, y se sentó en la cama.

Tony sacó otras cincuenta libras de su cartera y se las tendió.

—¿De dónde eres?

—De muchos sitios. Pero nací en Manchester, si es a eso a lo que te refieres.

—¿Todavía tienes familia por allí?

—Nadie que merezca la pena mencionar.

—Claro.

—¿Y qué pasa contigo, Paul? ¿Eres de por aquí?

—Nacido y criado.

—Qué bien. Es bueno tener un hogar.

—¿Vives por aquí?

—Me estoy quedando en la casa de una amiga. Mientras consiga trabajo, me quedaré por aquí.

—¿Ganas dinero?

—Bastante. También soy más abierta de mente que otras.

—¿Trabajas con otras chicas?

—Algunas veces.

—¿Haces tríos?

—Claro.

—Hay una chica con la que me gustaría quedar. Angel. ¿La conoces?

Melissa hizo una pausa y le miró.

—No creo que quieras conocerla, cariño.

—¿Por qué no?

—Confía en mí, no quieres. Además, no hay nada de lo que ella haga que no pueda hacer yo.

—Pero si quisiera un tr...

—Te busco otra chica.

—Pero yo quiero a Angel.

Otra pausa.

—¿Por qué?

—Porque he oído cosas acerca de ella.

—¿Quién te las ha contado?

—Unos tipos.

—Y una mierda.

—¿Perdón?

—Esta es tu primera vez, ¿a que sí? Eres un puñetero novato.

—¿Y qué?

—Pues que no eres el tipo de cliente que se pone a hablar con otros tíos acerca de lo que hacemos las putas.

Tony estaba demasiado sorprendido como para ofenderse, pero se recuperó rápidamente.

—Bueno, a lo mejor soy nuevo, pero sé lo que quiero. No me importa darte dinero si me arreglas un encuentro.

—¿Y qué es lo que has oído acerca de ella, exactamente?

—Bueno, que le gusta que la peguen, que la insul... Bueno, ya sabes. Que te deja hacer cosas que las demás no.

—¿Y quién te lo ha contado?

—Unos tipos.

—¿Unos tipos?

—Ya sabes, otros...

—¿Quiénes?

—Gente con la que he chateado...

—Dame sus nombres.

—La verdad es que no...

—Que me des sus nombres.

—Eh..., creo que uno se llamaba Jeremy. Y...

—¿Dónde les has conocido?

—En internet.

—¿Cómo?

—En un foro digital.

—¿Cómo se llama el foro?

—No recuerdo el nombre...

—¿Y quieres conocer a Angel?

—¡Sí!

—¿Porque la quieres interrogar? ¿Como estás haciendo conmigo?

—No, no —contestó Tony, pero había dudado un instante y era consciente de ello.

Melissa ya se había levantado.

—Un puto poli. Lo sabía.

—Melissa, espera.

—Gracias por la pasta y por la charla, pero me tengo que ir.

Tony la agarró del brazo para detenerla.

—Solo quiero hablar contigo.

—Si me tocas otra vez, voy a ponerme a gritar hasta que se caigan las paredes. Y todas las putas en muchos kilómetros a la redonda sabrán que eres un poli, ¿vale?

—Necesito encontrar a Angel. Es muy importante que la encuentre...

—Que te jodan.

Se fue y dejó la puerta abierta tras ella. El primer impulso de Tony fue seguirla, pero ¿para qué? Frustrado, se dejó caer en la cama. Melissa era su mejor pista y la había cagado por completo. Le había costado mucho meterse en el papel —se había preguntado cosas que hasta el momento habían permanecido ocultas— y había acabado sin nada.

Se escuchaba el ruido de una copulación frenética en la habitación de al lado, marcando el ritmo de su fracaso. Cogió su abrigo y salió. Quería alejarse de ese sitio. Alejarse del sexo. Y alejarse de su clamorosa derrota.

La caravana se alzaba solitaria en el descampado. Iluminada por las hogueras que habían encendido los gitanos en la lejanía, parecía hasta bonita. Por dentro era bastante más desagradable, cubierta de moho y podrida, restos de consumo de drogas por el suelo. Con todo, para una noche ya le valía: había un colchón en el suelo, listo para la acción.

—¿O sea que eres un soldado? —preguntó.

—Lo fui. En Afganistán.

—Me encantan los soldados. ¿Mataste a algún moro?

—Unos cuantos.

—Mi héroe. Te debería ofrecer algo a cuenta de la casa.

Simon Booker se encogió de hombros. No quería que le tuviera pena. No quería que le diera limosna. No era por eso por lo que estaba allí. Sacó unos cuantos billetes de la cartera y los colocó en la sucia encimera. Al hacerlo, se dio cuenta de que llevaba puesto el anillo de boda y tironeó para quitárselo.

—No te preocupes, corazón. No voy a decir nada. Son treinta por oral, cincuenta por lo normal y cien para todo lo demás. Y te voy a pedir que utilices un condón, cielo. No quiero coger ninguna enfermedad que hayas podido pillar con las putas extranjeras, ¿sabes?

Simon Booker asintió y se dio la vuelta, agachándose para coger los condones de su bolsa de viaje. No pudo encontrarlos de primeras y se puso a revolver en la bolsa, antes de localizarlos por fin. Mientras se incorporaba, se sorprendió al ver que Angel estaba a punto de salir por la puerta.

—¡Ni se te ocurra acercarte a mí! —le advirtió.

—¿Qué? Estaba cogiendo los...

—¿Para qué es esa barra de hierro?

Mierda. Estaba claro que la había visto cuando se había puesto a revolver en la bolsa de viaje.

—No es nada. Como protección. Pero la dejo fuera, si prefieres.

Se acercó a la bolsa.

—Ni se te ocurra tocarla. Si lo haces, gritaré. Conozco a gente de por aquí. Gente que cuida de mí. ¿Sabes lo que les hacen los gitanos a los tipos como tú?

—Vale. Tranquila.

Simon se estaba enfadando. Quería follar, no ponerse a pelear con ella.

—Pues la sacas tú, entonces. No quiero problemas —dijo.

Parecía asustada, pero se acercó lentamente a la bolsa de viaje, mirándole todo el

rato. Cogió la bolsa y la sacó fuera. Aterrizó con un ruido sordo. Ella respiró hondo, recomponiéndose.

—Bueno, ¿empezamos otra vez? —preguntó, forzando una amplia sonrisa.

—Claro.

—Ven y dame un beso, anda. Y una vez que te empiece a conocer mejor me voy a meter tu polla en la boca.

Eso ya le gustaba más. Simon cruzó la caravana. Vaciló un poco antes de colocarle las manos en la cintura. Ella le respondió pasándole los brazos por el cuello y acercando su boca a la suya.

—Empecemos con esto, ¿de acuerdo?

Mientras Simon Booker cerraba los ojos, Angel le dio un rodillazo en la entrepierna. Simon se quedó rígido, anonadado, y ella aprovechó para golpearle una y otra vez. Él se cayó al suelo y se quedó sin aliento. Quería vomitar. Ay, Dios, el dolor era horrible.

Alzó la vista para encontrarse con que Angel se erguía por encima de él. La sonrisa había desaparecido, y en la mano sostenía la barra de hierro que había en la bolsa de Simon. Sin previo aviso la estrelló contra su cabeza. Una, dos, tres veces para asegurarse. Después se detuvo y cerró la puerta de la caravana. Corrió el cerrojo y respiró hondo. Mirando a su próxima víctima, podía sentir cómo el entusiasmo le recorría el cuerpo.

Ya era hora de que empezara la diversión.

Las cabezas se giraron en su dirección mientras atravesaba las oficinas del periódico en dirección al despacho de Emilia Garanita. Después de sus llamativos reportajes sobre Marianne, Emilia había sido recompensada con un rincón desde el que planear su siguiente exclusiva. Era una esquina diminuta y agobiante, pero al resto de reporteros les había sentado fatal, y por eso a Emilia le gustaba tanto. También le permitía una visión completa de las oficinas del periódico y de Helen Grace, que se aproximaba a ella.

Helen Grace nunca se había presentado en el *Evening News*, así que, se tratara de lo que se tratara, iba a estar muy bien. ¿Sería el primer contraataque de su partida o una rendición pública? Emilia esperaba sinceramente que fuera lo segundo. *Intentaría* ser amable con ella.

—Helen, me alegro de verte —dijo, mientras la inspectora entraba en su despacho.

—Yo también me alegro de verte, Emilia —respondió la visita, cerrando la puerta tras ella.

—¿Café?

—No, gracias.

—Muy bien —contestó Emilia, abriendo el portátil aparatosamente—. Tenemos mucho que revisar. Ya llegamos demasiado tarde para la edición de esta noche, pero, si me das todo lo que tienes hasta el momento, podremos conseguir la máxima difusión para mañana. Va a ser mortal, si me perdonas el juego de palabras.

Helen le dirigió una mirada burlona y después se inclinó y cerró el portátil, apagándolo.

—No vamos a necesitarlo.

—¿Perdón?

—No he venido aquí para darte ninguna noticia. Solo un aviso.

—¿Perdona?

—No sé cómo has averiguado lo que crees saber acerca de mí, y, para serte sincera, no me importa. Lo que me importa es que una reportera de un prestigioso periódico ha intentado chantajear a un oficial de la policía en activo.

Emilia la observó fijamente; la temperatura de la habitación parecía haber descendido unos cuantos grados.

—Así que estoy aquí para transmitirte un mensaje muy claro y muy sencillo. Escribe lo que te dé la gana acerca de mí, pero si vuelves a intentar chantajearme, o sobornarme, o intimidarme, me ocuparé personalmente de que acabes en la cárcel,

¿entiendes?

Emilia clavó la mirada en Helen antes de responder.

—Bueno, pues es tu elección, Helen, pero después no digas que no te avisé.

—Haz lo que tengas que hacer —contestó Helen secamente—. Pero prepárate para las consecuencias.

Se levantó para marcharse, pero se detuvo cuando llegó a la puerta.

—O nadamos juntas o nos hundimos las dos, Emilia. Así que pregúntate cuánto me odias. Y cuánto valoras tu libertad.

Emilia la contempló mientras se marchaba, la ira y la adrenalina recorriendo su cuerpo. ¿Iba a destrozarla o iba a retirarse? De cualquier modo, Emilia iba a hacer la mayor apuesta de su vida.

Tony cerró la puerta del coche y se derrumbó en el asiento del conductor. ¿Cómo podía haberlo estropeado todo? ¿Y qué le iba a decir a Helen?

Esa había sido su gran oportunidad para estar otra vez en el campo de batalla, para demostrar que todavía tenía talento, y la había cagado por completo. Podía intentar ponerse de nuevo en contacto con Melissa, pero ¿para qué? Ahora que sabía que era un policía, ya se había acabado el juego. Lo único que podía hacer era confesarle todo a Helen tan pronto como le fuera posible y empezar a planear una estrategia nueva. Alguien más debía de haber visto a Angel. Era inconcebible que pudiera entrar y salir de los sitios sin que nadie se fijara en ella. Lo que tenía que hacer...

Se sobresaltó cuando vio que se abría la puerta del copiloto. Había estado tan enfrascado en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que alguien se acercaba. Se giró para enfrentarse al intruso... y se sorprendió al ver que era Melissa la que se estaba sentando. No le miró, solo dijo:

—Conduce.

Viajaron en silencio diez minutos, antes de que Melissa le indicara un callejón situado al lado de un restaurante abandonado. Era un sitio muy tranquilo, no había nadie que pudiera molestarles. Al fijarse en ella, Tony se extrañó al ver que estaba temblando.

—Si te digo lo que quieres saber, voy a necesitar dinero. Mucho dinero.

—Eso no va a ser un problema —contestó Tony. Ya había supuesto mientras conducía que la única razón de que estuviera en su coche era el afán de lucrarse.

—Cinco de los grandes para empezar. Y después más.

—De acuerdo.

—Y necesito un sitio donde quedarme. Un lugar en el que ella no me vaya a encontrar.

—Te podemos ofrecer un lugar seguro y protección las veinticuatro horas del día —respondió Tony sin dudar.

—Las veinticuatro horas. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Dame un apretón de manos para sellar el trato —pidió Melissa, y Tony la obedeció.

Melissa dejó escapar un suspiro; parecía agotada por cómo había ido la tarde.

Después, sin mirar a Tony, susurró:

—La chica que estás buscando se llama Lyra. Lyra Campbell.

Frío. Un frío que te congelaba.

Simon Booker abrió los ojos, cerrándolos inmediatamente cuando la luz de la bombilla le hizo daño. Le pesaba tanto la cabeza, estaba tan confuso. ¿Qué coño le había sucedi...?

Allí estaba, observándole. Angel. Con la barra de hierro. Ahora empezaba a recordarlo todo, las imágenes clavándosele en el cerebro a medida que se sucedían.

Estaba muy débil. Tenía la cara cubierta de sangre, la boca horriblemente seca. Pero intentó levantarse. Solo para descubrir que no se podía mover. Miró a su alrededor y vio que tenía los brazos atados con un cable grueso y verde sujetándole a la pared que tenía detrás. Estaba desnudo y tendido en el colchón, y su ropa no estaba a la vista. Intentó gritarle, pero se dio cuenta de que tenía la boca tapada con cinta de embalar.

—Patético mierdecilla.

Simon Booker se sobresaltó cuando el veneno de su voz rompió el silencio.

—Escoria asquerosa.

Se le estaba acercando, sujetando aún la barra de hierro. Se la iba pasando de una mano a otra.

—¿Creíste que me podías engañar?

Simon negó con la cabeza.

—Lo creías, ¿a que sí?

Negó con todas sus fuerzas.

—Engañarme y después atacarme.

Dejó caer la barra con ganas sobre una de sus rodillas. Él gritó, la cinta de embalar absorbiendo su agonía, haciendo que fuera aún más difícil respirar. Le golpeó la otra rodilla, el hueso triturado por el impacto. Simon aulló una vez más, intentando apartarse de los golpes que estaba recibiendo en las piernas, los muslos, el pecho. Una vez, y otra, y otra. Ella se detuvo un momento, gritó algo ininteligible y después dirigió la barra hasta su entrepierna.

Pensó que iba a reventar, las lágrimas anegándole los ojos.

—¿Qué coño te pensabas que estabas haciendo? —le chilló antes de reírse—. Ay, vaya, vas a pagarlo muy caro. Te voy a mandar de vuelta en pedazos con la frígida de tu mujer.

Las lágrimas le corrían por toda la cara, pero eso a ella no parecía importarle. Alzó la barra para golpearle en la cara, pero se contuvo, controlando el espasmo de violencia que estaba a punto de apoderarse de ella. Respiró hondo, se inclinó y volvió

a meter la barra de hierro en la bolsa de viaje.

Fue un alivio breve, puesto que sacó un cuchillo grande de su propio bolso. Comprobó el filo con los dedos enguantados, y se dio la vuelta para mirar a su víctima. Se le acercó y le colocó el cuchillo en la garganta. Él rezó para que le matara rápidamente y así acabara su sufrimiento. Un poco más de presión y le seccionaría la carótida; ahí finalizaría todo.

Pero Angel tenía otras ideas. Alzó el cuchillo y se puso de cuclillas, balanceándose una y otra vez. Una sonrisa le asomaba a las comisuras de los labios.

—Has pagado una hora, o sea que todavía nos podemos divertir un rato, ¿no?

Y con eso empezó la carnicería.

Helen acababa de llegar a la comisaría de Southampton cuando recibió la llamada de Tony Bridges. Charlie y ella habían estado repasando lo que sabían acerca de los usuarios del foro —«BlackArrow» había dejado de escribir; sin embargo, el obseso de «PussyKing» todavía les estaba dando mucho con lo que trabajar—, pero, en cuanto habló con Tony, Helen abandonó la búsqueda sin dudar. Media hora después, se encontraba al lado de Tony en una sala de interrogatorios. Melissa estaba frente a ellos, acunando una taza de té.

—Cuéntame lo que sepas acerca de Lyra Campbell.

—Primero la pasta.

Helen le deslizó el sobre por encima de la mesa. Melissa contó los billetes rápidamente y se lo metió en el bolso.

—Es de Londres, creo. No sé de qué barrio, pero habla igual que una londinense. Como usted.

A pesar de los años que Helen llevaba en Southampton, su acento del sur de Londres nunca la había abandonado.

—Empezó a trabajar la calle por allí, después se trasladó a Portsmouth con un novio. Cuando no funcionó, se vino a Southampton.

—¿Cuándo?

—Hace un año. Terminó trabajando para la misma banda que yo.

Melissa resopló y bebió un trago de su té. No había alzado la vista ni una sola vez. Era como si el hecho de murmurar en dirección al suelo le fuera a proteger de que Lyra se enterara de su traición.

—¿Qué banda? —quiso saber Tony.

—Anton Gardiner.

Tony miró a Helen. El nombre les era familiar. Anton Gardiner era un camello muy violento y un chulo que controlaba a unas cuantas chicas al sur de la ciudad. Trabajaba solo y vivía entre las sombras, llamando ocasionalmente la atención de la policía por las palizas que les metía a sus chicas o a sus enemigos. Se decía que tenía una fortuna, pero, como no confiaba en los bancos, era un hecho difícil de confirmar. Lo cierto, sin lugar a dudas, es que era un sádico impredecible y medio trastornado. A menudo sacaba a sus chicas de casas de acogida y refugios, lo que significaba que Helen le tenía un odio particular.

—¿Por qué se fue con Anton?

—Quería drogas y él se las podía conseguir.

—¿Y cómo se llevaban? —continuó preguntando Tony. Melissa sonrió y meneó

la cabeza. Nadie «se llevaba» con Anton.

—¿Dónde está Lyra ahora mismo? —quiso saber Helen.

—No lo sé. No la he visto desde hace más de un mes.

—¿Por qué?

—Se marchó. Tuvo una bronca con Anton y...

—¿Por qué discutieron?

—Le preguntó por qué era tan hijo de puta.

Por primera vez, Melissa alzó la mirada. Los ojos le brillaban de ira.

—Continúa —pidió Helen.

—¿Sabe lo que les hace a las nuevas?

Helen negó con la cabeza. Tenía que preguntarlo, pero en realidad no quería saberlo.

—Hace que se desnuden, que se inclinen y se agarren de los tobillos. Les dice que se tienen que quedar así todo el día. Te deja sola las primeras horas. Te deja hasta que tienes calambres en las piernas, la espalda te duele a muerte, y, cuando ya no puedes más, viene y te folla. Una hora más tarde, te vuelve a follar. Una vez y otra. Así es como te rompe.

Estaba claro que Melissa hablaba por experiencia propia, la voz quebrándosele mientras seguía.

—Y si alguna vez te pasas de la raya o no ganas el dinero suficiente, te lo vuelve a hacer. No se preocupa por nada ni por nadie. Solo quiere la pasta.

—¿Y qué hizo cuando Lyra se marchó?

—Ni idea. No le he vuelto a ver.

—¿Desde entonces no le has visto? —dijo Helen, súbitamente alerta.

—No.

—Necesito que estés segura de esto, Melissa. ¿Viste a Anton durante o después de su riña con Lyra?

—No. Fue ella quien me lo contó, no él.

—¿Le buscaste?

—Al principio no. No te pones a buscar a alguien como él. Después de unos días, empecé a preguntar por ahí. Necesitaba un chute. Pero no estaba en ninguno de los sitios donde suele estar.

—¿Tienes alguna idea de dónde se puede estar escondiendo Lyra?

—Probablemente cerca de Portswood. Siempre ha vivido por ahí. Nunca me dijo dónde dormía.

—Y cuando estaba trabajando, ¿usaba el nombre de Lyra?

—No, eso era entre nosotras. Cuando estaba en el trabajo, siempre era Angel. Un ángel del cielo, les solía decir a los clientes. Les encantaba.

Helen terminó con el interrogatorio poco después. Ya era muy tarde y Melissa estaba

agotada. Después tendrían más tiempo, y, además, la prioridad era conseguir un retrato robot que pudieran difundir. Mandó a Tony y a Melissa a una habitación custodiada con un retratista de la policía, y volvió a su despacho. No iba a dormir de todos modos, así que no tenía sentido irse a casa.

¿Habían hecho el descubrimiento que les permitiría detener esa oleada de asesinatos? Todo ese tiempo, habían estado intentando encontrar lo que había causado esa explosión de violencia. ¿Había sido Anton quien lo había desencadenado? ¿Había sido él quien había provocado esa rabia salvaje? Si era así, lo más probable es que su cadáver estuviera en algún antro de mala muerte. Helen no le iba a echar de menos, pero necesitaba encontrarle para encajar las piezas del rompecabezas.

Sonó su teléfono y se sobresaltó. Jake, otra vez. Le había dejado varios mensajes, preguntándole por qué no había ido a verle, queriendo saber si se encontraba bien. ¿Lo hacía de buena fe o porque se sentía culpable? Helen no quería saberlo. Normalmente se enfrentaba a las cosas, pero esta vez no podía. Esta vez no quería hacerlo, no fuera a ser que la respuesta no le gustara. Su mente se dirigió hacia Emilia. ¿Qué estaría haciendo ahora mismo? ¿Estaba reflexionando sobre si perdonar a Helen, o estaba planeando su ejecución? Si sacaba su historia a la luz, Helen se vería apartada del caso. No podía permitir que eso sucediera, no ahora que por fin estaban haciendo algún progreso, pero aun así se había mantenido firme. Había visto a otros oficiales de la policía hacer un pacto con el diablo y en cuestión de meses estar enfangados hasta el cuello, irremediablemente corruptos. No había nada que se pudiera hacer en esas circunstancias excepto aguantar el chaparrón y ver quién seguía de pie al final.

Helen se sirvió un café y volvió a la oficina. No tenía tiempo de dejarse llevar por el miedo o de ponerse a reflexionar. Tenía trabajo que hacer. En algún lugar se encontraba un ángel vengador a quien le gustaba la sangre.

La casa estaba en silencio cuando Charlie regresó. Steve ya había cenado y se había ido a la cama; la cocina estaba tan reluciente como siempre que él era el encargado. Charlie picoteó de las sobras de comida y subió para darse una ducha. El agua caliente cayó sobre su cuerpo, reviviéndola, pero estaba agotada y se fue a dormir.

Steve no se movió cuando ella entró, así que Charlie se metió en la cama con cuidado. No estaban durmiendo por separado, lo que ya era un pequeño triunfo, pero la comunicación entre ellos era casi inexistente. Desde que había decidido aceptar la petición de Helen y volver al trabajo, Steve no se había molestado en ocultar su enfado y su decepción. Era muy triste que cuando Charlie por fin se estaba encontrando a gusto en su profesión, su vida doméstica estuviera a punto de derrumbarse. ¿Por qué no podía ir todo bien, por una vez? ¿Qué tenía que hacer para poder ser feliz?

Se quedó despierta, mirando al techo. Steve se dio la vuelta, como hacía tantas veces a lo largo de la noche, y Charlie le miró. Se sorprendió —y se puso nerviosa— al ver que él le devolvía la mirada.

—Perdona, cariño, no quería despertarte —le dijo en voz baja.

—No estaba dormido.

—Ah. —Charlie no podía descifrar su rostro en esa penumbra. No parecía enfadado, pero tampoco estaba precisamente conciliador.

—He estado pensando.

—¿En qué?

—En nosotros.

Charlie no dijo nada, no estaba segura de adónde se dirigía la conversación.

—Quiero que seamos felices, Charlie.

Los ojos de Charlie se llenaron de lágrimas. Eran lágrimas de alegría y de alivio.

—Yo también.

—Quiero que nos olvidemos de todo lo que ha ocurrido y que seamos igual que antes. Que llevemos la vida que siempre hemos querido llevar.

—Yo también —repitió Charlie, esforzándose por pronunciar las palabras en voz alta sin ahogarse. Se abrazó a Steve y él le devolvió el abrazo.

—Y quiero que tengamos un hijo.

Los sollozos de Charlie disminuyeron ligeramente, pero se quedó en silencio.

—Siempre hemos querido tener niños. No podemos dejarnos guiar por las cosas malas que nos han sucedido, tenemos una vida que vivir. Quiero tener un hijo contigo, Charlie. Quiero que volvamos a intentarlo.

Charlie posó su cabeza en el pecho de Steve. Lo cierto era que ella también quería un bebé desesperadamente, deseaba que fueran una familia normal. Pero también se daba cuenta de que ese sueño no era compatible con su trabajo y que Steve le había arrojado un guante en señal de reto.

Nunca lo expresaría con esas palabras, pero Steve le acababa de decir a Charlie que había llegado la hora de escoger.

Los ojos. Todo estaba en los ojos. En un rostro alargado y enmarcados por un flequillo negro y espeso, exigían tu atención y te atravesaban con una mirada intensa. Había otros rasgos que también llamaban la atención —los labios gruesos, la nariz recta, la barbilla ligeramente picuda—, pero eran esos ojos grandes y preciosos y la fuerza de su mirada lo que te cautivaba.

—¿Cómo de parecido es el retrato? —preguntó Ceri Harwood, alzando la vista del dibujo que había estado estudiando.

—Bastante —contestó Helen—. Melissa estuvo toda la noche con nuestra mejor retratista. Solo dejé que se marchara una vez que estuvimos seguros al cien por cien de que lo habíamos conseguido.

—¿Y qué sabemos acerca de Lyra Campbell?

—No mucho, pero estamos trabajando en ello. Tenemos a una patrulla buscando a Anton Gardiner y ahora por la mañana vamos a recorrer el área por el que suele estar y a hablar con las chicas que trabajan para él, a ver si alguien nos puede contar algo más acerca de ella.

—¿Cuál es la teoría que estás barajando?

—La verdad es que tampoco es nada fuera de lo común. Cae en la prostitución y después toma otra mala decisión al permitir que Anton sea su chulo. Él la maltrata. Esto, en combinación con el trabajo que realiza, le pasa factura psicológicamente. Las drogas, el alcohol, el estrés, las violaciones, las enfermedades de transmisión sexual, todo se va amontonando y entonces llega un día en el que Anton se pasa de la raya. Hace algo que provoca que se desencadene. Ella le ataca, probablemente le mata. De alguna manera, ella le hace pagar todos esos años de frustraciones y ahí es donde empieza. Gracias al departamento forense sabemos que habla con sus víctimas o les grita. A lo mejor les insulta, se quiere vengar...

—¿Se han abierto las compuertas y ya no puede parar? —interrumpió Harwood.

—Algo así.

—Pareces tenerle... ¿compasión?

—Y se la tengo. No estaría haciendo todo esto si no hubiera estado en el infierno y hubiera vuelto, pero mi compasión realmente se centra en Eileen Matthews, Jessica Reid y las demás. Lyra es una asesina cruel y no va a parar hasta que no la detengamos.

—Lo mismo creo yo. Por eso voy a sugerirte que sea yo la que dé la rueda de prensa esta tarde, mientras tú diriges el equipo ahí afuera. El tiempo es oro y quiero que tanto la prensa como el público sepan que nuestros mejores agentes están en el

caso.

Hubo una breve pausa, cargada de significado, antes de que Helen respondiera:

—La costumbre es que el detective que está investigando el caso sea quien responda a las preguntas de los periodistas, y probablemente lo mejor sea que lo haga yo. Conozco bien a todos los reporteros de por aquí...

—Creo que podré arreglármelas. Tengo más experiencia en este tipo de cosas y necesitamos que todo vaya sobre ruedas. Le pediré al sargento Brooks que me acompañe por si necesita dar alguna respuesta en concreto. De verdad pienso que estarás mejor aprovechada en el terreno.

Helen asintió pero sabía que había perdido la discusión.

—Como vea.

—Bien. Manténme al corriente de cualquier descubrimiento.

—Por supuesto.

Helen se dio la vuelta y se fue. Le hervía la sangre de ira mientras caminaba por el pasillo, de vuelta a la oficina. Ahora que por fin estaban haciendo progresos, la borraban de la foto. Ya lo había visto antes —oficiales superiores que ascendían a costa de apropiarse del trabajo de otros— y siempre le había causado repugnancia. Tuvo que guardarse su enfado, a pesar de todo. Tenía que atrapar a una asesina. Pero por mucho que intentara apartarla, su indignación seguía llameando.

Helen había esperado ser capaz de trabajar con Harwood. Que sería un agradable cambio con respecto a Whittaker. Pero la verdad era que a Helen le caía fatal Harwood.

Y las dos lo sabían.

Gracias por quedarte conmigo, Tony. Me habría vuelto loca si me hubiese tenido que quedar sola.

Ya eran casi las diez de la mañana, pero ni Tony ni Melissa habían dormido. Una vez que hubieron terminado con el retrato robot, les habían llevado en un coche sin identificativos policiales a un piso seguro en el centro de Southampton. Un policía de civil vigilaba la casa desde un coche aparcado enfrente. Ella había insistido en que Tony se quedara y a él no le había importado. Ahora que por fin estaban haciendo progresos en la investigación, no se iba a arriesgar.

A pesar del cansancio, los dos estaban demasiado alterados como para dormir. Tony sabía dónde se guardaba la botella de whisky para «emergencias», así que la había sacado y los dos se habían tomado una copa para relajarse después del día que habían tenido. Poco a poco el efecto relajante se había ido notando, reduciendo su adrenalina y su ansiedad.

Melissa odiaba el silencio —odiaba quedarse a solas con sus propios pensamientos—, así que habían hablado y seguido hablando. Le había hecho preguntas acerca del caso, acerca de Angel, y él se las había respondido lo mejor que había podido, y a cambio le había preguntado por ella. Le contó que se había escapado de una madre alcohólica en Manchester, pero que había dejado atrás a su hermano pequeño. Se preguntaba a menudo qué habría sido de él y se sentía culpable por haberle abandonado. Se había metido en multitud de problemas mientras bajaba a la costa sur, pero había sobrevivido a pesar de todo. El alcohol y las drogas no la habían matado, ni tampoco su trabajo.

La oscuridad de la noche les había protegido, haciendo que Melissa se sintiera anónima y a salvo. Pero cuando amaneció y el sol marcó el comienzo de otro día, su ansiedad comenzó a dispararse. Caminaba sin descanso por toda la casa, asomándose por detrás de las cortinas, como si esperara encontrarse con algún problema.

—¿No debería haber alguien en la parte de atrás? —preguntó.

—Todo va bien, Melissa. Estás a salvo.

—Si Anton descubre lo que he hecho..., o Lyra...

—Solo se enterarán cuando estén en prisión y cumplan su condena. Nadie sabe que estás aquí, nadie puede tocarte.

Melissa se encogió de hombros, como si solo le creyera a medias.

—En lo único en lo que tienes que pensar es en qué vas a hacer después. Una vez que se acabe todo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno..., que no tienes que volver a la calle. Hay programas que te pueden ayudar. Para adicciones, terapia, formación...

—¿Me estas intentando salvar, Tony? —le contestó burlona.

Tony sintió que se ruborizaba.

—No..., bueno, un poco. Sé que te han pasado muchas cosas, pero este podría ser el empujón que necesitabas. Has hecho algo muy valiente, algo bueno, no deberías dejar pasar esta oportunidad.

—Se parece a lo que me solía decir mi padre.

—Bueno, pues tenía razón. Te mereces algo mejor.

—No sabes nada, ¿verdad, Tony? —le preguntó, aunque su tono no carecía de amabilidad—. ¿Alguna vez has trabajado en el departamento de antivicio?

Tony negó con la cabeza.

—Ya suponía —continuó Melissa—. Si lo hubieras hecho, ni te molestarías.

—Espero que sí.

—Pues serías uno entre un millón —dijo Melissa, riéndose amargamente—. ¿Sabes lo que hacen las chicas como yo? ¿Por lo que hemos tenido que pasar para acabar así?

—No, pero me lo puedo im...

—Hemos mentido y engañado y robado. Nos han dado palizas, nos han escupido, nos han violado. Nos han puesto cuchillos en la garganta, nos han asfixiado hasta casi matarnos. Nos hemos metido heroína, crack, anfetaminas, somníferos, alcohol. Hemos ido con la misma ropa durante una semana, hemos vomitado mientras dormíamos. Y después nos hemos levantado y lo hemos hecho todo otra vez.

Dejó que las palabras se quedaran flotando en el aire, y después siguió:

—Así que te agradezco que lo intentes, pero es demasiado tarde.

Tony miró a Melissa. Sabía que le estaba diciendo la verdad, pero le parecía una tremenda pérdida. Todavía era joven y atractiva; estaba claro que era lista y tenía un buen corazón. ¿Era justo dejar que se condenara a esa vida?

—Nunca es demasiado tarde. Aprovecha esta oportunidad. Te puedo ayudar...

—Por el amor de Dios, Tony. ¿Has escuchado una sola palabra de lo que te he dicho? —saltó ella—. Estoy rota. No puedo volver atrás. Anton se encargó de eso.

—Anton no está aquí.

—Pero está aquí —dijo, golpeándose la cabeza con la mano—. ¿Sabes lo que me hizo? ¿Lo que les hacía a todas?

Tony negó con la cabeza, queriendo que se lo contara y al mismo tiempo que no lo hiciera.

—Normalmente usaba su mechero, o un cigarro. Nos quemaba en los brazos, en la nuca, en las plantas de los pies. En un sitio que doliera mucho pero que no asustara a los clientes. Eso era por las pequeñeces. Pero si habíamos hecho algo realmente malo, nos llevaba de viaje.

Tony se quedó en silencio, observando fijamente a Melissa. Era como si ya no

estuviera hablando con él, como si estuviera reviviendo sus recuerdos.

—Te llevaba al antiguo cine de la calle Upton. Es propiedad de uno de sus amigos, un agujero lleno de ratas. Durante todo el camino le rogábamos que nos perdonara, que nos dejara marchar, pero eso solo le ponía más furioso. Cuando llegábamos allí, él...

Dudó antes de continuar.

—... tenía una cadena de bicicleta, gruesa y larga con un candado al final, y te pegaba con ella. Una vez y otra, hasta que no te podías levantar ni escaparte, aunque quisieras. Te gritaba y te chillaba mientras te estaba pegando, insultándote de todas las maneras posibles, hasta que se le pasaba el enfado. Y cuando estabas tumbada allí..., como una muñeca de trapo, entre toda la mugre y la sangre y la suciedad, deseando estar muerta..., te meaba encima.

La voz se le quebró.

—Después se marchaba y te dejaba ahí toda la noche. Se rumoreaba que algunas chicas habían muerto de congelación, pero si a ti no te pasaba..., al día siguiente te limpiabas y volvías a trabajar. Y rezabas para que nunca se volviera a enfadar contigo.

Tony la miró. Melissa estaba temblando.

—Ese es el tipo de personas que somos, Tony. Nos lo hizo a todas y ahora es lo único para lo que valemos. Eso es todo lo que soy. Eso es todo lo que puedo llegar a ser. ¿Lo entiendes?

Tony asintió, aunque quería decirle que estaba equivocada, que todavía podía salvarse.

—Lo mejor que puedo llegar a esperar es que no me mate. Que, aunque sea por un tiempo, pueda estar a salvo.

—Estás a salvo. Me aseguraré de ello.

—Mi héroe —le respondió, sonriendo a través de las lágrimas.

Permitió que la abrazara. Se suponía que Tony tenía que seguir con el interrogatorio, pero de repente no le apetecía preguntarle acerca de la oscuridad, la mugre y la violencia. Quería alejarla de todo eso, llevarla a un lugar mejor. Quería salvarla.

Y supo que arriesgaría todo para poder hacerlo.

Lyra Campbell es la principal sospechosa de esta investigación. Es una persona muy peligrosa y les rogamos que, por favor, no se acerquen a ella. Si la ven, tienen alguna información acerca de ella o de dónde podría estar, llamen a la policía inmediatamente.

La superintendente Ceri Harwood era el centro de atención de todos los que estaban allí. Charlie nunca había visto la oficina de prensa tan abarrotada; habían llegado periodistas de más de veinte países, y algunos de ellos seguían la rueda de prensa desde el pasillo. Escribían rápidamente en sus libretas mientras Harwood les ponía al día, pero sus ojos no se apartaban del retrato robot que ocupaba la pantalla del fondo. Al hacerlo más grande, esa cara, esos ojos todavía eran más atractivos e hipnóticos. ¿Quién era esa mujer? ¿Qué poder tenía sobre la gente?

Charlie se encargó de todas las preguntas sobre el operativo de la investigación. No habían podido evitar que Emilia Garanita preguntara por qué la agente Grace no estaba en la rueda de prensa —parecía decepcionada porque su enemiga no estuviera allí— y Charlie se alegró de poder responderle enumerando las múltiples virtudes de su jefa directa. En ese momento Harwood la interrumpió, dirigiendo el turno de preguntas y respuestas en otra dirección, y veinte minutos después ya habían acabado.

Cuando el último periodista se hubo ido, Harwood se dirigió a Charlie.

—¿Qué tal lo hemos hecho?

—Bien. En un par de horas el mensaje estará ahí fuera y..., bueno, uno no se puede esconder indefinidamente. Por lo general, una vez que hay retrato robot les atrapamos en las siguientes cuarenta y ocho horas. Y también a algún desafortunado que se les parezca.

Harwood sonrió.

—Bien. Tengo que acordarme de llamar a Tony Bridges. Gracias a él estamos donde estamos.

Charlie asintió, reprimiendo el instinto de recordarle a la superintendente que la idea de poner a alguien de incógnito había sido de Helen.

—¿Cómo crees que ha ido la investigación hasta ahora, Charlie? Has estado fuera un tiempo, y probablemente lo veas todo con otros ojos...

—Ha ido tan bien como podía ir, dadas las circunstancias.

—¿Han aportado lo mismo todos los departamentos? ¿Hemos averiguado algo gracias al equipo de vigilancia?

—No, todavía no, pero...

—¿Crees que deberíamos continuar con ello? Es extremadamente caro, y ahora que tenemos una pista tan buena...

—Eso depende de la inspectora Grace. Y de usted, por supuesto.

Era una respuesta cobarde, pero Charlie se sentía muy incómoda discutiendo acerca de la investigación a espaldas de Helen. Harwood asintió, como si Charlie hubiera dicho algo muy profundo, y se apoyó en el borde de una mesa.

—¿Y qué tal te estás llevando con Helen?

—Ahora bien. Estuvimos hablando, y las cosas están... bien.

—Me alegro, porque, y esto que quede entre tú y yo, estaba un poco preocupada. Helen tenía una opinión muy rotunda en lo referente a tu regreso a la comisaría. Una opinión que yo creía que era injusta. Me alegro de que hayas demostrado que Helen estaba equivocada y que el antiguo equipo esté reunido de nuevo.

Charlie asintió, sin saber cuál era la respuesta apropiada.

—Y he oído que te han ascendido temporalmente a sargento, mientras Tony no esté aquí. ¿Qué tal lo llevas?

—Pues estoy disfrutándolo, claro.

—¿Te gustaría que fuese un ascenso permanente?

La pregunta pilló a Charlie de sorpresa. Inmediatamente recordó su conversación con Steve. Lo cierto era que le había seguido dando vueltas toda la mañana.

—Poco a poco. Estoy casada y a lo mejor algún día...

—¿Niños?

Charlie asintió.

—No tienes por qué elegir, ¿sabes, Charlie? Puedes tener ambas cosas, te lo digo yo. Solo tienes que dejar las cosas claras, y, bueno..., para una policía tan brillante como tú, no hay límites.

—Gracias, superintendente.

—Puedes venir a hablar conmigo cuando quieras. Me caes bien, Charlie, y quiero que escojas la mejor opción. Preveo grandes cosas para ti.

Poco después, Harwood se fue. Había quedado para comer con el comisario principal y no era su estilo llegar tarde. Charlie contempló desconcertada cómo se marchaba. ¿A qué estaba jugando Harwood? ¿Cuál era su papel?

¿Y qué iba a significar para Helen?

El equipo se desplegó por Southampton, buscando a Lyra. Por el norte, el sur, el este y el oeste, mirando hasta debajo de las piedras. Habían solicitado refuerzos y se les habían unido las patrullas ciudadanas y, capitaneados por el departamento de investigaciones criminales, se encargaban de visitar los burdeles, los refugios para mujeres, clínicas de salud, oficinas de la Seguridad Social, las emergencias de los hospitales, con el retrato robot en la mano y solicitando información. Si Lyra se escondía en Southampton, no había duda de que iban a encontrarla.

Helen dirigió la búsqueda por la zona norte de la ciudad, puesto que creía que la asesina se movía por los barrios que le resultaban conocidos. Tenía el volumen de su radio policial al máximo, esperando que en cualquier momento cobrara vida y le avisara de que la habían encontrado. No le importaba quién atrapara a Lyra, no le importaba quién la detuviera, solo quería que esto se acabase.

Pero ella estaba demostrando ser muy escurridiza. Algunos decían haber visto a Lyra, otros pensaban que tal vez la habían conocido bajo otro nombre, pero nadie había confirmado que hubiera hablado con ella. ¿Quién era esta mujer que podía existir en una burbuja, carente de cualquier contacto humano? Llevaban muchas horas, habían hablado con multitud de gente, y seguían sin tener nada en firme. Lyra era un fantasma que se negaba a que la encontraran.

Justo después de comer, Helen consiguió el logro que tanto había anhelado. Mientras las horas seguían pasando, mientras cada chica con la que había hablado había negado conocer la existencia de Lyra, había empezado a preguntarse si Melissa se lo había inventado todo para conseguir atención y algo de dinero, pero, de repente y sin esperarlo, lograron que alguien la identificara.

Helen se adentró en la corrala cubierta de basura que había en la calle Spire, deprimida por lo que veía. Prostitutas y yonquis vivían amontonados en los pisos abandonados y semiderruidos que se iban a demoler al año siguiente. Muchas de las okupas tenían hijos, que se enredaron en las piernas de Helen mientras ella examinaba el edificio, escapándose de la policía como si fuera un juego, escondiéndose de ella en los peligrosos rincones de la corrala, gritando todo el rato. Se recordó a sí misma que tenía que llamar a los servicios sociales en cuanto tuviera un momento libre. No era normal que hubiera niños que tuvieran que vivir así en el siglo XXI, pensó.

Un grupo de mujeres estaban sentadas alrededor de una estufa eléctrica, algunas dando el pecho, otras recuperándose del trabajo de la noche anterior, todas cotilleando. Al principio se mostraron hostiles, después taciturnas. Helen tuvo la

impresión de que le estaban ocultando algo, pero siguió insistiendo. Puede que esas chicas estuvieran muy perdidas, pero casi todas conservaban algún vínculo con su familia y no eran inmunes al chantaje emocional. Fue la carta que jugó Helen, describiéndoles a las desconsoladas familias enterrando a sus mutilados padres, esposos, hijos. Las mujeres seguían sin decirle nada; si era por miedo a Anton o por desconfianza hacia la policía, Helen no podía saberlo. Pero al final la más callada del grupo le contó algo. Era muy poca cosa —una yonqui con la cabeza rapada y un bebé lloroso en los brazos—, pero le dijo a Helen que había conocido a Lyra brevemente. Las dos habían trabajado para Anton, antes de que Lyra desapareciera.

—¿Dónde vive? —preguntó Helen.

—No lo sé.

—¿Cómo es que no lo sabes?

—Nunca me lo dijo —protestó la chica.

—Y entonces, ¿dónde la veías?

—Trabajábamos en los mismos sitios. Empress Road, Portswood, St. Mary's. Pero su lugar favorito era el cine abandonado de la calle Upton. Normalmente te la podías encontrar por allí.

Helen siguió interrogándola unos minutos más, pero ya tenía lo que necesitaba. Todos los sitios que la chica había mencionado estaban al norte de la ciudad, lo que encajaba con su teoría. Pero fue la referencia al viejo cine lo que hizo que el corazón de Helen empezara a latir más rápido. Tony la había puesto al día de su última conversación con Melissa, quien también señalaba el cine como uno de los lugares frecuentados por Anton. Era una coincidencia que no podía ignorar. ¿Había sido allí donde Anton y Lyra se habían peleado? ¿Le habría matado en ese sitio? ¿Seguiría vagando por ese local frío y desolado?

Helen llamó por radio inmediatamente, ordenando a un agente de paisano que vigilara el cine abandonado de manera discreta, para que un equipo especializado pudiera entrar y examinarlo. Además pondrían vigilancia en la calle. Helen ya esperaba impaciente los resultados. Su instinto le decía que el antiguo cine iba a resultar crucial para resolver el caso. A lo mejor estaban acercándose por fin a Lyra. Quizás el fantasma estaba a punto de hacerse carne.

El coche se deslizaba en silencio por la calle, acechándola. Charlie había estado tan enfrascada en sus propios pensamientos que al principio no se había dado cuenta. Sin embargo, estaba claro que la estaban siguiendo. El coche se mantenía a cierta distancia, pero no aminoraba el ritmo. ¿Querían averiguar a dónde iba o estaban esperando el momento adecuado para asaltarla?

De repente el coche aceleró y la sobrepasó, justo antes de subirse a la acera y frenar bruscamente. Se abrió la puerta. La mano de Charlie fue directa a por su porra.

—¿Me has echado de menos?

Sandra McEwan, es decir, lady Macbeth. Un molesto recuerdo de los errores cometidos.

—Me lo tomaré como un «sí». A veces es tan difícil expresar lo que sientes con palabras..., ¿verdad? Ah, perdona por la escena —continuó McEwan, señalando al coche aparcado en la acera—. Algunas veces los chicos se me desmadran.

—Sácalo de ahí y continúa tu camino.

—Como quieras —contestó McEwan, haciendo una señal a su amante para que apartara el coche—. Aunque esperaba que te vinieras con nosotros.

—Los tríos no son lo mío, Sandra. Tendremos que dejarlo para otro día.

—Muy graciosa, agente. ¿O ya te han ascendido?

Charlie se quedó callada, se negaba a darle esa satisfacción.

—En cualquier caso, pensé que estarías interesada en conocer al indeseable que mató a Alexia Louszko.

Mientras hablaba, abrió la puerta trasera del coche e hizo un gesto hacia el vacío interior.

—Te puedo llevar hasta allí, si no tienes nada que hacer.

Charlie se mostró de acuerdo y en poco tiempo estaban saliendo de la ciudad. Charlie no temía por su seguridad —Sandra McEwan era demasiado lista como para atacar a un policía, y no la iba a secuestrar en una calle llena de testigos—, pero, a pesar de todo, se preguntó a qué estaría jugando. Intentó hacer unas preguntas por el camino, pero siempre se encontraba con el mismo silencio pétreo. Estaba visto que ese día tendrían que seguir las reglas de Sandra.

El coche traqueteó un trecho antes de detenerse en un descampado solitario que daba al estuario de Southampton. Lo había comprado una empresa extranjera, pero habían tenido problemas de planificación y, dos años después, el terreno permanecía

igual. Se había convertido en un paraíso para el vertido ilegal de basuras y ahora estaba decorado generosamente con escombros, coches quemados y barriles de productos químicos.

Sandra abrió la puerta e hizo un gesto a Charlie para que saliera. Molesta, Charlie la obedeció.

—Bueno, ¿dónde está?

—Ahí.

Sandra señaló un Vauxhall carbonizado a menos de cincuenta metros.

—¿Lo vemos?

Charlie se apresuró a acercarse al vehículo. Ya sabía lo que se iba a encontrar y prefería acabar cuanto antes. Por supuesto, en el maletero del coche yacía el cuerpo torturado de un hombre joven, uno de los matones de los Campbell, claro.

—Terrible, ¿verdad? —dijo Sandra, sin una pizca de pena—. Unos chicos se lo encontraron así y fueron a contármelo. Lo primero que pensé fue en llamar a la policía.

—Estoy segura.

El hombre estaba en la misma posición que Alexia cuando la habían encontrado. Tenía la cara destrozada y le habían cortado las manos, igual que a ella. Esto era un asesinato de ojo por ojo, un mensaje hacia los Campbell de que sus ataques serían respondidos. La ley del talión.

—Vuestro equipo forense encontrará un martillo en el bolsillo interior del abrigo. Lo que se rumorea por las calles es que ese es el martillo que se utilizó para matar a Alexia. Estoy segura de que lo podrán confirmar. Qué pena ver a alguien acabar así, pero a lo mejor se trata de justicia cósmica, ¿no?

Charlie resopló y meneó la cabeza, incrédula. No tenía ninguna duda de que Sandra McEwan había estado presente mientras torturaban y asesinaban a ese hombre, y de que había dirigido la operación con alegría y malevolencia.

—Yo diría que es un caso cerrado, ¿no?

Sonriendo, se dirigió de vuelta a su coche, dejando a Charlie un cadáver sin rostro como toda compañía y un regusto amargo en la boca.

Helen estaba volviendo a la comisaría de Southampton cuando recibió la llamada. Sintió que su teléfono vibraba y se metió por un carril bus para poder aparcar y coger el móvil. Esperaba que fuera Charlie con algún descubrimiento reciente. Por un momento pensó que a lo mejor alguien había visto a Lyra. Pero era Robert.

La propia Harwood era quien había solicitado su presencia en la central, pero no lo dudó ni por un segundo. Se dio la vuelta y se dirigió a Aldershot. Harwood podía esperar. En menos de una hora, estaba atravesando la puerta de la comisaría de la avenida Wellington. Ya conocía a varios de los policías de por allí de encontrárselos en conferencias y fue una de ellas —la inspectora Amanda Hopkins— la que la recibió.

—Está en la primera sala de interrogatorios. Le hemos ofrecido llamar a su madre, pero..., bueno, no quiere hablar con nadie que no sea contigo.

Se lo dijo de manera amable, pero estaba intentando sonsacarle información.

—Soy amiga de la familia.

—¿De los Stonehill?

—Sí —mintió Helen—. ¿En qué estado se encuentra?

—Conmocionado. Unas cuantas heridas, pero básicamente bien. Los otros dos están en las celdas. Ya los hemos interrogado, aunque se echan la culpa los unos a los otros, así que...

—Veré lo que puedo averiguar. Gracias, Amanda.

Robert estaba desplomado en una silla de plástico. No parecía encontrarse bien —como si se hubiera derrumbado— y tenía varias heridas en la cara. Llevaba el brazo derecho en cabestrillo. Se incorporó al ver a Helen, y se sentó recto.

—Te he traído esto —dijo Helen, dejando una lata de refresco en la mesa—. ¿Te la abro?

Robert asintió, así que Helen lo hizo. Él la cogió con su mano buena y se la bebió de un trago. Le temblaba el brazo.

—¿Me vas a contar lo que ha sucedido?

Hizo un gesto para decir que sí, pero seguía callado.

—Puedo intentar ayudarte —continuó Helen—, pero necesito saber...

—Me atacaron.

—¿Quién?

—Davey. Y Mark.

—¿Por qué?

—Porque ya no iba con ellos.

—¿Les dijiste que no te interesaba?

—Me dijeron que era un cobarde. Pensaron que les iba a delatar.

—¿Y lo ibas a hacer?

—No. Solo quería apartarme.

—¿Y qué sucedió?

—Les dije que se fueran sin mí. Que quería estar solo. No les gustó. Se fueron, pero después volvieron. Me amenazaron. Me dijeron que me iban a rajar.

—¿Y qué hiciste?

—Me defendí. No iba a dejar que me dieran una paliza.

—¿Con qué te defendiste?

Hubo una larga pausa, y después:

—Cuchillo.

—¿Perdón?

—Con un cuchillo. Siempre llevo un...

—Por el amor de Dios, Robert. Así es como consigues que te maten.

—Pues esta noche me ha salvado la vida —le espetó, sin mostrar arrepentimiento.

—Quizás.

Volvió a caer en el silencio.

—Bueno, a ver si lo he entendido bien. Ellos te atacaron primero.

—Claro.

—¿Y tú te defendiste?

Volvió a asentir.

—¿Les hiciste daño?

—A Davey, un poco en el brazo. Nada grave.

—Vale. Bueno, probablemente podamos colar esa, pero tienes que confesar lo del cuchillo. No se puede hacer nada con eso. Creo que te puedo sacar de aquí y llevarte a casa, si prometo hacerme cargo.

Robert alzó la mirada, sorprendido.

—Pero voy a necesitar que me asegures que no volverás a llevar un cuchillo encima. Si te pillan una segunda vez, ni siquiera yo te podré ayudar.

—Claro.

—¿Hacemos un trato?

Él asintió.

—Bueno, pues deja que hable con la policía. Davey se quedará un rato más en la celda, a ver si se pone nervioso, ¿vale? —le dijo Helen con una sonrisa. Para su sorpresa, Robert se la devolvió; era la primera vez que le veía sonreír.

Ya estaba en la puerta cuando él empezó a hablar.

—¿Por qué estás haciendo esto?

Helen se detuvo. Pensó en la respuesta que le iba a dar.

—Porque quiero ayudarte.

—¿Por qué?

—Porque te mereces algo mejor.

—¿Por qué? Tú eres una poli. Yo soy un ladrón. Deberías encerrarme.

Helen dudó. Tenía la mano en el pomo de la puerta. ¿Sería más seguro irse sin más? ¿No decir nada?

—¿Eres mi madre?

Esa pregunta la golpeó con la fuerza de un martillo. No se lo esperaba, fue doloroso y la dejó sin habla.

—Mi madre de verdad, quiero decir.

Helen aspiró hondo.

—No, no lo soy. Pero la conocí.

Robert tenía los ojos clavados en ella.

—Nunca he conocido a nadie que supiera quién era mi madre.

Helen se alegró de no estarle mirando. De repente los ojos se le habían llenado de lágrimas. ¿Cuánto tiempo a lo largo de su vida se habría pasado el chico preguntándose quién era su madre?

—¿Cómo la conociste? ¿Eras su amiga o...?

Helen vaciló. Después:

—Su hermana.

Robert se quedó callado, pasmado ante la confesión de Helen.

—¿Eres..., eres mi tía?

—Sí, lo soy.

Otro silencio mientras Robert lo asimilaba.

—¿Por qué no me has venido a ver antes?

La pregunta cortaba como un cuchillo.

—No podía. Y no habría sido bienvenida. Tus padres te han proporcionado una buena vida; no les habría gustado que yo entrara en ella, diciendo que venía del pasado.

—No sé nada de mi madre. Solo que murió cuando yo era un bebé, pero...

Se encogió de hombros. No solo no conocía nada acerca de Marianne, sino que lo poco que le habían dicho era una mentira. Quizás lo mejor era seguir así.

—Bueno, a lo mejor, si nos volvemos a ver, te puedo contar más cosas acerca de ella. Me gustaría. Su vida no fue siempre feliz, pero tú fuiste lo mejor que le pasó.

De repente el chico estaba llorando. Todos esos años de preguntas, de sentirse incompleto, se le estaban amontonando. Helen también luchaba por contener las lágrimas, pero afortunadamente Robert estaba mirando al suelo, así que su congoja pasó desapercibida.

—Me encantaría —dijo a través de los sollozos.

—Bueno —contestó Helen, recuperando la compostura—. Esto se queda entre nosotros por ahora. Hasta que nos conozcamos un poco mejor, ¿vale?

Robert asintió, frotándose los ojos con las manos.

—Esto no es el final, Robert. Es el principio.

Treinta minutos más tarde, Robert estaba yéndose en un taxi hacia su casa. Helen observó alejarse al coche y después se montó en su moto. A pesar de los muchos problemas que le esperaban, a pesar de la oscuridad que la rodeaba, Helen se sintió eufórica. Por fin estaba empezando a pagar su deuda.

Después de la muerte de Marianne, Helen había escudriñado cada detalle de su vida. Otras personas se habrían distanciado de todo lo que tenía que ver con ella, pero Helen había querido meterse en la mente de Marianne, leer su corazón y su alma. Quería rellenar los huecos, saber exactamente qué era lo que le había sucedido a su hermana en la cárcel y en todos esos años. Decidir si la acusación de Marianne de que ella era la culpable de todas aquellas muertes tenía algo de validez.

Así que había rebuscado en cada documento que se había escrito por o para su hermana, y en la página tres del expediente de custodia de Marianne se había encontrado con el impactante descubrimiento que iba a cambiar su vida, una señal de que su hermana todavía podía hacerle daño, incluso desde la tumba. Helen solo tenía trece años cuando arrestaron a Marianne, y después del asesinato de sus padres se la habían llevado directamente a una casa de acogida. No había asistido en persona al juicio de su hermana —habían grabado sus declaraciones— y solo le dijeron el veredicto final, nada más. No había visto la barriga abultada de su hermana y los servicios sociales de Hampshire se habían mantenido callados, así que solo cuando examinó el informe médico supo que su hermana había estado embarazada en el momento del arresto. De cinco meses. Más tarde, los análisis de ADN dejarían claro que el padre de Marianne —el hombre al que había asesinado a sangre fría— era también el padre del bebé.

Se habían llevado al niño de brazos de Marianne minutos después del parto. Incluso ahora, después de todo lo que había pasado, esa imagen hacía que los ojos de Helen se llenaran de lágrimas. Su hermana esposada a una cama de hospital, el bebé fuera de su alcance después de dieciocho horas de parto. ¿Se resistió? ¿Tuvo fuerzas para luchar? Helen tenía muy claro que sí. A pesar de las circunstancias de su concepción, Marianne se habría preocupado por su hijo. Le habría querido ferozmente, alimentándose de su inocencia, pero, por supuesto, jamás le dieron la oportunidad. Era una asesina y no merecía compasión por parte de quien la tenía cautiva. No había sitio para la humanidad en todo ese proceso, solo el juicio y el castigo.

El bebé había desaparecido en el sistema de servicios sociales y más tarde había sido dado en adopción, pero Helen había buscado al niño sin descanso, enfrentándose a la burocracia y a la múltiple documentación, hasta que lo hubo encontrado. Había sido adoptado por una pareja judía sin hijos en Aldershot —le habían puesto el

nombre de Robert Stonehill— y le iba bien. Era un poco rebelde, contestatario y fastidioso —lo único que demostraba que hubiera ido al colegio eran unas bajas calificaciones—, pero estaba bien. Tenía un trabajo, una casa en la que vivir y dos padres que le querían. A pesar de las circunstancias de su nacimiento, había crecido siendo querido.

Robert había conseguido escapar de su herencia. Y Helen sabía que, por eso mismo, debería haberle dejado a solas. Pero su curiosidad no se lo permitía. Había sido la única en ir al funeral de Marianne, su asesina y la única persona que le guardaba luto, solo para descubrir que no era lo único que había dejado en este mundo. Alguien más había sobrevivido al naufragio. Así que en nombre de Marianne, y en el suyo propio, iba a vigilar a Robert. Si le podía ayudar de alguna manera, lo haría.

Helen puso en marcha su moto, aceleró y bajó la calle. Estaba tan inmersa en sus pensamientos, tan llena de alivio, que por una vez se olvidó de mirar los retrovisores. Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que el mismo coche que la había escoltado desde Southampton, ahora la estaba siguiendo de vuelta.

Desde que había vuelto su papá, la vida de Alfie Booker era mucho mejor. Mientras él estaba en el ejército, habían estado viviendo en un piso. Pero cuando regresó, se habían mudado a una casa cerca de las canchas de deporte del colegio, que venía incluida en el contrato de conserje. Su papá cortaba el césped y recogía las hojas caídas. Repasaba las líneas de los campos de fútbol. Era un buen trabajo, o eso creía Alfie, y le gustaba acompañarle mientras lo hacía.

Su papá discutía mucho con su mamá y era más feliz cuando estaba trabajando, así que era el mejor momento para que Alfie estuviera con él. No hablaba mucho, pero parecía feliz de tener a su hijo a su lado. Hacían una pareja un poco extraña, pero Alfie no lo habría cambiado por nada en el mundo.

Su papá no había vuelto a casa la noche anterior. Su mamá dijo que sí, pero Alfie sabía que no era cierto. Sus botas de trabajo estaban donde las había dejado ayer por la tarde, y él no estaba en las canchas. Alfie había inspeccionado cada brizna de césped, esperando escuchar el revelador zumbido de la cortadora de césped en la que su papá se solía sentar. No sabía qué era lo que estaba pasando, pero no le gustaba.

Al doblar la esquina, vio una figura alta caminando hacia el pabellón de deportes. Esa tarde se iba a celebrar un campeonato y al principio pensó que debía de tratarse de alguno de los entrenadores, pero no le reconocía. No era tan grande como para ser su papá, así que ¿quién sería? Caminaba muy decididamente, o sea que tendría algo importante que hacer en el pabellón. Alfie empezó a acercarse a la silueta, dejándose llevar por su curiosidad.

Empezó a caminar más lento a medida que se aproximaba. Era una mujer. Y estaba dejando una caja en la entrada del pabellón. ¿Qué habría en la caja? ¿Un trofeo? ¿Un premio?

La llamó mientras corría hacia ella. La mujer se dio la vuelta y Alfie se detuvo en seco. Tenía una cara desagradable, y no estaba sonriendo. Para su sorpresa, la mujer se fue de allí sin decir una palabra.

Alfie la contempló mientras se alejaba, confuso. Después centró su atención en la caja. Tenía una palabra escrita, pero no podía entenderla. Intentó reconocer las letras. «B.A.Z.O.F.I.A». Sin embargo, no le decía nada. ¿Por qué estaba escrita en tinta roja?

Miró a su alrededor, preguntándose qué hacer. No había nadie que le dijera que no la podía abrir.

Volviendo a comprobar que estaba completamente solo, Alfie dio un paso y abrió la caja.

Ya habían pasado varias horas, pero la cabeza de Tony todavía estaba dando vueltas. El corazón le latía hasta salirse del pecho, alimentado por una mezcla de miedo, adrenalina y ansiedad.

Intentó ordenar sus pensamientos, pero estos seguían girando y girando, escapando a su control. No se había sentido así en muchos años, y con todo había una vocecita dentro de él que le gritaba, le insultaba, le avergonzaba. Era lo que se merecía, pero no le importaba. No le importaba nada. ¿Quién era el Tony que tenía esos pensamientos? No le reconocía.

Siempre había sido un policía de manual. Algunos decían que era imperturbable. Otros más caritativos le calificaban de profesional, de ejemplar. Helen desde luego le respetaba. Esa idea hizo que le doliera la cabeza. ¿Qué pensaría de él si le pudiera ver ahora? No era tan raro, pero eso no mejoraba la situación.

A su lado, Melissa se dio la vuelta mientras dormía. Contempló su cuerpo desnudo. Estaba adornado con tatuajes y antiguas cicatrices de quemaduras, pero todavía era atractivo y fibroso. Sus ojos se desviaron a las cortinas de la habitación, comprobando por enésima vez que estuvieran corridas. Fuera, en la calle, uno de sus compañeros estaba vigilando en un coche camuflado. ¿Se habría dado cuenta de algo? ¿De la luz encendiéndose y apagándose en el dormitorio? Supondría que Melissa se habría ido a dormir finalmente. Pero ¿y si había rodeado el perímetro de la casa y se había dado cuenta de que Tony no estaba en la planta de abajo?

Cuando sucedió, no había pensado en los riesgos. La había abrazado con fuerza, disfrutando del calor de otro cuerpo junto al suyo, y después ella había alzado la vista y le había atraído contra sí. Se habían besado. Se habían seguido besando. A pesar del hecho de que era una prostituta y, además, su principal testigo, Tony no había vacilado, ciego de deseo. Minutos después, estaban en la cama —Tony se quedó asombrado ante su propia insensatez— y ni siquiera se había parado para coger aliento.

Otra vez se comportaba como un crío, lleno de ideas locas e imposibles. Quería reírse, gritar y llorar. Pero la vocecita seguía llamándole. Disparaba preguntas con una fuerza atronadora. ¿Adónde se dirigía todo esto? ¿Y en qué acabaría?

Pulsó el timbre con fuerza y no dejó de apretar. Ya había llamado dos veces y había rodeado la casa, pero no le abrían, a pesar de que claramente había alguien en su interior. Las cortinas estaban corridas y podía oír la televisión.

Al final escuchó pasos, acompañados por una letanía de maldiciones. Emilia Garanita sonrió y mantuvo el timbre pulsado. Solo lo soltó cuando se abrió la puerta, restaurando la paz anterior.

—No queremos comprar nada —dijo el hombre, queriendo cerrar la puerta cuanto antes.

—¿Tengo pinta de ir vendiendo por las puertas? —contestó Emilia.

El hombre dudó, sorprendido por la enérgica respuesta y la ausencia de disculpas.

—Te conozco —terminó diciendo—, tú eres esa que...

—Emilia Garanita.

—Eso. ¿Y qué quieres?

Tenía prisa por seguir viendo su programa. Emilia sonrió antes de continuar.

—Quiero un expediente.

—¿Perdón?

—Usted trabaja en el departamento de libertad condicional, ¿no, señor Fielding?

—Sí, pero como ya debe de saber, no le puedo proporcionar información a una periodista. Todo es confidencial.

Pronunció «periodista» con desprecio, como si él estuviera en un nivel superior. A Emilia le encantaban esos momentos.

—¿Incluso si le fuera a salvar la vida?

—¿Perdona?

—La vida profesional, me refiero.

Fielding se había quedado en silencio. ¿Sabría ya lo que iba a decirle?

—Tengo unos cuantos amigos en la policía. Me contaron una historia muy interesante acerca de un tipo al que detuvieron en el parque por cometer actos impúdicos en un Ford Focus.

Dejó que sus ojos se posaran en el Ford Focus que estaba aparcado en la entrada de la casa.

—La historia cuenta que se ligó a una chica en un bar..., pero resulta que ella tenía quince años. ¡Vaya! Al parecer, ese tipo rogó y suplicó, y al final la policía le dejó marchar, siempre y cuando les diera cien libras a cada uno de los agentes. Igualmente, se quedaron con el registro de la matrícula y una descripción del hijo de puta. Tengo la libreta por aquí.

Fingió que buscaba en el bolso. Fielding salió de la casa y entornó la puerta tras él.

—Eso es chantaje —dijo indignado.

—Sí que lo es —contestó Emilia, sonriente—. Y ahora, ¿me vas a dar lo que quiero o empiezo a escribir el artículo?

Era una pregunta retórica. Emilia podía ver claramente en su rostro que iba a hacer todo lo que ella quisiera.

Hola, Alfie, me llamo Helen y soy agente de policía.

El niño alzó la vista del dibujo.

—¿Te parece bien si me siento contigo?

El chico asintió, así que Helen se sentó a su lado en el suelo.

—¿Qué estás dibujando?

—Dinosaurios piratas.

—Qué bien. ¿Es un tiranosaurio?

Alfie asintió, y después dijo, como si nada:

—Es el más grande.

—Ya veo. Da miedo.

Alfie se encogió de hombros, como si no fuese para tanto. Helen se encontró a sí misma sonriendo. El crío de seis años había asimilado bastante bien todas las cosas extrañas que le habían sucedido ese día. Parecía más perplejo que disgustado. Lo que ya era más de lo que se podía decir de su madre. Todavía no le habían contado lo peor —no podían hacerlo hasta que no tuvieran un cadáver—, pero ya estaba hecha polvo. La asesora de familias estaba haciendo lo que podía, pero la madre seguía llorando, y eso estaba empezando a afectar a Alfie. Helen sabía que necesitaba que el niño se centrara.

—¿Te puedo enseñar algo muy especial?

Alfie la miró. Helen puso su insignia en la mesa.

—Esta es mi placa de policía. ¿Sabes lo que hace un policía?

—Coges a los ladrones.

—Muy bien —dijo Helen, reprimiendo una sonrisa—. ¿Y sabes lo que es esto?

Colocó la radio policial en la mesa.

—Qué guay —reaccionó Alfie, y la cogió.

—Dale a ese botón —sugirió Helen. Alfie la obedeció y fue recompensado con una ráfaga de ruido estático. Parecía satisfecho. Mientras jugaba con la radio, Helen continuó—: ¿Te importa que te haga unas preguntas?

El niño asintió sin alzar la mirada.

—Quiero que sepas que no te has metido en un lío. Es tan solo que la mujer de la caja, la mujer que viste, bueno, puede que haya cogido algo que no era suyo. Así que necesito saber quién era. ¿Habló contigo?

Alfie negó con la cabeza.

—¿Dijo algo?

Otra negativa.

—¿Le viste la cara?

Asintió. Helen vaciló y después sacó una copia del retrato robot de su bolso.

—¿Fue esta la mujer que viste?

Le enseñó el dibujo.

Apartó la vista de lo que estaba haciendo, cogió el retrato, se encogió de hombros y volvió a concentrarse en la radio. Helen le puso una mano en el hombro, llamando delicadamente su atención. El crío la miró.

—Es muy importante, Alfie. ¿Puedes mirar otra vez el retrato, por favor? Hazlo por mí.

Alfie la obedeció sin rechistar, como si estuvieran jugando a algo. Esta vez lo miró con más esmero. Hubo una larga pausa hasta que medio asintió.

—Quizás.

—¿Quizás?

—Llevaba una gorra, le tapaba la cara.

—¿Como una gorra de deportes?

Alfie asintió. Helen se puso de cuclillas. Podían hacerle más preguntas —su altura, su complexión—, pero iba a ser difícil que la identificara. Solo tenía seis años, después de todo.

—¿Qué hizo?

—¿Perdón?

—¿Qué se llevó?

Helen miró a la madre de Alfie y bajó la voz.

—Algo muy especial.

Helen miró su cara, tan llena de curiosidad. No tenía el valor de decirle que nunca volvería a ver a su padre.

Helen estaba tan enfrascada hablando con Charlie que no oyó a Harwood acercarse. Una Charlie cada vez más frustrada se había pasado toda la semana intentando encontrar la verdadera identidad de «PussyKing»; era el principal colaborador de InfoZorras y debería haber sido bastante fácil. Pero como nunca utilizaba el ordenador en su casa o en el trabajo, y como creaba falsas direcciones mediante IP encriptadas, «PussyKing» permanecía fuera de su alcance. Helen y Charlie estaban decidiendo qué hacer cuando oyeron:

—¿Podemos hablar un momento, Helen?

Se lo dijo con una sonrisa, pero con frialdad. Era una convocatoria hecha en público, frente a su equipo, a propósito para mandar un mensaje. Lo que Helen todavía no tenía muy claro era cuál era el mensaje en concreto.

—He estado intentando localizarte todo el día —continuó Harwood, una vez que estuvieron en su despacho—. Sé que las cosas están pasando muy rápido, pero no voy a tolerar que se interrumpan las comunicaciones. ¿Está claro?

—Sí. Jefa.

—Esto solo funciona si todos los eslabones de la cadena colaboran, ¿verdad?

Helen asintió, pero en su interior deseaba decirle que se fuera a tomar por culo.

—Bueno, ¿y qué ha pasado hasta ahora? —siguió Harwood.

Helen la puso al día con los progresos realizados en la búsqueda de Lyra Campbell, el trabajo realizado en el viejo cine y el último asesinato.

—No tenemos el cadáver todavía, pero creemos que la víctima es Simon Booker, exsoldado y paracaidista en Afganistán.

—Un héroe de guerra. Joder.

Helen se dio cuenta de que eran los posibles titulares de los periódicos lo que había puesto de mal humor a Harwood, no la muerte del hombre. Concluyó el resumen y se dispuso a irse, pero Harwood la detuvo.

—He estado comiendo con el comisario principal.

Helen se quedó callada. ¿La iba a atacar por otro sitio?

—Está muy preocupado. La investigación se nos está yendo de presupuesto. Solo el coste de los equipos de vigilancia ya es lo bastante grande, y hasta ahora no nos ha proporcionado nada. Después están los equipos de refuerzos, las horas extra y los perros policía, ¿y todo para qué? ¿Qué progresos hemos hecho?

—Está siendo un caso muy difícil. La asesina es lista y...

—Todo lo que hemos conseguido gastándonos ese dinero ha sido un montón de titulares negativos, y por eso el comisario me ha pedido que haga una auditoría interna de la investigación.

Sí que era un ataque. ¿Se lo habría pedido él o habría sido Harwood la que se lo había ofrecido? A Helen le hervía la sangre de rabia, pero no dijo nada.

—Sé que ya tienes experiencia en este campo y que el equipo, la mayoría, te es leal, pero tus métodos son caros y no obtienen resul...

—Con el mayor de los respetos, han muerto cuatro personas...

—Tres.

—Eso es un tecnicismo. Todos sabemos que Booker está muerto.

—Puede que sea un tecnicismo, inspectora, pero dice mucho acerca de ti. Te apresuras a sacar conclusiones. Desde el principio has deseado que esta fuera otra historia en la que Helen Grace vuelve a capturar a una asesina en serie. Es la única narrativa que conoces, ¿no? Bueno, pues creo que es una teoría equivocada, poco profesional y peligrosa. Tenemos presupuestos, protocolos y objetivos que no deberían pasarse por alto.

—¿Y cuál es su objetivo, Ceri? ¿Superintendente general? ¿Comisario? ¿Comisario principal?

—Cuidado con lo que dices, inspectora.

—Ya he conocido antes a gente como usted. Nunca hacen el trabajo duro, pero siempre están ahí para recoger los frutos.

Harwood se arrellanó en la silla. Estaba furiosa, pero se negaba a dejarlo entrever.

—Ve con cuidado, inspectora Grace. Y considera esto como un aviso oficial. Estás a un paso de que te aparte de esta investigación. O la traes, o te vas. ¿Está claro?

Helen se fue poco después. Una cosa estaba meridianamente clara. Mientras Harwood estuviera al mando, a Helen le quedaba poco tiempo en el trabajo.

Ya se estaba haciendo de noche, pero eso le añadiría un toque siniestro. La escasa luz y la imagen granulosa ayudarían a Emilia a recrear la sensación que estaba buscando. En justicia, debería haberle pedido a uno de sus fotógrafos habituales que fuera con ella, pero sabía manejar una cámara réflex igual que cualquier otro, y no iba a dejar que nadie se enterase de la historia antes de que la hubiera completado.

Adrian Fielding le había sido de gran ayuda, una vez que se dio cuenta de que Emilia no tendría escrúpulos en destruirle la vida si no conseguía lo que quería. El expediente de Robert Stonehill parecía aburrido al principio, una lista de los delitos menores cometidos, pero se volvió interesante cuando Emilia descubrió que había sido adoptado. No había pistas de quién había sido su madre biológica en el expediente, pero sí quedaba claro que había nacido en la clínica de la cárcel. Tan pronto como leyó eso, Emilia supo quién era el chico —Helen Grace solo se había preocupado de verdad por una persona en toda su vida—, pero, como era una buena periodista, comprobó la edad de Robert y la fecha de la detención de Marianne. Después de eso, fue un paseo localizar el registro del arresto y resolver el rompecabezas.

Emilia apenas podía contener el temblor de las manos al levantar la cámara. Habían mandado al chico a comprar leche y estaba esperando en la cola. Foto, foto, foto. No eran muy precisas, pero parecían robadas y evocaban peligro. Emilia esperó un poco más, observando al chico pagar. Ahora estaba saliendo de la tienda. Emilia volvió a alzar la cámara. Como si hubiera estado coreografiado, Robert se detuvo en la salida y miró hacia arriba justo cuando empezaba a lloviznar. La luz de una farola cercana se reflejó en su cara, haciendo que pareciera la de un fantasma. Foto, foto, foto. Se puso la capucha de la sudadera y hubo un momento en el que pareció que la miraba directamente a ella. Aunque eso era imposible: estaba escondida en la oscuridad. Foto, foto, foto. El joven nacido de la violencia, caminando por las calles de noche, cubierto con una capucha —el uniforme de todos los gamberros violentos y desilusionados del país—. Perfecto.

Ahora que ya tenía lo que necesitaba, Emilia se iba a poner a trabajar. Lo suyo habría sido que llamara al editor del *Evening News*, pero no lo iba a hacer ni en broma. Tenía un contacto en el *Mail* que había estado guardando para una ocasión como esa. Tenía todo lo que necesitaba. Si se daba prisa, podría aparecer en las primeras páginas de la edición del día siguiente.

Ese era su billete a la prensa nacional. Tenía una ventaja. Tenía una historia redonda. Y tenía su titular.

«Hijo de un monstruo».

Helen todavía le estaba dando vueltas a su pelea con Harwood cuando llegó al cine abandonado de la calle Upton. Aprovechando la oscuridad, se deslizó dentro por la salida de incendios. Se suponía que el edificio estaba en venta, aunque Helen no se podía imaginar quién querría comprarlo. Tan pronto como entró, le asaltó un hedor intenso: años de madera podrida y bichos muertos. Le provocó náuseas y rápidamente se puso una mascarilla. Se recuperó y comenzó a bajar la escalera agarrada a una barandilla oscilante.

El cine Crown había sido muy popular entre las familias en los años setenta. Era un edificio palaciego y tradicional, con sus asientos de gallinero y unos cortinajes de terciopelo que cubrían la pantalla. O, por lo menos, así había sido en sus mejores momentos. Sus propietarios se habían arruinado en la crisis de los ochenta, y los intentos para resucitarlo habían fracasado, debido a los multicines que se abrían en las afueras y a la filmoteca especializada en arte y ensayo que había al lado de la costa. Ahora la sala principal era una parodia de su antiguo esplendor, un estercolero lleno de filas de asientos rotos y de escombros.

Los forenses estaban agrupados en una esquina cerca de la pantalla de proyecciones. El nerviosismo imperante y la actividad significaban que habían descubierto algo. Helen se apresuró a acercarse. La llamada de teléfono que había recibido después de su discusión con Harwood era lo único bueno que le había sucedido en todo el día. Había querido comprobarlo con sus propios ojos antes de alegrarse.

El equipo destinado a la escena del crimen se apartó a medida que Helen se aproximaba. Allí estaba. Medio enterrado entre los cascotes, pero los habían apartado lo suficiente como para que se viera parte de la cabeza y un brazo. Los dedos de la mano apuntaban hacia arriba, como si acusaran a alguien. La piel, aunque cubierta de polvo, era claramente oscura y daba a entender que la víctima era de sangre mestiza. Pero eso no fue lo que llamó la atención de Helen. Lo más importante era que solo tenía cuatro dedos, y que, a juzgar por las cicatrices de la herida, había perdido el otro hacía mucho tiempo.

No sabían muchas cosas acerca de Anton Gardiner —quiénes habían sido sus padres, dónde había pasado sus primeros años—, pero sí tenían claro que hacía diez años le habían cortado el dedo anular como consecuencia de una venganza entre bandas rivales. ¿Era el desencadenante de la matanza de Lyra? ¿Era el causante de todo? Helen sintió un escalofrío al mirar el cadáver, la emoción recorriendo sus venas. ¿Estaba la mano mutilada de Anton señalándoles la dirección correcta?

Era de noche, hacía frío, y ella ya estaba perdiendo la paciencia. Cada vez era más difícil encontrar un lugar tranquilo. La ciudad estaba llena de policías y había tenido que tomar muchas precauciones, deambulando por las calles vestida con unos pantalones de deporte y una sudadera con capucha, como si fuera a correr por ocio. Cuando encontró un callejón vacío cerca de los muelles, se quitó la ropa que le sobraba, dejando al aire la minifalda que llevaba, acompañada de unas medias. La ceñida camiseta exponía su generoso busto, y la chaquetilla de piel remataba todo el conjunto. A pesar de la frustración y el estrés de esa tarde, se sintió satisfecha mientras se desvestía. Todo lo que tenía que hacer ahora era esperar a que los muy asquerosos se le acercaran.

Veinte minutos más tarde, una figura solitaria apareció en el horizonte. Caminaba torpemente, perdiendo el equilibrio, y mascullaba una canción en una lengua extranjera. Un marinero, probablemente polaco, pensó. El corazón de Angel empezó a latir con fuerza. Los marineros eran sucios y brutos, pero siempre llevaban dinero cuando bajaban a tierra y se corrían rápido, al haberse visto privados de sexo durante tanto tiempo.

El hombre se detuvo cuando la vio. Mirando a su alrededor para comprobar que estaban a solas, se acercó a ella. Era sorprendentemente guapo: tendría veinticinco años a lo sumo, con un rostro atractivo y gruesos labios. Borracho, claro, pero no estaba nada mal. Angel se sorprendió de que tuviera que pagar por sexo.

—¿Cuánto? —Tenía un acento muy cerrado.

—¿Qué quieres?

—Completo —contestó.

—Cien libras.

Asintió.

—Vamos.

Y con esas palabras decidió su destino.

Angel caminaba por delante, guiándole entre los contenedores de carga hacia la zona de los supervisores. Se suponía que ahí era donde se comprobaba y clasificaba la mercancía, pero lo cierto era que una buena parte de las importaciones desaparecía misteriosamente, solo para resurgir en el mercado negro. Esa noche estaría desierta, no habían recibido nada en toda la semana.

Mientras le llevaba hacia su muerte, Angel reprimió una carcajada. Todo su

cuerpo estaba temblando por la emoción y la adrenalina. ¿Dejaría de hacerlo alguna vez? Probablemente no, cuando se sentía tan bien. Este momento era el mejor. La calma antes de la tormenta. Le encantaba engañarles.

Estaban a solas en la zona de carga. Respiró hondo y se dio la vuelta.

—¿Empezamos, cariño?

El puñetazo la golpeó en la mandíbula, y la hizo caer contra el contenedor que tenía detrás. Atónita, levantó las manos para defenderse, pero los golpes no cesaban. Intentó empujarle, pero el siguiente guantazo casi le arrancó la cabeza, y cayó al suelo.

¿Qué estaba pasando? Intentó ponerse de pie, pero él ya estaba sobre ella. Se defendió por instinto. Ya había lidiado antes con clientes violentos, pero siempre con la ayuda de un spray lacrimógeno, nunca en un combate cuerpo a cuerpo como ese.

Ahora la estaba sujetando, sus fuertes manos rodeándole la garganta. Apretando más, más, cada vez más. Le intentó meter los dedos en la cuenca del ojo, pero él movió la cabeza y se puso fuera de su alcance. Se fijó en que la vena de su cuello estaba latiendo e intentó desgarrársela con las uñas rotas. Si empezaba a sangrar, la soltaría. No se suponía que esto fuera a acabar así. No se suponía que fuera a acabar muriendo en ese horrible lugar.

Luchó con todas sus fuerzas. Luchó por su vida. Pero era demasiado poco, y demasiado tarde, y, pasados unos segundos, las luces se desvanecieron.

Tony se sintió aliviado al ver que Nicola estaba dormida. Era tarde, pero a menudo tenía problemas para conciliar el sueño. Tony sabía que si hubiera estado despierta, si le hubiera mirado con esos ojos azules al entrar, se lo habría confesado todo. No habría podido contenerse, tal era su mezcla de confusión, regocijo y vergüenza. Al final, solo había tenido que intercambiar unas cuantas frases cortas con Violet —sin levantar la vista del suelo, alegando cansancio— antes de que esta se marchara y él se quedara a solas con su mujer.

Tony nunca había sido infiel antes, y todavía quería a Nicola. La amaba aún más, si eso era posible, ahora que la vergüenza pesaba en su conciencia. No quería herirla —nunca había querido hacerle daño—, y siempre se lo habían contado todo. Pero ¿qué le iba a decir ahora?

Lo cierto era que todavía estaba eufórico. Melissa y él habían hecho el amor dos veces más antes de que Tony tuviera que irse. El agente que le había dado el relevo había mirado la gruesa carpeta que llevaba bajo el brazo y se había creído que Tony había seguido interrogando a Melissa todo ese tiempo. Este sintió otra oleada de vergüenza; no solo había traicionado a Nicola, sino también a sus compañeros. Siempre había sido un buen policía, ¿por qué había caído en desgracia?

Sabía la razón. Por supuesto. Llevaba mucho tiempo intentando convencerse de que su vida con Nicola era normal. De que estaba bien. A menudo respondía a las preguntas de sus amigos diciendo que se había casado para toda la vida, y que si esas eran las cartas que tenía que jugar, le parecía bien. Pero eso no era lo que pensaba, nunca lo había llegado a creer. No porque quisiera más, sino porque Nicola había sido mucho más.

Le había abierto las puertas de un mundo nuevo. Él provenía de una familia nómada y sin estudios, ella de un entorno de éxito, ambiciones y cultura. Cualquier cosa que hiciera —en el trabajo o en su tiempo libre—, la ejecutaba con determinación, con la voluntad de ganar y con un auténtico sentido de la diversión. Y la echaba de menos. La echaba mucho, mucho de menos. En el aspecto romántico había sido impulsiva y sorprendente, en el aspecto sexual había sido imaginativa y traviesa, y emocionalmente había sido muy generosa. Ya no podía ofrecerle nada de eso, y aunque Tony se reñía mentalmente por pensar que se estaba transformando en una amiga, esa era la amarga verdad. Nunca sería una pesada carga que llevar, pero era menos que una esposa.

Esa era la verdadera traición, o eso pensaba hasta ese momento. Pero, entonces, ¿qué pasaba con Melissa? Esto era algo nuevo, algo peligroso. Era una locura, pero

ya sentía algo por ella. No podía ser amor porque la acababa de conocer, pero era algo muy parecido. Habiéndose visto privado de amor y cariño durante tanto tiempo, ahora estaba sufriendo una sobredosis.

Y no quería parar.

Helen se detuvo en seco. Le faltaba la respiración.

La primera señal de que algo iba mal vino del departamento de prensa de la policía de Southampton, que estaba denegando todos los intentos del *Mail* para hablar con Helen. Después pasó lo mismo con la comisaría de Hampshire, y esta vez fue el propio director del *Mail* el que llamó. La confusión reinaba en todas partes; la oficina de prensa pensaba que querían hablar de la investigación de los asesinatos en Southampton, pero lo que realmente deseaban era preguntarle a Helen acerca de un chico llamado Robert Stonehill.

A la primera mención de su nombre, Helen había apagado el teléfono y había vuelto corriendo a la comisaría. Una vez allí, pidió que le trajeran los periódicos del día siguiente. La mayoría hablaban de los rehenes secuestrados en Argelia, pero el *Mail* había optado por algo diferente. «Hijo de un monstruo» en la primera página y, bajo el titular, una fotografía granulada y siniestra de Robert, hecha a distancia. La foto del expediente policial de Marianne se asomaba justo debajo: los detalles de sus crímenes recopilados con deleite.

Helen dejó caer el periódico y se fue corriendo de la oficina, bajando las escaleras y montándose en la moto. Mientras se apresuraba para salir de la ciudad, una pregunta le rondaba sin cesar en la cabeza. ¿Cómo? ¿Cómo lo habían averiguado? Seguro que Emilia estaba involucrada de algún modo, pero Helen no se lo había contado a nadie, así que a no ser que él... No, eso no tenía sentido. ¿Cuándo se había convertido Emilia en un ser omnisciente, capaz de penetrar en los rincones más remotos de la vida de Helen?

Lo único que quería hacer era encontrar a Robert y consolarle. Protegerle. Pero, a medida que se acercaba a la avenida Cole, podía ver a los periodistas acampando en la calle. Un equipo de televisión acababa de llegar y ya había una multitud de reporteros llamando al timbre y pidiendo una entrevista. El primer impulso de Helen fue obligarles a que se apartaran e ir en busca de Robert, pero se impuso el sentido común y se quedó donde estaba. Su presencia solo haría que la bola creciera, y la familia Stonehill ya tenía bastante con lo que lidiar.

¿Cómo podía ayudarle? ¿Cómo podía detener el vendaval que ella misma había creado y que iba a arrollar a un muchacho inocente? Todo era por su culpa, y se maldijo amargamente por su debilidad, por haberse puesto en contacto con Robert. Había sido feliz. Había ignorado su pasado. Y ahora esto.

Al tratar de salvarle, le había condenado.

Estaba tirada en el suelo, sin vida y manejable, los brazos extendidos como si se hubieran rendido. Ahora era de su propiedad, y como tal la trató. No se molestó en utilizar un condón. En unas cuantas horas estaría rumbo a Angola, a bordo del *Slazak*. Para cuando la encontrarán, ya se habría ido. Siempre aprovechaba el tiempo que pasaba en tierra y esta vez no había sido una excepción.

Le había costado un poco recuperarse después de haberla estrangulado. Siempre le pasaba. La adrenalina le cegaba —el corazón latiéndole como si le fuera a estallar— y lo único que veía eran breves estelas de luz. Estaba sin aliento y agotado, a pesar de su triunfo. Le dolían los arañazos de la cara y sus sentidos estaban reforzados: cada gota de agua parecía una pisada de alguien que se acercara, cada ráfaga de viento una mujer que chillaba. Pero no había nadie. Solo él y su presa.

Era como todas las otras. Una pecadora sucia y barata. ¿Cuántas había matado ya? ¿Siete? ¿Ocho? ¿Y cuántas se habían defendido, cuántas habían luchado de verdad? Ninguna. Esta había resultado ser más dura que las demás, pero, al igual que las otras, ella lo sabía. Sabía que estaba perdida —que, debido a su propia perversión, no podía esperar que la salvaran—, y por eso se mostraban felices cuando las libraba de su sufrimiento. ¿Eran conscientes de que irían derechas al infierno? ¿Acaso les importaba?

Terminó con un escalofrío. Cerró los ojos y saboreó el momento. La tensión que le había estado devorando las entrañas semana tras semana se empezó a disipar. Pronto sentiría esa tranquilidad absoluta que era tan difícil de conseguir y tan preciada para él.

Abrió los ojos, esperando deleitarse una vez más con la imagen de su cara pálida. Pero, cuando lo hizo, se quedó paralizado.

Ella tenía los ojos abiertos también. Y le estaba mirando fijamente.

Tenía el bolso a su lado. Y en la mano sostenía un cuchillo muy grande.

—*Gówno!*

El cuchillo le atravesó la cara con un crujido detestable. Se desmayó, y en menos de un minuto Wojciech Adamik estaba muerto.

Se dio cuenta inmediatamente. Al meter la llave en la cerradura, sintió que alguien se acercaba por detrás. Se dio la vuelta y le agarró del brazo, golpeándole con fuerza contra la pared, mientras levantaba la llave a la altura de los ojos, para utilizarla como arma. Si fuera necesario, podría dejar ciego a su atacante en menos de un segundo.

Era Jake. Jadeante, sin aliento, Helen bajó el brazo que tenía alzado.

—¿Qué coño estás haciendo?

Jake apenas podía hablar, resollando a causa del impacto, pero al final consiguió decir:

—Te estaba esperando.

—¿Por qué no podías llamar, como una persona normal? ¿O esperarme abajo?

—He intentado llamarte, Helen. Sabes que sí. Te he dejado... unos... cinco, seis mensajes. No me has contestado.

Su voz resonaba por toda la escalera. En la planta de abajo, James acababa de entrar en su piso, acompañado por otra enfermera, así que Helen abrió la puerta de su casa y empujó a Jake para que entrara.

—Estaba preocupado. Creí que te había sucedido algo. Después pensé que a lo mejor había cometido algún error. ¿Qué está pasando?

Jake estaba de pie en su salón, rodeado de libros y revistas. Era muy extraño verle en un lugar que era enteramente de Helen; el contexto parecía equivocado.

—Emilia Garanita sabe lo nuestro. Sabe por qué quedamos, y me ha amenazado con publicarlo.

Jake parecía atónito, pero Helen tenía que hacerle la pregunta igualmente.

—¿Se lo has contado?

—No, por supuesto que no. Cien veces no.

—¿Se lo has dicho a otra persona? ¿Alguien que la pueda conocer, que sea un poco bocazas?

—No, ¿por qué iba a hacerlo? Lo que ocurra entre nosotros no es asunto de nadie, ya lo sabes.

Helen bajó la mirada. De repente, todo lo que le había sucedido ese día empezó a acumularse y se echó a llorar. Furiosa consigo misma, mantuvo la cabeza gacha, negándose a mostrar su debilidad, pero sus hombros se convulsionaban. Todo había salido tan mal, tan horriblemente mal, y en gran parte se debía a su propia estupidez. ¿Siempre le iba a tocar estar en el grupo de los que perdían?

Jake atravesó la habitación y la envolvió en un cálido abrazo. Era agradable. Algunos la despreciaban, otros dudaban de ella, y la mayoría pensaba que era una persona rara. Pero Jake nunca la había juzgado, siempre había cuidado de ella, a pesar de la extraña relación que mantenían. Helen había estado privada toda su vida de amor incondicional, pero en ese momento se dio cuenta de que era eso exactamente lo que Jake quería darle.

Siempre le había mantenido a distancia, incluso cuando Jake expresó su deseo de acercarse más a ella. Por eso le sorprendió tanto cuando Helen finalmente alzó los ojos y le dijo:

—Quédate.

La luz del sol atravesó las delgadas cortinas. Charlie sintió la calidez del nuevo día en la cara y abrió los ojos sin prisa. Los recuerdos, pensamientos y sensaciones revolotearon en su confusa mente, y de repente se giró, ansiosa por comprobar si todo había sido un sueño. Pero Steve no estaba allí, no había vuelto a casa la noche anterior. No lo había soñado.

Charlie había intentado llamarle varias veces, pero le saltaba el contestador. ¿Estaría bien? ¿Le habría ocurrido algo? Estaba segura de que Steve no la había dejado. Todas sus cosas seguían allí y, además, Steve era una buena persona. Nunca se iría sin haberle dado una explicación.

Así que ¿dónde estaba? ¿Y por qué no había vuelto a casa? Después de que le hubiera dado un ultimátum, Charlie le había pedido un tiempo para pensárselo. Quería con todas sus fuerzas que permanecieran juntos, que fuesen una familia feliz, pero renunciar a su carrera, abandonar todo lo que había luchado por conseguir, era un sacrificio enorme. Sin embargo, si Steve no iba a estar a su lado, ¿valdría todo eso la pena? Era una ecuación que Charlie no podía resolver.

Quizás era que nunca había llegado a calibrar la profundidad de su dolor por el bebé que habían perdido. Steve ya había pensado un nombre por si era niño. Había bromeado con ella al principio de quedarse embarazada, negándose a decirlo, guardándose el secreto. No lo había vuelto a mencionar, a pesar de que Charlie había intentado hablar con él. Al final había dejado de preguntar y él era tan estoico, tan contenido, que a lo mejor ella había infravalorado lo afectado que se sentía.

Steve había insistido tanto. Estaba tan convencido de que ella tenía que trabajar en otro sitio. En algo seguro, que les permitiera formar una familia. Había soportado tanta ira, tanta ansiedad, tanto miedo. Era el momento de que Charlie decidiera la vida que quería llevar.

Pero Charlie no sabía qué hacer. No podía tomar una decisión. La única certeza que tenía era que odiaba encontrarse sola en esa casa tan grande.

Era un asedio. Habían tenido que desconectar el timbre y más tarde el teléfono, pero el bombardeo de preguntas no cesaba. Los reporteros gritaban al otro lado de la puerta, golpeaban las ventanas, pidiendo un comentario, una fotografía. No tenían compasión ni escrúpulos.

Robert se había refugiado junto a sus padres, Monica y Adam, en el piso de arriba. Estaban sentados en la cama, intentando amortiguar el escándalo de la calle subiendo el volumen de la radio. Al principio nadie había sabido qué decir, estaban demasiado atónitos como para procesar lo que había sucedido, pero finalmente Robert recuperó su voz.

—¿Lo sabíais?

Su primera pregunta estaba teñida de amargura y de rabia. Monica asintió, pero lloraba demasiado como para poder hablar, así que fue Adam, con la voz entrecortada, quien le contó a Robert lo que necesitaba saber. Sí, habían sabido quién era su madre cuando le adoptaron, pero nunca habían querido conocer qué era exactamente lo que había hecho, temiendo que influyera en la relación con su adorado hijo. En lo que a ellos les concernía, el niño era inocente. Empezaban de cero, y gracias a la buena suerte y a la ayuda de Dios, se les había concedido una nueva oportunidad a todos. Siempre se habían referido a él como su «bendición».

Robert no se sentía así en ese momento. Después de un par de horas de mantener esa dolorosa conversación, se había encerrado en su habitación. Necesitaba estar solo. Se había tumbado en la cama y se había puesto los auriculares, la música a todo volumen, intentando ignorar el infierno en el que se había convertido su vida. Pero no podía, y tampoco había conseguido dormirse, así que se había dedicado a contemplar el reloj, que se adentraba lentamente en las horas nocturnas.

¿Era Helen la responsable de todo? Ya había averiguado quién era realmente incluso antes de que Emilia Garanita se lo dijera. La había ignorado cuando le abordó en plena calle, saliendo de la tienda, pero no antes de que le contara unas cuantas cosas. Helen era su tía, su madre había sido una asesina en serie. Por lo que él sabía, Helen había intentado protegerle..., pero también era la única persona que conocía su verdadera identidad. La única que se había tomado un interés personal por él. ¿Era ella la causante de que todo su mundo se derrumbara?

El reproductor de música yacía en el suelo y podía escuchar a sus padres discutir. Tampoco ellos se lo merecían. ¿Qué implicaba todo eso para su familia? Le habían querido incondicionalmente todo el tiempo que habían estado juntos, pero nadie se esperaba esto. Eran una pareja agradable y normal, que no habían hecho nada malo

en toda su vida.

Se arriesgó a echar un vistazo por la ventana y se le cayó el alma a los pies. Había más periodistas que antes. Se encontraban en un asedio. Y no había escapatoria posible.

Helen salió temprano de su piso, pero las carreteras ya estaban abarrotadas de tráfico y le costó el doble de tiempo llegar al depósito de cadáveres. Se maldijo a sí misma por no haber salido antes, pero le había desconcertado el hecho de levantarse junto a Jake. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había ocurrido algo así —ella siempre era la que iba a su piso, no él al de Helen— que no estaba muy segura del protocolo que debía seguir. Al final le permitió que se diera una ducha y que desayunara, y después le pidió que se fuera. Por lo menos no fue una situación incómoda y se despidieron amigablemente, hasta con cariño. Habían estado hablando hasta bien entrada la madrugada y después Helen se había quedado dormida. Se había levantado varias horas después bastante descansada y completamente vestida. No sabía muy bien qué pensar, pero sabía que no se iba a arrepentir.

De camino a la morgue, los pensamientos de Helen volvieron a centrarse en Robert. ¿Debería intentar hablar con él? Aparcó, sacó el teléfono y escribió un mensaje. Su dedo estaba a punto de pulsar el botón. ¿Querría saber algo de ella? ¿Qué le podía decir? ¿Y si le leían el mensaje, o caía en las manos equivocadas? Emilia no tendría escrúpulos en hacerlo, si pensara que no iba a recibir castigo alguno.

Pero no podía quedarse simplemente en silencio. No podía dejar que Robert se enfrentara solo a aquello. Así que escribió un corto mensaje diciéndole lo mucho que lo sentía, que lo mejor era que no hiciera nada mientras ella conseguía que la policía local dispersara a los periodistas que había frente a su casa, y que le respondiera con otro mensaje para contarle cómo estaba. No era lo más adecuado, y mucho menos en esas circunstancias, pero ¿qué más podía decir? Azotada por el viento ártico que soplaba en el aparcamiento del depósito de cadáveres, Helen dudó una vez más y después le dio a ENVIAR. Esperaba de todo corazón que sirviera para algo, aunque fuera poco.

Jim Grieves estaba anormalmente callado esa mañana, la única señal de que era consciente del caos que reinaba en la vida de Helen. Más sorprendente todavía, le dio una palmada en el brazo mientras se acercaban a la mesa de autopsias. Helen no había visto nunca que Jim le mostrara afecto físico a nadie, y se emocionó por que él necesitara señalarle que estaba de su parte. Sonrió para mostrarle su agradecimiento, y se pusieron a trabajar. Se enfundaron las mascarillas y se aproximaron a los disecados restos de Anton Gardiner.

—Lleva muerto unos seis meses —empezó Jim Grieves—. Es difícil decirlo con

certeza. Los bichos que había en el cine se lo han pasado muy bien con él. Le han devorado la piel y la mayoría de los órganos internos, pero basándome en la sangre seca que tenía en el paladar y en las fosas nasales..., diría que unos seis meses.

—¿Fue asesinado?

—Sin duda alguna. Este hombre sufrió antes de morir. Tiene los dos tobillos rotos, las rodillas y los codos también. Y le cortaron la tráquea; la hoja del cuchillo le seccionó las vértebras. Quienquiera que lo hizo, estuvo a punto de degollarlo.

—¿Le mataron en la escena del crimen?

—No lo parece. La ausencia de sangre en donde se le encontró, la falta de ropa y el agujero por donde metieron el cuerpo sugiere que le asesinaron en otro lugar y después le escondieron allí. Antes de que el rígor mortis se asentara, el asesino o asesinos le doblaron en dos y le enterraron. Como ya tenía los huesos rotos, sería algo más manejable.

—¿Y su corazón?

Jim se detuvo, consciente de la importancia de la pregunta.

—Todavía aquí. O lo que queda de él. Y los restos aún están sujetos. Se lo han comido las ratas, se pueden ver las marcas de los dientes si miras de cerca.

Helen se asomó al interior del tórax del hombre muerto.

—Como ya he dicho, hemos encontrado sangre debajo de las uñas, en las fosas nasales y en la boca. Por ahora, dos tipos de sangre, así que, si tienes suerte, puede que esté aquí la sangre de quien le mató. En unas cuantas horas podremos darte un ADN.

Helen asintió, pero su atención permanecía centrada en lo que una vez había sido el corazón palpitante de Anton. Había muchas cosas que encajaban con la manera de actuar de la asesina que estaban buscando, pero no le había arrancado el corazón. ¿Había sido Anton el periodo de prácticas de Lyra? ¿Se había licenciado al pasar de torturar a sus víctimas a mutilarlas? ¿Gardiner fue la chispa que desencadenó el incendio de su mente?

Había llegado la hora de averiguar más sobre la vida y milagros del proxeneta asesinado. Helen le dio las gracias a Jim y se dirigió a la salida, dejando al patólogo, extrañamente taciturno, a solas con un hombre al que habían devorado las ratas.

—¿Qué sabemos de este tipo?

Helen se estaba dirigiendo a su equipo, que formaba un semicírculo frente a ella en la oficina de la comisaría.

—Anton Gardiner, camello y chulo a pequeña escala —empezó Grounds—. Nacido en 1988, hijo de Shallene Gardiner, madre soltera con numerosos antecedentes por hurto. En su certificado de nacimiento no se especifica el nombre del padre, y tampoco creo que vayamos a conseguir averiguarlo. No conocemos mucho a Shallene, pero parece que era bastante generosa con sus favores.

A pesar del tema del que estaban hablando, unas cuantas mujeres del equipo reprimieron sus sonrisas. Había algo en Grounds de la vieja escuela, y era adorable.

—Anton fue al colegio en St. Michael, Bevois, pero no consiguió el graduado. Su expediente delictivo empieza a los quince años. Posesión de mercancía robada, atracos, agresiones. Y se hace más y más largo. Aunque nunca le pudimos acusar de nada grave y sus estancias en la cárcel fueron breves.

—¿Y qué hay de sus chicas? —preguntó Helen—. ¿Qué tenemos?

—Empezó a llevar chicas a mediados de los años noventa —contestó Charlie—. Tenía un rebaño bastante grande. A muchas las sacaba de las casas de acogida, las enganchaba a las drogas y después las ponía a trabajar para él. He hablado con algunas chicas que «trataron» con él y todas coinciden en que era un auténtico cabrón. Controlador. Violento. Un sádico sexual. Y muy paranoico. Siempre convencido de que la gente le observaba, que sus chicas conspiraban para irse de su lado, a menudo les daba palizas terribles sin razón alguna. Nunca utilizó un banco —no se fiaba de ellos—, nunca tenía su identificación encima y siempre llevaba una navaja en el bolsillo, incluso cuando dormía. Miraba a todo el mundo por encima del hombro.

Helen pensó en lo que le acababan de contar, y añadió:

—¿Tenía éxito?

—Ganaba sus buenos dineros —contestó Sanderson.

—¿Enemigos conocidos?

—Los habituales. Ninguno en concreto, en la fecha en la que murió.

—Supongo que no estaba casado.

Sanderson sonrió y negó con la cabeza.

—Y entonces, ¿por qué le escogió? —preguntó Helen—. ¿Y por qué estaba escondido? Es un proxeneta, un desgraciado, está soltero, así que no tiene nada que perder. No era un hipócrita, con una familia esperándole en casa. Era lo que era, y no lo disimulaba.

—Y le dejaron el corazón intacto —añadió McAndrew.

—Exacto, no le arrancaron el corazón. Así que, ¿cuál fue la razón? ¿Por qué le mató?

—Quizás porque él la atacó —sugirió Grounds—. Sabemos que utilizaba el viejo cine para encerrar y torturar a sus chicas.

—Pero no le asesinó allí —interrumpió Helen—. Le mataron en otro sitio, y después le enterraron en el cine. No encaja.

—Quizás esperó el momento apropiado, después de que la atacara —dijo Fortune, sumándose a la conversación—. Encontró una oportunidad y le atacó en algún sitio donde no fueran a ser descubiertos. A lo mejor abandonó el cuerpo en el viejo cine como un mensaje al resto de los chulos y a las demás chicas.

—Entonces, ¿por qué lo enterró? —replicó Helen—. ¿Por qué esconderlo, si lo que pretendes es llamar la atención?

El silencio se adueñó del equipo. Helen se lo pensó un momento, y después:

—Necesitamos encontrar el sitio en el que murió. ¿Tenemos alguna dirección?

—Tenemos muchas —respondió Grounds, alzando las cejas—. Le gustaba mantenerse en movimiento. Era como un caracol, dando vueltas por Southampton, con sus posesiones a cuestas. Siempre intentaba ir un paso por delante de sus enemigos, ya fueran reales o imaginarios.

—Revísalas, de la primera a la última. Si encontramos la verdadera escena del crimen, a lo mejor podemos vincularlo más fácilmente a Lyra. Necesitamos saber las circunstancias reales de su muerte. Grounds está al cargo.

Helen dio por finalizada la reunión y le pidió a Charlie que se quedara un momento. Quería preguntarle si había hecho algún progreso en cuanto a los otros usuarios del foro, pero no llegó a hacerlo. Desde recepción le pasaron un mensaje que hizo que todos se quedaran quietos. Angel había vuelto a matar.

Parece que hubo una pelea.

Charlie y Helen estaban de pie, una al lado de la otra, en la zona de los supervisores de carga. Soportando el frío, observaban la carnicería que tenían delante. Un hombre joven —de veintitantos años y con muchos tatuajes— yacía en el suelo, un charco de sangre rodeando su cabeza. El equipo forense estaba fotografiando el profundo corte que tenía en el rostro, pero a Helen lo que le interesaba era su tórax. Le habían rajado hasta convertirlo en picadillo, en lo que parecía un ataque frenético con un cuchillo, pero no habían tocado los órganos internos.

Helen apartó los ojos del grotesco espectáculo como respuesta al comentario de Charlie. Tenía razón. Había sangre por todas partes, salpicaduras en los contenedores contra los que habían arrojado a alguien, embadurnada por la superficie de la zona de carga, donde la pelea había tenido lugar, y desperdigada en pequeños charcos por el camino que daba a los muelles, por donde se había ido la persona que había sobrevivido. Las pisadas eran pequeñas y parecían haber sido hechas con unas botas de tacón: Angel.

—Supongo que esta vez se encontró con el tipo equivocado —continuó Charlie.

Helen asintió, pero no dijo nada. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué no le había drogado, como a los otros? Parecía que había sido una lucha a muerte. A lo mejor Charlie tenía razón. Quizás se le había acabado la buena suerte.

—Un marinero. Probablemente extranjero. Posiblemente soltero. Qué elección más rara —dijo Helen en voz alta, mientras inspeccionaba los extraños tatuajes del cadáver.

—A lo mejor le cuesta cada vez más encontrar víctimas.

—Pero no puede parar —contestó Helen. Era una idea preocupante.

Charlie asintió, pero se quedó callada. El cuerpo estaba semidesnudo y Helen lo examinó más de cerca. Supuestamente, Angel se había alterado tanto por la pelea que no había sido capaz de diseccionar a su víctima de la manera habitual. Parecía que le había destrozado el pecho a machetazos, sin la precisión que la caracterizaba. Solo un frenesí brutal.

—¿Qué tienes? —le preguntó Helen al jefe del equipo forense.

—Una herida profunda en el rostro. Le apuñaló por la cuenca ocular. La muerte fue instantánea.

—¿Algo más?

—Parece que estuvo involucrado en algún tipo de actividad sexual esta noche. Tiene restos de semen en el pene y hematomas en la pelvis. Lo que sugiere que el

sexo fue violento, quizás incluso una violación.

Sin poder evitarlo, Helen sintió una oleada de compasión por Angel. Incluso después de todo el tiempo que había pasado, nada afectaba más a Helen que las agresiones sexuales, y solo sentía pena por las víctimas, sin importar lo degeneradas que fueran. Las secuelas de una violación eran como una muerte lenta, un cáncer que te devoraba desde el interior, sin querer dejarte ir, sin querer dejarte vivir. Angel estaba desquiciada, incluso loca de atar, pero un ataque así podía hacer que se sumergiera más hondo.

Tendría contusiones por todo el cuerpo, quizás hasta alguna herida. ¿Se escondería en su cueva y le perderían la pista? ¿O saldría en un último destello de gloria?

La lluvia caía con ganas y sin cesar. Estaba atacando a la ciudad, no limpiándola. Rebotaba en las aceras con ira. Se iban formando profundos charcos, dificultándole el camino, pero ella no dudó en atravesarlos. El agua le caló las deportivas y le empapó los doloridos pies, pero no se detuvo. Si vacilaba aunque fuera un segundo, perdería el valor y tendría que volverse.

Estaba congelada, le retumbaba la cabeza, su cuerpo se quejaba a medida que el shock desaparecía. Convencida de que estaba llamando la atención, aceleró el paso. Cuanto más se apresuraba, menos cojeaba. Llevaba puesta la capucha y una gorra de béisbol, pero cualquiera que se fijara en ella le vería los cardenales de la cara. Tenía preparada una historia para justificarlos, pero no sabía si podría hablar. Así que siguió andando.

Finalmente llegó al edificio. Dudó por instinto —¿miedo?, ¿vergüenza?, ¿amor? — y corrió hasta entrar en él. No tenía ni idea de qué le esperaba, pero sabía que estaba haciendo lo correcto.

Era un sitio grisáceo pero acogedor. Llamó a la puerta y esperó, mirando a su alrededor para ver si alguien la estaba observando. Pero no había nadie. Estaba sola.

No le respondían. Volvió a llamar. Por el amor de Dios, a cada segundo que pasaba se sentía peor.

Esta vez oyó unos pasos. Se apartó, preparándose para lo que se le avecinaba.

La puerta se abrió lentamente y apareció una mujer corpulenta y con aspecto de matrona. Miró a la figura encapuchada y se detuvo.

—¿Puedo ayudarla? —Su tono de voz era educado pero cauto—. Me llamo Wendy Jennings. ¿Ha venido a visitar a alguien?

Como respuesta, la mujer se apartó la capucha y se quitó la gorra. Wendy Jennings dio un grito ahogado.

—Por el amor de Dios. Entra, chiquilla. Necesitas que te miren eso.

—Estoy bien.

—Entra. No tengas miedo.

—No quiero nada para mí.

—¿Y entonces qué quieres?

—Esto.

Se desabrochó el abrigo y sacó el fardo que llevaba escondido. Wendy miró al bebé dormido, envuelto en una mantita, y se dio cuenta de que se lo estaba ofreciendo.

—Cójalo, por el amor de Dios —bufó la mujer.

Pero Wendy Jennings dio un paso hacia atrás.

—Mira, cariño, veo que tienes un problema, pero no podemos quedarnos con un niño así como así.

—¿Por qué no? Esta es una casa de acogida, ¿verdad?

—Sí, claro, pero...

—Por favor, no me haga suplicar.

Wendy Jennings dio un respingo al oír su tono. Estaba lleno de angustia, pero también de ira.

—No puedo seguir cuidándola —continuó hablando la mujer.

—Lo estoy viendo y lo entiendo, de verdad, pero hay una manera correcta de hacer las cosas. Tenemos que seguir un procedimiento. Lo primero que debemos hacer es llamar a los servicios sociales.

—No quiero llamarles.

—Bueno, pues déjame que llame a una ambulancia. Que te vean, y después podemos hablar de tu bebé.

Era una trampa. Tenía que serlo. Había esperado encontrar a alguien bondadoso en ese lugar, a alguien de quien se pudiera fiar, pero no había nada para ella. Se dio la vuelta.

—¿Adónde vas? —gritó Wendy—. Quédate, por favor, y lo hablamos.

Pero no respondió.

—No te voy a meter en líos.

—Y una mierda que no.

Vaciló un momento, después se dio la vuelta y, cogiendo impulso, lanzó un escupitajo a la cara de Wendy Jennings.

—Debería avergonzarse de sí misma.

Bajó la calle sin mirar atrás, con el bebé contra su pecho. Las lágrimas le corrían por la cara, goterones desesperados de rabia e impotencia.

Su última oportunidad se había esfumado. Su último intento de redención.

Ya solo le quedaba la muerte.

Era una situación imposible. La policía había dispersado a los periodistas, recordándoles las obligaciones que tenían, pero en cuanto se fueron, empezaron a venir otra vez. Los golpes y las preguntas a través de la puerta. Unos cuantos habían intentado entrar por la parte trasera, escalando la verja del jardín. Asomándose por los ventanales de la terraza como si fueran fantasmas.

Robert y sus padres ahora vivían en la primera planta, en la más completa oscuridad. Al principio pensaron que allí estarían a salvo, pero después vieron a un fotógrafo asomado a una de las casas de enfrente, y terminaron echando las cortinas. Se comportaban como criaturas nocturnas, acurrucándose en las sombras, comiendo de latas y botes; existiendo, más que viviendo.

Al principio, Robert se había mantenido apartado de internet, no quería entrar allí. Pero cuando es tu única ventana al mundo, es difícil resistirse. Una vez dentro, no pudo controlarse. Los periódicos nacionales habían tirado la casa por la ventana, retratando a Marianne, la mujer del saco, en toda su gloria. No quería que sus padres lo vieran, sabía que les haría daño, así que se encerró en su habitación para poder leer sin descanso. Descifrando a su madre. Se sorprendió al sentir un poco de pena por ella —estaba claro que había sufrido unos abusos terribles—, pero sus crímenes resultaban espeluznantes. Obviamente, había sido una persona inteligente —¿más inteligente que él?—, pero no lo suficiente como para apartarse del abismo. Su vida había terminado de una manera muy desagradable y deprimente. Según el *National Enquirer*, la bala había ido directa al corazón, y se había desangrado en los brazos de su hermana. Después de eso, la vida de Helen había quedado expuesta al público, y ahora le llegaba su turno. Cada examen suspendido, cada desliz, por pequeño que fuera, cada roce con la justicia ahora eran pasto de la prensa. Querían retratarle como un perdedor, alguien que abandonaba a la mínima, dado a la violencia, la astilla que había salido del palo. Mala hierba. Estaba tan cabreado por la grotesca caracterización que se hacía de su familia, que cuando Helen Grace le mandó un mensaje de ánimo, le respondió de manera desagradable y seca. No sabía si los periodistas podían leer los mensajes que mandaba o no. No le importaba.

Tenía que hacer algo. Eso estaba claro. Sus padres estaban sufriendo muchísimo, ni siquiera podían hablar o ver a sus amigos, contaminados por su asociación con él. Robert era consciente de que tenía que apartar a la prensa de su casa, darle otra cosa en la que pensar. Se lo debía a la pareja que le había criado desde que nació.

Jugueteó con la venda que hasta entonces había cubierto la herida de su brazo, envolviéndola una y otra vez entre sus manos. Estaba empezando a idear un plan. Era

la última opción, y significaría el final de todo, pero ¿qué podía hacer, si no? Estaba atrapado y no podía escapar a ningún sitio.

Tony se quedó boquiabierto ante la transformación. Sabía que Melissa había pedido ropa limpia y algo de maquillaje, pero no se había esperado que pareciera alguien totalmente diferente. Hasta ahora, solo la había visto con su traje de batalla, el uniforme de prostituta compuesto de botas altas, minifalda y escote pronunciado. Ahora llevaba vaqueros y un jersey, y el pelo recogido en una coleta baja, y parecía estar feliz y relajada.

Le saludó vacilante, como si no estuviera segura de qué podía esperar, ahora que llevaban unas horas separados. A decir verdad, él tampoco había tenido muy claro qué hacer, pero ahora que estaba allí, frente a ella, abrazarla le parecía lo más natural del mundo. Temiendo que alguien les viera, se habían apresurado a subir a la planta de arriba, pero esta vez no era la lujuria lo que dominaba sus mentes. Simplemente se tumbaron en la cama, cogiéndose de la mano y contemplando el techo.

—Lo siento si te he metido en problemas —dijo Melissa, en voz baja. De algún modo, había adivinado que estaba casado, a pesar de que había dejado el anillo en su casa—. No era mi intención.

—No es culpa tuya. Así que no te sientas responsable... Eso es cosa mía.

Consiguió formar una media sonrisa y ella le respondió.

—No quiero hacerte infeliz, Tony. No después de que te hayas portado tan bien conmigo.

—No lo haces.

—Bien. Porque he estado pensando en lo que me dijiste. Y tienes razón. Quiero cambiar.

Tony no dijo nada, sin saber muy bien qué rumbo iba a tomar la cosa.

—Si me puedes meter en algún programa para quitarme de las drogas, lo haré. No quiero volver a la calle. Nunca.

—Por supuesto. Haremos todo lo que podamos para ayudarte.

—Eres un buen hombre, Tony.

Tony se rio.

—Eso me queda muy grande.

—La gente a veces se hace daño, Tony. Así es la vida. No significa que tú seas una mala persona. Así que no te castigues. Tú y yo... tenemos lo que tenemos, y después puedes volver con tu esposa, no hay problema. No me aferraré a ti, te lo prometo.

Tony asintió, pero no sentía alivio ni satisfacción alguna. ¿Era eso lo que él quería? ¿Regresar a la normalidad?

—A no ser que me quieras a mí, por supuesto —continuó con una sonrisa—. Pero depende de ti. Yo no tengo nada, tú lo tienes todo. Si yo fuera tú, lo más inteligente que podría hacer sería volver con mi esposa.

Se quedaron en silencio, mirando una vez más las grietas del techo. Se le estaba ofreciendo un nuevo futuro. Era una completa locura, y, al mismo tiempo, tenía sentido. Pero ¿tendría el valor suficiente como para aceptarlo?

Grounds se quedó quieto, mirando. Nunca había visto nada parecido. Era una completa carnicería.

Anton Gardiner había demostrado ser tan escurridizo en su muerte como lo fue en vida; le gustaba cambiarse de casa constantemente para mantener a la policía y a sus enemigos a distancia. No poseía ninguna, prefería los alquileres a corto plazo, y así, si se tenía que mudar rápidamente, no le faltaba dinero. Y al final esto era lo que le había proporcionado la pista que tanto necesitaba el equipo de Grounds. Anton Gardiner solo manejaba efectivo, no le gustaba el rastro que dejaban las tarjetas de crédito, así que se pasaron unas cuantas horas al teléfono convenciendo a los dueños de pisos en alquiler para que les dieran detalles sobre cualquiera —que encajara con los rasgos de Anton— que hubiera pagado en mano los últimos doce meses, y al final habían conseguido su resultado.

El propietario se había mostrado dispuesto a ayudarles, abriendo la puerta del sótano en Castle Road para que lo inspeccionaran. Pero se sorprendió tanto como Grounds al ver lo que les aguardaba dentro. Habían roto las sillas, volcado las mesas, le habían dado la vuelta a la única cama que había en el piso, el colchón rasgado encima de la estructura: era como si alguien le hubiera declarado la guerra a la casa y no hubiera tenido compasión.

En la habitación, bajo la cama destrozada, había una mancha amarronada que se extendía en un círculo de aproximadamente un metro de diámetro. Grounds mandó a uno de sus agentes para que avisara al equipo forense, pero no necesitaba que nadie le dijera que eso era sangre seca. Alguien se había desangrado en aquel mugriento dormitorio.

La parte de la moqueta que estaba manchada de sangre era una de las pocas cosas que no habían destrozado. Incluso ahí, en ese diminuto cuarto, habían roto el armario y levantado las esquinas del suelo enmoquetado. Examinando el resto de las habitaciones, Grounds empezó a asimilar el descubrimiento. Dos cosas estaban claras. La primera, que a alguien —probablemente a Gardiner— le habían atacado y asesinado allí. Y la segunda, que quien lo hubiera hecho había estado buscando algo.

Pero ¿qué era? ¿Y por qué estaban dispuestos a matar para encontrarlo?

Estás absolutamente segura?

Helen era consciente de que había alzado la voz —varias cabezas se habían asomado para ver qué pasaba—, así que bajó el volumen y continuó con la conversación, cerrando la puerta de su despacho.

—Al cien por cien —dijo la voz al otro lado del teléfono. Pertenecía a Meredith Walker, jefa del equipo forense de la comisaría de Southampton—. Hemos comparado el ADN de la saliva que había en el rostro de Gareth Hill con el ADN recogido de las dos muestras de sangre del cuerpo de Anton Gardiner. No coinciden. Si la sangre que hemos encontrado debajo de las uñas de Gardiner es de quien le asesinó, entonces se trata de otra persona.

—¿No es Angel?

—No lo parece. Lo estamos contrastando con la base de datos para ver si encontramos alguna coincidencia. Tan pronto como tenga algo, te lo haré saber.

Helen terminó la llamada. Una vez más el caso se había quedado en punto muerto. Cada vez que parecían estar a punto de atrapar a Angel, se les escapaba. Salió de su despacho y llamó a Charlie. Sus noticias tampoco eran muy alentadoras: no habían conseguido identificar a ningún otro de los usuarios de InfoZorras. Lo que significaba que solo podían seguir un camino.

—Dile a Sanderson que se encargue de la búsqueda por ahora y ven conmigo —le dijo Helen a Charlie—. Tú y yo tenemos una cita con un mentiroso.

Hola, «Hammer».

Jason Robins se giró al ver a Helen y a Charlie entrar en su despacho. Se levantó de la mesa, pasó por delante de ellas y se apresuró a cerrar la puerta con firmeza, pero sin ruido.

—¿Quién les ha dejado entrar? —quiso saber—. ¿No les hace falta una orden judicial o algo así?

—Solo hemos venido a charlar un rato. Les hemos dicho a las recepcionistas que necesitábamos hablar urgentemente con usted sobre un asunto policial, y cuando han visto nuestras placas no han tenido ningún problema en dejarnos pasar.

Jason les lanzó una mirada asesina a las secretarias, que estaban cotilleando en su mesa.

—Les podría poner una demanda por acoso. Ya he tenido a esta —dijo, señalando a Charlie— mandándome correos día y noche, llamándome por teléfono... Eso no se hace.

—Bueno, pues lo siento, pero «esta» tiene más preguntas para usted —contraatacó Charlie—. Preguntas acerca de Angel.

—Otra vez no.

—Tengo un retrato que me gustaría que mirara.

—Ya le he dicho que no conozco a esa tal «Angel»...

—Tome —continuó Charlie, ignorando sus protestas y tendiéndole el retrato robot de Lyra. Jason lo cogió, a pesar de su evidente falta de ganas.

—¿Reconoce a esta mujer? ¿Es Angel?

Jason miró a Helen. Se le estaba empezando a acumular el sudor en las cejas.

—Por última vez, nunca he contratado a Angel. Nunca la he conocido. Simplemente, me robaron la identidad digital. Alguien copió mi tarjeta de crédito y la utilizó para...

—¿Y por qué no lo ha denunciado? —gruñó Helen, dejando entrever su ira.

—¿Perdón?

—Hemos hablado con su banco. Y resulta que usted nunca informó de una actividad fraudulenta en su tarjeta. De hecho, la ha continuado usando desde la última vez que hablamos. En Morrisons, en Boots, ¿sigo?

Jason se quedó sin nada que decir, por una vez.

—Le voy a dar una última oportunidad, Jason. Y si no se deja de mierdas y me cuenta lo que sabe de Angel ahora mismo, le voy a arrestar por obstrucción a la justicia —continuó Helen, alzando la voz—. Le voy a esposar delante de todos sus

compañeros de trabajo, pero me aseguraré de que la sargento Brooks se quede aquí. Unas cuantas preguntas bien escogidas les dejarán claro a todos que a su jefe le gusta acostarse con prostitutas y después presumir de ello en internet delante de otros seres patéticos. Puede que, sin querer, les enseñemos alguna de sus intervenciones escritas. Estoy segura de que les encantará conocer a «Hammer» y su enorme po...

—Vale, vale, baje la maldita voz —suplicó Jason, echando de nuevo un vistazo a sus compañeros a través del cristal del despacho. Muchos de ellos estaban mirando sin cortarse un pelo.

—¿Podemos ir a otro sitio? —pidió.

—No. Empiece a hablar.

Jason pareció estar a punto de protestar, pero después se dejó caer en la silla.

—Nunca me la he follado.

—¿Qué?

—Nunca me he acostado con Angel. De hecho, solo me he encontrado con ella una vez.

—Pero escribió que se había acostado con ella muchas veces —interrumpió Charlie—. Que la había tenido «en todas las posturas posibles».

Hubo un largo silencio. La sudorosa cara de Jason estaba roja de vergüenza.

—Mentí. Nunca me he acostado con ella. Nunca me he tirado a una prostituta.

—¿Se lo ha inventado todo? —replicó Helen, incrédula.

Jason asintió, con la cabeza gacha.

—Les conté a los otros lo que querían oír.

—¿A los tipos del foro? «PussyKing», «fillyerboots»...

—Sí. Quería encajar. Quería caerles bien.

Helen miró a Charlie. La soledad de Jason era patente y por primera vez Helen sintió una pizca de compasión por el triste divorciado.

—¿Cuándo se encontró con Angel?

—Hace cuatro días. Uno de los otros me dijo dónde iba a estar, así que fui a buscarla. Y allí estaba.

—¿Qué sucedió?

—La recogí en el coche. Nos fuimos al Common.

—¿Y?

—Quiso hablar. Me empezó a hacer preguntas. Un poco de charla, ya sabe. Entonces..., entonces me preguntó si estaba casado. Y, no sé por qué, pero me sentí fatal.

—¿A qué se refiere?

—Despertó algo en mí. Era una pregunta muy sencilla, pero...

Jason se detuvo, emocionado ante el recuerdo.

—Pero empecé a llorar.

Alzó la mirada al fin. Helen se quedó sorprendida al ver la angustia de su expresión.

—Le conté todo. Lo mucho que echaba de menos a mi mujer. Lo mucho que echaba de menos a Emily.

—¿Qué hizo?

—No mucho. No le gustaba que hablara de eso. Me dijo un par de frases hechas, «te recuperarás» y cosas así, después me pidió que parara el coche.

—¿Y entonces qué pasó?

—Salió del coche. Salió y se fue. Y esa fue la última vez que la vi, lo juro por Dios.

Helen asintió.

—Le creo, Jason, y sé que no es fácil hablar de estas cosas. Pero lo cierto es que ha tenido mucha suerte. Créame, habría podido ser mucho peor.

—¿Ha sido ella..., todos los que han salido en los periódicos?

—Sí, y por eso es tan importante que la encontremos. Así que, por favor, mire el retrato y dígame: ¿es Angel?

Jason cogió el dibujo una vez más. Lo examinó atentamente y después dijo:

—No.

Charlie dirigió una mirada de alarma a Helen, pero ella no le hizo caso. Podía sentir que el caso que tenía delante se estaba desenmarañando al fin.

—Mire otra vez. Lyra Campbell es nuestra principal sospechosa. Es un dibujo muy preciso, ¿está seguro de que no es Angel?

—Segurísimo. No se parece en nada a ella.

Y en ese momento Helen supo que habían vuelto a la casilla de salida.

Helen se maldijo a sí misma amargamente. Estaba muy claro que les habían engañado, a ella y a su equipo. Mandó a Charlie de vuelta a la comisaría para recoger las pruebas que necesitaba, y Helen se dirigió al piso franco, acompañada por un par de agentes de uniforme. Hasta ahora Melissa había sido tratada igual que la familia real; Helen se preguntó cómo reaccionaría cuando la esposara y la metiera en la parte de atrás del coche patrulla.

Al principio pensaron que no había nadie en la casa. Helen golpeó la puerta con furia. ¿Se habría enterado Melissa, acaso había huido? Los policías que se encargaban de la vigilancia insistieron en que no había abandonado el edificio, pero nunca se estaba seguro del todo. Al final, un ojo se asomó por la mirilla y pudieron oír la voz rasposa de Melissa, preguntando quiénes eran y qué querían. Se sorprendió al descubrir que era Helen. Todavía se sintió más sorprendida —y ultrajada— al encontrarse en la sala de interrogatorios de la comisaría de Southampton media hora después, siendo acosada a preguntas.

—¿Por qué lo hiciste, Melissa?

—¿Hacer qué? ¿Qué se supone que he hecho?

Le escupió la pregunta a Helen como si le ofendiera la simple sugerencia de que había hecho algo mal. Realmente estaba de mal humor.

—¿Por qué mataste a Anton Gardiner?

—Por favor...

—¿Te pegaba? ¿Necesitabas dinero?

—Jamás le he tocado ni un pelo.

Helen la miró fijamente. Se inclinó hacia su derecha y sacó una hoja de papel del expediente.

—Acabamos de recibir el análisis de la sangre que se encontró en el cuerpo de Anton Gardiner. Como ya supondrás, mucha de la sangre era suya, lo que no es sorprendente, dada la violencia con la que le mataron. Pero había otro rastro. Debajo de las uñas de Anton e incluso en dos de sus dientes. Parece ser que arañó e incluso mordió a la persona que le estaba atacando mientras trataba de defenderse.

Helen dejó que lo asimilara, y continuó:

—Es tu sangre, Melissa.

—Y una mierda.

—Llegados a este punto, te tengo que decir que mi consejo es que llames a un abogado...

—No necesito un abogado. ¿Quién te ha contado esas mentiras sobre mí?

—Tu sangre coincide, Melissa. Hemos contrastado el ADN resultante con la base de datos de la policía nacional, y salió tu nombre.

Melissa la miró con odio, sin admitir nada. Helen continuó, sacando más folios del expediente.

—Hace tres años estuviste involucrada en una pelea con otra prostituta, Abigail Stevens. Discutisteis por un cliente. Te acusó de un delito de lesiones y tú hiciste lo mismo y, como es el protocolo en este tipo de casos, a las dos se os solicitó una muestra de ADN, que se os extrajo mediante vía oral, con un bastoncillo empapado en vuestra saliva. Lo normal es mantenerlos en la base de datos durante diez años.

Helen esperó a que lo entendiera y siguió:

—A lo mejor pensaste que nos habíamos deshecho de él, a lo mejor olvidaste que nos lo habías dado, pero de lo que no cabe duda es de que es tu sangre.

Melissa fue a interrumpirla, pero Helen no la dejó.

—Mataste a Anton Gardiner y le enterraste en el antiguo cine. Después te enteraste de que iban a vender ese edificio en ruinas. Eso te suponía un problema, así que cuando viste la oportunidad de achacarle el asesinato a otra persona, la aprovechaste. Anton nunca fue una de las víctimas de Angel, sino la tuya.

—Más te vale que tengas pruebas de lo que estás diciendo, o te arrepentirás de esto.

—Uno de mis agentes ha efectuado una búsqueda esta mañana en una dirección cerca del parque Bitterne. La última vez que vieron a Anton fue en un sótano que estaba alquilando en Castle Road. El sitio estaba patas arriba, completamente destrozado, y todavía quedaba sangre reseca en el dormitorio. Mucha. ¿Tuya y de Anton? En breve nos llegará el resultado de las analíticas.

Melissa hizo una mueca de disgusto. Pero Helen había visto su reacción al mencionar Castle Road y sabía que ya la tenía contra las cuerdas.

—A Anton no le gustaba echar raíces en un mismo sitio, ¿verdad? Era un hombre al que le gustaba moverse, cultivar un halo de misterio. Y el rumor que corría era que, dondequiera que fuera él, llevaba su dinero encima. No confiaba en los bancos. Y siempre dormía con un cuchillo bajo la almohada. Quizás sumaste dos más dos, o quizás te creíste las habladurías. En cualquier caso necesitabas el dinero, ¿no es cierto?

—Te lo estás inventando todo.

—Te habían echado del estudio donde vivías por no pagar el alquiler, y debías una suma muy grande en drogas. Y el alijo de Anton era suficiente como para saldar tus deudas. ¿Cuánto tenía?

Melissa fue a responder, pero se calló en el último momento. No debía de ser mucho, pensó Helen, eso si alguna vez había existido. ¿Había torturado y matado a su chulo para nada?

Hubo un silencio largo, muy largo, antes de que Melissa respondiera:

—Sin comentarios.

—Bueno, voy a sugerir que hagamos un descanso. En esta pausa se te dará la oportunidad de llamar a un abogado, lo que te aconsejo que hagas. Cuando volvamos, te voy a leer tus derechos y después te voy a arrestar formalmente por los cargos de asesinato, agresión con agravantes, retención ilegal, robo y obstrucción a la justicia. Sin mencionar que has hecho perder el tiempo al cuerpo de policía. ¿Qué tal te suena?

Finalmente, Helen dejó entrever su ira y Melissa la aprovechó sin perder un segundo. Se levantó de un salto y empezó a señalarla con el dedo.

—Llama a Bridges.

—¿Perdón?

—Llama a Tony Bridges. Él lo arreglará.

—Pero ¿qué...?

—Que le llames. ¡AHORA!

Mientras Helen caminaba de vuelta a la oficina, una docena de pensamientos diferentes danzaban en su cabeza, cada cual peor que el anterior. ¿Qué quería decir Melissa? ¿Qué había hecho Tony? ¿Y por qué estaba ella tan segura de que él lo iba a arreglar todo?

Abrió la puerta del congelador y dejó que su frente reposara en el gélido interior. Le dolía la cabeza, le palpitaban los cardenales de la cara y sentía que se iba a poner a vomitar en cualquier momento. El congelador estaba lleno de escarcha porque hacía tiempo que no se limpiaba, y era como si unas manos frías le rodearan la cara. Por un momento se sintió tranquila, casi en paz. Pero el llanto comenzó de nuevo y tuvo que enfrentarse a la realidad.

Abrió la nevera y sacó una Coca-Cola. Se la bebió de un trago. Después se dio la vuelta y salió de la cocina, dejando la puerta sin cerrar, la débil luz interior arrojando un brillo amarillento al ajado linóleo que cubría el suelo.

Amelia yacía en la cama, llorando de hambre. Se quedó mirando a su hija durante un minuto, odiando que fuera tan dependiente. ¿Por qué ella? ¿Por qué no había podido esa niña nacer en una familia decente? ¿Alguien apropiado? Era la hija de una puta y una asesina. Condenada incluso antes de empezar.

La cabeza le dolió todavía más cuando los sollozos de la niña aumentaron de volumen, así que la cogió en brazos y con un ensayado movimiento se levantó la camiseta y guio la fruncida boquita de Amelia hacia su pezón. Cuando el bebé empezó a alimentarse, se sintió mareada y con náuseas. No había dormido en toda la noche, consumida por la rabia y la desesperación, y ahora se sentía débil y mareada. Acomodando a Amelia en su brazo, se dirigió a la cama, aunque solo fuera para descansar la cabeza un rato. Amelia no se soltó del pezón, ignorando en su felicidad la angustia de su madre.

Cuando se despertó, momentos después, Amelia yacía en sus brazos, saciada y dormida, un residuo lechoso cubriéndole los labios.

Durante toda la noche, había estado pensando en todos los modos posibles de solucionar su problema. Al principio se le ocurrió dejar a Amelia en las escaleras del hospital de South Hants o en darle el bebé a alguien por la calle, pero ahora sabía que no quería dársela a un desconocido. Había perdido la fe en la bondad de la gente. ¿Quién sabía lo que le podrían llegar a hacer? ¿O lo que tendría que soportar? Estaba claro que no podía volver con su familia, así que todo recaía en sus manos.

Después de eso, la única duda que tenía era cómo lo iba a hacer. No podía pegarle. Tampoco le atraía la perspectiva de utilizar una almohada. A pesar de todo, sabía que en el último momento se echaría atrás. Mucho mejor hacerlo en alguna de las tomas de leche. A Amelia le gustaba el biberón, y si molía bien las pastillas... La farmacia abriría en breve, y podría comprar lo que necesitaba. Entonces todo se habría acabado.

Tan simple como eso. Y con todo, sabía que era lo más difícil que haría nunca. Sabía que era la única manera de alcanzar la paz, así que ¿por qué se le retorcía el estómago al pensarlo? Había matado sin ningún escrúpulo, había disfrutado al exterminar a esas sucias comadrejas que se llamaban a sí mismos maridos y padres. Pum, pum, pum. Pero ahora vacilaba. No era solo que el bebé fuera carne de su carne y sangre de su sangre, era cómo se sentía. Se había resistido durante meses, había intentado odiar a esa pequeña cosita, pero ya no se lo podía negar a sí misma. Sentía pena por ella.

Y esa era una emoción que no había tenido en mucho, mucho tiempo.

Te lo voy a poner muy fácil. Toma.

Tony Bridges deslizó un sobre por la mesa de la cafetería. Helen no rompió el contacto visual, intentando leer el interior de un hombre en el que siempre había confiado.

—Es mi carta de dimisión —continuó Tony. Helen vaciló, y al final dejó caer la mirada. Abrió el sobre y ojeó la nota.

—Tony, esto es un poco prematuro. Has cometido un gran error, pero a lo mejor hay alguna forma de arreglarlo, sacarte de primera línea, encontrarte un puesto en las oficinas...

—No. Necesito marcharme. Es lo mejor para mí. Y para ti. Yo... necesito tiempo para estar con Nicola. Necesito contarle lo que ha sucedido. Y ver si me puedo ganar su perdón. Ha llegado la hora de que se convierta en mi prioridad, para variar.

Helen podía ver que estaba decidido. Se quedó desolada ante la idea de perder a uno de sus mejores agentes —y uno de sus mejores amigos en la comisaría—, pero él había llegado a una resolución y no tenía sentido discutirlo.

—Pensé que intentarías disuadirme, así que mientras venía de camino he dejado otra copia en la mesa de Harwood.

Helen no pudo evitar sonreír. Era típico de Tony: diligente hasta el final.

—¿Qué pasó, Tony?

Tony la miró fijamente a los ojos mientras le respondía, sin querer eludir su responsabilidad.

—Fui débil. La deseaba y..., no es una excusa, pero mi vida ha estado tan... desierta. Tan vacía. Y me ofreció algo que yo no tenía. Lo más probable es que todavía estuviera con ella si no... Necesitaba hacerlo. Tenía que recordarme a mí mismo qué era lo importante. Qué es lo que amo. Ahora sé que quiero a Nicola. Quiero que sea feliz, quiero que seamos felices. He ahorrado algo de dinero, así que... voy a pasar algo de tiempo con mi esposa.

Helen se sorprendió ante tal declaración de propósitos. Para ser un hombre tan perdido, que la había jodido tanto, de repente Tony tenía muy claro qué era lo que necesitaba hacer. Su fortaleza era admirable, pero seguía siendo una pérdida terrible.

—Sé que podría intentar escaquearme de las consecuencias, pero he traicionado a mi mujer, y he traicionado al cuerpo de policía. La primera vez que vi a Melissa le hablé acerca de Angel —lo que sabíamos y lo que no— y ella se inventó a Lyra para rellenar los huecos. Me dijo lo que quería oír. No habría podido llevarnos hasta un callejón sin salida si yo no le hubiera revelado datos confidenciales de la

investigación. Me engañaron con el truco más viejo del mundo. Para protegerte a ti, para proteger al equipo, es mejor que me vaya.

Helen iba a intervenir, pero Tony no había acabado.

—Si te parece bien, no voy a volver a la comisaría. Me gustaría que tuvieran un buen recuerdo de mí. Tal como era.

—Por supuesto. Hablaré con recursos humanos y supongo que alguien del sindicato se pondrá en contacto contigo. Intentaré conseguirte el mejor finiquito que pueda, Tony.

—Ya has hecho demasiado. Siento que al final mi aportación sirviera para tan poco.

Con esa frase se levantó de la mesa, la emoción atrapada en su voz. Era obvio que quería irse, y Helen no le detuvo.

—Cuídate, Tony.

Alzó la mano para despedirse mientras bajaba por la calle, pero no se dio la vuelta. Había sido uno de sus suboficiales más prometedores, su mejor consejero, y ahora se iba. Angel todavía estaba ahí afuera y Helen estaba más sola que nunca.

Lo que os voy a contar no puede salir de esta habitación. No nos podemos permitir distracciones innecesarias, esto no puede difundirse. Así que no habléis de ello, ni se lo contéis a vuestras parejas o amigos. Quiero discreción total.

El equipo se había reunido en el despacho con muy poca antelación, todos menos Fortune, a quien no habían podido encontrar. Helen no quería empezar sin que todo el mundo estuviera presente, pero no tenía más remedio. Tenía que cortar esto de raíz.

—Seguramente hayáis oído rumores, y lamento decir que son ciertos. Tony Bridges tuvo relaciones sexuales con Melissa Owen y puso en entredicho la investigación.

Estaba claro que algo habían oído, pero, así y todo, fue muy duro que se lo confirmaran.

—Lyra Campbell es un callejón sin salida, el intento de Melissa por achacar a otra persona el asesinato de Anton Gardiner. Creyó que podría utilizar a Tony para librarse. Lo único bueno que hemos sacado de este desastre es que va a pasar el tiempo que debe en la cárcel por lo que ha hecho. Tony... Tony no va a volver. Ha dimitido esta misma tarde. Charlie ocupará su lugar a partir de ahora.

Helen se dirigió a Charlie, pero ella no la estaba mirando a los ojos. Helen vaciló, extrañada, y siguió con lo que estaba contando.

—Así que volvemos a empezar.

Un par de cabezas se agacharon al oírlo, por lo que Helen continuó con brío.

—Tenemos una información que puede sernos de ayuda. El equipo forense ya ha analizado la sangre que se encontró en la zona de carga del muelle. Había suficiente sangre en los contenedores y en el suelo como para determinar que pertenece a una mujer, de grupo sanguíneo 0, que bebe alcohol a menudo y que toma tranquilizantes y cocaína. Todavía más interesante son los niveles de prolactina, inusualmente altos. Lo que nos indica que está dando el pecho.

El equipo dejó escapar una exclamación colectiva. Era algo sorprendente y que claramente aumentaba las posibilidades.

—Así que puede que Angel tenga un hijo, o que haya dado al bebé en adopción, pero de una manera o de otra, alguien, en algún momento, habrá mantenido contacto con ella. Puede que haya sido su médico de cabecera, un ginecólogo, los servicios sociales, centros de acogida, las urgencias de algún hospital o una farmacia. Gracias a Jason Robins, ahora tenemos un retrato robot de Angel bien detallado —McAndrew os lo pasará ahora—, así que quiero que todos, y me refiero a todos, salgáis a preguntar por ahí.

El equipo estaba a punto de separarse, pero se detuvieron al ver aparecer a Fortune de repente.

—Solicité que estuviera aquí el equipo al completo, Fortune —le regañó Helen.

—Lo sé y lo siento, jefa —contestó el policía, sonrojándose—. Pero estaba trabajando en el área informática con los chicos... y creo que he encontrado algo.

El equipo se volvió a sentar, expectante.

—Estábamos intentando encontrar una manera de ver la dirección IP de los otros participantes en InfoZorras. Para localizar a alguno de los otros hombres que se habían puesto en contacto con Angel. No es que fuera muy divertido, pero al mirar lo que habían escrito me di cuenta de algo. Ciertas frases y palabras que se repetían.

El interés de Helen estaba centrado en lo que le estaba contando. Intuía lo que le iba a decir, y, si tenía razón, eso lo cambiaría todo.

—Había ciertos nombres que era usuarios frecuentes del foro, contribuidores anónimos como «PussyKing», «fillyerboots», «Blade», «BlackArrow», que relataban sus encuentros sexuales y animaban a otros participantes como Simon Booker, Alan Matthews y Christopher Reid a buscar a Angel. Les decían dónde la podían encontrar y lo que ella podía hacer. Estaba releendo mientras los informáticos trabajaban en ello y me di cuenta de que en más de una ocasión «PussyKing» había utilizado la expresión «romper a esa zorra». Y recordé que «Blade» también había escrito esa misma frase. Los dos se referían al sexo oral con el verbo «chupar», al igual que «fillyerboots». Y los tres escribían mal la palabra «éxtasis», ponían «éstasis». Así que imprimí todas sus aportaciones y... la manera de escribir, las faltas de ortografía, las palabras que utilizan, todo es idéntico.

—De modo que todo este tiempo hemos estado buscando a tres hombres cuando realmente...

—Todos son la misma persona —añadió Fortune.

—Todos son Angel.

Incluso cuando lo dijo en voz alta, la cabeza de Helen empezó a dar vueltas.

—Ha estado atrayendo a sus propias víctimas.

El equipo se quedó atónito. Estaba claro por qué no habían conseguido localizar a los clientes de Angel: porque no existían. ¿Cómo podían haberse equivocado tanto?

—Bien. Tenemos que cambiar de táctica inmediatamente —continuó Helen, animando a su tropa boquiabierta—. Vamos a dar por sentado que la mala ortografía en los paquetes que envió era un intento deliberado para que creyéramos que la asesina no había acabado el colegio, o quizás que era disléxica. Pero lo cierto es que es culta y sofisticada. Buscamos a una mujer de extenso vocabulario, aficionada a manipular aparatos informáticos, y con un cerebro extraordinariamente metódico, tanto como para planear y ejecutar esos asesinatos con el mínimo riesgo para ella. No es estúpida. Es astuta, inteligente y atrevida.

El equipo estaba pendiente de cada palabra, mientras la primera imagen detallada que tenían de la asesina se iba formando frente a ellos.

—Bebe alcohol con frecuencia, es consumidora de drogas y hace poco tuvo un hijo. Probablemente tenga un historial de prostitución, pero no ha sido arrestada nunca; su ADN no estaba en la base de datos. Así que puede que sea relativamente nueva en el mercado. Se supone que le habrán quedado marcas de la última pelea, quizás incluso esté herida. Tenemos mucho con lo que trabajar, tenemos el retrato robot, pero debemos ser listos. Concentrémonos primero en el segmento más alto: *escorts*, estudiantes universitarias..., y pensemos en la geografía de los asesinatos. Me apuesto algo a que se esconde en la parte norte o el centro de la ciudad, así que encontrémosla.

El equipo se apresuró a recoger los retratos robot, decididos a acabar la investigación y encontrar a la asesina. La única que no mostró entusiasmo fue Charlie. Y Helen quería saber por qué.

Charlie se estaba alejando de la comisaría con rapidez, pero no tanta. Helen la alcanzó antes de que cruzara la calle. Fue directa al grano.

—¿Qué está pasando, Charlie?

—¿Perdón?

—Normalmente te pondrías manos a la obra, pero hay algo que te preocupa.

Charlie miró a su jefa. No tenía sentido inventarse una mentira, ya habían superado esa fase.

—Es Steve. Quiere que deje mi trabajo.

—Ya veo —contestó Helen. No se sorprendió—. Siento haberte puesto en una situación difícil. Podría haber manejado mejor a Steve.

—No es por tu culpa. Ya venía de antes. Desde...

No necesitaba decirlo en voz alta.

—Lo entiendo. Te necesitamos. Sabes que te necesitamos, pero tienes que hacer lo que sea adecuado para ti. No me interpondré en tu camino y te apoyaré decidas lo que decidas, ¿vale?

Helen puso una mano en el hombro de Charlie, a modo de consuelo.

—Gracias.

—Y si necesitas hablar con alguien...

—Claro.

Helen se dio la vuelta para marcharse.

—¿Y cómo estás tú?

Helen se detuvo, sorprendida ante la pregunta de Charlie. Su mirada se posó en el quiosco de prensa que estaba al otro lado de la calle, y en la portada del *Evening News*, que prometía más noticias acerca de Robert y Marianne. No era difícil averiguar la razón por la que Charlie preguntaba.

—No sé cómo lo hace.

—¿Quién?

—Garanita. Sabe adónde voy, lo que hago. A quién veo. Lo sabe todo. Es como si se hubiera metido dentro de mí y... no sé cómo lo hace.

—¿Alguien que le filtra información?

—No..., no es solo esta investigación. Es sobre mí. Asuntos personales. Es un fantasma que me sigue a todas partes.

Helen odiaba mostrarse tan perdida frente a Charlie, pero no tenía sentido esconder su dolor delante de alguien que había cruzado el infierno a su lado.

—Has soportado cosas peores. No la dejes ganar.

Helen asintió. Sabía que Charlie tenía razón, pero era difícil mostrar optimismo cuando estaba en tan franca desventaja.

—Es un gusano —continuó Charlie—. No se merece ni estar en la misma calle que tú. Tenga lo que tenga ella, tú eres Helen Grace. Eres una heroína. Nadie es capaz de destrozar eso. Yo creo en ti, y tú también deberías.

Helen alzó la vista, agradecida ante el apoyo de Charlie.

—Y en cuanto a Emilia Garanita —siguió diciendo Charlie—, ya tendrá su merecido. Siempre les pasa a los de su calaña.

Charlie sonrió y Helen le devolvió la sonrisa. Poco después, las dos mujeres se separaron.

Al volver a la comisaría Helen se sintió momentáneamente animada, contenta de haber recibido unas palabras de aliento de parte de la mujer a la que había intentado excluir de su equipo. Al llegar a la entrada, se dio cuenta de que llevaba el teléfono móvil apagado desde que había salido a la luz la identidad de Robert. Lo encendió, se encontró con un montón de mensajes de voz, y entre todos ellos el SMS de Robert.

Había escrito: «Que te jodan».

Ya era tarde para cuando Charlie llegó a casa. El reloj marcaba las once y cuarto de la noche, y todo estaba en silencio. No había ninguna señal de...

—Hola.

Charlie se sobresaltó al escuchar la voz de Steve. Se giró y le vio sentado, a oscuras, en el sofá del salón. Ella entró en la habitación y encendió la luz. Él frunció el ceño, molesto por el brillo incandescente de la lámpara.

—Te he estado esperando durante horas, pero supongo que te has quedado trabajando.

Su voz era neutra, y no reflejaba la amargura que Charlie había estado temiendo. Con todo, se puso nerviosa. Era su voz de hacer negocios.

—¿Dónde has estado? —le preguntó. Sintió que le iba a decir algo crucial, ¿algo malo?, pero se sentía muy aliviada de que hubiera vuelto a casa.

—En casa de Richard.

Su mejor amigo. Charlie le había llamado cuando estaba buscando a Steve, pero él le había mentado. No le sorprendía.

—He estado pensando mucho. Y he tomado una decisión —continuó Steve.

Charlie se puso en tensión, pero se quedó callada.

—Quiero tener un hijo, Charlie. —Ahora sí que parecía enfadado—. Quiero tener un hijo contigo, más que ninguna otra cosa en este mundo. Pero no podremos hacerlo mientras sigas trabajando así, poniéndote en peligro todos los días. No puedo hacerlo otra vez. ¿Lo entiendes?

Charlie asintió.

—Te estoy pidiendo que renuncies. Para que podamos tener la vida que siempre hemos querido. Y si no puedes hacerlo, o no quieres..., entonces creo que no puedo seguir.

Ahí estaba. El ultimátum que se había estado avecinando los últimos dieciocho meses.

En ese momento, esa era la herencia que les había legado Marianne.

Ya era pasada la medianoche y la oficina estaba desierta. Los agentes de policía que no estaban siguiendo pistas dormían en sus camas, conscientes de que al día siguiente les aguardaba otra jornada dura. Helen había reunido los informes del caso y estaba buscando un sitio donde guardarlos. No era muy aconsejable sacarlos de la comisaría, pero quería llevárselos a casa y repasarlos una vez más con ojos descansados. Se reprendió de nuevo por haberse dejado engañar tan fácilmente, acabando en un callejón sin salida.

Clac, clac. Clac, clac.

Alguien se acercaba por el pasillo.

La superintendente Ceri Harwood. Inmediatamente Helen se puso a la defensiva. No había sabido nada de Harwood desde hacía tiempo y eso hizo que se pusiera más nerviosa.

—¿Trabajando hasta tarde? —preguntó Harwood.

—Acabando. ¿Y usted?

—Sí, pero no es por eso por lo que estoy aquí tan tarde. Quería hablar contigo a solas y parece que la hora de las brujas es el mejor momento para encontrarte.

Un insulto muy casual. Helen tuvo la impresión de que le había preparado una emboscada.

—No quería hacer esto delante del equipo. Estas cosas se llevan mejor... con delicadeza.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Helen.

—Te voy a apartar del caso.

Ahí estaba, a plena luz.

—¿Y con qué motivos?

—El motivo es que la has cagado, Helen. Nos falta un sospechoso, no hemos arrestado a nadie, pero ya son cinco cadáveres. Y tengo una inspectora jefe que ha estado tan distraída protegiendo al delincuente de su sobrino que no se ha dado cuenta de que su segundo al mando estaba follándose a una testigo clave.

—Creo que está siendo muy injusta. Hemos cometido errores, pero estamos más cerca que nunca de encontrarla. Es el final de la partida, y con el mayor de los respetos, suger...

—No finjas que alguna vez me has tenido respeto, Helen. Sé lo que piensas. Y si alguna vez hubieras intentado esconder tu... desprecio, tal vez no habríamos llegado a esto. Pero lo cierto es que eres problemática, Helen. Te contagias como un virus allá donde vas, y no confío en ti para liderar esta investigación. Y por eso me he visto

obligada a acudir al comisario jefe.

—¿Quién se va a encargar del caso?

—Yo.

Helen sonrió amargamente.

—Así que ahora que por fin estamos acercándonos, ¿se sube a bordo? ¿Así es como trabaja? ¿Así es como ha llegado tan alto en su carrera, sin tener que hacer nada?

—Ten cuidado, Helen.

—Solo quiere la gloria. Un parásito.

—Llámame lo que te dé la gana. Pero yo estoy al mando y tú estás fuera.

Harwood hizo una pausa, disfrutando de su victoria.

—Yo me encargo de la prensa.

—Seguro que sí.

—Y se lo diré al equipo, mañana por la mañana a primera hora. ¿Por qué no ordenas un poco todo esto y te tomas una semana de vacaciones? Ya encontraremos algo para cuando vuelvas. A lo mejor puedes redactar el informe del asesinato de Alexia Louszko.

—Tendrá suerte si me vuelve a ver por aquí.

—Es decisión tuya, Helen.

Ya había cumplido con su objetivo y se fue, lanzándole un «Buenas noches» de cortesía sin darse la vuelta. Helen la contempló irse, un torbellino de emociones recorriéndola, mientras se daba cuenta de todo lo que significaba su derrota. Había sido transferida. Su investigación y su carrera estaban destrozadas, y no había nada que pudiera hacer para arreglarlo.

No le miraba. Por mucho que él le suplicara, ella no le miraba. Sus ojos estaban fijos en la ventana, sin ver nada. Tony Bridges rodeó la cama para situarse al otro lado, pero al acercarse a la línea de visión de Nicola, ella movió los ojos en la dirección contraria. Le empezaron a rodar lágrimas por las mejillas.

Tony también estaba llorando. Había empezado a llorar incluso antes de terminar con su confesión. Una vergüenza aplastante le había abrumado, haciendo que su mea culpa fuera vacilante y entrecortado. Al principio, había visto preocupación en los ojos de Nicola —pensando que a lo mejor un miembro de la familia había muerto, o que él había perdido el trabajo—, pero poco a poco su mirada se había endurecido y se había estrechado, a medida que la verdadera naturaleza de su pecado había quedado al descubierto. Así que permanecían separados en la misma habitación, mucho más de lo que lo habían estado en toda su vida de casados.

¿Qué le podía decir? ¿Cómo podía arreglar las cosas? Había buscado en los brazos de otra mujer algo que su esposa nunca sería capaz de darle.

—Sé que probablemente me odias. Y si quieres que me vaya, no voy a discutir. Pero quiero quedarme. He dimitido de la policía, así que puedo empezar a reparar el daño que te he hecho, cambiar mi vida, ser el marido que te mereces.

Nicola siguió mirando a la puerta.

—Quiero que seamos como antes. Al principio, cuando nunca nos separábamos, ni por una sola noche. Yo... cometí un error y, aunque no pueda compensarte nunca..., me gustaría que fuera un nuevo comienzo. Para mí. Para nosotros.

Tony agachó la cabeza, una vez más agobiado ante la posibilidad de que Nicola decidiera terminar con su matrimonio y echarle a la calle. ¿Por qué había sido tan estúpido? ¿Tan egoísta?

Pero Nicola se negaba a reaccionar. Al mantener una conversación, normalmente parpadeaba una vez para decir «sí» y dos veces para «no», pero había mantenido los ojos decididamente abiertos. Tenía la cara húmeda, así que Tony se acercó para secársela con un pañuelo de papel. Nicola cerró los ojos y continuó así, negándose a mirarle, mientras él le acariciaba las mejillas.

—Tal vez nunca vuelvas a quererme, pero yo quiero intentarlo. De verdad que quiero intentarlo. No te voy a obligar, y si quieres que me vaya y que llame a tu madre ahora mismo, que le cuente lo que ha pasado, lo haré. Pero, si me quieres, déjame que intente hacerlo mejor. No más noches separados, no más conversaciones inacabadas. No más cuidadores, no más extraños. Solo tú, yo... y Charles Dickens.

Se acercó al cabecero de la cama y, por primera vez en todo el día, ella no miró a

otra parte.

—Tú decides, cariño. Estoy en tus manos. ¿Me dejarás que lo intente?

El silencio en la habitación era opresivo. Todo lo que Tony podía oír era su propio corazón, latiendo. Pensaba que iba a explotar de tensión, pero al final los párpados de Nicola se movieron.

Los bajó una vez, y así se quedaron.

El centro de asesoramiento de estudiantes estaba situado en la parte más ruinoso de Highfield Road, en Portswood. Estaba cerca del campus de la universidad de Southampton, pero también estaba abierto a estudiantes de la universidad de Solent y del Oceanográfico, siempre que no les importara desplazarse tanto hasta el norte. Sanderson se encontraba en la puerta, balanceándose sobre sus cansados pies, mientras esperaba que llegara Jackie Greene. Los universitarios eran criaturas nocturnas y los terapeutas terminaban trabajando hasta bien entrada la noche, pero aun así Sanderson estaba cabreada ante el hecho de que Greene llegara tarde. Era una mujer adulta —de hecho, era la directora, y la psicóloga con más experiencia del centro—, así que podría haber llegado a tiempo para reunirse con la policía.

Para cuando la rolliza señora Greene llegó, la razón de su retraso resultó obvia. No le gustaba la policía. ¿Era por sus ideas izquierdistas (tenía pegatinas de Greenpeace y del sindicato de estudiantes adornando su ordenador) o por solidaridad con los universitarios, a quienes creía que les habían reprimido de manera brutal en las últimas manifestaciones contra los recortes en educación? De cualquier manera, no tenía ningún interés en ayudarles. Pero a Sanderson no le importaba. Estaba de mal humor y dispuesta para la pelea.

—Estamos centrándonos en chicas universitarias que sean, o hayan sido, trabajadoras sexuales. Probablemente consume drogas y alcohol, puede que tenga tendencia a ser violenta, y creemos que ha tenido un hijo hace poco.

—Eso son muchos «puede» y «probablemente» —contestó Greene, sin ser de gran ayuda—. ¿Han hablado con las maternidades de los hospitales?

—Por supuesto, pero su organización abarca a todos los estudiantes, y, por tanto, usted es la más adecuada para respondernos —dijo Sanderson, ignorando el intento de Greene por esquivar su pregunta.

—¿Qué les hace pensar que es una universitaria?

—No sabemos si lo es. Pero es joven, tiene educación superior y habilidad con los ordenadores. No se trata de alguien a quien se le dieran mal los estudios y abandonara el instituto. Es una chica que tenía —tiene— mucho que ofrecer al mundo, pero que se ha desviado de su camino. Si tiene, o ha tenido, un bebé, es esencial que la localicemos cuanto antes. Le voy a pasar un retrato robot que me gustaría que mirara, a ver si le recuerda a alguien.

Jackie Greene cogió el dibujo.

—Probablemente tenga magulladuras, o alguna herida procedente de una pelea. Si alguien parecido ha llamado o la ha visitado...

—No me suena.

—Inténtelo de nuevo.

—¿Por qué? Ya le he dicho que no la reconozco. Así que, a no ser que dude de mi palabra...

—No estoy segura de que entienda la importancia de este asunto. Ya hay cinco personas muertas, y habrá más si no la detenemos, así que quiero que lo piense bien. ¿Se ha puesto en contacto con su centro alguna estudiante que trabaje en la industria del sexo y que encaje con la descripción?

—Realmente no tiene ni idea, ¿verdad? —bufó Greene, sacudiendo la cabeza.

—¿Perdón?

—Tenemos docenas..., muchísimas chicas que encajan con este perfil que nos llaman por teléfono, todas las semanas. ¿Sabe usted lo cara que resulta una licenciatura hoy en día? Ya veo que no.

Sanderson hizo caso omiso del insulto.

—Siga.

—No voy a darle nombres. Nuestras sesiones de terapia son totalmente confidenciales, debería saberlo.

—Y usted debería saber que en circunstancias extraordinarias, y estas lo son, puedo solicitar una orden judicial obligándola a que me entregue los expedientes. Lo que significa que repasaremos cada minúsculo detalle de las vidas de todos los estudiantes que hayan hablado con usted.

—Me puede amenazar todo lo que quiera. No le voy a dar nombres.

—Se lo pediré otra vez. ¿Alguien que se corresponda con el perfil se ha puesto en contacto con ustedes?

—¿Está sorda, guapa? Hay muchas chicas que encajan en esa descripción. Se les acaba el dinero, recurren a la prostitución, descubren que no lo soportan, pero para entonces ya es demasiado tarde. Así que beben, o toman drogas para poder olvidarlo, y muchas de ellas sufren violaciones, palizas o se quedan embarazadas. Algunas de estas chicas estudian carreras de seis o siete años, y mamá y papá no pueden costeárselo, y está claro que el gobierno no va a hacer nada para ayudarlas, así que ¿qué pueden hacer?

Sanderson sintió un escalofrío en la espalda mientras su intuición se abría paso.

—Perdone un momento. ¿Diría usted que las chicas que estudian carreras más largas son más propensas a ejercer la prostitución?

—Pues claro. Tiene sentido, ¿no? Les cuesta decenas de miles de libras terminar unos estudios así, y las putas ganan más que las camareras, así que...

—¿Y cuáles son las licenciaturas que duran más años?

—Veterinaria, algunas ingenierías, pero sobre todo medicina.

—¿Y últimamente les ha pedido ayuda una estudiante de medicina que pueda encajar con nuestro perfil?

—Más de una. Pero, como ya le he dicho, no le voy a dar nombres.

Jackie Greene se recostó en su silla, con los brazos cruzados, retando a Sanderson a que consiguiera una orden judicial. Lo haría si fuese necesario, pero a Sanderson se le había ocurrido otra manera de lograr lo que necesitaba. Salió del centro de asesoramiento y se dirigió a la oficina de administración de la universidad. Una idea se estaba formando en su mente, y quería confirmarla tan pronto como le fuera posible. Después de todo, ¿quién mejor para practicar una toracotomía casera que una antigua estudiante de medicina?

Debería haberse ido hacía horas, pero Helen no podía marcharse. Eran casi las nueve de la mañana, el equipo estaría llegando a la oficina, y, sin duda, Harwood esperaría a que estuvieran todos antes de tomar las riendas del caso. Se le daba muy bien esperar al momento oportuno para conseguir el efecto deseado. Conseguiría que alguien del boquiabierto grupo le pusiera al día, antes de asignar las tareas. Lo que implicaba que Helen tenía una hora, dos como máximo, antes de que la apartaran oficialmente.

Se había llevado los informes del caso y se había encerrado en una sala de interrogatorios con problemas de humedad, en la que la gente no solía entrar. Durante toda la noche había estado repasando todos los documentos del expediente, intentando discernir lo que era importante. Yendo hacia atrás, desde el más reciente asesinato, había estado buscando correlaciones y paralelismos, rastreando pistas de las razones que habían llevado a Angel a empezar a matar y de qué haría a continuación. ¿Tenían aquellos hombres algún nexo con el mundo universitario? ¿Habían utilizado un servicio que les proporcionaba chicas «mejores»? ¿Cuál había sido el desencadenante? ¿Con quién estaba enfadada? Preguntas, preguntas, preguntas.

Mientras el amanecer llegaba y se iba sin que hubiese avanzado lo más mínimo, Helen había vuelto a las reglas básicas. ¿Quién era Angel y qué la había impulsado a matar? ¿Cuál era la chispa que había encendido la hoguera?

Abriendo la carpeta de Alan Matthews, volvió a releer los detalles por enésima vez. Estaba tan cansada que las palabras flotaban delante de ella. Bebió otro trago de café frío y se puso a mirar las fotografías de la escena del crimen. Las había visto en numerosas ocasiones, pero todavía le revolvió el estómago: ese torso abierto en dos para que todos lo vieran.

Para que todos lo vieran. La frase revoloteó por su mente, mientras observaba el cuerpo de Alan Matthews. De repente se fijó en la capucha, la que le había colocado en la cabeza antes de su muerte. Helen había creído que era por simple precaución: una asesina primeriza intentando ocultar su identidad, por si acaso le salía mal y se le escapaba la víctima. Pero ¿y si significaba otra cosa? Se había tomado su tiempo con los otros, les había insultado y les había rajado con el pulso firme, disfrutando. La toracotomía casera que le había practicado a Alan Matthews, tal como la había denominado Jim Grieves, era más irregular, más brutal. ¿Porque era su primera vez o acaso había algo más en juego? ¿Estaba nerviosa?

Helen miró el reloj. Las nueve y media pasadas, casi se le había acabado el

tiempo. Pero notaba que estaba a punto de comprender algo importante, como si las piezas del rompecabezas se empezaran a juntar delante de ella. Tenía que seguir, y esperar, contra toda lógica, no ser descubierta. Su teléfono empezó a vibrar, pero no le hizo caso. No tenía tiempo para distracciones.

La capucha. Había que centrarse en la capucha. El rasgo más identificativo del primer asesinato. Angel podía haber querido ocultar su identidad por si acaso la víctima se escapaba o podía haberlo hecho porque... no quería mirarla a los ojos, cuando le abriera con un cuchillo. ¿Le tenía miedo? ¿Pensaba que los nervios la iban a traicionar? ¿Acaso le conocía?

No había utilizado la capucha para asfixiarle y no la había usado en el resto de asesinatos, así que ¿qué era lo que marcaba como única a la primera víctima? ¿Tenía algún tipo de poder sobre ella? ¿Por qué era especial Alan Matthews? Era un hipócrita, un perverso sexual perteneciente a la Iglesia baptista y aficionado a dar palizas a su familia...

El eco de un recuerdo. Algo que llamaba la atención de Helen. De repente apartó todos los informes, buscando la carpeta de la vigilancia a la que Fortune y su equipo habían sometido a la familia Matthews. Tenían muchas cosas apuntadas, la rutina diaria, los horarios, cosas que les podrían ser útiles, pero Helen quería encontrar las fotos del funeral. Había estado allí mismo, por el amor de Dios, ¿acaso había tenido la respuesta en sus propias narices?

Fotos del cortejo fúnebre abandonando la casa, de las personas vestidas de negro que llegaban, de la familia saliendo de la iglesia. Todas ellas planteando el mismo interrogante. Ahí estaba Eileen, apoyándose en el brazo de su hija mayor, Carrie. Ahí estaban los gemelos, vestidos de traje. ¿Pero dónde estaba Ella? Cuando estaba vivo, Alan Matthews había presumido mucho de tener cuatro hijos, ser un fértil cabeza de familia de un grupo unido, devoto y disciplinado, así que ¿dónde estaba su hija menor? ¿Por qué no había ido al funeral? Y, lo que era todavía más importante, ¿por qué nunca habían hablado de ella durante las entrevistas con la policía, en las oraciones del funeral? ¿Por qué habían borrado a Ella de su vida?

Mientras meditaba esa idea, se le ocurrió otra. El corazón. Todos los demás se habían enviado a los lugares de trabajo, pero no el de Alan Matthews. Ese se había depositado en la casa familiar. Eso tenía que significar algo.

El teléfono de Helen empezó a vibrar de nuevo. Estuvo a punto de rechazar la llamada, pensando que sería una airada Harwood, pero reconoció el número y lo contestó.

—Inspectora Grace.

—Jefa, soy yo —dijo Sanderson—. Estoy en la oficina de admisiones de la universidad y creo que puedo tener algo. Estaba repasando la lista de los universitarios que habían abandonado los estudios este año, en particular las chicas que cursaran medicina. Tengo un nombre.

—¿Ella Matthews?

—Ella Matthews —confirmó Sanderson, sorprendida ante la intuición de su jefa—. Fue buena estudiante el primer año, y después se descarrió. Entregaba tarde los trabajos, llegaba a clase borracha o fumada, se mostraba agresiva con los demás. Su asistente social sospecha que había optado por la prostitución, puesto que su familia no le financiaba los estudios. Un desastre. Hace seis meses que no saben nada de ella.

—Buen trabajo, sigue con ello. Encuentra a sus amigos, a sus tutores, a cualquiera que nos pueda dar información acerca de a qué sitios le gustaba ir, dónde se sentía segura, dónde compraba las drogas, cualquier cosa. Es nuestra sospechosa principal, no dejes piedra por remover.

Sanderson colgó. Helen sabía que ya no tenía derecho a dar órdenes, pero, ahora que por fin tenían algo, no iba a dejar que Harwood lo estropeará todo. Todavía sentía el caso como suyo, y Helen no estaba preparada para abandonarlo. Recogió el expediente y salió de la habitación.

Tenía poco tiempo, pero Helen sabía que solo había una persona que podía contarle la verdad. Y se dirigía a verla.

Eran más de las diez. Deberían haberse ido a trabajar hacía horas. Pero en vez de eso yacían juntos, felices y calentitos en su esplendor poscoital, sin mover un solo músculo. Después de toda la emoción y la angustia de las últimas horas, quedarse quietos y en silencio era lo que más les apetecía.

Después de que Steve le hubiera lanzado su ultimátum, el primer instinto de Charlie había sido contraatacar. Odiaba que la acorralara, que la obligara a escoger entre ser madre o ser policía. Pero incluso cuando le acusaba de cambiar las reglas a mitad del juego, de romper las promesas que le había hecho, podía sentir que no lo estaba haciendo de corazón. Si realmente tenía que escoger entre su trabajo o él, Steve ganaba todas las veces. A Charlie le encantaba ser policía; esa era toda su ambición, y había pagado un precio muy alto. Pero no se podía imaginar la vida sin Steve, y él tenía razón. Había una ausencia en su vida, el imborrable recuerdo del bebé que Charlie había perdido durante su secuestro.

Habían discutido durante horas, pero al final Charlie se había comprometido a dejar su trabajo. En ese momento, Steve se había echado a llorar. Charlie también. Habían terminado en la cama, haciendo el amor con una pasión y una urgencia que les sorprendió a ambos. No habían utilizado anticonceptivos, un reconocimiento implícito de que las cosas habían cambiado y que ya no había vuelta atrás.

Era tan agradable, tan transgresor, quedarse en la cama con él. Había apagado el teléfono y había evitado pensar en Helen y en el equipo, que probablemente se estarían preguntando dónde estaba. La llamaría más tarde y se lo explicaría todo.

Si sintió un ramalazo de culpabilidad, o algo más, Charlie sencillamente lo ignoró. Ya había tomado una decisión.

Helen estaba segura de que Eileen Matthews le cerraría la puerta en la cara, pero por una vez tuvo suerte. Fue uno de los gemelos quien la abrió, y, al ver su placa policial, la dejó pasar. Mientras el chico subía las escaleras para avisar a su madre, Helen inspeccionó el salón. Todo lo que vio confirmaba sus sospechas.

Eileen Matthews entró en la habitación. Era evidente que tenía un discurso preparado, pero Helen no estaba de humor para ser aleccionada.

—¿Dónde está Ella? —ladró Helen, señalando con la cabeza las fotos enmarcadas de la pared.

—¿Cómo dice? —respondió Eileen.

—Puedo ver fotos de Alan y de usted. Hay muchas fotos de los gemelos. Y de Carrie: de su confirmación, de su boda. Pero no hay *ninguna* de Ella. Su marido y usted presumían mucho de familia. Así que se lo volveré a preguntar: ¿dónde está Ella?

Era como si hubiera golpeado a Eileen en la cara. Se quedó sin palabras, y respiraba entrecortadamente. Por un momento, Helen pensó que se iba a desmayar, pero al final contestó:

—Está muerta.

—¿Cuándo? —gritó Helen, sin llegárselo a creer.

Otra larga pausa. Entonces añadió:

—Está muerta para nosotros.

Helen negó con la cabeza, furiosa de repente con esa mujer tan estúpida y llena de prejuicios.

—¿Por qué?

—No tengo por qué contestar a sus pregun...

—Sí que tiene, y, si no empieza a hablar ahora mismo, voy a sacarla esposada de esta casa. Delante de sus hijos, delante de sus vecinos...

—¿Por qué nos está haciendo esto? ¿Por qué está...?

—Porque creo que fue Ella quien mató a su marido.

Eileen cerró los ojos y se derrumbó en el sofá. En ese momento Helen supo que, a pesar de todo lo que Eileen le había estado ocultando, nunca se le había ocurrido que su hija pudiera estar involucrada en el asesinato de Alan.

—Yo no... ¿Sigue en Southampton? —dijo al fin Eileen.

—Creemos que está viviendo por Portswood.

Eileen asintió, aunque era difícil saber si lo estaba entendiendo. Se produjo un largo e incómodo silencio, que fue roto por el inoportuno sonido del teléfono de

Helen. Harwood. Helen rechazó la llamada, antes de sentarse en el sofá junto a Eileen.

—Cuénteme lo que pasó.

Eileen se quedó callada, todavía en estado de shock.

—No podemos traer a Alan de vuelta. Pero podemos evitar otras muertes. Lo puede hacer, Eileen, si me lo cuenta ahora mismo.

—Siempre fue una rebelde.

Helen dio un respingo al oírla, pero no dijo nada.

—Era una niña muy dulce, pero cambió al llegar a la adolescencia. No escuchaba a nadie. Ni a mí ni a su padre. Era rebelde, destructiva, violenta.

—¿Violenta con quién?

—Con su hermana, con sus hermanos, con niños más pequeños que ella.

—¿Y qué hizo usted al respecto?

Silencio.

—¿Qué le sucedía en esos casos? —continuó Helen.

—Se le disciplinaba.

—¿Quién lo hacía?

—Alan, por supuesto —contestó, como si le extrañara la pregunta.

—¿Y por qué no usted?

—Porque es mi marido. El cabeza de familia. Yo soy su ayudante y le apoyo en la medida en que puedo, pero su deber es corregirnos cuando es necesario.

—¿«Corregirnos»? ¿Usted también fue disciplinada?

—Por supuesto.

—¿Por supuesto?

—Sí, por supuesto —contestó Eileen, desafiante—. Sé que lo moderno es rechazar el castigo físico, pero nosotros, y los miembros de nuestra Iglesia, siempre hemos creído que los golpes son precisos si la gente necesita aprender...

—¿Y eso era lo que Ella recibía, golpes?

—Para empezar. Pero no *aprendía*. Cuando era adolescente se metía en peleas, se iba con chicos, bebía...

—¿Y entonces qué le ocurría?

—Que Alan la disciplinaba con mayor dureza.

—Lo que significa...

—Lo que significa que le pegaba. Con mi consentimiento. Y si se negaba a arrepentirse, Alan la llevaba al sótano.

—¿Y?

—Se aseguraba de que aprendiera la lección.

Helen negó con la cabeza, boquiabierta ante lo que estaba oyendo.

—Puede no aprobarlo —saltó Eileen de repente—, pero tengo tres hijos sanos y obedientes que saben distinguir el bien del mal, precisamente *gracias* a la manera en la que los hemos educado. Porque les hemos criado para respetar a su padre y a través

de él...

—¿Disfrutaba Alan cuando disciplinaba a sus hijos?

—Nunca eludió su deber.

—Conteste a la puta pregunta.

Eileen se quedó callada, atónita ante el ataque de Helen.

—¿Disfrutaba su marido al castigar a sus hijos?

—Nunca se quejó de tener que hacerlo.

—¿Y disfrutaba cuando le pegaba a usted?

—No lo sé. No creo que «disfrutara»...

—¿Alguna vez se pasó de la raya? ¿Con usted?

—No..., no sé...

—¿Alguna vez le pidió que parara, y no lo hizo?

Eileen agachó la cabeza y se quedó callada.

—Enséñeme el sótano.

Eileen se resistió un poco al principio, pero ya no le quedaban fuerzas, y unos minutos más tarde Helen y ella estaban en el sótano, donde hacía muchísimo frío. Era un sitio oscuro y desolado, cuatro paredes de ladrillo, vacío excepto por una silla plegable en medio de la habitación y un contenedor de plástico en la esquina. Helen sintió un escalofrío, pero no se debía a la temperatura.

—¿Para qué es la silla?

Eileen vaciló, y después dijo:

—Alan ataba a Ella a la silla.

—¿Cómo?

—Con esposas, en los tobillos y en las muñecas. Después utilizaba un látigo o una cadena de las que hay en la caja.

—¿Y la hacía entrar en razón?

—A veces.

—¿A veces?

—Tiene que entenderlo. Ella no le obedecía. No le escuchaba. Así que algunas veces tenía que utilizar otros métodos.

—¿Por ejemplo?

Eileen se lo pensó un momento.

—Depende de lo que hubiera hecho. Si había blasfemado, le hacía comerse sus excrementos. Si había robado, le llenaba la boca de monedas y la obligaba a tragárselas. Si había estado con chicos, él... la golpeaba entre las piernas para asegurarse de que no lo volviera a hacer...

—¿La torturaba? —rugió Helen.

—La corregía —replicó Eileen—. No lo entiende, era una salvaje. Ingobernable.

—Estaba *traumatizada*. Traumatizada por culpa del matón de su marido. ¿Por qué

no lo evitó, por el amor de Dios?

Eileen no podía mirar a Helen a los ojos. A pesar de sus convicciones, al no tener a su marido al lado, ya nada le parecía estable. Helen continuó con una voz más calmada:

—¿Por qué ella y no los demás?

—Porque los otros hacían lo que se les pedía.

—Ella. ¿Cuántos años tenía cuando se casó?

—Dieciséis. Había terminado el colegio, y se casó con un buen hombre.

—¿De la Iglesia?

Eileen asintió de nuevo.

—¿Cuántos años tenía su marido? Cuando se casaron —continuó Helen.

—Cuarenta y dos.

Eileen alzó la vista, como si estuviera buscando la desaprobación de Helen.

—Las chicas jóvenes necesitan disciplina...

—Eso ya lo ha dicho —interrumpió Helen con firmeza.

Se produjo un largo silencio. Esa habitación había estado tan llena de angustia, tan llena de odio y de abusos. Qué impotente se debía de haber visto esa pobre chica, ahí abajo, con su propio padre, que le pegaba y la insultaba. Le vinieron a la mente escenas de su propia infancia, enterradas hacía tanto tiempo, y Helen tuvo que reprimirlas con decisión.

Los gemelos se estaban preocupando y llamaban a su madre. Eileen se dispuso a subir, pero Helen la cogió del brazo e hizo que se detuviera.

—¿Por qué se marchó?

—Porque estaba perdida.

—¿Porque no quería abandonar sus estudios para casarse con un tipo que podría haber sido su padre?

Eileen se encogió de hombros, molesta por la presencia de Helen y la opinión que tenía de ella.

—Ella quería estudiar, ¿no? Quería ser médico. A pesar de todo lo que le había pasado, quería ayudar a la gente.

—Fue culpa del colegio. Meten ideas en las cabezas de las chicas. Sabíamos que terminaría en lágrimas, y así fue.

—¿A qué se refiere? —preguntó Helen.

—Se escapó de nosotros. Desobedeció a su padre, dijo que encontraría la manera de pagarse los «estudios». Todos sabíamos lo que eso significaba.

La voz de Eileen casi reflejaba una alegría amarga.

—¿Qué le sucedió?

—Empezó a prostituirse. Aceptaba dinero de hombres que...

—¿Cómo lo sabe?

—Porque nos lo contó. Cuando volvió a casa, con un hijo bastardo en su vientre.

Helen jadeó, la verdadera tragedia de la vida de Ella desplegándose lentamente

frente a sus ojos.

—¿Quién era el padre?

—No lo sabía —contestó Eileen, pero ya no había alegría en su voz.

—¿Por qué no?

—Se..., se había metido en problemas. Un grupo de hombres que... la habían engañado para que fuera a su piso.

—¿Y la violaron?

De repente Eileen se puso a llorar, la cabeza gacha, los hombros sacudiéndose levemente. A pesar de sus creencias, quizás en algún lado se escondía su alma de madre.

—¿Eileen?

—Sí. La..., la mantuvieron allí dos días.

Helen cerró los ojos. Quería escapar del horror que había tenido que sufrir Ella, pero las imágenes se repetían sin cesar en su mente.

—Después la amenazaron con rajarle la garganta si se lo decía a alguien — continuó Eileen, entrecortadamente.

—Y cuando supo que estaba embarazada, ¿volvió a casa?

Eileen asintió.

—¿Y qué pasó?

—Alan la echó de casa. ¿Qué más podía hacer?

La miró suplicante, como si le rogara que lo entendiera. Helen quería chillar, pero se tragó la rabia que sentía.

—¿Cuándo sucedió esto?

—Hace seis meses.

—¿Y después fue borrada de la familia?

Eileen asintió.

—Antes, Alan le había contado a la gente que estaba trabajando en el extranjero... para una asociación benéfica, ayudando con las labores médicas. Pero, después, le dijo a todo el mundo que había muerto.

—¿Y las fotos? —preguntó Helen, esperando contra todo pronóstico que le dieran una foto reciente de su asesina.

Eileen hizo una pausa, antes de mirar otra vez a Helen con los ojos llenos de lágrimas.

—Alan las quemó todas.

Helen se apresuró a ir hacia su moto, encendiendo el teléfono mientras corría. Siete mensajes de voz. Serían todos de Harwood, pero Helen no tenía tiempo para escucharlos. En vez de eso, llamó a Sanderson.

Sonó y sonó. Entonces:

—¿Hola?

—Sanderson, soy yo. ¿Puedes hablar?

Una pausa momentánea, y:

—Hola, mamá, dame un segundo.

Chica lista. Un silencio más prolongado, y el ruido de la puerta de la escalera de incendios abriéndose y cerrándose.

—Ni siquiera debería estar hablando contigo —continuó Sanderson en voz baja—. Harwood se está volviendo loca buscándote.

—Ya lo sé, y siento tener que pedirte otro favor, pero... necesito que encuentres a Carrie Matthews. Averigua lo que sabe acerca de su hermana y a ver si te puede dar una foto de ella. Si no tiene ninguna, sácala de la universidad. Alan Matthews destruyó todas las fotos de Ella después de que se quedara embarazada a consecuencia de una violación en grupo. Ella Matthews es la asesina, estoy segura al cien por cien. La prioridad ahora es detenerla antes de que vuelva a matar.

—Me pongo a ello. Te llamaré cuando tenga noticias.

Subiendo las escaleras del piso de Jake, Helen sintió una mezcla de pánico y de alivio. Alivio por verle, pero también ansiedad ante la oscuridad que iba creciendo en su interior. A pesar de lo fuerte que era, siempre había momentos en los que se apoderaba de ella. El mundo estaba lleno de cosas desagradables y algunas veces se veía transportada a una época en la que *ella* era el saco de boxeo, cuando, junto con su hermana, debía pagar por los pecados del mundo. Estaba inquieta, incapaz de contener el pánico que la atenazaba, la sensación de que en cualquier momento estaría de vuelta en esa habitación.

Jake quería abrazarla, pero ella no le dejó. Se encadenó sin que se lo pidieran y le ordenó que se pusiera manos a la obra. Sabía que estaba siendo una maleducada, pero lo necesitaba.

—Ahora.

Jake vaciló.

—Por favor.

Entonces cedió. Cogió una fusta mediana del armario, levantó el brazo y la dejó caer con fuerza sobre su espalda desnuda.

—Otra vez.

La volvió a levantar. Esta vez no se mostró tan reticente: podía sentir el cambio en el cuerpo de Helen, a medida que la ansiedad desaparecía. Siguió golpeándola con la fusta, una y otra vez, su entusiasmo creciendo a medida que los azotes se sucedían. Helen estaba gimiendo, pidiéndole que le hiciera más daño. Jake la obedeció, cada vez más rápido.

Finalmente los latigazos empezaron a espaciarse, a medida que Helen se relajaba, y en poco tiempo todo volvió a estar en paz.

Helen atesoró este momento de tranquilidad. Su vida había estado tan llena de peligros, tan fuera de control..., pero, pasara lo que pasara, siempre podría acudir a ese sitio. Jake era el chute que necesitaba cuando la oscuridad amenazaba con llevársela. No le amaba, pero le necesitaba. A lo mejor era el primer paso del camino.

Tenía suerte. Había encontrado a alguien. En cambio Ella no lo había conseguido. Había sido un juguete en manos de hombres que disfrutaban controlando y pegando a las mujeres. Primero su padre, con su afición por la violencia, su sadismo y su crueldad. Después un grupo de hombres que se dieron el placer de secuestrar y torturar a una chiquilla vulnerable. Le habían dado una paliza y la habían dejado embarazada. Una mujer soltera criando al resultado de su violación.

De repente, Robert apareció en su mente. Y a su lado, como siempre, el recuerdo de Marianne.

Era impresionante la tranquilidad que se sentía al saber que el final estaba cerca. Desde que había tomado la decisión, Ella se sentía eufórica. Se reía, le cantaba canciones a Amelia, se comportaba como una chiquilla tonta. La rabia todavía ardía en su interior, buscando una oportunidad para escapar, pero esa mañana no la necesitaba.

Había hurtado unos cuantos trajecitos de bebé el día anterior. Ahora se alegraba de haberlo hecho. Quería que Amelia estuviera presentable cuando la encontraran. Desde que había dado a luz a la niña, a solas en esa casa sucia, nunca había sabido qué sentir por ella. Era el precio de su pecado, el regalo de uno de sus violadores, recordándole la crueldad del mundo. Su primer instinto había sido ahogar a ese fardo chillón. Lo iba a hacer, pero... la niña se parecía a ella. Los que la habían violado tenían la piel oscura, el pelo negro y barba. Amelia era rubia, con una nariz como un garbancito.

Lo siguiente que se le había ocurrido había sido ignorar al bebé, castigarle por su existencia privándole deliberadamente de su comida. Pero la leche le brotaba de los pechos y sabía que estaba en juego algo más grande que ella. Así que le había dado de mamar. De vez en cuando rozaba el pezón contra la boca de la niña y después lo apartaba, tentando a la niña con su hambre insatisfecha. Pero después de un rato le había parecido cruel y estúpido, y la había alimentado con ganas. Se dio cuenta de que se sentía feliz cuando daba el pecho, cuando nutría a su pequeña, y en esos breves momentos que estaban unidas podía olvidar todo lo demás, la violencia, la hipocresía, la ira. Un día se dio cuenta de que no quería que el bebé sufriera, que quería protegerlo. Así que, cuando salía por la noche, le echaba un poco de jarabe para la tos en el biberón. Eso la mantenía dormida plácidamente hasta que su madre regresaba.

La tristeza se adueñó de su corazón, pero se la quitó de encima. Ya había tomado una decisión, no tenía sentido arrepentirse. Las pastillas la estaban esperando en la cocina. Todo lo que tenía que hacer era conseguir leche en polvo y estaría preparada.

No iba a dar un paso atrás.

Las dos mujeres mantuvieron la mirada, negándose a apartar la vista. Harwood había reaccionado como un torrente, reprendiendo a Charlie por su irresponsabilidad, cuando esta había dejado caer la bomba. Dimitía del cuerpo de policía, con efecto inmediato.

Harwood, con esa facilidad innata que tiene la gente ambiciosa, había hecho una pausa y después había seguido, como una apisonadora. Se negaba a aceptar la dimisión de Charlie. Le iba a dar tiempo para que se lo pensara, para que reconsiderara el enorme error que estaba cometiendo, para que pudiera realizar sus sueños dentro del cuerpo de policía. Charlie se preguntó si Harwood había prometido al comisario jefe que sería Charlie quien ocupara el puesto de Helen, y que esa investigación tan importante no sufriría a consecuencia de la marcha de la inspectora jefe.

—Charlie, te necesitamos. El equipo te necesita —continuó Harwood—, así que te voy a pedir que aguantes un poco más.

—No puedo. He dado mi palabra.

—Lo entiendo, pero si quieres me puedo reunir con Steve. Sé que tenía un problema con Helen, pero ella ya no cuenta.

—Para mí sí. Lo que todavía me da más razones para...

—Aprecio tu lealtad. De verdad que sí, pero parece que no ves el conjunto al completo. Estamos a punto de atrapar a esa asesina y necesito que todo el mundo esté disponible. Tenemos que cerrar este caso. Por el bien de todos.

«Por el bien de tu carrera», pensó Charlie, pero no dijo nada.

—Por lo menos, espero que sigas trabajando en tu periodo de aviso. Ya sabes lo estrictos que son en recursos humanos con el cobro de las prestaciones y demás cuando la gente no cumple lo que pone en el contrato. Haz eso por mí, por lo menos, y ayúdanos a resolver este caso.

Charlie se rindió poco después. Lo cierto era que se sentía mal por abandonar a Sanderson, McAndrew y el resto en esa etapa tan crucial. De cualquier manera, era muy extraño ocupar el puesto de Helen en la oficina. Las cosas iban a ser muy diferentes sin ella.

Sanderson había puesto a Harwood al día. Ahora se estaba dirigiendo al equipo, pero Charlie había desconectado, aburrída porque ya conocía el protocolo que emplearía Harwood. Todavía no habían encontrado a Ella, pero era cuestión de tiempo; lo sabían casi todo acerca de ella. Harwood estaba llegando a una conclusión y Charlie se espabiló justo a tiempo para ver la verdadera cara de su jefa.

—Nuestra prioridad es detener a Ella Matthews tan limpia y rápidamente como nos sea posible —anunció Harwood—. Es una asesina múltiple, y volverá a matar a no ser que se lo impidamos. Por eso he solicitado, y he obtenido, una orden judicial de emergencia para poder utilizar fuerza mayor en su captura. Tenemos un equipo de apoyo táctico que nos ayudará si lo requerimos.

Charlie miró al resto del equipo, que parecía tan asombrado e incómodo como se sentía ella, pero Harwood siguió hablando, imperturbable:

—Tenemos una misión muy simple. Y es detener a Ella Matthews. Viva o muerta.

Se había aproximado a la casa con mucha precaución y se sorprendió —y se preocupó— al ver que no era necesaria, al fin y al cabo. Los periodistas, inexplicablemente, habían abandonado la calle de Robert. La tranquilidad había regresado al barrio, pero había un silencio preñado de luto. El modesto semiadosado parecía solitario y desolado mientras la lluvia caía sobre él.

Helen se quedó quieta, mojándose más con cada segundo que pasaba, mientras decidía qué hacer. Desesperada por ver con sus propios ojos el infierno por el que estaba atravesando Robert, se había dirigido a la avenida Cole en un peregrinaje silencioso, pero estaba claro que había pasado algo. Algo que había hecho que los reporteros se fueran de allí.

Todavía estaba de pie, pensando qué hacer a continuación, cuando se abrió la puerta. Una mujer de mediana edad miró a los lados, como si estuviera esperando que saltaran sobre ella, y después se apresuró a acercarse al coche que estaba aparcado en su entrada. Metió una maleta y volvió a dirigirse a la casa. Se detuvo y se dio la vuelta al ver a una mujer atractiva, con chaqueta de cuero, de pie, parada en su calle. El recelo dio paso a la comprensión en la cara de Monica, y, sin previo aviso, se aproximó a donde estaba Helen.

—¿Dónde está? —quiso saber Helen.

—¿Qué has hecho? —le escupió Monica, la furia que sentía haciendo que sus palabras salieran entrecortadas.

—¿Dónde está? ¿Qué ha pasado?

—Se ha ido.

—¿Ido a dónde?

Monica se encogió de hombros y miró a otro lugar. Estaba claro que no quería que Helen la viera llorar.

—¿Dónde? —A pesar de la vergüenza que sentía, la voz de Helen era impaciente y amarga.

Monica alzó la vista.

—Debe de haberse ido ayer por la noche. Esta mañana hemos encontrado una nota. Él... dice que probablemente no nos vuelva a ver nunca. Que será mej...

Se derrumbó. Helen fue a consolarla, pero Monica la rechazó con rabia.

—Que Dios te maldiga por lo que le has hecho.

Volvió a meterse en la casa, cerrando la puerta con fuerza tras ella. Helen se quedó parada bajo la lluvia, sin moverse. Tenía razón, por supuesto. Helen había querido salvar a Marianne. Había querido salvar a Robert. Pero les había condenado a

ambos.

La mano de Carrie Matthews estaba temblando cuando le dio la foto a Sanderson. Era una imagen de Ella. Era un selfie que se había hecho y había mandado por e-mail a su hermana, un mensaje de solidaridad desde su exilio, y algo con lo que recordarla. Cuando Sanderson se presentó en la casa de Carrie, en Shirley, su marido, Paul, había intentado hacerse con el control de la situación, obligando a su joven esposa a que se mantuviera en segundo plano. Era fuerte y arrogante como un toro, un diácono de la Iglesia y uno de los fundadores de la Orden Doméstica Cristiana. Sanderson había disfrutado al ordenarle que saliera de la habitación, amenazándole con arrestarle si no la obedecía. Parecía sorprendido —perplejo más bien—, pero al final hizo lo que se le había dicho.

—Por favor, encuéntrala. Ayúdela, por favor —suplicó Carrie mientras sacaba la fotografía de su escondite en el vestidor y se la tendía a Sanderson—. Ella no es como todo el mundo piensa.

—Lo sé —contestó Sanderson—. Estamos haciendo todo lo posible.

Pero mientras lo estaba diciendo, Sanderson era consciente de que las posibilidades de que todo acabara bien eran mínimas. Harwood estaba dispuesta a detener a Ella costara lo que costara, y Ella había llegado tan lejos que posiblemente ya no le temiera a la muerte. De todos modos, tranquilizó a Carrie y se dispuso a irse, añadiendo de pasada que había muchas organizaciones y refugios que podían ayudarla, en caso de que alguna vez lo necesitara.

Tan pronto como salió a la calle, su radio policial cobró vida.

Una mujer que encajaba con la descripción de Ella acababa de ser vista robando en una droguería de Bevois. Había escapado de los guardias de seguridad y se había escondido por Fairview.

Sanderson se metió en el coche y se puso en marcha en escasos segundos, la sirena a toda marcha mientras el tráfico de mediodía se apartaba ante su paso. Ahí estaba. Había empezado la partida final. Y Sanderson estaba decidida a presenciar el desenlace.

Se coló como una ladrona. Sabía que no era lo correcto estar allí, a pesar de que había dirigido el lugar durante muchos años. Ahora era una extraña, ni bienvenida ni necesaria.

Después de su enfrentamiento con la madre de Robert, Helen había vagado sin rumbo, pensando en el daño que había causado. Había llamado a Jake, pero estaba con un cliente. Después de eso se había parado en seco, sin tener muy claro qué hacer a continuación. No tenía nadie más a quien llamar.

Al final se había tranquilizado y había hecho caso de su sentido común. Sí que había algo que podía hacer, y que sería útil. Aunque la habían apartado del caso, todavía tenía el expediente con ella, y, además, era importante que dejara por escrito lo que había descubierto sobre Ella para que lo pudieran usar Sanderson, Harwood y los demás. Si alguna vez el caso llegaba a juicio, todo tendría que estar meticulosamente redactado. No se podían permitir un error que les costara la justicia que se merecían a los familiares de las víctimas. Reunió todas sus fuerzas y se dirigió a la comisaría de Southampton para cumplir con su deber.

El agente que se ocupaba de la recepción creía que Helen estaba de vacaciones, y se sorprendió al verla.

—Otra vez en el trabajo, ¿eh? —le comentó de manera jocosa.

—Papeleo —fue la respuesta deliberadamente imprecisa de Helen.

La dejó pasar. Helen subió en ascensor hasta el séptimo piso. Lo había hecho en numerosas ocasiones, pero nunca como una exiliada.

Una vez en la oficina, escribió su informe y lo dejó sobre la mesa de Harwood, junto con el expediente del caso. Estaba a punto de irse cuando un ruido hizo que se sobresaltara. Por un momento se quedó confusa —Harwood y el resto del equipo estaban fuera, en plena búsqueda— y después se sorprendió. Era Tony Bridges, la otra víctima del naufragio. Se quedaron mirándose fijamente unos segundos, y después Helen dijo:

—¿Ya te has enterado?

—Sí, y lo siento, Helen. Si ha tenido algo que ver conmigo, pue...

—No ha sido culpa tuya, Tony. Es algo personal. Quiere que me vaya.

—Es una idiota.

Helen sonrió.

—Puede que lo sea, pero es la jefa, así que...

—Claro, solo quería darte..., darle... esto. Es mi informe.

—Hemos tenido la misma idea —dijo Helen, sonriendo una vez más—. Déjalo en

su mesa.

Tony alzó las cejas con tristeza y se dirigió al despacho de Harwood. Mientras le observaba irse, Helen solo podía pensar en el terrible desperdicio que suponía todo eso. Era un policía responsable y con talento, que había sido derrotado en un instante de debilidad. Había sido un estúpido, pero no se merecía ese castigo. Melissa era un personaje artero que había aprovechado la oportunidad, y los sentimientos de Tony, para su propio beneficio. Todo el mundo sabía ya que «Lyra» era una mentira. Helen estaba furiosa consigo misma por haberse dejado engañar. Con cuánta facilidad habían creído las palabras de Melissa. Solo porque lo dijera una persona, se habían metido en un callejón sin salida y habían puesto en peligro la invest...

El monólogo interno de Helen se detuvo de repente, interrumpido por una idea. Porque, por supuesto, Melissa no era la única persona que «conocía» a Lyra. Había otra persona que decía haber hablado con ese fantasma. Una chica joven. Una chica joven, con un bebé.

La mente de Helen volvió al interrogatorio; recordó a la joven prostituta frente a ella, acunando torpemente al bebé mientras les contaba de qué «conocía» a Lyra. La chica solo había utilizado monosílabos y parecía no ser muy lista, pero ahora Helen veía otra cosa en ella. La cabeza rapada y los múltiples piercings habían escondido su identidad, pero no la forma de su cara. Al mirar la foto de Ella, que Sanderson había colgado en el tablero, Helen supo al instante que esa chica —con esos pómulos altos y esa boca amplia— era Ella.

Despertó de su visión cuando se dio cuenta de que Tony estaba mirándola fijamente. Parecía preocupado.

—¿Estás bien, jefa?

Los ojos de Helen se posaron sobre él un momento, como si no se atreviera a creérselo. Después dijo:

—La tenemos, Tony. La hemos encontrado.

Helen cruzó la ciudad, dirigiéndose hacia el norte. Iba a bastante más velocidad de la permitida, pero no le importaba. Sabía cómo manejar su moto, podía esquivar a cualquier coche de la policía, y estaba obsesionada con la idea de enfrentarse a la asesina.

Tony había intentado disuadirla, pero ella se había negado rotundamente:

—Tony, no me has visto.

Lo que iba a hacer era muy peligroso, e iba en contra de todas las reglas. Si Tony se veía involucrado, perdería su pensión, su finiquito, todo. No le podía hacer eso. Además, cuanta más gente lo supiera, más oportunidades habría de que encontraran a Ella antes de que lo hiciera Helen. Y estaba decidida a que eso no pasara.

No tenía ni idea de cómo lo iba a hacer. Era presa de la urgencia, la sensación de que las cosas se acumulaban hasta llegar a un horrible clímax, y sabía que tenía que hacer todo lo que estuviera en su mano para evitar que se derramara todavía más sangre. La vida de un bebé estaba en peligro. La de Ella también. A pesar de todo lo que había hecho, a pesar de lo espantosos que habían sido sus crímenes, Helen sentía compasión por Ella y quería detenerla sin causar más daños.

Llegó a la calle Spire. Aparcó frente al edificio en ruinas, apagó el motor y bajó de la moto, en un único fluido movimiento. Miró a su alrededor; no había señales de vida en esta calle olvidada. Se aseguró de que llevaba la porra en el cinturón y se adentró en la corrala. Hacía mucho frío. La escalera estaba vacía, decorada solamente por los restos de los que habían fumado crack allí la noche anterior. Iban a demoler el edificio el próximo año, y mientras tanto se había convertido en el hogar de un grupo variopinto de okupas y drogadictos. Parecían regirse por la ley de puertas abiertas, la gente entrando y saliendo de día y de noche, así que no le resultó difícil llegar al piso de la tercera planta. Helen había visto a Ella ahí mismo hacía cuatro días, acurrucada en un sofá mugriento junto a otras prostitutas y yonquis. Los marginados siempre se hacían compañía entre ellos.

Pero Ella no estaba ahí. Al ver su placa policial, el maloliente y sudoroso «propietario» del apartamento le indicó que siguiera subiendo las escaleras. Según él, Ella vivía en la planta superior del edificio en completa soledad, solo ella y su bebé, escondidas de los ojos fisgones de los servicios sociales. No era el tipo de vivienda donde la gente se hiciera preguntas; un refugio perfecto para una asesina invisible.

Helen se detuvo en la puerta del número 9 y giró el pomo con suavidad. Estaba cerrada con llave. Puso la oreja contra la puerta, intentando oír algún movimiento dentro de la casa. Nada. Un leve llanto. Se esforzó por oír algo más. Pero todo estaba

en silencio. Sacó una tarjeta de crédito del bolsillo y la deslizó por la rendija de la puerta. El pestillo era viejo y no muy bueno, y en veinte segundos estuvo abierto. Helen entró.

Cerró la puerta con cuidado detrás de ella y se quedó quieta. Nada. Empezó a avanzar poco a poco. El suelo de madera crujía, así que cambió de estrategia y fue pegada a las paredes.

Se detuvo en la puerta de la cocina. Miró rápidamente, pero estaba vacía. Solo un fregadero sucio y una nevera lista para el desguace, que ronroneaba alegremente.

Helen siguió deslizándose hacia el salón —o lo que se suponía que era el salón—. Pensaba que Ella estaría ahí, pero, al entrar, descubrió que también estaba desierto. Entonces fue cuando lo oyó: otra vez los sollozos.

El miedo se impuso a la cautela y, sacando la porra, Helen cruzó la habitación, abriendo de par en par la puerta que daba al dormitorio. Esperaba que la atacaran en cualquier momento, pero la habitación estaba despejada, a excepción de una cama deshecha y una cuna de viaje, donde una nenita se estaba removiendo. Helen miró por encima de su hombro, temiendo una emboscada, pero todo estaba tranquilo, así que entró en el dormitorio.

Así que ahí estaba. La niña que Ella nunca había querido. Pero por la que igualmente se había preocupado. Helen había hecho bien en venir. Dejó la porra en la cama. Se agachó y cogió al bebé en brazos, que se frotó los ojos con los puñitos, mientras se despertaba de la siesta. Eso hizo que Helen sonriera. Al verla, el bebé le devolvió la sonrisa. Quién sabía lo que esta nena había visto, por lo que había pasado, pero todavía podía sonreír. Le quedaba algo de inocencia.

—¿Qué coño estás haciendo?

Helen se dio la vuelta y se encontró con Ella, que estaba a menos de tres metros, de pie en el salón. La expresión de Ella era de molestia, más que de enfado, pero, en cuanto vio la cara de Helen, su rostro cambió. Al reconocerla, dejó caer la bolsa de la compra y huyó. Helen esperaba oír un portazo, pero en vez de eso escuchó cómo abría y cerraba un cajón. Segundos más tarde, Ella regresó con un cuchillo de carnicero en la mano.

—Ponla en la cuna y sal de aquí.

—No puedo hacer eso, Ella.

Dio un respingo al oír su nombre.

—¡QUE LA DEJES! —chilló.

El bebé empezó a llorar más fuerte, asustada por los gritos.

—Se acabó, Ella. Sé por lo que has tenido que pasar, sé lo mucho que has sufrido. Pero se ha acabado. Por tu bien, por el de la niña, ha llegado la hora de entregarse.

—O me la das ahora mismo o te rajo.

Helen sujetó a la niña con más fuerza, mientras Ella avanzaba hacia ellas.

—¿Cómo se llama? —preguntó Helen, dando un paso hacia atrás, pero manteniendo el contacto visual.

—No me jodas.

—Dime su nombre, por favor.

—Dámela.

Su voz era amenazante, inestable, pero se detuvo. Sus ojos iban del bebé a Helen y de Helen al bebé, estaba sopesando sus opciones.

—No voy a hacerlo, Ella. Tendrás que matarme primero. Mi única preocupación eres tú y el bienestar de esta niña. No estás bien, y las dos os merecéis algo mejor. Deja que te ayude.

—¿Crees que no sé lo que va a suceder? Tan pronto como salgamos de aquí, me pondrás las esposas, y jamás la volveré a ver.

—Eso no es lo que...

—¿Crees que me vas a engañar? Olvídalo. No va a salir de aquí, y tú tampoco.

Mientras Ella se acercaba, Helen protegió al bebé del inminente ataque. Las pupilas de Ella estaban dilatadas, jadeaba de pura furia, y en ese momento Helen se dio cuenta de que había cometido un error fatal.

Charlie se marchó corriendo de Fairview, esforzándose por mantener el ritmo de su jefa. Harwood estaba que echaba chispas, furiosa porque su «pista» había resultado ser una auténtica pérdida de tiempo. Se habían apresurado para llegar al edificio, con el equipo de apoyo táctico y la mayoría de los policías de la ciudad, lo que fue una completa sorpresa para la chica de dieciséis años que se había escondido en la casa de su amiga después de su malogrado intento por robar algo de maquillaje. Sí que se parecía a Angel, pero era demasiado joven y, además, su pelo negro y largo era auténtico. Una vez que ella y su amiga se recuperaron del shock, empezaron a ponerse insolentes con la policía, preguntándoles si siempre utilizaban armas contra las adolescentes, lo que no hizo que el humor de Harwood mejorara. En otras circunstancias, podría haber sido divertido. Pero las apuestas estaban demasiado altas, así que Charlie siguió a su jefa, con el ánimo por los suelos.

—¿Qué coño está haciendo él aquí?

Charlie vio que su jefa señalaba a Tony, que estaba hablando con un policía uniformado del que era amigo. Harwood miró a Charlie, sus ojos llenos de suspicacia, pero por una vez esta era inocente de todos los cargos.

—Ni idea.

Se acercaron.

—No puedes estar aquí —dijo Harwood sin preámbulos—. No sé qué esperas conseguir viniendo...

—¿Te puedes callar un momento? —le escupió Tony, consiguiendo que se quedara en silencio. Había algo en la mirada de Tony que no invitaba a la discusión.

—Helen sabe dónde está Ella. Ha ido a buscarla.

—¿Qué?

—No me ha querido decir a dónde iba. O cómo sabía dónde estaba. Pero creo que está en peligro. Tenemos que ayudarla. Las palabras le salían a borbotones, acelerado por la ansiedad.

—¿Cómo cojones lo sabía?

—No me lo dijo. Fui a la oficina para dejar mi informe y... me dijo que no dijera nada..., pero no puedo hacer eso.

—Que el equipo se ponga a ello. Quiero que todo el mundo esté atento, a ver si la ven a ella o a su puta moto. Revisa las cámaras de tráfico por si podemos averiguar qué camino ha tomado —le dijo Harwood a Charlie—. Que McAndrew vuelva a la comisaría y revise las notas de Helen. Quizás pueda encontrar algo.

—¿Y su teléfono? Si lo podemos triangular...

—Hazlo.

Charlie se puso en marcha y Harwood la siguió.

—¿Y yo? ¿Qué puedo hacer para ayudar? —preguntó Tony.

Harwood se detuvo y se dio la vuelta:

—Puedes irte al infierno.

Estaba atrapada. Helen se había metido en el dormitorio para apartarse de Ella, pero ahora estaba atrapada en una esquina. Llevaba días esperando ese momento —en el que al fin estaría cara a cara con la asesina—, pero ahora estaba ahí, y el único resultado era la muerte. Helen abrazó con más fuerza al bebé, mientras Ella daba otro paso en su dirección.

¿Se había engañado a sí misma pensando que sería capaz de salvar a Ella? ¿Que todavía le quedaría algún resquicio de humanidad? Tenía que entablar una conversación, si le era posible. Ignorar la locura y encontrar un asidero.

—Me matas, ¿y después qué? Toda la policía te anda buscando. Saben tu nombre, conocen tu cara. Saben que tienes un bebé. El tipo de abajo sabe que yo estoy aquí, sabe *quién* eres, así que no te puedes quedar aquí. ¿Qué vas a hacer? ¿Escaparte con tu bebé?

—No va a venirse conmigo.

—¿A qué te refieres?

—No sé qué va a suceder con mi vida, pero la de ella acaba aquí. Ya ha tenido que aguantar bastante.

—No lo estás diciendo en serio.

—¿Por qué te crees que me he ido a por la puñetera leche en polvo? —gritó Ella—. Tengo las pastillas. Se las iba a dar hoy mismo. Todo habría salido... bien.

—Solo es un bebé. Por el amor de Dios, Ella, tú no eres así.

—Deja de decir mi nombre. La chica que se llamaba Ella está muerta. La niña va a reunirse con ella, y si te tengo que matar para conseguirlo, puedes estar segura de que lo haré.

Dio un paso más. Estaba a menos de medio metro. Helen se encogió, esperando que la atacara en cualquier momento. Después:

—Hazlo, entonces. Te lo pondré fácil.

Helen se agachó y dejó a Amelia en la cama.

—Si realmente quieres matarla, te lo voy a poner muy fácil. Aquí está. Hazlo.

Sorprendida, la mirada de Ella osciló entre Helen y el bebé. La niña dio un par de pataditas y, al no notar el cálido abrazo de Helen rodeándola, empezó a llorar.

—¡VAMOS! —gritó Helen, de repente.

Pero Ella vacilaba. Helen estaba en completa tensión, preparada por si ella hacía ademán de acercarse al bebé, pero no lo hizo. Y en ese instante Helen supo que tenía una oportunidad.

—Ella, escúchame. Lo sé, ¿vale? Sé que has estado en el infierno, que crees que

el mundo está en contra de ti, que está lleno de hombres violentos que te harán daño. Y tienes razón. Lo está.

Ella la miró con suspicacia, sin saber si esto era algún truco. Helen respiró hondo y continuó:

—Me violaron cuando era una niña. Más de una vez. Tenía dieciséis años, estaba intentando salir de la casa de acogida, pero hice malas elecciones. Y lo pagué. Sigo pagándolo. Así que sé dónde estás ahora mismo. Sé que crees que no hay vuelta atrás, pero *la hay*.

Ella miró fijamente a Helen.

—Te lo estás inventando.

—¿Quieres mirarme? —contestó Helen, enfadada—. Me están temblando las manos... Nunca se lo he contado a nadie, nunca. Así que *no* me acuses de mentir.

Ella no apartó la mirada. Seguía agarrando el cuchillo.

—No voy a fingir que te conozco —siguió Helen—. No sé qué es lo que te hizo tu padre, lo que te hicieron esos hombres, pero sí sé que esto no tiene por qué ser el final. Puedes superarlo. Sin importar lo que hayas hecho, tenías tus razones, y cuando Amelia sea mayor te querrá. Te *necesitará*. Por favor, no la abandones, Ella, te lo ruego.

Por primera vez, Ella dejó caer su mirada hacia su hija.

—Sé que conservas algo de bondad dentro de ti. Sé que puedes hacer lo correcto para tu hija. Así que, por favor, déjame ayudarte. Por su bien.

Helen le tendió la mano. Sabía que en ese momento se lo estaba jugando todo. Su última oportunidad de redención. Su última ocasión para salvar a Ella.

Estaban totalmente perdidos, unos pobres desgraciados intentando encontrar un asidero mientras el suelo se movía bajo sus pies. Al volver a la comisaría, Charlie había asumido el mando. Puede que Harwood fuera la jefa, pero ella era la que tenía experiencia y se negaba a confiar en nadie más; había mucho en juego. Pero no estaban llegando a ninguna parte.

McAndrew se había leído los informes de Helen dos veces ya, pero no había encontrado ninguna pista acerca del paradero de Ella. Habían intentado triangular la señal del teléfono móvil de Helen, solo para descubrir que estaba apagado. Se había usado por última vez hacía seis horas, cuando Helen estuvo en la central, así que no les fue de utilidad. Las cámaras de tráfico habían captado la moto de Helen dirigiéndose hacia el norte, pero la perdieron en cuanto salió del centro de la ciudad. ¿Dónde coño estaba? ¿Qué había visto que los demás eran incapaces de ver?

Charlie recorrió el pasillo, bajó las escaleras y salió de la comisaría. El equipo seguiría trabajando tal y como ella había organizado, pero Charlie sintió que debía estar fuera, haciendo algo. Mientras se acercaba a su coche, empezó a caminar más despacio. Se le estaba ocurriendo una idea, estaba recordando una conversación que había tenido. Emocionada, se metió en el coche y se puso en marcha. De repente, sabía exactamente a dónde tenía que ir.

Muchas cabezas se giraron cuando Charlie caminó entre las mesas, dirigiéndose sin dudar al despacho del fondo. Los guardias de seguridad y las recepcionistas, cuyas protestas había ignorado, la seguían de cerca, pero les llevaba demasiada ventaja y entró en la oficina de Emilia antes de que la alcanzaran. Cerró la puerta con fuerza, colocó el respaldo de una silla bajo el picaporte y se giró para enfrentarse a la boquiabierta periodista.

- ¿Dónde está? —quiso saber Charlie.
- ¿Dónde está quién?
- Helen Grace.
- No tengo ni idea, y no sé qué te crees...
- ¿Cómo lo haces?
- ¿Hacer qué? Explícate, por favor, Char...
- Sabes dónde está, sabes con quién está...
- Por el amor de Dios, ¿por qué...?

Charlie cruzó la habitación antes de que Emilia pudiera seguir negándolo. La

agarró del cuello y la sujetó contra la pared de ladrillo.

—Escúchame muy atentamente, Emilia. La vida de Helen está en peligro y te prometo que, si no me dices lo que necesito saber ahora mismo, te voy a empotrar la cabeza contra esta pared.

Emilia se estaba ahogando, las manos de Charlie cada vez más tensas sobre su garganta.

—He tenido que aguantar muchas cosas y no la voy a dejar a su suerte, así que dime cómo lo haces. ¿Has pinchado su teléfono? ¿Lees sus mensajes?

Emilia negó con la cabeza. Charlie la golpeó contra la pared.

—¡QUE ME LO DIGAS!

Emilia balbuceó, como si estuviera intentando hablar, así que Charlie relajó sus manos. Emilia murmuró algo.

—¿Qué?

—Su moto —graznó Emilia.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Charlie.

—Le puse un dispositivo de rastreo en la moto.

O sea que era eso.

—¿Cómo la sigues?

—Está vinculado a mi teléfono. Si está en un radio de ocho kilómetros, la puedo encontrar.

—Bien —dijo Charlie, y la soltó—. Llévame donde esté.

El bebé estaba llorando a rienda suelta en la cama, empezando una pataleta. Ninguna de las dos mujeres se movió para consolarla. Estaban congeladas en el tiempo, en el umbral de la salvación o de la destrucción. Los ojos de Helen permanecían fijos en Ella. No había cogido la mano de Helen, y tampoco había dejado caer el cuchillo. Solo estaba observando a ese bebé llorón, como si estuviera intentando resolver algún misterio insondable. Helen creía que si se movía rápidamente podría desarmar a Ella, ahora que estaba distraída, pero no se atrevió. No ahora, que estaba tan cerca de conseguir que se rindiera.

—No quería que pasara todo esto.

Helen se sobresaltó cuando Ella empezó a hablar.

—No quería que pasara.

—Lo sé.

—Es por su culpa.

—Sé que tu padre era un hombre cruel...

—Le he hecho un favor a los otros.

—¿A los gemelos?

—Y a Carrie. Los he liberado.

—Tienes razón, Ella. Era un bruto y un sádico.

—Y un jodido hipócrita. ¿Sabes lo que me dijo? Me dijo que era malvada. Sucia. Me dijo que tenía el corazón oscuro.

—Estaba equivocado.

—Después de que esos tipos... me hicieran lo que me hicieron, no hacía más que beber, drogarme, me metía todo lo que pillaba... Me estaba matando a mí misma, pero... juré que nunca les volvería a pedir ayuda. Le odiaba. Y a mi madre también.

Miró a Amelia.

—Pero estaba de siete meses. Y... les pedí ayuda. Les supliqué que le encontraran una buena casa. Lejos de mí. Y me cerraron la puerta en la cara. Me dijeron que ser violada era lo mínimo que me merecía.

Las palabras salían a borbotones amargos.

—Me miró a la cara... y me dijo unas cosas horribles, y entonces..., y entonces...

—Le volviste a ver, ¿verdad? ¿Más tarde? Le viste recogiendo a una prostituta.

Ella se dio la vuelta con los ojos relucientes de rabia.

—Unas cuantas semanas después... Y se conocían de antes. Era un puto cliente habitual. Y después lo entendí. Todos los martes por la noche, desde hacía Dios sabe cuánto... Después de todo lo que había dicho, después de todo lo que había *hecho*...

—Te mintió a ti, le mintió a tu madre.

—Cuando le maté, ni siquiera me reconoció. Una puta peluca negra y unos cuantos piercings..., pero habría podido llevar mi puto uniforme de la escuela y sonreír alegremente. Todo en lo que podía pensar era en lo bien que se lo iba a pasar, todo lo que «Angel» le iba a dejar que le hiciera. Era un cerdo y recibió lo que se merecía.

Helen se quedó en silencio. Amelia se estaba poniendo roja de tanto llorar, un ataque de tos hacía que todo su cuerpo se estremeciera.

—Tenemos que cogerla en brazos, Ella. Tienes que cogerla en brazos.

Ella despertó de sus recuerdos, y miró a Helen de manera suspicaz.

—No podemos dejar que lllore así. Se va a ahogar.

Los sollozos de Amelia cada vez eran más altos, y después empezó otra vez con la tos. Ella vaciló.

—Por favor, Ella, deja el cuchillo en la cama, recoge a tu bebé y salgamos juntas de aquí.

Ella miró a Amelia, y después al cuchillo que sostenía en la mano. Todo se resumía en eso, entonces: hacerlo o morir.

—Acabemos con esto.

Arriba, arriba, arriba. El equipo de apoyo táctico subió las escaleras de dos en dos, hacia su lugar de observación, el tejado del edificio en ruinas de enfrente. Las escaleras estaban semiderruidas y eran muy inestables, así que Harwood tuvo que subir con cuidado, mientras les seguía. Tras ella, pudo oír el pie de McAndrew atravesando un tablón, y la maldición consiguiente.

—En silencio, por el amor de Dios —le susurró Harwood.

En poco tiempo estuvieron situados. Harwood miró hacia la calle y pudo ver la moto de Helen aparcada frente a la corrala. Charlie ya estaba dentro del edificio; los drogadictos que encontró ahí le habían confirmado que Ella Matthews vivía en la planta superior. Al otro lado de la calle, el equipo de apoyo táctico estaba en su puesto y buscando a su presa.

—¿Qué tenéis? —preguntó Harwood, con los nervios a flor de piel.

—Dos mujeres.

—¿Grace?

—Y otra.

—¿Qué está ocurriendo?

Un largo silencio.

—No puedo verlo. Creo que están abrazadas. Es difícil conseguir un buen ángulo desde aquí.

—Pues no hay otro lugar, así que habrá que conformarse. ¿Ven un arma?

—Negativo.

—¿Pueden disparar limpiamente?

—Negativo.

—¿Qué coño me podéis ofrecer?

—Si quiere que la Comisión de Reclamaciones la destroce, usted misma —contestó el francotirador—. Pero no tengo un buen ángulo, y no voy a hacer nada hasta que lo tenga. Si a usted se le ocurre otra idea, tome las riendas, por favor.

Le escupió las palabras sin mirarla una sola vez, toda su atención concentrada en el drama que se desarrollaba al otro lado de la calle. Harwood gruñó para sus adentros. Sabía que él tenía razón, pero eso no solucionaba nada. Había apostado mucho con esta investigación y todo tenía que salir bien.

¿Qué coño estaba pasando ahí?

Helen se negó a apartar la vista. Ella estaba a escasos centímetros. Helen podía oler su aliento rancio, podía sentir el frío acero del cuchillo presionándole la pierna. Pero Ella se negaba a soltarlo.

—¿Por qué me quieres salvar, Helen? —preguntó Ella de repente.

—Porque creo que la vida ha sido muy injusta contigo. Porque creo que el mundo te debe algo.

—¿Crees que soy una buena persona? —Su voz era más bien un gruñido.

—Sé que eres buena persona.

Ella sonrió con amargura.

—Bueno, pues escúchame. Quiero que sepas algo.

Estaba a punto de hablar, pero se detuvo, sobresaltada por un crujido que provenía del salón. El suelo de madera. Helen supo de inmediato que tenían compañía. ¿Charlie? ¿Tony? ¿El equipo de apoyo táctico? Helen quería gritarles que ni se les ocurriera acercarse, pero se quedó quieta, sin perder el contacto visual, casi sin respirar. Ella vaciló un segundo, y después se le acercó más.

—No me arrepiento, Helen. Da igual lo que ocurra después, quiero que tú lo sepas. No me arrepiento de nada.

Helen se quedó callada. Las pupilas de Ella estaban dilatadas, respiraba entre jadeos.

—Esos hombres..., esos hipócritas..., se merecían que los sacaran a la luz —continuó—. Bien que presumían de anillo de boda, bien que jugaban a ser padres y maridos. No les gustaba que les vieran con chicas como yo. Bueno, pues cambié eso. Les enseñé a los demás cómo eran realmente. Algunas veces el mundo necesita una llamada de atención, ¿verdad?

Miró a Helen con fiereza, pero después la rabia pareció desaparecer de sus ojos.

—Pero quiero hacer lo correcto para Amelia. Así que voy a confiar en ti. ¿Puedo confiar en ti, Helen?

—Tienes mi palabra. No te decepcionaré.

—Gracias, entonces.

Lentamente, giró el cuchillo que llevaba en la mano. Agarró la hoja y le tendió el mango a Helen para que lo cogiera.

De repente se oyó un chasquido y Ella se cayó a un lado, contra el armario.

Helen se quedó congelada un instante, atónita. Reaccionando, se apresuró a atender a Ella. Al arrodillarse para ayudarla, vio que ya no se podía hacer nada. La bala había atravesado la sien de Ella y ya estaba muerta.

Charlie se abalanzó dentro de la habitación, pero ya era demasiado tarde. Helen estaba acunando el cadáver de la asesina, y en la cama, salpicada de sangre, su hija continuaba llorando.

Helen salió del edificio, abrazando a Amelia contra su pecho. Sus compañeros se acercaron a ofrecerle ayuda, los fotógrafos la rodeaban, pero ella no veía a nadie. Les apartó de su camino y siguió andando, deseaba alejarse todo lo que pudiera de la matanza.

La gente la llamaba, pero sus voces solo eran ruido. Le temblaba el cuerpo del trauma que acababa de sufrir, su cerebro repitiendo el chasquido de la bala en un bucle infinito. Había intentado con tantas fuerzas salvar a Ella, rescatarla del desastre que había sido su vida. Pero había fallado, y, una vez más, tenía sangre en las manos.

Al pasar delante de un coche patrulla, Helen pudo ver su reflejo en la ventanilla. Parecía un monstruo: loca, desaliñada, con el pelo sucio, la ropa manchada. Se dio cuenta de que Charlie la estaba guiando hacia los servicios médicos, que le estaba pidiendo que dejara que la examinaran a ella y al bebé.

Dejó que la metieran dentro de la ambulancia, pero una vez allí se negó a cooperar. A pesar de los esfuerzos de los médicos, Helen no soltaba a Amelia, que ya se había tranquilizado y se agarraba a Helen con sus pequeñas y delicadas manos. Helen se chupó el pulgar y se puso a limpiar la sangre de la cara de Amelia. El bebé sonrió ante el contacto, como si le gustara que le hicieran cosquillas. Helen podía oír a los demás hablando acerca de ella. Creían que estaba en shock, que no pensaba con claridad, pero se equivocaban. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Mientras Amelia estuviera en los brazos de Helen, no le podía ocurrir nada. Por un breve momento, al menos, estaría segura en ese mundo oscuro y cruel.

EPÍLOGO

Helen se detuvo frente al ayuntamiento y sacó un espejo del bolso para comprobar su aspecto. Habían pasado dos semanas desde que Ella había muerto, y, aunque Helen todavía parecía agotada, ya se le había quitado la expresión de horror que tuvo los días posteriores. Apenas había salido de su casa desde entonces, y de repente se sintió mareada por los nervios. Esa sala del ayuntamiento solía albergar espectáculos de música o de humor, pero hoy estaba llena de miembros del cuerpo policial de Hampshire, reunido para homenajear a los agentes destacados, entre ellos Helen. Se le estaban ocurriendo muchas formas mejores de reincorporarse al mundo real, y su instinto le gritaba que se fuera de allí.

Tan pronto como entró en el edificio, de todos modos, fue bienvenida por una enorme ola de cariño. Sonrisas, palmadas en la espalda, aplausos. Su equipo la rodeó al completo, celebrando el retorno de su líder, de vuelta con su familia. Era obvio que habían estado preocupados por ella, temiendo quizás que no regresara, y Helen se emocionó ante su desvelo y su devoción. Mientras recibía sus parabienes se dio cuenta de que, aunque ella se castigaba constantemente a sí misma por sus fallos, para Charlie, Sanderson y los demás era una heroína.

Sus nervios crecían exponencialmente cada vez que anunciaban un nombre y finalmente le tocó a ella. Una mención de honor entregada en mano por el comisario jefe. A su lado, esperando pacientemente para estrechar la mano a Helen, estaba la superintendente Harwood.

—Bien hecho, Helen.

Helen asintió y dio las gracias antes de abandonar el escenario. Mientras se dirigía a su sitio, en primera fila, un sentimiento de satisfacción se abrió paso en ella. En los últimos quince días, la cobertura de los medios había sido exhaustiva; las fotos de Helen llevando en brazos a Amelia habían sido publicadas en todas las portadas de los periódicos, tanto locales como nacionales. El equipo de Helen había clavado los recortes en la pared con orgullo, reservando el espacio central para los reportajes a fondo del *Southampton Evening News*, que se había desvivido por alabar la personalidad y las acciones de Helen. El nombre de Harwood no había salido en las noticias, una presencia olvidada. A lo mejor sí que había justicia, después de todo.

El equipo casi sacó a Helen a hombros del ayuntamiento. Se premiaron con una pausa para comer más larga de lo normal, y la obligaron a ir al bar de siempre para celebrar la resolución del caso. Los policías son seres extraños; aunque sabían que Helen no bebía alcohol, no se les ocurría ir a ningún otro sitio que no fuera su adorado bar. A Helen no le importaba, su familiaridad era reconfortante y le gustaba

ver a su equipo tan feliz y contento otra vez.

Cuando se terminó su bebida, Helen se fue al baño, ansiosa por estar un momento a solas, lejos de todas las alabanzas y las felicitaciones. Pero su calvario todavía no había terminado.

—¿Amigas?

Emilia Garanita. Se había presentado en la ceremonia de entrega de premios, y allí estaba, otra vez. La sombra de Helen.

—¿Por qué siempre estás en el baño, Emilia? —le contestó Helen.

—Es difícil encontrarse contigo a solas.

Helen se quedó callada. Había llegado a una tregua con su enemiga después del tiroteo, comprometiéndose a no denunciar a la periodista por chantajear a una agente de policía siempre y cuando le prometiera que no iba a perseguir ni a sacar a la luz la identidad de Amelia mientras emprendía una nueva vida. Helen sabía que iban a diseccionar a la familia Matthews —la brutalidad y las perversiones de Alan habían ocupado numerosas páginas—, pero quería proteger a la inocente niña. Emilia había cumplido con su parte del trato, manteniendo el foco sobre Alan Matthews, y al mismo tiempo alabando al equipo de Helen Grace en las páginas centrales, pero eso no le había hecho ganar puntos frente a Helen. Había hecho un trato con Emilia por razones puramente prácticas. Y en cuanto al resto —sobre todo el que hubiera arruinado la vida de Robert sin pestañear—, no lo olvidaba, y tampoco lo iba a perdonar.

—Me alegra que hayamos llegado a un acuerdo —rompió el silencio Emilia—, porque me gustaría que siguiéramos trabajando juntas en el futuro.

—¿No has conseguido irte a Londres?

—Estoy trabajando en ello.

Estaba claro que las exclusivas de Emilia no le habían garantizado el ascenso que deseaba, pero Helen se tragó las ganas de restregárselo por la cara.

—Bueno, pues buena suerte.

Helen se dispuso a irse, pero Emilia la detuvo.

—Me gustaría que este fuera un nuevo comienzo para las dos y..., bueno, quería pedirte perdón.

—¿Por seguirme? ¿Por amenazarme? ¿O por arruinar la vida de un chico? —enumeró Helen.

—Por ser poco profesional.

Qué típico de Emilia, pensó Helen. Hasta sus disculpas eran desafiantes.

—Lo siento mucho, no volverá a suceder.

No era mucho, pero Helen sabía lo que le había costado a Emilia pronunciarlo. Aceptó sus excusas y se marchó. Emilia quería invitarla a una copa para cimentar su nueva alianza, pero Helen se negó. Los bares no eran el entorno en el que se encontraba más cómoda y tampoco le apetecía mucho estar de fiesta.

Además, había otro sitio donde necesitaba estar.

Con un pequeño ramo de flores en la mano, Helen corrió por el sendero. Las hojas caídas cubrían todo el suelo, una alfombra roja y dorada que era extrañamente hermosa. Incluso el sol había puesto de su parte esa mañana, asomándose entre las nubes para prestarle un resplandor cálido al escenario.

El camposanto estaba vacío. Era un cementerio aconfesional y público, situado a las afueras. No era muy conocido; era el lugar de descanso final para los indeseables y los que no eran reclamados. Ella Matthews encajaba en ambas categorías.

Su madre y la mayoría de su familia la habían abandonado en su muerte, al igual que en vida. Habían puesto su casa a la venta, esquivado a la prensa e intentado comportarse como si no fueran responsables de nada de lo que había ocurrido. Helen sabía que no era cierto, y les despreciaba por su cobardía.

Pero había alguien que no la había olvidado. Alguien que se había negado a repudiar a una hermana tan fácilmente. Carrie Matthews miró a su alrededor al ver que Helen se aproximaba y le sonrió tímidamente. Las dos se quedaron en silencio durante un momento, mirando a la cruz sin nombre alguno, cada una de ellas reflexionando sobre el valor y el precio del amor entre hermanas. Por lo menos, ellas nunca olvidarían.

A unos cuantos metros de distancia, un carrito rojo de bebé llamaba la atención entre las hileras de lápidas grisáceas. Amelia dormía pacíficamente, sin ser consciente de dónde estaba. Después de la muerte de Ella, los servicios sociales la habían llevado con una familia de acogida temporal mientras buscaban una solución más permanente. Como era habitual, se pusieron en contacto con sus familiares, pero nadie quería hacerse cargo de ese bebé inocente, hasta que en el último momento Carrie Matthews decidió responsabilizarse. Ella no podía tener hijos, y estaba resuelta a que su sobrina no creciera en centros de acogida. Helen se había echado a llorar cuando se enteró, aliviada por que Amelia se librara del destino que siguieron Marianne y ella misma, hacía ya tantos años. Le esperaban muchas dificultades, no cabía duda, pero por ahora Amelia estaba a salvo en el seno de su propia familia.

Carrie intercambió unas cuantas palabras con Helen, dejó las flores en la tumba y besó la cruz. Se había enfrentado a su marido para poder estar allí, rechazando sus creencias y sus presiones para poder llorar la muerte de su hermana como era debido. Aunque era consciente de las posibles consecuencias, había venido. Observándola, Helen pudo ver que había algo diferente en Carrie Matthews: una nueva fuerza y determinación por hacer lo que era correcto para Amelia. A lo mejor este era el legado de Ella, las flores que crecerían en su tumba. Quizás, después de todo, pensó

Helen, todavía quedaba esperanza.



M. J. ARLIDGE ha trabajado en la televisión británica los últimos quince años, donde se ha especializado en la producción de series de calidad. Ha producido series dramáticas y policíacas de máxima audiencia como *Torn*, *The Little House* y *Undeniable*. Actualmente es guionista de *Silent Witness* y prepara un proyecto de serie de suspense para cadenas británicas y estadounidenses. *Ni lo ves ni lo verás* es la segunda novela de la serie protagonizada por la inspectora Helen Grace, tras *Tú te vas, tú te quedas*, gracias a la que se ha convertido en uno de los autores policíacos *best seller* en Reino Unido.